

MADS PEDER
NORDBO

LOS
CRÍMENES
DEL
ÁRTICO



 Planeta

D.J.57

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Prólogo

Pesadilla

1

El hombre del hielo

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

La mujer

15

16

17

18

El espíritu del hielo

19

20

21

22

23

24

El susurro del mar

25

26

27

28

29

La luz de la oscuridad

30

31

32

33

34

35

36

37

38

Restos de sangre

39

40

41

42

43

Vidas destrozadas

44

45

46

47

48

49

50

51

52

Vida petrificada

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

Piel

67

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compara

Sinopsis

En Groenlandia, una serie de asesinatos conmociona a la pequeña comunidad de Nuuk, la capital de la gélida isla. Matthew Cave, un joven periodista del periódico local, es enviado a cubrir el descubrimiento de lo que parece ser un fósil de la época vikinga. Pero el caos se desata cuando la momia desaparece y el policía encargado de protegerla durante la noche es brutalmente asesinado. Matthew se verá inmerso casi sin pretenderlo en una difícil investigación que se remontará al caso sin resolver más importante de los años setenta. La única que confiará en el instinto del periodista es la peculiar y muy tatuada Tupaarnaq, una misteriosa joven groenlandesa que acaba de salir de prisión tras haber asesinado a su propio padre. Ambos deberán superar sus reticencias iniciales para llegar hasta el final y atrapar a un asesino en serie que tiene aterrorizada a toda la isla.

LOS CRÍMENES DEL ARTÍCULO

Mads Peder Nordbo

Traducción de Enrique Bernárdez



Prólogo

Estaba exhausto. Y tenía una tos seca. Con estertores. La garganta estaba llena de flemas, taponada por el trapo profundamente introducido en la boca. Intentaba morder la tela y escupirla, pero el paño estaba tan adentro que apenas le dejaba mover las mandíbulas, que permanecían abiertas.

Fuertes pulsaciones le azotaban las sienes. Como golpes rítmicos. La luz de la lámpara del techo penetraba por la gruesa tela que le tapaba la cara. Junto a los dolores y al sabor metálico que lo sumían en la desesperación, la luz le producía unas náuseas insoportables que le removían el estómago. Respiraba con jadeos y extrema dificultad. Notaba cómo el aire entraba a borbotones. Intentó tragar una flema que se le había quedado en la garganta. El cuerpo se derrumbó de nuevo. Apretaba los labios blanquecinos contra el trapo que tenía en la boca.

Todo zumbaba. Sentía náuseas, y tenía que apretar y retener el aire para no vomitar.

No se atrevía a moverse. El dolor de las manos era demasiado intenso, y cada vez que se movía unos lacerantes rayos le atravesaban los agujeros de las palmas de las manos y subían por los brazos hasta algún lugar muy profundo, detrás de los ojos, donde todo se acumulaba.

El aire le desgarraba la nariz. Le aplastaba y le comprimía los pulmones y la cabeza. Sentía la garganta acalambrada. Los músculos de la garganta intentaban llevar el oxígeno hacia los pulmones, pero sólo encontraban flemas y esputos.

Un gruñido hueco le recorrió la garganta al sentir el filo de una fría cuchilla deslizándose de abajo arriba a lo largo del vientre, rajando la camisa

y el jersey hasta el cuello.

Las lágrimas le corrían entre la barba. «No lo hagas —suplicó—. No me mates.» Pero ninguna de esas palabras consiguió brotar entre los labios. Tan sólo unos sonidos apagados, como bramidos ahogados.

Su cuerpo se hundió contra el suelo al sentir un dedo que trazaba una línea sobre la desgarrada piel del vientre.

El dolor de las manos lo traspasó, pero sólo unos segundos antes de enmudecer al notar con un inmenso estremecimiento cómo la cuchilla abría un enorme foso a través de la piel y la carne del vientre, hasta chocar contra el esternón y detenerse. El acero rechinó contra el hueso. Todo su cuerpo en tensión se volvió flácido. La piel. La carne. La vida. Bramó entre espasmos y golpeó la cabeza contra el suelo mientras se desollaba las manos ensangrentadas, clavadas al suelo. El pánico le impidió el paso del aire. El trapo estaba empapado en sangre. La luz aulló. Desapareció. Gritó.

Pesadilla

Nuuk, 7 de agosto de 2014

El coche rojo salió de la nada, y en ese mismo instante su guardabarros delantero golpeó el Golf; ambos vehículos salieron de sus carriles y se estamparon uno contra otro. El Golf azul volcó mientras el viejo Mercedes daba con el capó en el asfalto y se ponía vertical, como una lata vacía. La violencia de un nuevo golpe con la parte trasera del Golf hizo que el Mercedes rojo se viera arrojado de nuevo a la carretera, donde descargó todo el peso sobre el techo azul. El Golf quedó aplastado y doblado por el lado derecho, mientras que el izquierdo resistió. El viejo Mercedes continuó su caída y chocó contra el guardarraíl con tal fuerza que parte de la barrera metálica se desencajó y desgarró el costado del coche, levantando una parte de éste. El motor se había apagado, todos los sonidos habían desaparecido. En el Mercedes, un hombre chillaba con fuerza. Sin palabras. Sólo gritos. En el Golf, un hombre pálido miraba fijamente los ojos de una mujer, aplastada entre el techo hundido y el suelo deformado. El hombre había quedado atrapado entre el asiento, el cinturón y un airbag silbante. El airbag del asiento de la mujer había desaparecido. Reventado y vacío. El hombre sangraba por varias heridas en la cabeza. La mujer sangraba sobre todo por dentro. Él extendió la mano hacia ella, pero la mujer no la cogió. Su cuerpo estaba flácido. Su último suspiro se acercaba. La tierra, bajo ellos, no era sino una estrecha franja. El hombre acarició la mejilla de la mujer, que tenía los ojos aún abiertos, fijos en los de él. Encogidos sobre sí mismos, enseguida todo se deshizo y empezaron a apagarse. Se iban. El hombre acarició el

vientre de la mujer. El vientre hinchado. La niña. La criatura que había allí dentro. Los ojos de la mujer se desvanecieron. Todo desapareció.

Matthew se quitó la manta con un grito. Tenía la camiseta empapada de sudor y pegada al cuerpo. Soltando un murmullo desde lo más profundo del pecho se la quitó y la tiró al suelo, al lado de la manta. Podía oler el acre aroma de su propio sueño, y con un par de pasos rápidos fue del sofá a la puerta del balcón.

En el exterior, el aire estaba saturado de bruma vespertina. Aspiró el aroma del mar y la humedad oculta en la fría calina del Atlántico Norte mientras cogía un paquete de cigarrillos. Estaba caliente y arrugado, porque había dormido con la cajetilla en el bolsillo. Se puso un pitillo en los labios y lo encendió. Se desabrochó los vaqueros y se los quitó con rudeza. Y, después, los calzoncillos. Todo apestaba a humedad y sudor.

El humo brotó de sus labios formando una fina columna. Se deslizó sobre el rostro y el cuerpo desnudo. Matthew se unió con la neblina. «Eres un niño de sombra —le decía su madre de pequeño—. Eres tan pálido que te disuelves en la niebla.»

La calina procedente del frío mar que rodeaba el cabo donde se levantaba Nuuk se deslizaba a su alrededor. El frío le hormigueaba en la piel y hacía que el fino vello rubio de piernas y brazos se le erizara. La humedad se apropió de él. Expulsó el aire con fuerza.

Tenía problemas para dormir. Sus pesadillas no lo dejaban descansar. Estaban siempre a la espera, y en cuanto se dormía, daban un salto y le hacían pedazos. Noche tras noche. Mes tras mes. La misma pesadilla. Los mismos ojos. En lo más profundo de su ser. La muerte.

El cigarrillo se abrió paso de nuevo entre sus labios antes de que lo apagara en un cuenco de cristal lleno de una masa turbia, producto de la mezcla de cientos de colillas con el agua de la lluvia.

En algún lugar a su espalda sonó el teléfono. Recogió los pantalones y sacó el móvil. Era el redactor jefe.

—¡Hola, Matt, soy yo! ¿Estás listo para el debate?

Matthew se miró el cuerpo desnudo.

—Sí.

—Ahora dan el primer programa, con Aleqa Hammond y Søren Espersen. Acuérdate de verlo. Jørgen Emil Lyberth de IA estará hoy también.

Matthew se dejó caer de espaldas en el sofá, y al mismo tiempo cogió el mando a distancia y encendió la tele.

—Tienes que poner la KNR —farfulló el redactor jefe.

—Sí, sí...

—Quiero un breve resumen de la reunión en la página web justo después del programa. Misu ya está listo para traducirlo, de modo que ponte a ello. ¿Lo tienes ya?

—Sí, sí... Ya lo veo.

—Acaba de empezar. —El redactor respiró hondo—. Es sobre esa jodida comisión de investigación y sobre los diez millones.

—Ya lo veo —repitió Matthew—. Aleqa está diciendo que lo que hace falta es solidaridad en vez de división. El país debe mantenerse unido y reconciliarse interna y externamente; Lyberth objeta que habría sido mejor gastar los diez millones en arte y cultura en vez de en algo tan caro y en lo que ni siquiera participa el gobierno danés.

—Justo, bien, ya lo ves. Acuérdate de subir algo a la red ahora mismo. Tienes que escribir mientras escuchas, ¿vale?

—Vale, estoy en ello. Cuelgo para tomar notas.

En la habitación se oía la voz de la primera ministra del gobierno autonómico, Aleqa Hammond:

—El problema no son los diez millones, sino que Dinamarca no esté dispuesta a participar. Necesitamos la reconciliación.

—No necesitamos ninguna reconciliación —la interrumpió Lyberth—. Más bien, lo que necesitamos es autocrítica.

Una tercera voz intervino:

—Toda esta comisión, ¿no será la tapadera de un plan político para ordeñar al Estado danés y sacarle más millones todavía, al tiempo que exigimos mayor grado de soberanía?

—Es justo lo contrario —respondió Aleqa con acritud—. Se trata exclusivamente de hermanamiento y camaradería, pero todavía queda un largo camino por delante cuando lo único que tenemos aquí es un reaccionario más del Partido Popular Danés.

—No es cierto, porque yo también estoy aquí —repuso Espersen de inmediato.

—No está nada claro que Helle Thorning y el resto del gobierno danés no deseen la reconciliación —lo interrumpió Aleqa airada.

—¿Reconciliación? —dijo Espersen—. Si por mí fuera, Dinamarca metería las narices en todos los asuntos de este mundo. Es del todo ridículo que estemos enviando tantos miles de millones sin tener la menor influencia en el uso que se les da. Nunca aceptaríamos que en Bornholm o en Lolland existiera el mismo porcentaje de suicidios, que es el mayor del mundo, o que una de cada tres niñas sea víctima de abusos sexuales.

—En cuanto habla el Partido Popular Danés, siempre se llega al mismo punto —gruñó Aleqa—. Sois simplistas y racistas.

—¿Estar en contra de los abusos sexuales a los niños es ser racista?! —exclamó Espersen.

Matthew presionó el botón del mando a distancia y oyó cómo las voces se iban volviendo cada vez más bajas. No necesitaba oír a Aleqa y a Espersen para saber lo que decían, porque era siempre lo mismo.

Acercó el portátil.

El primero de los tres debates políticos previstos entre Aleqa Hammond y Søren Espersen tuvo su punto de partida en las tareas de la comisión de reconciliación, pero enseguida se desvió hacia las malas relaciones entre la presidenta autonómica y el vicepresidente y portavoz groenlandés del Partido Popular Danés.

El texto quedó listo en menos de veinte minutos, y en el preciso instante

en que Aleqa, con un gesto evidente de asco, daba la mano a Espersen, Matthew lo envió al traductor para que pudiera aparecer en danés y groenlandés en el periódico digital <sermitsiaq.ag>.

Cuando Matthew había terminado sus estudios de periodismo, pocos años antes, no se imaginaba ni por asomo que acabaría en Nuuk, escribiendo sobre la reconciliación. Sus sueños apuntaban más alto, y estaban marcados por la búsqueda de sensaciones. Con la tragedia, todo se detuvo. Especialmente los sueños. Todo estaba relacionado, todo. Amaba a Tine. Soñaba con una familia. Con Emily. Pero tenía que ser todos juntos. Como una unidad.

Matthew cerró los ojos. Quizá era justo eso lo que buscaba en Nuuk, entre los fantasmas de su padre, de Tine y de Emily: romperlo todo y encontrar una manera de salir de entre los pedazos, hasta que la oscuridad de su interior se lo tragase. Algo nuevo. Olvidar la vida. Salvaje y sin totalidad.

Volvió al sofá y se dejó caer. Los gritos de la pesadilla se abrían paso a mordiscos dentro de su mente. Notaba en los dedos la curvatura del vientre. Se frotó los ojos. Era tarde, pero esa noche no lograría dormir mucho, la pesadilla lo estaba esperando. La luz cubriría la ciudad durante toda la noche. Casi con seguridad, la niebla se levantaría. Acercó la bolsa del ordenador y metió la mano en uno de los bolsillos, donde encontró unas cuantas fotografías viejas.

Fue mirándolas una a una y dejándolas a su lado en el sofá. Todas las fotos estaban estropeadas por los largos viajes entre sus dedos. Algunas las guardaba desde la adolescencia. Las de su padre eran las más antiguas. Se tomaron en la base aérea de Thule, y en todas ellas vestía de uniforme, menos en una, en la que estaba sentado con la madre de Matthew en un restaurante de aspecto militar. El padre sonreía. Los dos sonreían. Su madre, con el barrigón. Una de las imágenes no era una fotografía propiamente dicha sino una postal. Enviada desde Nuuk en agosto de 1990. «No voy a poder ir a Dinamarca tan pronto como pensaba —ponía—. Lo siento. Os quiero.»

Matthew pasó un dedo por las letras. Aquellas palabras eran lo único que

conservaba de su padre. La tarjeta había llegado unos meses después de que Matthew y su madre regresaran a Dinamarca.

La última foto que pasó entre los dedos era la de Tine. Sonriente, sentada, mirándolo. Esa sonrisa tan franca se debía a que ese mismo día habían sabido que serían padres de una niña. Incluso la habían visto en la ecografía, en la consulta de la comadrona. «La llamaremos Emily —dijo Tine—. Emily. Y cuando sea un poco más grande que mi barriga, le leeré *Cumbres borrascosas*.» Él amaba a Tine. Ella lo amaba a él.

El hombre del hielo

Nuuk, 8 de agosto de 2014

Los poderosos rotores del helicóptero levantaban la nieve de la capa de hielo en torno al pequeño grupo de personas que se encontraba ya sobre el glaciar. Como si la nieve, por sí misma, se hubiera convertido de pronto en un tornado de veloces pedacitos de cristal. Matthew veía a los hombres cubrirse el rostro para protegerlo de las afiladas partículas, pero no servía de mucho, pues el hielo y la nieve se entretenían buscando cada rendija y cada abertura en cuanto echaban a volar, y no mejoraba las cosas que el sol estuviera alto en el cielo, afilando aún más los cristalitos y proporcionándoles un doble filo con sus rayos y el reflejo con el que respondía el glaciar.

—¿Puedes ver algo?! —gritó una voz delante de él.

—¡Sólo a los demás! —respondió Matthew, gritando también; levantó la mano para protegerse del brillo del sol al mismo tiempo que guiñaba los ojos.

Los dedos le temblaban, como siempre, llamando la atención de todos. Juntó las manos y las apretó, se las llevó a la sien mientras sus ojos se perdían por un instante.

El enorme helicóptero Sikorsky dio un golpe suave con la cola y giró lentamente sobre su propio eje antes de empezar a descender sobre la espesa capa de nieve apelmazada encima del hielo. Los rayos del sol fueron remplazados por las sombras, y Matthew vio por un instante, reflejados en la ventanilla, su propio rostro lívido y sus cabellos rubios.

A su lado, el fotógrafo estaba con parte del cuerpo fuera, corriendo el riesgo de caerse al glaciar en cualquier momento, y Matthew se preguntaba cómo había podido abrir la puerta antes de aterrizar.

—¡Allí! —El fotógrafo interrumpió sus pensamientos y le apuntó al rostro con la cámara—. ¡Mira! ¡Está allí!

Matthew se agarró bien al tirante que había junto a su asiento y se asomó sobre los hombros del fotógrafo, intentando seguir la dirección de la cámara hacia el blanco infinito. Los separaban pocos metros del suelo. La fuerza de los rotores barría la nieve hasta tal distancia que el espacio a sus pies estaba liso, como si el viento la hubiera apartado. Matthew palpó con una mano el bolsillo de los pantalones para asegurarse de que llevaba los cigarrillos y el encendedor.

Los hombres que había en el hielo se habían hecho más grandes, tanto que Matthew podía ver sus ojos y su fisionomía.

No llevaba muchos meses en Nuuk, pero le habían enviado a esa misión simplemente porque a esas horas de la mañana no había nadie más en el periódico; le había llegado una llamada del redactor jefe. «Preséntate en el aeropuerto dentro de media hora. Unos cazadores han encontrado un hombre muerto que parece llevar allí tanto tiempo que se ha convertido en una momia. Al parecer, es un hombre de la época vikinga. ¡Es algo grande, GRANDE!»

Durante uno de sus primeros días en la ciudad, dando el paseo reglamentario por ella, Matthew se encontró, entre otras cosas, con las momias de los inuit que había en el museo de Kolonihavn, pero no era nada frecuente que aparecieran nuevas momias, y ésta en particular se distinguía de las demás por su aspecto nórdico y no inuit. Era la primera vez que encontraban un nórdico bien conservado, y entre los investigadores habían surgido grandes expectativas de poder averiguar más cosas sobre la vida cotidiana de los nórdicos gracias a la momia. Por lo que Matthew había leído, los nórdicos desaparecieron, casi sin dejar huella, después de vivir alrededor de quinientos años en sus asentamientos de Groenlandia, lo que resultaba de lo más misterioso, porque era extraño que un pueblo tan sedentario se esfumase de repente.

Mientras que en Islandia y las islas Feroe la población nórdica se asentó y vivió ininterrumpidamente, en Groenlandia existía un vacío entre mediados del siglo xv y 1721, cuando Hans Egede, que fue allí en busca de los nórdicos, encontró sus antiguos asentamientos abandonados, y se dedicó a cristianizar a los inuit y a sentar las bases de la época colonial de la moderna Groenlandia.

Y ahora había surgido del hielo un nórdico histórico, aunque nadie era capaz de aventurar lo que podía estar haciendo allí, en la solitaria extensión blanca; pero allí estaba, y era a él a quien habían recurrido para informar de la situación.

Las palabras del redactor recorrían la mente de Matthew. «Seremos los primeros en anunciarlo. Ésta es nuestra exclusiva, así que los demás tendrán que referirse a nosotros, ¿entiendes? Escribes en inglés, ¿verdad?»

Claro que sabía escribir en inglés. Se lo había repetido muchas veces al redactor jefe durante la entrevista de trabajo. Inglés, alemán, danés, noruego y sueco, aunque no kalaallisut, la lengua de los groenlandeses, aunque ésta figuraba como imprescindible en el anuncio del puesto de trabajo.

—Sí —exclamó el fotógrafo mientras apretaba sin parar el disparador de su gran cámara—. Esto va a ser magnífico. —Volvió la cabeza y miró a Matthew con sus grandes ojos oscuros—. ¿Crees que los periódicos extranjeros utilizarán mis fotos?

—Al principio seguro —respondió Matthew, con un leve asentimiento de la cabeza y sin apartar la mirada del hielo que se extendía a sus pies.

—¿Y pondrán mi nombre?

—Nos aseguraremos de que lo hagan —continuó Matthew—. Pero primero vamos a confirmar su identidad.

—Será increíble —exclamó el fotógrafo sin prestar atención a las últimas palabras de Matthew—. ¡Joder!

El helicóptero dio un bote al chocar con el hielo. Matthew notó cómo se hundía en la nieve mientras las ruedas se recogían un poco, durante un largo

segundo, en el vientre del pesado cuerpo rojo. Era la primera vez que viajaba en uno de los grandes helicópteros de Air Greenland, pero, según dijo el redactor, no tendría problemas para acostumbrar a los nervios y el estómago, porque lo esperaban muchos paseos en helicóptero, sobre todo en invierno, cuando las nieblas, tormentas, hielo o intensas nevadas dejaban en tierra los aviones.

Eso carecía de importancia en aquellos momentos. Acababan de aterrizar y en unos minutos verían la primera momia de un nórdico que se había encontrado nunca. Reseco y conservado por el hielo y el frío aire ártico. Matthew ya imaginaba los titulares del artículo: «El Ötzi del norte. El hombre del hielo llegado del pasado. El último vikingo». Era tan evidente que se sintió hasta mareado, y empezó a pensar también en la mejor manera de expresarlo en inglés, y en cómo añadir algo de dramatismo. Un crimen vendría bien. «El último vikingo, herido, moribundo y solo en el glaciar.» Eso podría valer.

El reflejo que producía el hielo deslumbraba tanto que Matthew casi no pudo mantener abiertos los ojos cuando salió por la puerta del helicóptero y descendió la escalerilla metálica desplegada bajo sus pies.

Alrededor se extendía un mundo absolutamente blanco. Jamás nada le había herido los ojos con tanta fuerza como aquella luz cegadora.

Pero toda la magia quedaba rota por el motor aún rugiente, que con pesados y monótonos azotes desgarraba el aire una y otra vez por encima de su cabeza.

Una de las personas que había en el glaciar le hizo una señal al piloto, y poco después la distancia entre las palas del rotor empezó a aumentar. El ruido fue apagándose hasta no ser más que un simple zumbido, como el de una turbina, y al final el glaciar quedó en silencio.

En el helicóptero había tres hombres más y una mujer. Todos daneses y, por lo que Matthew sabía, empleados de la Universidad de Groenlandia, la Ilisimatusarfik, excepto uno, que trabajaba en el museo en el que Matthew había visto las momias inuit.

—Hola, ¿tú eres del periódico?

Matthew se percató de la presencia de un policía local, que a diferencia del grupo llegado en helicóptero tenía aspecto de inuit.

El fotógrafo, Malik, también era inuit. Se había pasado toda la vida correteando entre hielos y peñascos, y era uno de los pocos con los que Matthew había empezado a trabar amistad en el periódico.

—Sí —respondió Matthew, que seguía con los ojos entrecerrados—. Tengo que escribir sobre un hombre que han encontrado aquí. —Sus dedos se

deslizaron instintivamente por el anillo que ya no llevaba. Los tres primeros dedos de su mano izquierda acariciaron la primera falange del anular de la derecha, arriba y abajo, sobre el anillo que ya no era más que un recuerdo en la piel.

El agente asintió.

—Está ahí detrás, pero no te lo he preguntado por eso.

—¿Y por qué, entonces?

—No podéis tocarlo, pero supongo que eso ya lo sabes. —Se volvió hacia Malik—. Y tú mantente a cierta distancia, ¿vale?

—¿Importa mucho? —exclamó Malik—. Si está ultracongelado.

El agente de policía se encogió de hombros y señaló con la cabeza el grupo de científicos que había llegado en el helicóptero.

—Aquí mandan éstos.

—Pero sí que podremos sacar fotos y escribir sobre el cuerpo, ¿no? —preguntó Matthew intentando captar la atención del policía, con la esperanza de que los demás también lo oyeran y los invitaran a acercarse—. Es algo único, y tenemos que publicar esta historia en nuestro periódico antes de que lleguen otros y nos roben la primicia. Esto va a causar sensación en el mundo entero. —Se dio cuenta de que sus palabras acertaban de pleno en el joven agente—. Quizá podríamos empezar con unas fotos tuyas al lado del helicóptero y luego cerca de la momia, ¿te parece? —Matthew miró interrogante al policía—. ¿Cómo te llamas? Hay que poner bien el nombre en el artículo. Aparecerá también en inglés.

El policía se mordió los labios, pero asintió con la cabeza.

—Ulrik Heilmann. Con dos enes. —Hizo un breve movimiento con la mano, señalando a Malik—. Fui al colegio con Malik.

—Muy bien, con dos enes —confirmó Matthew, mirando a Malik y después al policía—. ¿Le sacas unas fotos a Ulrik y así tenemos algo para el periódico?

Malik le devolvió la mirada a Matthew con las cejas levantadas y después

miró a Ulrik.

—Pero deberíamos...

—Sí, sí, pero también necesitamos un fondo para la historia —lo interrumpió Matthew con rapidez—. Es importante incluirlo todo. —Antes de que Malik pudiera decir nada más, Matthew volvió a dirigir la mirada hacia Ulrik—. ¿Escribo que has sido tú quien lo ha encontrado?

—Bueno, en realidad han sido unos cazadores quienes lo han visto primero y han avisado a comisaría, así que han sido ellos los que lo han encontrado.

Matthew miró a su alrededor.

—¿Y ya se han ido?

Ulrik asintió, abriendo mucho los ojos.

—Sí, iban por el borde del glaciar a buscar renos. Enok se va a casar, así que pensaban cazar unos cuantos para la boda.

—¿Enok? —repitió Matthew.

—El primo de uno de ellos —dijo Ulrik, sacudiendo la cabeza—. No tiene importancia. Pero han tenido que seguir su camino.

—No hay muchos renos por aquí —susurró Malik a Matthew.

—Pero es posible que encuentren algún buey almizclero asilvestrado.

Matthew miró a Ulrik.

—Pues creo que pondremos que lo has encontrado tú. Bueno, que os había llegado un aviso de unos cazadores. También es mejor que sea tu nombre el que aparezca en el artículo cuando empiecen a llamar desde el extranjero. Será más fácil localizarte a ti que... —Matthew deslizó la mirada por los fiordos y las montañas— que a tres cazadores en cualquier sitio de por ahí.

La lente de la cámara de Malik enfocaba al agente, cuya sonrisa era cada vez más amplia. Asintió para sí y echó un vistazo al grupito de investigadores y al hombre del museo, que se habían congregado en torno a una bolsa marrón alargada, parecida a una piel vieja.

Matthew estiró el cuello, pero no pudo ver nada más que la piel marrón.

Sus pensamientos saltaban de un posible titular a otro en danés e inglés, y a todos los medios de comunicación que a lo mejor empezarían a llamarle al cabo de poco.

Sacudió la cabeza y golpeó con los pies la deslumbrante alfombra de nieve. Parecía maciza, pero sus zapatos se hundían al pisarla. El calor del sol era intenso, y se dio cuenta de que picaba en la piel y le tensaba el rostro. La nieve parecía porosa y de grano grueso. Nieve de verano. Se iba haciendo más densa a cada centímetro de profundidad. Eso era más o menos todo lo que sabía Matthew sobre la formación de los glaciares. Al final, la presión era tan grande que todo se convertía en hielo. Hielo grueso, kilómetros de hielo que con el paso de los años iba transformándose por efecto de la presión y pasaba de turbio a transparente como el cristal más puro.

Levantó la mirada de nuevo. A no mucha distancia había una grieta oscura en la capa de hielo.

—¿Ha sido ahí abajo donde lo han encontrado? —preguntó, mirando a Ulrik y señalando la grieta con el dedo.

Éste asintió con una sonrisa, pero apretó los labios un poco.

—Dicen que debería haberlo dejado allí, así lo habrían encontrado entero, pero pensábamos que se trataba de un cazador muerto, o algo por el estilo.

Matthew sonrió.

—Vosotros no podíais saberlo, eso es obvio.

Ulrik se encogió de hombros.

—Quizá, no sé. Sólo cuando lo he subido he podido ver claramente que la piel se había vuelto amarilla por completo, estaba reseca y había desaparecido toda la carne de la cara y de los pies, como en una piel puesta a secar al viento. —Se bajó la cremallera de la chaqueta, se la quitó y se la colgó de un brazo.

—¿Los pies? —repitió Matthew—. ¿Tenía los pies desnudos? —Su mirada volvió a intentar ver algo entre los investigadores, sin éxito.

Ulrik resopló con fuerza, aunque sólo un momento, por la nariz, mientras

sus cejas se enarcaban.

—Bueno, yo no lo he visto todo, pero creo que también está desnudo, con esa piel que está casi adherida al cuerpo. Como si se hubiera pegado a su propia piel sin que se pueda distinguir una de otra. —Arrugó la nariz—. Debe de llevar mucho tiempo ahí.

—Pues seiscientos años por lo menos si es un nórdico —añadió Matthew. Ulrik asintió.

—No recuerdo bien cuándo vivieron aquí.

—Pero ¿creen que es un nórdico?

—Al menos eso es lo que he podido saber, y no hay señales de que sea más moderno o de que se trate de un crimen, pero han pedido que vengan médicos forenses y gente de la policía científica de Copenhague para asegurarse. Supongo que llegarán la semana que viene. Hasta entonces tenemos que asegurar la zona. —Señaló con la cabeza al grupo de investigadores—. Pero a éstos los han autorizado a venir a verlo.

—Esto será el no va más —dijo Matthew—. BBC, NBC, National Geographic, TIME. Todos los grandes. ¿Crees que nos dejarán echar un vistazo pronto?

Ulrik asintió brevemente.

—Ahora les pregunto cómo van. Entretanto, podéis echar un vistazo a la grieta del glaciar. Pero ¡eh! —captó la mirada de Malik—, mucho cuidado, ¿eh? No me apetece nada tener que coger el helicóptero para llevaros al hospital justo ahora.

—Cada vez eres más borde —dijo Malik con una sonrisa—. Antes de que nos demos cuenta, Lyberth habrá hecho que te elijan diputado del Inatsisartut, y eso no te va a beneficiar nada. Dentro de un año estarás tan seco y arrugado como la momia esa. —Malik se volvió hacia Matthew—. Ulrik se presenta a las próximas elecciones con los socialdemócratas del Siumut, y con Jørgen Emil Lyberth apoyándolo lo veremos como ministro de Naturaleza, Medio Ambiente y Justicia, o algo por el estilo.

—Ya, ya —masculló Ulrik sin poder esconder del todo una sonrisa que revelaba un asomo de orgullo que tiñó sus mejillas de rubor—. Pero primero tienen que celebrarse las elecciones, *ilaa?*¹ Sólo han pasado dieciséis meses desde las anteriores.

—Llegarán y serás diputado. Lyberth tiene ya el papel con tu nombre.

Ulrik sacudió la cabeza.

—Imagino que hará falta algo más que un papelito.

—Al contrario. —Malik levantó las dos cejas—. Tú... no te olvides de que estoy a tu disposición si necesitáis un fotógrafo en el ministerio.

—Tened cuidado ahí abajo, ¿vale?

—Lo tendremos, amigo. Ya me conoces.

—Sí, por eso lo digo.

Malik levantó los ojos al cielo en señal de rendición.

—Nunca me perdonará esa vez que el mar se me llevó sobre un témpano y tuvieron que salir varios helicópteros para encontrarme. —Levantó y bajó los brazos—. Pero, tío, ese día había en el hielo una luz alucinante.

Matthew se sentó con prudencia en el borde la grieta del hielo y dejó que su mirada siguiera a Malik, que ya estaba bastante abajo en la pared de hielo. Cuando había visto el interior de la grieta desde el helicóptero, le había parecido oscura como una hendidura en tierra seca, pero ahora que se movía por ella, descendiendo, tenía la sensación de estar viendo el interior de un deslumbrante iceberg.

—Ten cuidado —dijo Matthew, siguiendo al fotógrafo con la mirada.

Malik se volvió y lo miró con gesto de incredulidad.

—Ésta no es una parte activa del glaciar. La grieta es estable y los escalones en los que apoyo los pies son antiguos. No te pongas nervioso. Además, sólo voy a ir hasta ese saliente de ahí. Es donde lo han encontrado.

Matthew miró alrededor de Malik para examinar el terreno. Respiró hondo y movió el cuello un par de veces de un lado a otro.

—Tú también puedes bajar hasta aquí —continuó Malik—, es totalmente seguro.

Despacio, Matthew consiguió girar el cuerpo y se dejó caer hasta que los pies encontraron un punto de apoyo. Miró a su alrededor. Quedaban todavía unos metros hasta donde se encontraba Malik, pero el fotógrafo tenía razón, en aquel lugar el suelo era firme. Matthew estiró el torso. No muy lejos de donde estaba, la grieta descendía de forma brusca y no podía ver su fin. Vista desde arriba, la parte inferior era del todo oscura.

Malik siguió su mirada.

—Ahora no vamos a ir hasta ahí, pero si algún día te apetece, no tienes más que decirlo. Por todas partes hay unas grutas absolutamente increíbles.

Ni en sueños puedes imaginarlo, son de un turquesa total y absoluto. Cuando volvamos puedes ver mis fotos, si quieres.

Matthew asintió despacio con la cabeza.

—Otro día, quizá. —Un estremecimiento le recorrió el torso y lamentó haber dejado el chaquetón en el helicóptero. En cuanto estuvo entre las enormes paredes de hielo notó la baja temperatura, y la respiración de los dos brotaba de sus labios como una tenue neblina—. ¿Habías estado aquí antes?

—No, justo aquí no, pero es el mismo mundo el que te recibe en todas las grietas y en todas las cuevas.

Por un momento se hizo el silencio. Ya no podían oír las voces de los de arriba. Matthew miró a Malik. Llevaba botas fuertes, pantalones ceñidos de color naranja y jersey de punto. Mucho más apropiados que las zapatillas de deporte y los vaqueros con los que había salido Matthew.

—¿Vienes? —continuó Malik—. Es aquí. Ya veo el sitio donde estaba.

En silencio, Matthew se deslizó un poco más abajo, agarrándose todo el rato a las grietas y los salientes del hielo y de la nieve aplastada.

—¡Mira, es aquí! —Sonaba sin cesar el disparador de la cámara mientras Malik movía el torso de un lado a otro. Entonces se irguió y miró el borde de la grieta, pocos metros por encima—. Debió de ser la tormenta del otro día lo que lo dejó al descubierto. En esta época no es frecuente que tengamos vientos muy fuertes, pero nunca se sabe.

—¿Qué dices de la tormenta?

—Que debe de haberlo dejado al descubierto una tormenta. —Movié la cabeza a un lado y otro y se pasó la mano izquierda por el espeso cabello negro—. El viento puede desplazar una montaña de nieve en pocas horas.

Malik miró un momento a Matthew.

—Vamos a trepar otra vez para salir al sol. Ya he sacado varias fotos estupendas. —Vaciló—. ¿Quieres *mattak*? Llevo un poco en la mochila.

—¿*Mattak*? Eso es piel cruda de ballena, ¿no?

—Sí, con grasa. Calienta el cuerpo entero en un abrir y cerrar de ojos, te lo

prometo.

Matthew sacudió la cabeza.

—Seguro que con el sol tengo bastante.

—Pero si está rico, y lleno de aceite, calienta un montón. ¿Estás seguro? Pareces de los que saben apreciar un par de pedazos.

—Otro día —respondió Matthew, al tiempo que se sujetaba a un trozo de hielo para ayudarse en la subida. Puso un pie sobre un pequeño saliente y el otro se quedó en el aire, buscando una grieta o un sitio con nieve dura. Era más fácil bajar. Ahora tenía la sensación de estar trepando por un tobogán, y las suelas lisas de las zapatillas medio heladas no le servían de mucha ayuda. Metió el pie en una hendidura y se impulsó con el brazo, pero en ese mismo instante notó que la nieve cedía y su cuerpo perdió el control. El miedo a la oscuridad del final de la grieta se apoderó de él y se imaginó a sí mismo tirado en algún lugar allá abajo, en la profundidad turquesa, con cien huesos rotos y el alma congelada.

—¿Qué haces?

Matthew sintió que Malik le agarraba con fuerza el jersey y se dejó arrastrar hasta que pudo volver a posar el pie en la nieve.

—¿Y si somos un poco más prudentes? —continuó Malik.

La nieve llenaba las manos de Matthew mientras clavaba los dedos en ella con fuerza. Respiraba entrecortadamente y notaba la pared de hielo contra la cara.

—Eso no te habría pasado jamás si hubieras comido un poco de ballena —prosiguió Malik con una sonrisa, al tiempo que le daba a Matthew unas palmaditas en la espalda—. Ver el interior de la naturaleza nos hace pensar mejor que quedarnos sentados sin más. —Señaló sonriente unos agujeros en la pared de hielo al lado de ellos—. Agárrate ahí para trepar, es lo más seguro.

—He resbalado —murmuró Matthew, dejándose caer al borde de la grieta mientras sacaba los cigarrillos del bolsillo de los pantalones. Miró a Malik—.

¿Quieres uno?

Malik asintió y se sentó al lado de Matthew, que sacó dos cigarrillos y los encendió.

—Jørgen Emil Lyberth —dijo Matthew, echando el humo hacia el aire frío—. Fue presidente del Parlamento unos años, ¿no?

—Sí, es el que más tiempo ha sido presidente del Parlamento. Y varias veces, aunque ya hace algunos años que lo dejó. Cuando Ulrik entre como diputado, el viejo recuperará un poco de poder. —Malik dio una larga calada e inclinó la barbilla sobre el pecho—. No recuerdo de dónde salió Ulrik, pero, de pronto, un día estaba allí. Llegó de alguna aldea y, sin más, se fue a vivir a casa de Lyberth, y seguramente gracias a él se hizo popular desde el primer día, a pesar de ser malhumorado y taciturno. —Dio una profunda calada del cigarrillo y tiró la colilla a la grieta—. Y ahora resulta que se ha casado con la hija pequeña de Lyberth. ¿La has visto?

Matthew negó con la cabeza.

—Está buenísima... Menudo braguetazo el de Ulrik, un chico sin futuro.

—Gracias —dijo Matthew, y tiró la colilla, aún encendida, por el mismo sitio que Malik—. Es bueno saberlo para cuando me ponga a escribir sobre todo esto.

—Sí, eso creo. No te conviene ser enemigo de Lyberth. Nuuk es una ciudad pequeña.

En la helada superficie, el sol seguía quemando, y Matthew recuperó el calor en el mismo instante en que superó el borde de la grieta glaciar. La nieve le cegó de nuevo con sus miles de espejitos blancos, pero sus ojos se acostumbraron enseguida a la deslumbradora claridad. La superficie de la capa de hielo estaba ondulada como un mar tranquilo. Pequeñas hondonadas, protuberancias y suaves rompientes congeladas, formadas por la nieve, la lluvia y el viento a lo largo de los años, se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Por todas partes se alzaban montes de tonalidades grises y azuladas. En algunos lugares, la nieve había empezado a desaparecer de los montes más altos y sólo se mantenía en las laderas. Pero lo cierto era que llevaba allí todo el verano. Matthew aún no había subido a ninguna de las montañas, pero pensaba hacerlo, pues sabía que era imprescindible para todo danés recién llegado a Nuuk que quisiera que le tomaran en serio.

—¿Has podido sacar buenas fotos allí abajo? —preguntó Ulrik.

Malik levantó un pulgar hacia arriba para indicar que todo iba bien.

—Estupendo —prosiguió Ulrik—. Me han dicho que podéis mirar un poco por aquí y que podéis preguntar todo lo que queráis. —Hizo un gesto con la mano para concluir y miró a Matthew—. Tenemos que ir pensando en publicar la noticia en nuestros propios medios de comunicación.

—Exacto —dijo Matthew con un movimiento de la cabeza.

Ulrik sonrió, quizá al pensar en todas esas fotos tuyas que pronto recorrerían el mundo entero a lomos de las numerosas noticias sobre el hombre encontrado en el hielo.

Los de la universidad y el museo se dirigían de nuevo al helicóptero, dos

de ellos hablaban por el móvil mientras que los demás tenían la mirada fija en sus portátiles abiertos.

—Despegaremos enseguida —explicó Ulrik—. Tengo entendido que han encargado un montón de equipo, y hay que montar aquí mismo un campamento para que puedan estudiar la fisura hasta el fondo. Pero esta noche seremos nosotros los que montemos guardia aquí, cerca del hombre del hielo, para que no le pase nada. No pueden trasladarlo todavía porque nuestra gente aún no ha dado autorización, aunque sí les permiten instalar una especie de incubadora donde encerrarlo. Hay que estabilizarlo, dicen. Yo creo que parece bastante estable. Cuando lo he subido estaba tieso como una tabla —sonrió para sí—, pero no sé si le vendrá bien estar expuesto al sol después de pasar tantos años ahí abajo, aunque, claro, más muerto no puede estar.

—¿Vas a dormir aquí? —preguntó Malik con una gran sonrisa—. Al lado del muerto, quiero decir.

—No sé si seré yo quien se quede. Da igual.

Malik se encogió de hombros.

—A mí no me gustaría nada.

—¿Por qué? —Matthew arrugó la frente—. ¿Se puede sufrir una hipotermia?

—Qué va —respondió Malik bajando la cabeza un instante. Después lo miró de soslayo—. Es sobre todo por los espíritus. No les gusta nada que los molesten. Si ése lleva tantos cientos de años muerto y ha permanecido todo el tiempo ahí abajo, habrá muchos espíritus ligados a él... Y no son buenos. Son subterráneos.

Ulrik sacudió la cabeza.

—No le hagas caso. Aquí no hay más espíritus que bueyes almizcleros.

—El hombre que han hallado quizá era un vagabundo o un merodeador hambriento —repuso Malik.

Ulrik levantó los brazos, dejándolo por imposible.

—Aquí en el glaciar no hay ni espíritus ni bueyes almizcleros.

—El mundo subterráneo está siempre lleno de espíritus y demonios — prosiguió Malik—. Los he visto con mis propios ojos.

—¿Al tocar el tambor?

—Antes de tocarlo, naturalmente.

—Es parte de nuestra cultura, y una parte muy bella —dijo Ulrik dirigiéndose a Matthew—. Aunque, en realidad, yo no creo en todo eso de los espíritus. No tiene sentido que todo esté lleno de espíritus, ni que podamos usar a unos espíritus contra otros tallando esas figuras demoníacas que llamamos *tupilak*, pero que la paz sea con quienes creen. Yo también amo nuestra cultura.

—Ya veremos si sobrevives a esta noche —añadió Malik con una amplia sonrisa—. Puedo tocar un poco el tambor para ayudarte, ¿te parece? Podré salir de aquí antes de que anochezca.

—Eh, no, no quiero tenerte por aquí dando saltos. Tampoco creo que sea yo quien duerma aquí. —Dio una palmada—. Bueno, creo que más vale echar un vistazo antes de que los demás decidan que quieren volver a Nuuk, ¿vale? —Señaló con la cabeza el grupo que estaba ya al lado del helicóptero.

No pasaron muchos segundos antes de que Malik llegase junto al bulto marrón sobre la ondulada superficie del glaciar, mientras que Matthew se acercaba más despacio, en compañía de Ulrik.

No podían ver demasiado del hombre, pero, como había dicho Ulrik, la cara y los pies estaban fuera de la piel tiesa y amarillenta que lo protegía. Era imposible ver si lo habían envuelto o si él mismo se había cubierto con ella, pero parecía petrificada, como una mezcla de bronce y turba. Con el tiempo todo se había confundido hasta convertirse en una masa sólida. La piel del rostro se había hundido en torno al cráneo y los ojos habían desaparecido, dejando dos profundos agujeros en la piel reseca y coriácea, pero la barba seguía erizada sobre el mentón y llegaba hasta las bolsas vacías de las mejillas. Aunque no se podía decir si había sido rubio o pelirrojo, sin duda su cabello nunca fue negro, y todos y cada uno de los rasgos del rostro tenían

más de nórdico que de inuit, de modo que parecía fundamentada la idea de que pudiera tratarse de uno de los antiguos habitantes nórdicos.

Malik se inclinó sobre el cuerpo momificado para poder captar todos los macabros detalles.

—Vaya, si parece un *tupilak* con esa cara de demonio.

Los labios del hombre del hielo no eran más que dos finas líneas. Era como si hubiera muerto en mitad de una sonrisa histérica y colérica que hubiera dejado al descubierto los dientes y separado los labios del rostro.

—¿La noche es muy oscura? —preguntó Matthew.

Ulrik y Malik lo miraron al mismo tiempo.

—No —dijo Ulrik—. La nieve lo ilumina todo, y en esta época del año no hace mucho que el sol ha empezado a ponerse del todo.

Matthew asintió. La nieve. No lo había pensado. Pero no tenía ganas de dormir allí, al lado del muerto, por muy clara que fuese la noche.

Malik estaba tumbado sobre la nieve medio helada para sacar una foto de los pies secos del hombre del hielo, enfocados de modo que resaltaran sobre la superficie blanca. Miró por encima del hombro.

—Este tío es pura cecina. Joder, qué mojado está esto. —Sonrió a Matthew con una mirada penetrante—. Si se hubiera puesto un poco de grasa de ballena en los pies, seguirían siendo bonitos.

Matthew suspiró, y con un movimiento de cabeza le indicó al fotógrafo que tenían que volver al helicóptero.

Se detuvo junto a los investigadores.

—Perdón, ¿quién de ustedes es el del museo?

—Yo —respondió un hombre de talla y edad medianas, que Matthew fue incapaz de distinguir si era groenlandés o danés. Claro que de momento daba lo mismo, los escandinavos y los inuit se habían mezclado desde la llegada de los daneses en el siglo VIII.

—¿Puedo preguntarle un par de cosas sobre el hallazgo?

—Sí, sí, y creo que podremos hablar todo el tiempo que sea necesario. —

El hombre se pasó la mano arriba y abajo por su barba espesa y entrecana—. Eso quiere decir que se trata de un hallazgo realmente único.

—Sí, a eso me refería. ¿Hasta qué punto es único?

El hombre irguió la espalda.

—Que yo sepa, no se había encontrado ningún nórdico momificado de la época vikinga. En Dinamarca hay cuerpos en las ciénagas, y esqueletos, pero nadie momificado, y eso es fundamental, ya que en esas condiciones se conservan la piel y los huesos, y quizá el contenido del estómago; es algo único. —Hizo una breve pausa, pero su lenguaje corporal le indicó a Matthew que no había terminado de hablar—. ¿Conoce usted a Ötzi, del Tirol? De eso es de lo que se trata. Podremos averiguar cosas valiosísimas en cuanto lo estudiemos. Pero todo tiene que suceder a su debido tiempo, para que no se pierda ni un solo dato. Es un hallazgo del todo insuperable en el norte, bueno, quizá en el mundo entero.

—Entonces ¿están seguros de que es un nórdico de los asentamientos escandinavos de la época vikinga en Groenlandia Occidental?

—Me resulta difícil pensar otra cosa. Aún no hemos hecho los análisis pertinentes, tenemos que esperar a los técnicos de la policía, pero me extrañaría que no se confirmasen nuestras tesis. No puedo imaginar otra cosa, aunque en el fondo aún no lo sé seguro.

—Ya que lo compara con Ötzi, ¿es posible que existieran causas dramáticas para que este individuo acabara solo en esa grieta?

—¿Está pensando en un crimen o una lucha?

—Sí, o algo por el estilo.

—Aún no he visto ninguna marca en él, pero no se puede descartar, en absoluto. Lo cierto es que sabemos que los nórdicos desaparecieron de sus numerosos asentamientos después de haber vivido aquí durante quinientos años, de modo que algo tuvo que ir mal. Si este hombre pertenece a la última fase de la presencia nórdica, la existencia de heridas o armas, o el contenido

de su estómago, podrán acercarnos a una explicación de cómo se extinguieron los nórdicos.

—De modo que es posible que lo mataran.

—Así es, sí.

El sol seguía brillando muy alto sobre el océano cuando Matthew regresó a su apartamento. Él y Malik habían vuelto directamente desde el aeropuerto para poder sentarse a trabajar tranquilos cada uno con su material. Quedaron en verse temprano al día siguiente, para subir a internet las fotos y el artículo.

Mientras Matthew escribía su artículo, notó un picor bajo la piel. Hacía mucho tiempo que no tenía esa sensación en el cuerpo. Le recordó la vez en que le pusieron un diez en sus cuatro últimos exámenes, y esa otra en que Tine dijo que estaba embarazada. Ahora volvía a sentirlo. No de la misma forma, pero parecida. Antes de la cena del día siguiente, una gran parte del mundo periodístico, histórico y arqueológico habría visto su artículo o habría sabido del hallazgo a través de éste.

Resurrección del último vikingo — Un vikingo de hace seiscientos años ha aparecido esta semana en la capa de hielo de Groenlandia. Su cabello rojizo y una piel de reno desgarrada son todo lo que ha llevado consigo en su viaje de varios siglos. Según los investigadores, el hombre momificado se encuentra en tan buen estado que podrá contribuir, proporcionando datos fundamentales, a la investigación sobre la forma de vida de los nórdicos de Groenlandia y de los vikingos en general, pero también, en gran medida, sobre las causas de la desaparición de los nórdicos de Groenlandia después de haber estado asentados allí durante casi quinientos años. ¿Fue la guerra, la miseria o la falta de perspectivas lo que los obligó a regresar a regiones más pobladas de Escandinavia? ¿Y qué fue de los noruegos en el continente americano?

En cuanto envió el artículo, Matthew cerró el portátil y se dejó caer en el sofá. Cogió el plato de pan sueco y las láminas de chocolate que había preparado antes de ponerse a escribir.

Era una de esas cosas de Tine. Pan sueco. Preferiblemente con un montón de mantequilla y láminas de chocolate *light*. En los primeros años de su

relación montaban a menudo en bicicleta, y ella siempre preparaba sándwiches para la excursión. Muchas veces iban a una casa señorial blanca y entraban en la parte trasera del jardín, siguiendo un largo sendero en medio de un bosque. Tine tenía una bicicleta verde con una cesta blanca sobre la rueda delantera, donde llevaba los sándwiches y el agua.

El pan crujió en su boca. Seco, blando y dulce. Deseó poder decirle a Tine que la amaba. La cercanía y la sinceridad nunca habían sido su punto fuerte.

Se tragó el último bocado y miró la cajetilla de cigarrillos.

Nuuk, 9 de agosto de 2014

El viento había soplado durante la noche y una espesa niebla se había asentado sobre Nuuk. La visibilidad no superaba los diez metros. Todo estaba devorado por la gris manta noratlántica, que con su húmeda respiración devoraba casas y montes para fundirlos en un frío techo de nubes.

Todo había desaparecido. Por completo. El mar y las montañas que habitualmente Matthew veía desde su apartamento.

Aspiró con fuerza el humo del cigarrillo para que llegara hasta el fondo de los pulmones y lo retuvo allí unos segundos antes de liberarlo para entrar en la niebla.

Cuando había llegado a Nuuk unos meses atrás buscó un apartamento, pero no había ninguno libre, de modo que se instaló en uno prestado, en el segundo piso de una casa gris y amarilla con grandes ventanas en voladizo. El apartamento tenía unos cuantos muebles, y decidió quedarse allí, pues tenía todo lo que necesitaba. Dos habitaciones y un salón con espléndidas vistas a la zona sur de Nuuk, y un panorama fantástico del mar y algunas montañas lejanas; y, además, estaba a unos cinco minutos a pie del centro de la ciudad.

De un golpe con los dedos tiró la colilla y miró cómo descendía hacia la calle mientras daba un paso atrás y cerraba la puerta del balcón para volver al dormitorio y desaparecer debajo del edredón.

Recogió su iPhone, que estaba en el suelo, al lado de la cama, y miró el reloj. Sólo eran las siete y media, o sea, las once y media en casa, en Dinamarca. En casa. A lo mejor, su casa era ahora Nuuk. Había cogido el

trabajo por un tiempo indeterminado, porque en realidad no tenía nada a lo que considerar un hogar al que volver. Abrió el correo y repasó los últimos mensajes. Había enviado el artículo al redactor jefe a última hora de la tarde para que pudieran ponerlo online al día siguiente por la mañana temprano, si les parecía que todo estaba bien.

El mensaje era muy breve.

Excelente. Buen trabajo, Matthew. Sólo he corregido un par de cosas sin importancia. Hoy mismo lo hago traducir y lo colgamos online en danés y groenlandés, y acuérdate de que lo quiero también en inglés para poder mandar links por todo el mundo. ¿Sacasteis buenas fotos? Vuelve a contactar cuando esté online, así le echo un vistazo y envío los enlaces a los grandes medios de por allí.

Matthew abrió el documento y repasó el texto una vez más para asegurarse de que no había olvidado nada, lo corrigió en el mismo email y lo reenvió al traductor, que lo volcaría todo al groenlandés.

Con pereza abandonó el edredón y se sentó en el borde de la cama, desde donde pudo alcanzar los pantalones y ponérselos antes de dirigirse al baño.

El hombre del espejo tenía aspecto cansado. Pálido, flaco y roto. Ir a Nuuk no había servido para colorearle las mejillas, por mucho que el aire fuera inigualablemente limpio y claro. Pero él apenas había salido a tomar ese aire. Las mejillas y la barbilla estaban cubiertas por una espesa capa de vello de color rubio rojizo. Giró la cabeza un instante y estiró el cuello para poder ver la barba de debajo del mentón.

Unos días sus ojos eran de color gris azulado, otros más verdosos, y de vez en cuando tan sólo grises. Dependía del tiempo que hiciera, pero ya había podido comprobar que en Nuuk solían ser azules. Más a menudo que en casa, en cualquier caso. Justo al lado de la pupila del ojo izquierdo había una mancha negra, como si tuviera dos pupilas. Nunca había ido a que le analizaran aquella mancha, porque su madre decía que la había heredado de su padre y que no era más que un problema de pigmentación. Tine la llamaba

el *pozo extra de su ojo*. Un sitio en el que esconderse. Un escondite para los pensamientos.

No había ningún sitio en el que pudiera esconderse de sus pensamientos, de ninguna forma que fuera capaz de imaginar, de modo que, por primera vez desde el accidente, tenía la sensación de volver a ser persona. O algo parecido. Siempre había tenido problemas para dormir, pero ya no eran tan serios como antes. Ahora lograba dormir cuatro o cinco horas a lo largo de todo el día, mientras que sólo seis meses atrás le habría resultado imposible, porque los dolores del cuello y los dramáticos pensamientos no le concedían muchos minutos de paz. Sólo quedaban la violenta pesadilla, los dolores generalizados y los sudores nocturnos.

Unos golpes acuciantes en la puerta del piso lo sobresaltaron.

—¡Ya voy! —gritó, corriendo hacia la entrada—. ¡¿Malik?! ¿Qué...?

—Joder, han entrado en mi casa, tío.

—¿Qué? —Matthew le hizo un gesto para que pasara—. ¿Qué quieres decir?

—Sí, que han entrado a robar en mi estudio. Se lo han llevado todo. ¡Joder, mierda, todo!

—Anda, entra. No sé qué decir. Ni siquiera sabía que tuvieras un estudio.

Malik entró dejando a un lado a Matthew y dando largas zancadas nerviosas hasta dejarse caer en el sofá del salón.

—Eso da igual, pero se lo han llevado todo, tío, todo. Se lo han llevado todo. La cámara, las tarjetas de memoria, el ordenador... Todo.

—¿Cómo ha sido? ¿No guardas esas cosas en casa?

—Claro que sí, pero he dormido en casa de mi novia y cuando he vuelto a la mía... Zas. Todo había desaparecido.

—¿Tienes seguro? Sé muy bien que eso no es lo único importante, pero no viene mal recuperar el dinero.

—Sí, sí, todo está asegurado, pero me pregunto por qué me lo habrán robado todo. Incluso se han llevado los *pendrives* y las jodidas tarjetas que

tenía por allí. ¿Por qué?

Matthew se encogió de hombros.

—¿Has avisado a la policía?

Malik hizo un gesto de desdén, levantando una mano.

—Todavía no... Escucha, tío. Esas cosas no se pueden vender en Nuuk, porque todos saben que se trata de mi cámara y de mi ordenador, te lo aseguro; para encontrar a alguien que quiera comprar mis trastos tendrán que sacarlos de la ciudad en barco y navegar lejos. No, tío. Nunca volverán a aparecer.

—No lo comprendo.

—Yo tampoco. No tiene sentido que alguien de aquí me robe el material.

—¿Y se han llevado todas las fotos? —preguntó Matthew.

—Sí, todo. Cámara. PC. Tarjetas. Fotos. Todo.

—¡Joder! Y tenemos que publicar online hoy mismo. —Matthew se llevó las manos a la cara con un movimiento lento—. Voy a llamar al redactor jefe, quizá podamos volver al glaciar hoy mismo a sacar nuevas fotos, y tú tienes que llamar a la policía para denunciar el robo.

—Vale, de acuerdo —dijo Malik en tono decidido—. Pero larguémonos, luego avisaré a la policía.

El Bell Huey de Air Greenland saltaba entre el estruendo provocado por el rotor al girar en su viaje hacia el extremo de la capa de hielo.

Además del piloto iban los cuatro científicos de la víspera, así como Malik, Matthew y Ottesen, que debía relevar a Aqqalu en la vigilancia de la momia.

Matthew iba sentado en el costado meridional del helicóptero, y veía el sol detrás de los grandes estabilizadores cuadrados.

Durante el trayecto, contemplaron montes grisáceos con un entramado de largos bancales que se curvaban. En varios lugares se veían grandes ríos de nieve que se escondían bajo la protección del frío y la oscuridad de alguna grieta, mientras que en otros puntos los montes estaban cubiertos de verde vegetación veraniega. El mar era de un azul poderoso, salpicado de témpanos blancos y turquesa que se habían separado de los extremos de la banquisa en el fondo de los brazos más profundos de los fiordos.

El helicóptero se escoró a la derecha y Matthew se sintió presionado contra la deslumbrante superficie grisácea del mar.

—¿Ves esas dos huellas en el agua, allí? —preguntó Malik, señalando hacia abajo.

—¿Dónde hay un poco de espuma?

—Sí, justo. —Malik asintió con movimientos rápidos de la cabeza—. Acaban de salir dos ballenas a respirar. Yubartas, creo. Tenían colas anchas y manchadas.

—Ya se han ido, ¿no?

—Bueno, volverán a salir un poco más adelante en la dirección de las

huellas. Ahora no hay barcas que puedan importunarlas.

El mar se convirtió en cielo cuando el helicóptero se estabilizó. Volvió a mirar el paisaje. Habían seguido el brazo del fiordo la mayor parte del recorrido, pero ahora habían cambiado de rumbo y pasaban sobre una amplia zona de montes oscuros. Las manchas de hielo eran más grandes a medida que se acercaban. Delante de ellos empezó a hacerse más intensa la punzante luz blanca del glaciar.

—¿Sabías que este glaciar es más grande que Francia? —comentó Matthew sin apartar la vista del cristal del portón lateral.

—¿Que Francia? —repitió Malik—. No, jamás lo he pensado. — Alrededor de su cuello colgaba una cámara que había tomado prestada en el periódico.

Matthew movió la cabeza para mirar al hombre de mediana edad que trabajaba en el museo.

—¿Han averiguado algo más sobre el nórdico?

El hombre sacudió la cabeza.

—No, pero confiamos en encontrar respuestas pronto. No tenemos la seguridad de que se trate de un nórdico, pero me resulta difícil pensar otra cosa; ¿quién podría ser si no el individuo que hemos encontrado en el borde del glaciar, momificado y envuelto en una piel de reno?

—Pero ¿la extensión del hielo no era mayor en la época en que estaban asentados aquí los nórdicos?

El hombre del museo levantó la mirada.

—Sí que lo era, y eso me intriga a mí también. Supongo que muy cerca de allí había un refugio de cazadores.

—Pero eso no explica que alguien desnudo y envuelto en una piel cayera por una grieta, ¿no?

—Siempre anda usted buscando un crimen, ¿verdad?

Matthew asintió.

—¿No pudieron matarlo en una lucha con los inuit o tirarlo por la grieta

como víctima de algún sacrificio?

—Sería muy atípico que hubiera un sacrificio humano en un momento tan tardío de la Edad Media, pero las condiciones debieron de ser extremas en los últimos decenios de los escandinavos en Groenlandia, de modo que tampoco se puede descartar. —Se pasó una mano arriba y abajo por su espesa barba—. Los tiempos difíciles empujan a veces a la gente a abandonar la moral y la ética.

—¿Y posibles luchas, entonces?

—¿Quiere decir que podrían haberlo matado los inuit?

—Sí, algo por el estilo.

—En realidad, no había inuit en toda la zona sudoccidental de Groenlandia cuando llegaron los nórdicos, de modo que esta tierra pertenecía a los nórdicos, no a los inuit; pero las muchas expediciones de los nórdicos hacia el norte empezaron a atraer a los inuit hacia el sur, de manera que éstos se fueron acercando cada vez más. No es inimaginable que los inuit les cogieran el gusto a las ovejas de los nórdicos: eran fáciles de capturar y sabían bien..., y eran muy diferentes de los peces y las focas de los que se habían alimentado durante muchas generaciones... Y sí, tampoco es descartable que, aunque hubiera otros motivos, los inuit contribuyeran a expulsar a los nórdicos de sus tierras.

—Un momento —dijo Matthew sacando el móvil—. Voy a tomar unas notas, si hay cobertura... Bien... Estupendo, pero entonces los daneses no les quitaron las tierras a los inuit, sino que los inuit se las arrebataron a los escandinavos hace trescientos años.

—Es una tesis difícil, y carecemos de pruebas; además, si yo te doy una patada ahora, eso no te da derecho a devolverme la patada dentro de veinte años.

—Pero los inuit llegaron a la región después de los escandinavos y se instalaron en las tierras de los nórdicos, ¿no es eso?

—Sí, en parte es así. Pero es poco probable que hubiera enfrentamientos,

aunque en la *Historia Norvegiae* se cuenta que algunos cazadores nórdicos se toparon con unos hombres de pequeña estatura, a los que llamaron *skrællinger*, y que esos hombres tenían heridas leves o graves; es decir, eran superficiales y casi no sangraban cuando no eran profundas, mientras que sangraban a borbotones si las heridas eran mortales. —Se encogió de hombros—. Resulta extraño por qué se decidió anotar como algo importante eso de las heridas leves y mortales, a no ser que tuviera algo que ver, precisamente, con posibles combates, sobre todo si tenemos en cuenta que en el mismo pasaje se nos dice que los *skrællinger* utilizaban como armas dientes de morsa y piedras afiladas.

—¡Eh, Ottesen! —La voz del piloto resonó en la cabina trasera y atrajo la atención de todos—. Ottesen, ven un momento a echar un vistazo. Creo que tenemos un problema.

Matthew se dio cuenta de que los tres investigadores daneses habían empezado a mirar por toda la cabina mientras susurraban y hacían gestos.

—¿El motor hace un ruido raro? —preguntó Matthew.

—No es eso —dijo Malik abruptamente. Tenía la mirada fija en el cristal, justo en la dirección de vuelo.

—¿Y entonces...?

—Mira ahí delante.

Matthew vio que el hombre del museo se inclinaba hacia delante para mirar al exterior, y él también acercó la cabeza lo más posible al cristal. Estaban en el borde del glaciar. Debajo de ellos se extendía una masa de hielo compacta. El blanco se expandía hasta donde llegaba la vista, tan puro que dañaba los ojos. Millones de cristales blancos. Excepto en un sitio. En un solo lugar. Justo donde habían encontrado la momia del nórdico y Aqqalu había hecho guardia. El hielo allí tenía un brillante color rojo.

En la cabina se hizo el silencio. Sólo se oía el runrún de las aspas del rotor.

—¿Es ése...? —Matthew se puso en pie—. ¿Es Aqqalu?

—Conozco a Aqqalu —murmuró Malik—. Fuimos juntos al colegio.

—Pero...

—A lo mejor es alguna otra cosa.

El hombre del museo se dejó caer en su asiento.

—¿Pensáis que es él? Pero ¿cómo?

—Nanok —continuó Malik en voz baja. Su mirada no abandonaba ni por un segundo el hielo extendido a sus pies—. Ya dije que era necesario tocar el tambor antes de que alguien se quedara a pasar ahí la noche. No se puede sacar a la luz a una vieja alma muerta de esa forma.

—Estamos aterrizando. —La voz de Ottesen atrajo la atención hacia él—. Quédense aquí mientras salgo y aseguro la zona. El Sikorsky despegará de Nuuk dentro de diez minutos y vendrá directo hacia aquí. Los enviaremos de vuelta en él enseguida, ¿de acuerdo?

Matthew se inclinó hasta casi pegar la cara al cristal. El hielo relucía. El rojo relucía. Se iban haciendo más grandes. El helicóptero dio una sacudida y se deslizó hacia el lugar donde Aqqalu tendría que haber estado esperándolos. Matthew no sabía si debía hacerlo o no, pero de pronto, y casi a cámara lenta, Malik sacó la cámara y apretó el disparador apuntando hacia el glaciar.

Aqqalu estaba desnudo. Su ropa permanecía tirada en un montón a poca distancia del cuerpo. Estaba tumbado en el suelo, con la cara hacia arriba, los brazos estirados a los lados y el vientre rajado desde la entrepierna hasta el esternón. La piel y la carne del vientre estaban abiertas hacia los lados y colgaban sobre el hielo. El agujero estaba lleno de sangre reseca, al igual que la piel y la carne, retorcidas del revés. Las puntas de las costillas inferiores lucían blancas en medio del negro y el rojo. El vientre estaba vacío. Gran parte de los intestinos estaban fuera del cuerpo, desparramados sobre el hielo, y el resto de las vísceras parecía haber desaparecido. Las huellas de sangre se extendían más de un metro alrededor del cadáver.

—Eso no lo ha hecho un oso polar —murmuró Malik inquieto.

El helicóptero chocó con fuerza, inesperadamente, contra el hielo, y todos dieron un brinco. La cabeza de Matthew topó contra el cristal.

Ottesen salió de un salto e hizo un gesto al conductor del helicóptero para que lo elevara. La mirada de Matthew rebuscó por el pequeño campamento.

—¿Trasladaron ayer la momia? —Se volvió y miró a los tres investigadores—. ¿Trasladaron la momia ayer?

Uno de ellos sacudió la cabeza.

—No.

—Ya no está —musitó Matthew volviendo a contemplar el frío cristal. Debajo de ellos la mancha roja era cada vez más pequeña. En medio de ésta yacía Aqqalu destripado y, muy cerca de él, estaba Ottesen arrodillado sobre los cristales rojos que absorbían lo que el día anterior había sido la caliente sangre de Aqqalu.

Matthew estaba sentado a su mesa de la redacción, mirando Facebook sin prestar atención. En menos de veinticuatro horas había tenido en las manos una primicia mundial y había visto cómo se le escapaba al transformarse en un asesinato.

El artículo sobre el hombre del hielo estaba abierto en la pantalla grande y Facebook en su portátil enchufado a la red, donde solía tener abiertos los buzones. Lo había acabado, pero ahora no servía de nada. La orden era que no podía publicarse ninguna cosa sobre el asunto. Ni una sola palabra y ni una sola foto. Ni sobre el hombre del hielo ni sobre la muerte de Aqqalu. La decisión había llegado de arriba y, tal como la formuló el redactor jefe, estaban obligados a respetar la investigación de la policía.

Matthew habría preferido enviar a todo el mundo su artículo acerca de la momia del norte, asumiendo la responsabilidad y señalando que la gente de la universidad y el hombre del museo podían confirmar el hallazgo, pero eso no hizo cambiar de idea al redactor jefe. «No está en mi mano, Matt —le había dicho—. Ésta es una comunidad pequeña. Estamos obligados a obedecernos unos a otros, y en estos momentos es a mí a quien le toca obedecer a los que están buscando al asesino de un policía. Si filtras algo —añadió con gesto de cansancio—, tendremos que echarte del periódico.»

Matthew cerró con un suspiro el artículo. Alguien le había dejado en la mesa un dulce antes de volver del glaciar. Una barra de frambuesa, seca y ancha. Pálida. Igual que él. Se pasó la mano por la barbilla y sintió que le arañaba la palma.

«¿Quién demonios es capaz de destripar a un agente de policía y largarse

con una momia? Y nada menos que en Nuuk, a más de tres mil kilómetros del Stenbro de Copenhague y otros tantos del Bronx de Nueva York.»

Matthew apartó el plato.

Ni siquiera podían escribir sobre Aqqalu. Primero debían informar a su familia, lo que evidentemente llevaría un tiempo, pues sus hermanos mayores estaban cazando renos en algún sitio recóndito y tardarían días en regresar a casa.

—No estés tan cabizbajo, hombre.

La voz del jefe atrajo la mirada de Matthew. Con frecuencia paseaba entre las mesas y se ponía a charlar con algún miembro del equipo.

—Lo descubriremos, ¿verdad? Perdona que haya sido tan inflexible. Pero es que al llegar la consigna de arriba tenemos que saber esperar, ése es el juego al que jugamos.

—No pasa nada —dijo Matthew mirando al redactor jefe, un hombre de baja estatura, en torno a la cincuentena, con la piel y el cabello claros y al menos con veinte kilos más de lo que habrían querido sus pantalones—. Ha sido terrible lo del agente. Estaba... Estaba abierto en canal.

—Sí, yo tampoco he vivido jamás nada parecido a lo de las últimas veinticuatro horas. —El redactor se encogió de hombros. El penúltimo botón de su camisa se le desabrochó, como le pasaba a menudo, y se vio un poco de piel clara—. Pronto podremos escribir sobre todo esto, seguro. Habrá tiempo. —Se dio la vuelta para seguir la ronda, pero se detuvo otra vez—. Oye..., si necesitas hablar con un psicólogo, puedo buscarte uno.

Matthew sacudió la cabeza.

—No..., no, pero gracias. Sólo tengo que encontrar algo nuevo que meterme en la cabeza para que las imágenes del glaciar no estén todo el rato paseándose por la mente, aunque al final también nosotros acabemos indagando en el crimen.

El redactor jefe asintió.

—Si necesitas entretenimiento y algo en lo que centrarte, aquí en Nuuk

hubo unos asesinatos bestiales durante los años setenta a los que quizá valdría la pena echar un vistazo. Bueno, fue mucho antes de mi época, pero lo que quiero decir es que oí hablar de ello hace un par de años. Por lo demás, está todo olvidado, porque no pude encontrar nada, aunque tampoco busqué muy a fondo ya que carecía de un contexto y los archivos son una locura. Puro papeleo. Cada década que retrocedes es como si fuera un siglo. Pero creo recordar que era algo parecido al crimen de hoy. —Se pasó una mano por la cara, como para quitar importancia a lo que decía—. Pregúntale a Leiff, estará abajo, si es que está. Debía de ser muy joven entonces. Lleva cien años en el periódico, por lo menos.

—Leiff. Vale. Bajaré dentro de un rato y veremos si encuentro algo útil. Si lo hay, ¿podré escribir sobre ello?

—Sí, creo que no habrá problema. Bueno, no es que se trate de una exclusiva mundial con los años que han pasado, pero si de verdad apareciera algo interesante serviría para sacar a la luz unos cuantos esqueletos y asegurarte un puesto, al menos en este lugar. Pese a todo, se trata de uno de los casos de asesinato más crueles en todo el norte que están aún sin aclarar.

—Me da igual el resto del mundo, pero sí que me apetece pensar en otra cosa, así que gracias. Veré a Leiff y echaré un vistazo.

El redactor jefe asintió y se frotó un ojo.

—En fin, me cuesta imaginar que puedas sacar nada grande de eso, pero a veces uno consigue hacer desaparecer los pensamientos cuando se mete en alguna historia sin mucha trascendencia. Yo también uso ese método cuando estoy harto de todo.

Matthew volvió la mirada a su pantalla.

El redactor jefe le dio unas palmaditas en la espalda.

—Por lo demás, ¿estás bien? ¿Te encuentras bien en Nuuk?

—Estupendamente —afirmó Matthew, mirando de reojo el rostro claro de su jefe—. Vivo día a día. Aquí todo es diferente. La naturaleza es fantástica.

—Eso suena bien. ¿Y el piso está como es debido?

—Sí, fantástico. Gracias.

—Genial. Avísame si hay algo.

Matthew asintió y volvió a coger el ratón para buscar algo en Google sobre los crímenes de los años setenta, pero no encontró nada y, con un suspiro de decepción, lo apartó de nuevo.

Si era cierto que hubo crímenes en Nuuk en los años setenta que recordaban al del glaciar, le gustaría saberlo, aunque sólo fuera por poner las cosas en perspectiva para cuando pudiera escribir sobre el asesinato de Aqqalu.

Leiff estaba en su rincón, como siempre, y en cuanto Matthew le mencionó los crímenes, hizo una señal de asentimiento, pero también miró a su alrededor y dijo que sería mejor que salieran a dar una vuelta. A Matthew le pareció muy bien porque, independientemente de lo que quisiera contarle el anciano, no era ninguna tontería absorber algo de los cuarenta años de su experiencia periodística.

Al poco, los dos hombres pasaron por el gran edificio pardo de Tele-Post y bajaron por el local más reciente del supermercado Brugseni. Desde allí cruzaron el paso de cebra entre Brugseni y el hotel Hans Egede. El sol se había instalado sobre la ciudad y jugueteaba en las largas filas de ventanas del hotel, que lucían doradas entre las franjas y los cuadrados blancos y azules del resto de la fachada.

—Cuando tenía diez años, se construyó un gigantesco bloque de viviendas en esa plaza de ahí. —Leiff señaló el gran espacio vacío con suelo de grava que se extendía entre el centro de la ciudad y una fila de envejecidos bloques grises—. Había grandes ambiciones, y en aquel momento fue el mayor edificio de viviendas de todo Dinamarca. Doscientos metros de largo y trescientas veinte viviendas, pero, como sucede tantas veces, las ambiciones no coinciden con la realidad.

Matthew observó aquel espacio parduzco que ahora estaba lleno de pistas de colores para *skates*, elevaciones de tierra y soportes para prácticas de escalada y juegos diversos. Detrás de ese espacio se veían las fachadas de seis bloques de viviendas de color gris claro que debían de ser tan viejos como el que ya había desaparecido. En una de ellas había una pintura

enorme, de varios pisos de altura, en tonos turquesa y gris, del rostro arrugado y sonriente de un viejo inuit.

—Muchas de las familias que se trasladaron a la ciudad —continuó Leiff— llegaban de pequeños poblados, y sencillamente eran incapaces de soportar un apartamento cerrado tan alejado de su aldea natal. Creo que la política más fallida que ha habido nunca en este país fue pretender que todos fueran daneses en la provincia que era entonces Groenlandia. Las personas de aquí estaban acostumbradas a vivir en su aldea en estrecha relación con la naturaleza, un día sí y otro también. Era en ella donde vivían, donde cazaban su comida y respiraban aire libre. Aquí dentro no podían ni respirar. Ni siquiera entendían el concepto de vivir en un cajón como éstos tan por encima de la tierra. La mayoría tenía las ventanas abiertas las veinticuatro horas del día, y algunos incluso encendían hogueras en los salones. Eran exiliados en su propia tierra. —Hizo una pausa—. Pero bueno, no era eso lo que me preguntabas, aunque todo está relacionado.

—No hay ningún problema —dijo Matthew—. Quiero saber todo lo posible sobre la historia de la ciudad y de sus gentes, y no hay nada mejor que este paseo... ¿Qué fue del bloque en cuestión?

—En Nuuk hay muchos de esos viejos bloques y siguen en pie, aunque deteriorados y agrietados. Cada uno tiene un número, menos el más grande de todos, que era el que estaba aquí. Se llamaba *Bloque P*. Como si desde el principio hubieran imaginado que terminaría sus días como un carísimo símbolo de las lacras mentales de Nuuk. Lo derribaron en 2012, aunque yo diría que lo hicieron cincuenta años más tarde de lo debido. —Ladeó la cabeza y miró a Matthew—. ¿Has comido bien? Pareces un poco cansado.

—No, no he conseguido comer, pero no pasa nada; ahora lo que me intriga es cuál es la relación del Bloque P con los crímenes por los que te he preguntado.

Leiff asintió y señaló el café del centro comercial Pisiffik, en la esquina del hotel Hans Egede.

—Vamos al Café Mamaq. —Se rascó la nariz—. Bueno, eso fue en los años setenta. Sí, fue entonces, porque cumplí los dieciocho ese invierno, de modo que fue en 1973, a finales de año. Con anterioridad había habido un caos monumental con el lío de si Groenlandia tenía que estar integrada o no en la Unión Europea, la crisis del petróleo y todo lo que quieras. Pero cayó como un rayo en un cielo despejado y golpeó a una pequeña sociedad que, aunque estaba acostumbrada a la violencia entre las cuatro paredes de una casa, no lo estaba a verla en el espacio público. Encontraron a cuatro hombres de mediana edad. Despellejados y destripados desde el bajo vientre hasta el esternón... Y les habían sacado del cuerpo todas las vísceras. —Arrugó la frente—. Ahora que lo pienso, es terrible. Pero hace tanto tiempo que está casi olvidado.

—Despellejados —repitió Matthew. Su mente se había fijado en esa palabra—. ¿Se puede despellejar a una persona?

—Bueno, yo no lo vi —dijo Leiff encogiéndose de hombros—. Pero sí, estaban despellejados, eso es lo que se contaba en la ciudad. Sencillamente, les separaron la piel del cuerpo con un cuchillo *ulu*¹ y tiraron de ella, y además, como te he dicho, les sacaron las vísceras.

—Destripados y vaciados como un animal cazado —remarcó Matthew—. Igual que Aqqalu.

—Exacto, pero él no estaba despellejado, por lo que sé.

Matthew negó con la cabeza.

—No —dijo con voz ronca—. Parece ser que no.

—Y desde el crimen del Bloque P creo que no ha sucedido nada parecido, y de eso hace mucho tiempo. —Leiff frunció las cejas—. Por otro lado, esos cuatro muertos apuntaban a algo distinto.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que creo que, aunque nunca se aclararon, esos crímenes fueron fruto de una venganza.

—¿Una venganza?

—Sí. En 1973 desaparecieron también dos niñas.

—¿Tenían relación con los asesinados?

—Sí. Eran dos niñas de diez u once años, por lo que recuerdo, y nunca aparecieron.

—¿Por qué se pensó que formaban parte del mismo caso?

—Dos de los muertos eran los padres de las dos niñas.

Leiff y Matthew llegaron a la puerta de cristal que daba acceso al Pisiffik y al Café Mamaq, y Leiff la empujó para abrirla.

—En realidad, no recuerdo por qué no hubo forma de solucionar los crímenes. Debemos de tenerlos en los archivos.

En el quicio de la puerta, Matthew golpeó con el codo a una joven con la cabeza rapada por completo.

—Perdón —se disculpó, y la miró a los ojos un instante. No había rastro de maquillaje. Sólo una mirada furiosa que se clavó con desprecio en él y luego en Leiff. Apretó los labios y salió sin decir nada.

Era delgada y relativamente alta. Sus pantalones militares negros se ceñían a las piernas y acababan en unas botas militares ya gastadas. No llevaba jersey ni chaquetón, sólo una camiseta negra sin mangas, más ceñida aún al cuerpo que los pantalones. De uno de los hombros le colgaba un rifle bastante antiguo, con culata de madera y mira telescópica. En la mano derecha llevaba un *ulu*. En la izquierda, una botella de agua.

Los ojos de Matthew siguieron a la chica mientras se alejaba. El arma. El cuchillo. Los músculos. Los colores.

Los brazos, los hombros, el cuello y toda la zona visible hasta las clavículas estaban cubiertos de flores y hojas tatuadas. Pero no eran delicadas y bellas, sino turgentes y retorcidas, la envolvían. No había nada más. Aparte de en la parte interna de los codos, donde tanto en el brazo izquierdo como en el derecho brotaba desde lo más hondo de la hojarasca una serie de dientes. Dientes desnudos, bastos, grandes como dedos, apretados en un gesto de

furia. Un destello congelado, dibujado, de cráneos encolerizados. Su cuerpo era fuerte y musculoso.

—Una mujer especial, *ilaa*?

Matthew sintió una mano sobre el hombro y se volvió hacia Leiff.

—Ella, sí... Sí.

Leiff se dio una palmada en el vientre.

—¿Y si nos tomamos un tentempié? Me entra hambre cuando voy por ahí a estas horas.

Matthew asintió con movimientos lentos.

—Me gustaría ver los archivos cuando acabemos de comer.

—Claro, no hay problema. —Leiff puso de nuevo la mano sobre el hombro de Matthew—. Te indicaré el camino al sótano, pero si vamos a escarbar en este asunto, debemos hacerlo en silencio, porque un caso de crímenes tan violentos no se queda sin resolver a no ser que haya fuerzas poderosas que así lo han querido.

Los archivos del periódico eran las dependencias más oscuras que había visto Matthew, y lo cierto era que creía haber visto muchas. Las paredes estaban moldeadas en cemento gris oscuro, lo que le recordaba a la Europa del Este anterior a la caída del Muro. A lo largo de las paredes se alineaba una estantería metálica tras otra.

Leiff le había conducido a aquel lugar de los sótanos, donde estaba seguro de que se podría encontrar algo sobre los crímenes, si es que existía algo. No había nadie encargado de controlar lo que se guardaba en el sótano una vez que lo encerraban allí. Quien dejaba el archivo solía saber dónde estaba almacenado y olvidado, pero si esa persona dejaba de trabajar en el periódico, la ubicación se perdía para siempre. Leiff, sin embargo, tenía cierta idea de por dónde andaban los archivos de principios de los años setenta. Pero no estaba seguro, y no podía pasar el día entero en el sótano, pues tenía que salir a hacer una entrevista. Así que prometió ponerse en contacto con su esposa, que trabajaba en el ayuntamiento, y con un buen amigo del hospital para convencerlos de que echasen un vistazo a sus propios archivos por si encontraban algo sobre los cuatro crímenes.

Después de pasar varias horas en el sótano, Matthew se sentó sobre una pila de periódicos y miró a su alrededor, a punto de darse por vencido. Sobre él brillaba una única bombilla colgada de un cable, y más cerca de la pantalla colgaba otra. La luz que emanaba de ambas parecía que fueran amarillentos cuscos de una seta lobo en el aire seco del sótano, pero más adentro la oscuridad era aún mayor; Matthew no tenía ni idea de hasta dónde se extendía el sótano en esa negrura.

Al lado de su pie derecho había un periódico con la portada hacia arriba. «Grønlandsfly aumenta su flota de tres a ocho helicópteros Sikorsky S-61 y abrirá un nuevo helipuerto en Ammassalik en verano.» Tiró el periódico y se puso a rebuscar en otro montón, mirando los titulares.

«Joder», susurró mientras abría un diario del 25 de octubre de 1973. Se había estrellado un helicóptero justo al sur de Nuuk, y en el accidente habían muerto los quince ocupantes.

Inclinó la cabeza hasta ocultar el rostro tras las palmas de las manos y apoyó los codos sobre las rodillas. Los dedos le olían a polvo viejo de periódico. El cuerpo ensangrentado de Aqqalu se colaba en sus pensamientos. Los hombres destripados. Las niñas desaparecidas. El helicóptero. Tine y el suelo del coche. El olor a tragedia, a hierro, a aceite y muerte.

Cuando murieron Tine y Emily, el mundo se detuvo a su alrededor. No era que antes se moviera demasiado, pero sin ellas había muerto.

Era un coche rojo con cuatro rumanos. Los adelantaron en una curva, pero no se alejaron lo suficiente antes de volver a su carril y golpearon al Golf, que chocó contra el asfalto y salió violentamente de la carretera hasta caer sobre un terraplén. Él estuvo consciente todo el tiempo y notó cada golpe en el cuerpo, el cuello y el rostro mientras el coche caía rodando. Tenía fragmentos de cristal en el cuero cabelludo y en una mano que no sabía de dónde habían salido. Le manaba sangre de la cabeza y tenía que quitársela de la cara todo el tiempo. Tina estaba en silencio, ni siquiera había gritado. O quizá sí. No lo sabía cuando la vio después de que el coche dejara de dar vueltas. Tenía los ojos abiertos, sangraba por los oídos. Estaba inmóvil. Se estaba muriendo. Matthew salió a gatas por la ventanilla de la puerta delantera destrozada. Encontró una granja, la sangre le goteaba hasta el suelo. Eso era lo que mejor recordaba. También vio un caballo. Un caballo en el campo en que se había estampado el coche. Eso lo recordaba. Y luego la ambulancia. Se acordaba de la enfermera del hospital quitándole los cristales del cuero cabelludo sin que él sintiera nada en absoluto, aunque oía crujidos y

un ruido parecido al de cuando se rompen los huesos para sacarles el tuétano. Recordaba el collarín que le pusieron para sujetarle la nuca y el cuello. El rostro gris y silencioso de Tina en el trayecto en la ambulancia. Luchaban por reanimarla mientras él miraba. Pero la sangre había dejado de brotar cuando estaba todavía entre los restos del coche. En cambio, la cara de Matthew seguía sangrando. Entonces empezó la oscuridad. Una oscuridad en la que cada minuto parecía un día entero. Días sin dormir y noches atormentadas por los dolores del cuello que empezaron varias horas después del accidente para no desaparecer ya nunca más. El entierro. Los largos meses con citas diarias en el fisioterapeuta. La máquina que le estiraba el cuello. Bolsas térmicas. Ultrasonidos. Los miles de palabras asegurándole que se recuperaría por completo.

Matthew respiró hondo y sintió las lágrimas bajándole por el dorso de las manos y por los brazos. Levantó la cabeza y se dio unos golpes en la frente con los nudillos. Sorbió fuerte por la nariz.

Sentía seco el aire, que se le metía por los ojos. Se incorporó y se dirigió a otra pared con una estantería metálica sobrecargada de periódicos. Encendió un cigarrillo y levantó un montón mientras decidía si tenía que seguir buscando o no.

Fue sacando un montón tras otro y poniéndolos en el suelo para repasarlos mientras el tiempo se escapaba con pesadez, sin esperanza. Llenó de colillas el cuenco metálico que había dejado a su lado. Tenía la cabeza tan llena de titulares que estaba a punto de reventar. Hacía mucho que debería haberse trasladado a un archivo de datos todo lo que se guardaba en ese sótano, pero semejante tarea debía de resultar espantosamente abrumadora.

Cuando Leiff volvió a entrar por la puerta, Matthew estaba tumbado en el suelo en medio de un número incontable de periódicos antiguos y con un

cigarrillo colgando de la boca. El inesperado y repentino ruido de la puerta le hizo sentarse.

—¿Tú sabes la hora que es? —preguntó Leiff frunciendo la frente—. Y creo que aquí no está permitido fumar.

—Ni siquiera he consultado el reloj, pero seguro que es tarde —respondió Matthew con voz ronca y mirando a su alrededor mientras se apresuraba a apagar el cigarrillo—. Supongo que esto no lleva a ninguna parte, así que... perdona.

—Ya te lo había dicho, pero escucha, me han llamado del hospital. Han encontrado los informes de las autopsias de los cuatro hombres, y los he convencido para que los escaneen y me los envíen por email. Te los he reenviado a ti para que los imprimas, pero, como no respondías, he decidido comprobar si seguías aquí.

—Aquí no hay cobertura de móvil, pero gracias, eso suena muy bien. Y además estoy harto y tengo la cabeza cargadísima con todo este polvo.

—Espera un momento —prosiguió Leiff—. He echado un vistazo a los informes. ¿Qué año tienes ahí? ¿Es 1973?

Matthew asintió y miró el periódico que tenía en las manos.

—Octubre.

—Tienes que buscar noviembre. Es cuando aparece la primera víctima. Pero vámonos, necesitas comer algo. No quiero arriesgarme a que mañana por la mañana sigas aquí. Además, debes de estar muriéndote de sed. Mi mujer ha preparado tocino asado, pero esta tarde tenía que salir, así que ¿por qué no te vienes a mi casa? Es demasiada comida para mí.

—Gracias, encantado —contestó Matthew. Cogió del suelo el cuenco de las colillas y se levantó.

—Matthew Cave es un nombre un tanto curioso para un danés, ¿no? —opinó Leiff.

—Mi padre era estadounidense —dijo Matthew, haciendo un gesto con la cabeza—. Me llamo como él... También es suyo el defecto del ojo.

—A mí me parece que lo que llamas *defecto* resulta un tanto chamánico —comentó Leiff—. Un ojo capaz de ver en dos mundos.

—Gracias, pero no es más que un simple ojo.

—¿Tu padre dice lo mismo de su propio ojo?

Matthew sacudió la cabeza.

—No lo sé. Desapareció poco después de que yo cumpliera cuatro años.

—¿A qué se dedicaba?

—Era militar, estaba en la base aérea de Thule, y fue allí donde conoció a mi madre. —Matthew sonrió—. De hecho, yo nací en Groenlandia. Curioso, ¿no?

—Pues sí que lo es —dijo Leiff—. Pero ahora me ha entrado curiosidad. ¿Tu padre se quedó en el norte?

Matthew se encogió de hombros.

—Ni idea. Por lo que sé estaba en Nuuk entonces y pensaba ir a Dinamarca a visitarnos a mi madre y a mí, que vivíamos allí, pero nunca llegó, y jamás hablamos de ello, porque mi madre no tenía la menor idea de qué había sido de él. El mundo es muy grande.

—Sí, pero Nuuk es muy pequeña. ¿Cuándo ocurrió eso?

—Lo último que supimos de él fue por una tarjeta postal que envió desde Nuuk a mediados de agosto de 1990.

—¿Y cómo se llamaba?

—Se... —Matthew vaciló y bajó la mirada—. Se llamaba Tom Roger Cave.

—Me encanta rastrear cosas —dijo Leiff—. ¿Me permites que busque a tu padre?

—No hay problema. Pero no creo que se le pueda encontrar.

—Seguramente tienes razón —apuntó Leiff—. Veremos. Aquí la gente acostumbra a desaparecer, pero casi siempre reaparece.

Nuuk, 10 de agosto de 2014

El cuerpo de Ari Rossing Lyngø fue encontrado el pasado jueves, pero hasta esta misma semana la policía de Godthåb no ha proporcionado los correspondientes informes a nuestro periódico. Está claro que se trata de un crimen especialmente macabro, pues Ari Rossing Lyngø fue hallado muerto y despedazado como si se tratara de una presa de caza. En este diario no entraremos en detalles, pero la policía de Godthåb ha prometido informarnos del crimen, así como de otros dos crímenes semejantes que han tenido lugar en el Bloque P. La policía de Godthåb querría ponerse en contacto con cualquier persona que pueda aportar alguna clase de información que contribuya a aclarar el caso. Para mayor información, contactar con Jakob Pedersen en la comisaría de Godthåb. Incluimos la fotografía de los tres hombres de cuando aún vivían, así como sus nombres completos.

Matthew dejó caer el periódico sobre la mesa y cogió uno de los informes de la autopsia. Había dedicado la mayor parte de la noche a buscar periódicos, y tras reunir todos los números de noviembre se los había llevado a casa por la mañana, donde se dio cuenta de que estaba por completo agotado.

Había cuatro informes de autopsias, pero en el periódico sólo se mencionaba a tres hombres. Matthew supuso que el cuarto habría sido asesinado después de que se escribiera el artículo.

Dejó los informes en la mesita del sofá. Cuatro hombres. Tres de ellos tenían rostro. Matthew se puso a subrayar con un rotulador amarillo, palabra por palabra, todo lo que se repetía en los informes mientras intentaba hacerse una idea de quiénes eran los cadáveres.

Todos eran groenlandeses y procedían del Bloque P. Tenían entre treinta y cuarenta años, y no se señalaban rasgos físicos especiales en ninguno de ellos. Probablemente eran hombres que habían crecido en aldeas, y que

habían pasado mucho más tiempo cazando y pescando que asistiendo a la escuela.

Tampoco había nada de especial en la estatura y las medidas de los hombres. Eran más pequeños que el danés promedio, pero eso era de esperar en unos hombres que, genéticamente, descendían de pequeñas comunidades inuit con escasa influencia danesa.

Lo único llamativo de verdad en los informes era la forma en que habían muerto. A los cuatro los habían despellejado y rajado desde el bajo vientre hasta el esternón, y les habían cortado las vísceras con un instrumento afilado, un *ulu* según las investigaciones de la policía. En el último de los cuatro informes, elaborado por otro funcionario, se añadían varias observaciones. Al realizar un estudio más detenido, se hallaron señales de que a las dos últimas víctimas se les había introducido en la boca un objeto blando de manera violenta. No se pudieron examinar a las otras para comprobar este hecho, pues sus cuerpos ya habían sido trasladados para su inhumación. Subsiguientes investigaciones indicaron que a las dos últimas víctimas les cortaron y extrajeron los órganos mientras estaban aún con vida, y les arrancaron la piel después.

Sonó el móvil y Matthew se apresuró a cogerlo.

—Mi radar de redactor jefe ha descubierto que es posible que exista un testigo del caso del muerto en el glaciar, y puesto que tú estuviste allí he pensado que podría interesarte. ¿Es así?

—¿Tú qué crees?

—Me parece que deberías buscarlo y averiguar lo que tenga que decir. Es un pescador, y por lo que tengo entendido ha visto a un hombre en el glaciar a primera hora de la mañana. Todo cubierto de sangre y con un saco grande.

—¿Y dónde puedo encontrarlo?

—Bueno, ha llamado a la policía desde el mar, pero dentro de una hora llegará a tierra en su barca. En el pequeño puerto que hay detrás de la piscina

municipal. ¿Vas a echar un vistazo? Por allí no va demasiada gente, de modo que lo encontrarás sin dificultad.

Matthew se levantó y abrió la puerta de la terraza mientras encendía un cigarrillo. Una brisa fría le golpeó el rostro y el torso, que tenía desnudo, y penetró hasta lo más profundo de sus pulmones. La niebla iba y venía entre los edificios.

Se palpó el vientre con las manos. El cigarrillo le colgaba de la boca. Frunció la frente y se dirigió a la mesa de la cocina, abrió el primer cajón, sacó un cuchillo y fue con él hasta la puerta del balcón, donde cerró los ojos y se puso la afilada punta justo debajo del esternón. Con un lento movimiento descendente fue bajando el cuchillo con suavidad por la piel del vientre.

—¡Eh! ¿Qué se supone que estás haciendo? ¿Estás mal de la cabeza, tío?

—Yo... —murmuró Matthew, escondiendo en la espalda la mano que sujetaba el cuchillo.

Era la voz de Malik.

Matthew se quitó el cigarrillo de la boca.

—Sólo quería comprobar una cosa —exclamó hacia el lugar desde donde los ojos de Malik lo miraban fijamente.

—Cuando vives en el país con el mayor porcentaje de suicidios de todo el mundo, no te puedes quedar ahí con la barriga al aire jugando a los médicos contigo mismo —continuó Malik, acercándose para que los dos pudieran verse mejor.

Matthew sacudió la cabeza.

—*Sorry*... Ven que te lo cuento.

—No, ven tú. Tienes que acompañarme. Hay unos pescadores que han encontrado un cadáver en el mar, entre las islas, y creen que es de alguien que lleva muerto mucho tiempo.

Los dos hombres se dirigieron a Atlanthavn en el viejo Honda de Malik, que, aunque humeaba, funcionaba bien. Tampoco era que rodara muchos kilómetros a lo largo del año, pues sólo hacía algunos recorridos por Nuuk o los seis kilómetros que había hasta Qinngorput, donde vivía su novia. Si iba a la cadena montañosa que rodeaba la ciudad, no tenía más remedio que aparcar el coche en el último trozo de asfalto, hielo o gravilla y seguir el camino a pie o en barca. De Nuuk no salían ni entraban carreteras. Nuuk era Nuuk, y todo en torno a la ciudad y sus dieciséis mil habitantes era monte, cielo o mar.

—¿Tienes más datos de lo que han encontrado? —preguntó Matthew mientras salía del coche.

Malik sacó la llave del encendido y sacudió la cabeza.

—No, ahora veremos.

Matthew levantó un brazo, se cogió la barbilla y tiró hacia atrás, en oblicuo, y las vértebras cervicales chasquearon.

Malik torció el gesto.

—Eso no puede ser sano.

—Alivia.

—¡Cállate! Ya está entrando la niebla otra vez.

Malik hizo un gesto con la cabeza hacia el mar, donde la bruma se iba espesando tanto que sólo se llegaban a atisbar algunas cumbres.

—Cómo cambia el tiempo aquí... —dijo Matthew.

Malik sonrió.

—Es el espíritu del mar. —Levantó una mano, se la puso en el pecho y

aspiró hondo para llenar los pulmones—. Dentro de un cuarto de hora puede que vuelva a aclarar, o puede que incluso la niebla haya desaparecido del todo. Depende de la fuerza con que respire.

—¿Quién? —preguntó Matthew.

—Hombre, la madre del mar.

—¿Es ella la que se alegra cuando uno se corta los dedos para que se puedan convertir en focas?

—Sí —afirmó Malik con una sonrisa—. Puedes expresarlo así, aunque no es muy exacto. Se trata más bien de que si sacrificamos algo a la naturaleza, nos lo retornará, y si queremos usar los términos que has utilizado tú, los dedos se convierten en focas.

—Así que un cazador sacrifica su excedente al mar, ¿no es así?

—No todos, pero sí, lo mejor es ofrecer en sacrificio lo que no se necesita, porque permitir que algo se eche a perder va contra nuestra cultura y el respeto por todo lo vivo en la naturaleza.

—¿Incluso las vísceras? —preguntó Matthew.

—Así es; si, por ejemplo, matas a una foca y echas las vísceras al mar para que se las puedan comer los peces o los pájaros.

Malik se volvió y miró a Matthew con un gesto de extrañeza.

—¿Por qué preguntas eso?

—En Nuuk asesinaron a cuatro hombres en los setenta, y cuando los encontraron tenían las vísceras esparcidas a su alrededor. ¿Tal vez un groenlandés lo habría hecho de otra forma?

—No lo sé —dijo Malik—. Quizá. No tengo ni idea de cómo tienen que ser las cosas cuando son personas a quienes se mata.

Matthew bajó la mirada hacia el asfalto grisáceo del puerto.

—¿Has sabido algo más del hombre al que mataron ayer?

—Sí —respondió Malik abruptamente tras unos profundos segundos de silencio. Sacó los cigarrillos y le ofreció uno a Matthew.

Matthew lo cogió y lo encendió.

—No hace falta que digas nada si no puedes.

—No hay problema... Lo rajaron, tal como vimos, pero... —Se detuvo y cerró los ojos—. Lo cierto es que sus vísceras habían desaparecido.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Matthew.

—Es posible que haya aparecido un testigo, pero no sé mucho al respecto. Lo único que puedo decirte es que el redactor jefe me ha telefoneado antes de que tú llegaras. —Matthew dio una larga calada al cigarrillo y miró de reojo a Malik—. ¿Sabes si le pasaba algo en la piel al hombre de ayer?

—¿Qué quieres decir? —Malik lo miró con la frente arrugada.

—Es que a los hombres de los setenta los despellejaron por completo... Era sólo una idea.

Malik sacudió la cabeza.

—Qué asco.

El ruido de un coche los apartó de aquellos desagradables pensamientos. Era uno de los grandes todoterrenos de color azul oscuro de la policía de Nuuk, que se detuvo al lado del Honda de Malik.

Un agente gritó algo en groenlandés a través de una ventana abierta, y Malik le respondió a la vez que con el brazo señalaba la niebla y el mar.

El motor del coche de policía se detuvo y dos agentes salieron al muelle, donde saludaron a Malik y a Matthew con una inclinación de la cabeza mientras seguían hablando con Malik. Uno de ellos era Ottesen.

—Dicen que el pesquero entrará en el puerto dentro de unos minutos —explicó Malik, e hizo señas a Matthew para que se acercara—. Los pescadores no han querido mirar mucho en el interior del saco negro en el que creen que está el cadáver, de modo que no es seguro que vayamos a sacar nada en claro. También puede tratarse de restos de una cacería y que se les cayera el saco mientras tiraban la basura al mar, pero los pescadores han echado un breve vistazo al interior y les parece que es un muerto.

—¿Podremos mirar?

—Sí, en caso contrario lo habrían dicho. —Estiró el cuello y levantó la

cabeza—. Creo que ya está aquí.

Matthew dirigió la mirada hacia la masa gris sobre el mar. No podía identificar los sonidos, pero pocos minutos después la proa de un pesquero de madera, blanco y azul, rasgó la gris neblina. La bruma era tan densa sobre la superficie del mar que pudieron ver cómo la empujaba formando una masa aún más densa a ambos lados del casco.

Sonó un ruido hueco cuando el pesquero, de poco calado, tocó el muelle. Los dos agentes se acercaron al barco.

—Vamos con ellos —dijo Malik señalando el pesquero con la cabeza.

Había tres hombres en la cubierta, y uno de ellos gritó algo a los agentes mientras gesticulaba con los brazos.

—Dice que quieren librarse del saco lo antes posible —tradujo Malik—. Cree que daña sus capturas con fuerzas malignas. —Señaló al agente de más edad—. Ottesen le ha respondido que eso es una tontería y que pueden echar el saco a tierra, pero como no quieren tocarlo siquiera, él y Minik tendrán que subir a bordo para recogerlo. —Malik tiró la colilla y la pisó mientras sacaba el teléfono—. Bertelsen, el del barco, tiene un miedo visceral a los espíritus.

Los agentes subieron a bordo y Malik le hizo una seña a Matthew para que se acercara más.

—Vamos a ver de qué se trata.

Bertelsen gritó algo a los dos policías.

Malik se detuvo.

—Vale. Tampoco quiere que lo abran a bordo, de modo que tienen que bajarlo al muelle.

Ottesen se inclinó y agarró algo que no se veía desde el embarcadero.

Poco después se incorporaba otra vez y hacía señas a su colega para que se acercara.

—El saco no parece demasiado pesado —explicó Malik—. Dice que si contiene un cadáver, debe de ser de un niño.

Poco después el sol asomó de nuevo e invadió el puerto con un fuerte

resplandor, cada vez más cegador, mientras la niebla permanecía sobre el mar.

El saco negro brilló húmedo en los brazos de Ottesen cuando éste volvió al asfalto del puerto.

—¿Sacas fotos con el móvil? —preguntó Matthew.

—Sí, claro. —Malik vaciló—. Pero no si se trata de un niño, ¿eh?

Matthew se quedó en silencio y sus dedos recorrieron el invisible anillo.

—Me voy a meter en el coche un momento —dijo entonces, sin mirar a Malik.

—¿Cómo? ¿Es que no vas a...?

La puerta del coche se cerró de golpe.

Un Dash 7 rojo se deslizaba sobre el mar a escasa distancia de ellos.

Desde el asiento del coche, Matthew no veía lo que estaba pasando, pero sí que intuyó que los tres hombres reaccionaban enérgicamente ante el olor que emanaba del saco.

Malik hizo unos rápidos gestos hacia el coche.

Matthew asintió y salió del vehículo para correr hacia el grupo que rodeaba el saco.

—Qué cosa más horrible —afirmó Malik, agitando los brazos—. Joder, tío. Nunca he visto una persona tan podrida. He estado a punto de vomitar. No lo vas a soportar, es un olor asqueroso.

—Pero el saco parece nuevo, ¿no?

—A la mierda con eso. El cuerpo está totalmente podrido. —El rostro enfurecido de Malik se incendió, y el fotógrafo tragó saliva varias veces.

—Aquí hay algo que no cuadra —dijo Ottesen cuando los dos estuvieron a su lado.

Matthew se tapó la nariz mientras se esforzaba en mantener quieto el estómago. El cuerpo que tenían ante ellos estaba amarillento entero, y parecía de cuero curtido. Tenía el vientre abierto, y las vísceras e intestinos alrededor.

Los pensamientos de Matthew se detuvieron. Aquel hombre tenía piel. Las tripas estaban frescas.

—Me alegro de que hayan avisado al forense —dijo Matthew en voz baja—. Es nuestra momia del glaciar, y alguien ha intentado librarse de ella arrojándola al mar.

—¿Qué? —Malik se inclinó hacia delante—. Sí, tío, qué mierda. —Su mirada se movió hacia las vísceras repartidas por el asfalto: el hígado marrón, grueso, los dos riñones, el corazón, los pulmones y el estómago e intestinos. Se dio la vuelta y vomitó.

Matthew miró a Ottesen. Le resultaba muy difícil expresar su sospecha sobre la relación entre todas aquellas cosas que habían hecho vomitar a Malik. Se puso una mano delante de la boca.

—Lo siento..., pero creo que esas vísceras son de su colega.

La calle estaba llena de baches y trozos de granito desperdigados, y entre la carretera de grava y la bahía había pequeños botes varados. Era ahí donde amarraban los pescadores cuando regresaban del mar.

Matthew expulsó el humo con fuerza y observó cómo se disolvía en la bruma. Su mirada recorrió la pequeña ensenada hasta el otro lado del brazo del fiordo, que se introducía en la tierra entre Nuussuaq y Qinngorput. No había mucha distancia hasta Qinngorput, pero en medio de la niebla no conseguía ver los edificios.

Caminó lentamente por una plaza con suelo de grava, donde había amarrados unos botes. Dos de ellos no volverían a hacerse a la mar, pero los otros tres parecían estar en buen estado. En uno de ellos colgaba de un gancho un mono de trabajo, debajo de la barandilla, como si hubiera un hombre invisible en un costado del casco.

El móvil sonó en el bolsillo.

—Matt, soy yo —dijo el redactor jefe—. ¿Estás en el puerto?

—Acabo de llegar. —Recorrió con los ojos la pequeña ensenada—. Aquí no hay nadie. ¿Te ha llegado mi informe sobre el saco que ha abierto la policía en Atlanthavn?

—Sí. Joder, qué cosas. No entiendo nada, pero está bien que investigues —vaciló un instante—, aunque recuerda que todavía no vamos a publicar nada.

—En un momento u otro habrá alguna filtración —farfulló Matthew—. No van a poder seguir ocultándolo mucho tiempo más.

—Cuando se filtre, nosotros lo haremos también, Matt —dijo el redactor

con rapidez—. Tienes listo algún artículo, ¿no?

—Sí, estamos listos para cuando llegue el momento.

—Estupendo.

—¿El pesquero que tengo que buscar es abierto o con cabina? —preguntó Matthew.

—Creo que con cabina. A lo mejor no ha entrado todavía. ¿Está ahí la policía?

—No, pero están muy ocupados también con... el saco de basura.

—Vale. Busca a ese hombre y sácale qué ha visto. Por lo que tengo entendido, no ha visto la cara del asesino, pero sí el bote en el que ha entrado el hombre cubierto de sangre, y podrá indicarnos cuál es. A lo mejor incluso será posible hacer un retrato robot de ese hombre, ¿no crees? Tú te las sabes apañar, Matt. Buen trabajo.

Sólo había dos barcas con cubierta en la dársena. Una a veinte metros de la orilla y la otra pegada a tierra. Era imposible llegar a la que estaba en el agua a menos que se dispusiera de un bote. La otra estaba al lado mismo del pequeño talud. Oía la barca rascar las piedras con sonidos disonantes, casi quejumbrosos. Las olas eran pequeñas, aunque lo bastante vivas para mecerla suavemente.

Matthew agarró un cabo suelto que colgaba de la proa. Miró la banda y vio que la barca no estaba amarrada. Estaba allí sin más, chocando con las piedras. En cuanto cambiara la marea, sería arrastrada a mar abierto en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Hola...! —gritó mientras sujetaba la barandilla con las dos manos. No podía ver toda la barca desde la orilla, de modo que tenía que subir a bordo—. *Halu?*

Matthew miró a su alrededor. No había por allí ni un alma que pudiera ayudarlo. Tiró con los brazos y trepó a la pequeña cubierta.

—*Halu?* —repitió—. ¿Hay alguien?

Poco a poco, Matthew consiguió deslizarse por el lado de la cabina, que

estaba en el centro de la barca y que apenas dejaba sitio para pasar. En mar abierto nunca se habría atrevido a intentarlo. El mar del Ártico estaba tan frío todo el año que si caías en él entrabas en shock y morías en pocos minutos.

—Hola, ¿hay alguien? Voy a mirar dentro, estoy buscando a un testigo que ha visto algo esta mañana. —Vaciló—. Trabajo con la policía —prosiguió prudente—. Todo está bien. Ottesen llegará dentro de un momento.

Esto último era una simple suposición. Con prudencia giró el pomo de la puerta de la cabina. La puerta se abrió con un clic. Dudó, pero empujó la puerta. Todo estaba a oscuras. Las ventanas no arrojaban mucha luz al fondo, debido al espesor de la niebla.

—*Halu?* ¿Hay alguien?

En la cabina olía a pescado y a aceite de motor. Vio unas latas de conserva en un lado y unas cajas de pescado medio llenas en el opuesto. Empujó una de las cajas, en la que había sobre todo bacalaos y gallinetas, cortados y limpios pero sin hielo. En el suelo, al lado de un armario alto que parecía de fabricación casera, había sangre de pescado y grasa embarrada.

—¿Por qué has dejado así el pescado? —murmuró Matthew para sí mismo—. Tienes que ponerlo en frío, o con hielo... —Se acercó al armario. Parecía estar hecho de masonita y llegaba hasta el techo. Le extrañó que el pescador no hubiera limpiado el pescado fuera, porque debía de ser más difícil hacerlo en el irregular suelo de la cabina.

Una ola un poco más grande dio un empujón a la barca, que impactó con fuerza contra las rocas. Al mismo tiempo se oyó un golpe seco dentro del armario. Matthew miró la sangre de pescado que tenía alrededor de los zapatos y agarró el pequeño pomo del armario.

Justo cuando lo estaba girando, una nueva ola golpeó el barco, y un hombre, groenlandés y de pequeña estatura, cayó sobre él. Los dos fueron a parar al suelo y al hacerlo golpearon una caja de pescado, y los peces terminaron también en el suelo, en medio de los dos hombres.

Matthew gritó al caer, notando cómo el groenlandés, húmedo, rebotaba

contra su cuerpo e impactaba con el hombro contra la caja de pescado. Empujó al hombre flácido para quitárselo de encima y se dirigió a gatas hasta la puerta, donde se dejó caer. Tenía los brazos, los pantalones y el jersey empapados de sangre. El hombre yacía en medio de los pescados, con el abdomen abierto. Lo habían rajado desde el bajo vientre hasta el pecho. No tenía vísceras, igual que el pescado que le rodeaba.

Malik abrió con un chasquido la cerveza y se la pasó a Ottesen. En la mesa, delante de ellos, había bastantes botellas vacías. Normalmente, Matthew no tenía cerveza en casa, pero Malik había insistido en llevar algo para trabajar, así que acabaron con una caja de cervezas y tres grandes pizzas del Café Prego.

Habían pasado la mayor parte de la tarde hablando de Aqqalu y del pescador; los dos estaban muertos. Muertos y mutilados.

—Es la última —dijo Ottesen, cogiendo la botella—. No me va demasiado el alcohol, pero hoy me apetecen un par de tragos.

—Joder... —exclamó Malik, acercándose una cerveza a los labios—. Es una barbaridad. Momias, robos y asesinatos... Aqqalu.

—Nunca entres en una barca solo —refunfuñó Ottesen al tiempo que doblaba la caja de su pizza—. Podría haber sucedido cualquier cosa.

—No me imaginaba que me fuera a caer encima un muerto —repuso Matthew.

—No, eso es evidente —gruñó Ottesen—. Convendría saber de dónde ha sacado el soplo vuestro jefe.

—No tengo ni idea —contestó Matthew—. Me lo ha dicho, eso es todo; pero, créeme, habría preferido no tener que ir allí.

Ottesen bebió un poco más.

—En todo caso, ha estado bien que llamaras de inmediato.

—Salgo a fumarme un pitillo —dijo Malik levantándose—. ¿Vienes, Matt?

Matthew sacudió la cabeza.

—Ahora no.

Ottesen cogió los informes de la autopsia impresos, las notas y los recortes de prensa, que estaban sobre la mesita del sofá, y se volvió hacia Matthew.

—¿Puedo?

—Mira todo lo que quieras. Es un caso antiguo que el redactor jefe me ha animado a investigar. Más que nada creo que lo ha hecho para que tuviera algo en que pensar que no fuera la momia.

La mirada de Ottesen fue deslizándose por las hojas mientras asentía levemente con la cabeza.

—Ya había oído hablar de este caso. —Levantó la vista—. Cuatro hombres despellejados y rajados desde la entrepierna hasta el esternón.

—Exacto —lo interrumpió Matthew—. Y ahora tenemos dos casos parecidos, con la diferencia de que no están despellejados.

—Sí —dijo Ottesen con los dientes apretados—. Pero los casos son muy distintos. Los crímenes de 1973 afectaron a cuatro hombres que tenían elementos en común. Nuestras dos víctimas son Aqqalu, que estaba haciendo guardia para proteger a una momia, y un pescador que quería testificar sobre el crimen de Aqqalu; dos hombres del todo distintos.

—Conoces bien aquel caso, ¿no?

—Por supuesto. Es el crimen más violento que se ha cometido jamás en Nuuk y nunca se ha podido capturar al culpable.

—¿Se tenía alguna idea de quién había cometido los asesinatos?

—Hubo un sospechoso que desapareció de pronto, la misma noche en que se produjo el último crimen, pero no sé si él era el asesino. No todo el mundo estuvo de acuerdo en acusarlo a él. —Dejó los papeles—. Oye, necesitamos un asesor en la comisaría, ¿te apetecería trabajar en esto?

—¿No es un puesto para un policía?

—Normalmente sí, claro, pero la plaza lleva seis meses sin cubrirse y en este tiempo no ha habido ni una sola solicitud. Por desgracia, estas cosas pasan aquí con frecuencia.

—Pues... —farfulló Matthew—. No creo que sea un puesto adecuado para mí.

—Olvídalo, no era más que una idea. No hay nada malo en preguntar, ¿verdad? Aun así, estoy convencido de que nos vendría bien alguien que viera las cosas de otro modo, de una forma global y analítica.

Matthew sacudió la cabeza.

—Piénsatelo —continuó Ottesen mientras se levantaba— y dime si descubres algo emocionante sobre los casos de 1973. Son una especie de fantasma que planea sobre la policía de todo el país.

—Te lo diré sin falta —prometió Matthew, mirando los folios que había sobre la mesa—. No hay demasiado con lo que trabajar.

—No, desde luego que no —dijo Ottesen, y se despidió de Malik a través de la puerta de cristal del balcón—. Mejor me voy a casa. Hablamos. —Se volvió hacia Matthew—. Por cierto, ¿cuál es tu apellido? Lo necesito para el informe sobre el hombre que has encontrado hoy, y cuando nos hemos visto en el muelle no he podido seguir todas las formalidades.

—Cave. —Matthew vaciló—. Mi padre era un militar estadounidense y servía en la base de Thule.

Ottesen levantó las cejas un instante.

—Matthew Cave. Bien, nos vemos. Cuídate, Matt Cave.

La densa oscuridad y la luz jugaban en el cielo por encima del mar y los montes, detrás del cementerio de la iglesia de Herrnhut. Era una época de mucha luz en Nuuk, pero en tan sólo un par de meses la oscuridad sería tan poderosa que la luz únicamente permanecería, como un eco de sí misma, durante unas pocas horas del día.

—Así que Ottesen está cansado —dijo Malik al entrar.

—Sí —respondió Matthew distante—. Quería contratarme como asesor.

—Ja, ja, siempre anda buscando gente. Parece un poco rollo, ¿no?

—Desde luego. —Matthew miró la botella que tenía en la mano—. Esto lleva un siete por ciento de alcohol... Moskusøl, cerveza de almizcle.

Malik se dejó caer en la gran butaca negra que había en medio del salón, al lado del sofá y la mesita.

—¿Sabías que el buey almizclero es una cabra?

—¿Cómo que es una cabra?

—Sí, es una cabra grande escondida detrás de un pelaje enorme. —Se dio la vuelta para tumbarse de lado—. ¿Qué ha pasado en el puerto para que te escondieras en el coche?

—Nada. Sólo que no me apetecía ver aquello. —Matthew vació su cerveza—. Si hubiera sido un niño, no habría podido soportarlo.

—No, eso es lo peor que puede haber, según dicen.

En la sala se hizo de nuevo el silencio.

—¿Qué edad tenía tu hija? —prosiguió Malik tanteando.

—Cuando tuvimos el accidente mi mujer estaba en el sexto mes de embarazo. Murieron las dos. —Matthew se detuvo. Bajó los hombros—. Me preguntaron si quería ver a la niña, pero estaba muerta, ¿no? —Sentía como si la oscuridad entrara reptando en la sala y se posara sobre él—. Había sentido su vida a través de la piel del vientre, dando pataditas. ¿De qué me iba a servir verla muerta? No era la personita con la que había hablado y había juguetado.

La voz de Matthew se había ido haciendo más y más débil hasta ser apenas un susurro.

—Vamos a bebernos otra —propuso Malik en voz baja—. ¿Sabes una cosa? Yo creo que todo tiene alma. Creo que podemos estar unos con otros tanto antes como después de la vida si el lazo es lo suficientemente fuerte.

Matthew se levantó del sofá de un salto.

—Voy a mear.

La mujer

Nuuk, 11 de agosto de 2014

Matthew estaba sumergido en una terrible pesadilla cuando el móvil empezó a sonar estrepitosamente. Sin abrir los ojos, cogió el teléfono y tocó la pantalla.

—Hola... —murmuró con voz ronca y distante mientras se quitaba de encima el edredón empapado.

—¿Estás ahí, Matthew? ¿Cuándo tendremos el honor de volver a verte?

Esas palabras lo arrancaron de los últimos jirones de sueño. El redactor jefe. El periódico. Malik y las cervezas. La boca le sabía a humo y a cerveza rancia.

—Ya voy para allá. Es que... Es que me he dormido. ¿Qué hora es?

—Poco más de las nueve. Pero quiero que te pases por el hospital. Acabo de recibir noticias sobre tu hombre del hielo. Resulta que no era ninguna momia antigua. Era una masa sin sentido cuando la destaparon, y los primeros análisis indican que sólo lleva muerto unos cuarenta años.

—Maldita sea —masculló Matthew—. Esa historia también se ha ido a la mierda.

—Sí, pero puede haber ahí alguna otra cosa, ya veremos. Tenemos dos muertos sobre los que investigar. —Se produjo un breve silencio—. Lo cierto es que también quiero que te pases por la policía, porque han detenido a alguien por el asesinato de los dos hombres.

—¿Cómo?

—Una mujer joven. Muy independiente, eso sí. Rapada y tatuada. Recién salida de la cárcel, donde ha pasado doce años por asesinato.

Matthew dejó caer sobre el colchón la mano que sostenía el teléfono.

—¿Estás ahí? —prosiguió la voz del redactor jefe—. Echas un vistazo, ¿te parece?

—Sí, sí. Ahora mismo salgo para allá.

Poco después del mediodía, Matthew y Malik subieron la escalera de entrada a la comisaría de Nuuk, donde Matthew esperaba, aunque sin decirlo, que sacaran en claro algo más de lo que habían conseguido poco antes en el hospital.

La visita al hospital había durado un par de horas, pero no les había aportado grandes resultados. Había quedado perfectamente claro que el hombre del hielo podía llevar muerto unos cuarenta años, en vez de seiscientos, pero aparte de eso no había nada nuevo aprovechable.

Al hombre lo habían rajado y le habían cortado las vísceras, como Matthew había visto en el puerto, pero éstas habían desaparecido, y no le habían arrancado la piel, de modo que si existía alguna relación con los asesinatos de 1973, había algo que no encajaba. Además, la momia era el único cuerpo que habían trasladado y escondido poco después de la muerte, pues se había dejado a las víctimas de 1973 en el escenario de sus violentas muertes.

Aún no se había establecido a ciencia cierta el año de la muerte del hombre momificado, ni estaban seguros de su edad y nacionalidad, aunque era europeo occidental, probablemente nórdico, y tenía en torno a cuarenta años.

Malik cogió el pomo de la puerta doble y lo giró para abrirla.

—Aquí tampoco vamos a sacar nada en claro —dijo Matthew fatigado—. No nos van a decir nada de una sospechosa que acaban de detener por un crimen violento contra uno de los suyos.

—De algo nos enteraremos, tranquilo. Preguntaré por Ulrik.

Matthew asintió y se acercó a un tablón de anuncios. Evidentemente, seguía sin poder escribir nada sobre Aqqalu, y todo el asunto del hombre del hielo se había deshinchado de tal forma que sería un milagro sacar de él una historia que mereciese la pena. En cualquier caso, de momento nadie sabía del muerto más que él.

Al poco volvió Malik.

—Según parece, Ulrik está hoy de baja.

Matthew asintió con un gesto de renuncia.

—Lo comprendo. Ha tenido unos días muy difíciles.

—Pero no suele escaquearse —dijo Malik—. Aunque supongo que tienes razón. Va a necesitar echar más carne en el asador si quiere llegar tan alto como Lyberth. —Miró hacia la puerta que daba al vestíbulo de entrada—. Ottesen vendrá enseguida. En recepción me han dicho que tiene algo para nosotros.

—Sí, ayer le pedí si podían mirar algo sobre el caso de 1973. Supongo que tendrá que ver con eso.

Malik se acercó a la máquina del café.

—¿Quieres algo?

—No. Y, desde luego, nada de café.

—Yo voy a tomarme un chocolate caliente. —El tono de su voz seguía sonando inquisitivo.

—Aún tengo los nervios a flor de piel —añadió Matthew. Sentía que su mente no estaba del todo despierta. Con relación al caso de los años setenta, a la momia y, sobre todo, al chocolate caliente. Lo que más ocupaba sus pensamientos era la mujer detenida por la muerte de Aqqalu.

—¡Me cago en...!

Matthew miró a Malik, que movía exageradamente los brazos, con una mano levantada y el vaso humeante en la otra.

Malik dirigió una sonrisa a la mujer de recepción.

—Perdona, pero el chocolate está quemando. Joder —dijo con una mueca

—. Lo siento.

Se abrió la puerta que quedaba a la izquierda de los dos y entró Ottesen.

—Gracias por las cervezas de ayer, chicos. ¿Me acompañáis?

Entraron en un pasillo corto y luego en un despacho.

—Me alegro de que estéis aquí, porque he encontrado algo y me gustaría que lo investigarais. —Sacó de una funda de cuero un pequeño cuaderno marrón y lo puso en la mesa, entre ellos—. Ayer estuve en los archivos y vi bastantes cosas sobre los asesinatos de 1973, pero por una serie de buenos motivos no puedo daros nuestros informes, puesto que hay material de carácter privado sobre personas que aún viven. Familiares, testigos y eso.

—Claro —dijo Matthew.

—Pero encontré esto —continuó Ottesen—. No está guardado como parte de la investigación, ni tampoco es un anexo a ninguno de los informes, ni forma parte del material probatorio ni nada por el estilo. Es tan sólo el cuaderno de notas privado de un hombre. —Se inclinó hacia delante—. En él hay muchas notas sobre el caso, pero no es oficial. No se trata más que de las ideas de un hombre acompañadas de una serie de pensamientos un tanto líricos sobre la ciudad y la naturaleza en 1973.

Ottesen empujó el cuaderno hacia Matthew, que lo abrió con cuidado y miró algunas páginas. Todas estaban amarillentas y la escritura, apretada, estaba hecha a lápiz.

—Volved a meterlo en el sobre al salir —añadió Ottesen—. Será interesante ver lo que sacas de ahí, Matt.

—Gracias —dijo Matthew con voz ronca—. ¿Quién lo escribió?

Ottesen desvió la mirada hacia la puerta, pero volvió a dirigirla a Matthew con un gesto resuelto de la cabeza.

—Se llamaba Jakob Pedersen. Fue uno de los primeros que empezaron a investigar sobre los problemas relativos a las agresiones sexuales contra niñas. Creo que trabajó en ese mismo asunto en Dinamarca antes de venir a Groenlandia, porque esa tendencia enfermiza de algunos hombres se

encuentra en todo el mundo. Jakob se metió a fondo en el caso de los hombres a los que rajaron, pero acabó desapareciendo sin dejar rastro al mismo tiempo que cesaban los crímenes.

Matthew dio unos golpecitos con las yemas de los dedos en el cuaderno y asintió con la cabeza.

—Muchas gracias.

—De nada. Pero no os lo he dado yo. Me da igual lo que digáis y lo que uséis. De la comisaría no habéis recibido ninguna información en absoluto, ¿vale?

—Por supuesto —contestó Matthew, mirando alternativamente a los dos hombres para comprobar si quedaba aún algo por decir.

—Me inventaré alguna otra fuente. Un tío mío o algo así.

Ottesen se levantó y los otros dos lo imitaron. Malik le dio la mano y dijo algo en groenlandés. Ottesen respondió con brevedad.

Cuando estuvieron otra vez en la recepción, Matthew se detuvo de pronto. Al lado del mostrador estaba la mujer con la que se había tropezado en el hotel Hans Egede. Llevaba la misma ropa negra. Ceñida y rígida. Y las mismas botas desgastadas. Los tatuajes descendían enroscándose en sus brazos y volvían a subir hasta la pequeña parte de la espalda que quedaba libre en torno al cuello. El cráneo estaba tan liso como la primera vez que la vio; ahora no llevaba armas.

Matthew agarró por el brazo a Ottesen.

—Perdona... ¿Quién es?

—¿Esa mujer? —preguntó—. La que detuvimos en relación con el asesinato del glaciar, pero, a fin de cuentas, lo único que teníamos contra ella es su pasado, y todas las cosas que le confiscamos estaban limpias. —Se encogió de hombros—. Es una fiera salvaje. Yo querría mantenerla aquí dentro, pero no es posible, y por un motivo u otro no hay ni un párrafo de la ley ni una sentencia que ella no conozca.

Dijo algo en groenlandés lo bastante alto como para que la mujer lo oyera

también. Ella no los miró, pero la espalda se le crispó dando a entender que lo había oído.

Ottesen captó la mirada de Matthew.

—Si alguien pregunta, es por ella por lo que estáis hablando conmigo hoy aquí, aunque tengo que advertiros que aún no podéis escribir nada al respecto.

La mujer salió por la puerta y desapareció sin mirarlos, pero Matthew no tuvo ninguna duda de que había grabado en su memoria hasta el último rasgo del rostro de cada uno de ellos. Notaba cómo aquella mujer se le iba metiendo muy adentro y se abría camino entre sus pensamientos.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—Tupaarnaq Siegstad —respondió Ottesen—. En estos momentos no os puedo decir nada más. —Respiró hondo—. Bueno, ha pertenecido al sistema danés de prisiones desde que, a los quince años de edad, mató a tiros a su madre y a dos hermanas pequeñas y rajó a su padre. Después de la matanza se sentó en el suelo, con los cuerpos a su alrededor, cubierta de sangre y con el *ulu* de su madre en la mano. Casi le había arrancado las vísceras a su padre. Por eso la trajimos a comisaría. Hace sólo unas semanas que se vino a vivir aquí, después de cumplir una larga condena en Dinamarca. Bueno, una de las primeras cosas que hizo al llegar a la ciudad fue comprarse un rifle y un *ulu*.

—Perdona que pregunte tanto —añadió Matthew—. Pero ¿esos crímenes también se cometieron aquí, en Nuuk?

Ottesen sacudió la cabeza.

—No, fue en Tasiilaq. Su padre había cazado un oso polar tres días antes. No sé por qué recuerdo ese detalle. Ese mismo mes también había cazado una morsa. Allí, en la costa este, era muy conocido. Un verdadero cazador que no se atenía a cuotas ni convenciones. Pero la contaminación del resto del mundo es un peligro mucho mayor para los osos polares y las morsas que la

actividad de los cazadores groenlandeses. —Subió y bajó los hombros—. Bueno, tengo que volver a mis tareas cotidianas.

Se despidieron de Ottesen y salieron por la puerta del ancho edificio marrón oscuro.

—¿Qué ha dicho Ottesen cuando Tupaarnaq estaba saliendo por la puerta? —preguntó Matthew.

—Que esa mujer hirió a Ulrik cuando la detuvo, pero que tenían que dejarla libre.

Matthew arrugó la frente.

—¿Herido? ¿Qué le hizo?

—Eso no lo sé —dijo Malik abriendo los brazos—. Creo que sólo lo ha dicho para que ella lo oyera.

Matthew asintió.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? —se ofreció Malik.

—No, iré andando. —Matthew seguía mirando a la mujer. Caminaba erguida, con pasos fuertes y firmes. El cuello, bien recto. Matthew sacudió la cabeza—. Primero tengo que ir al centro a por un par de cosas.

—Vale, nos vemos mañana. Cuídate, ¿eh?

—Sí, y tú también... Oye, ¿qué le has preguntado a Ottesen ahí dentro?

—Que por qué nos daba el cuaderno.

Matthew lo miró con gesto interrogante.

—¿Y...?

—Ha dicho que Karlo era su padre.

—¿Karlo?

—Sí, Karlo. Al parecer se le menciona en el cuaderno.

En cuanto perdió de vista a Malik, Matthew aceleró el paso para alcanzar a Tupaarnaq, que caminaba deprisa, con amplias y rápidas zancadas, y pese a la distancia se notaba la fuerza con que plantaba los talones sobre el pavimento.

Llevaba un jersey atado a la cintura. Los rayos del sol jugaban con las tonalidades de sus tatuajes.

Torció hacia una calle que conducía a los últimos bloques del cabo. A la izquierda de éstos se extendía una hilera de casas más recientes, de seis plantas, con alegres decoraciones y colores, mientras que al otro lado de la calle, donde los acantilados caían verticales sobre las gélidas aguas del Atlántico Norte, había grupos de casas de madera de distintos tamaños y colores.

Matthew aceleró el paso para acercarse más a la mujer. Sabía que sus ruidosos pasos habrían dejado claro, desde hacía rato, que la estaba siguiendo. La espalda de la mujer tenía su propio idioma. Todo lo que no sabía ni decía se manifestaba a través de los músculos y los movimientos de su espinazo. La espalda miraba. Veía. Matthew supuso que los numerosos tatuajes también cubrían la piel por debajo de la ropa negra. Quizá no había ni un solo espacio en el cuerpo que estuviera libre de la presa asfixiante de aquellas plantas.

La calle terminaba unos metros más adelante, pero, en lugar de detenerse, la mujer siguió caminando. Subió a las rocas y a los montones de yerba entre las relucientes piedras grisáceas. El sol apareció delante de ellos, y Matthew veía su propia sombra saltar de roca en roca.

Los últimos bloques de viviendas al final del cabo o, lo que era lo mismo,

de la ciudad estaban desportillados y al borde de la ruina. Las fachadas estaban sucias, llenas de manchas tras décadas sin mantenimiento, y las recorrían balcones de cemento semejantes a andamios, con maderas rojas y verjas metálicas. Los bloques moribundos eran los números 16 y 17, y Matthew recordaba que había leído sobre varios casos violentos en ellos. Incendios intencionados y un asesinato en 2013, cuando un hombre joven fue empujado desde el tejado y quedó destrozado en la explanada de delante del Bloque 17.

La mujer siguió su camino sobre las rocas. Sus pasos eran largos y más rápidos. Entonces se detuvo y se dio la vuelta. Estaba a pocos metros de Matthew. Se quedó inmóvil, con los ojos clavados en él.

—¿Tupaarnaq? —la llamó Matthew, intentando evitar que el silencio se prolongara demasiado y pensando en una coartada. «Si todo lo demás va mal —decía siempre el redactor jefe—, tienes que hacerte el danés tonto.»

Tupaarnaq seguía en silencio, con los ojos clavados en él. Su rostro estaba inclinado un poco hacia delante.

Matthew no se atrevía a esquivar aquella mirada, aunque no le faltaban ganas de hacerlo. Deseaba al mismo tiempo mirarla y apartar los ojos.

Ella bajó del montón de tierra sobre el que estaba, esperó un instante y con unos pocos pasos rápidos se acercó a él.

—Apeñas a macho —dijo furiosa—. Lárgate, cerdo de mierda.

—Me llamo Matthew —se presentó para rebajar la tensión—. Trabajo en un periódico y estoy investigando un caso antiguo en el que varios hombres fueron asesinados y destripados con un *ulu*.

Los llameantes ojos de la mujer se abrieron camino dentro de los de Matthew, provocándole una sensación tan intensa que no pudo seguir manteniendo la mirada. Sus ojos recorrieron el rostro de ella, las pecas claras concentradas en torno a la nariz y las mejillas.

Sus ojos no eran negros, sino marrones. Tan profundamente marrones que brillaban sobre la piel como madera de teca barnizada con un toque de oro.

—¿Por qué me lo cuentas? —Su voz era grave, y daba la sensación de gatear por el granito que se extendía a sus pies y enroscarse en las piernas de Matthew.

—Porque... —Se detuvo.

Las comisuras de los labios de la mujer temblaron un poco.

—Dilo —masculló.

—Tú sabes lo que pasa cuando a un hombre lo rajan con un cuchillo de esos. —Sus pensamientos se atropellaban—. Cuánto tarda en morir. El dolor.

En un segundo, del que ni siquiera llegó a ser consciente, ella echó el brazo hacia delante con brusquedad y presionó el tendón que va desde el cuello hasta el hombro izquierdo. Al instante, Matthew cayó de rodillas, torciendo el rostro por el dolor.

La mujer clavó los dedos en la carne de Matthew.

—Me lesioné el cuello en un accidente —gimió Matthew con esfuerzo.

Ella presionó con más fuerza, y Matthew notó cómo se le tensaban los músculos del brazo hasta el hombro y los tendones del cuello. Luego lo soltó.

Se apoyó en el suelo con un brazo.

—Esta conversación ha terminado —anunció la mujer furiosa, pero se quedó quieta observándolo mientras él se ponía en pie con dificultad—. Se te ha caído el cuaderno —continuó, empujándolo hacia él con la puntera de la bota.

—Míralo —dijo él, con la voz aún debilitada por el esfuerzo.

La mujer vaciló, pero dejó de mirarlo y observó el cuadernito, que se había quedado al lado de un bloque de granito.

—¿Por qué?

—Un policía de Nuuk investigó cuatro asesinatos cometidos utilizando un *ulu*, pero, al parecer, desapareció sin dejar rastro. Creo que el cuerpo encontrado hace tres días en el hielo era el suyo. Creo también que lo asesinaron, pero no que él hubiera matado a nadie, aunque al final es posible que fuera ésa la conclusión a la que llegaron.

La mujer apretó los labios y aspiró el aire con fuerza. Luego se inclinó y recogió el cuaderno.

—Cuatro asesinatos sin resolver —murmuró.

Abrió el cuaderno con cuidado y fue pasando las páginas, deteniéndose en algunas.

—Léelo tú y encontrarás también a tu asesino.

Matthew la miró sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

—Sé quién es —dijo ella, tirándole el cuaderno mientras daba media vuelta y empezaba a andar.

—Espera —le pidió Matthew en voz alta—. ¿Te volveré a ver?

—Quizá —respondió dándole la espalda.

Matthew la siguió con la mirada hasta la esquina del Bloque 17, donde desapareció detrás del grisáceo edificio de cemento. Poco después se asomó por un balcón del segundo piso. No miró hacia él. Sólo hacia el mar.

Lentamente, Matthew sacó los cigarrillos del bolsillo de los pantalones y encendió uno. Dio unas caladas largas y profundas mientras se iba tranquilizando.

Tupaarnaq abandonó el balcón. Matthew dejó que su mirada se dirigiera hacia los roquedales y el mar. Hasta las crestas de los montes que se alzaban a varios kilómetros de distancia. Luego contempló el cuaderno de notas y puso la mano sobre la funda descolorida. Deslizó los dedos hasta el borde y los metió debajo del cuero.

Primero echó un vistazo rápido al cuaderno mientras de vez en cuando miraba el balcón al que se había asomado Tupaarnaq.

Como había dicho Ottesen, consistía en notas de un hombre sobre los casos en los que trabajaba, así como sobre la naturaleza y la cultura que lo rodeaban a principios de los años setenta en Nuuk, a la que se refería siempre con su nombre danés, Godthåb.

Había diversas teorías acerca de los crímenes, así como exhaustivas descripciones de la forma en que se había llevado a cabo cada asesinato, cuál era la disposición de las vísceras y cómo se habían realizado los cortes. Al final de todo había pegado un dibujo grande. Antes de éste, observó varias hojas que habían sido escritas por una persona distinta.

En algunas había listas breves, y una de ellas, con cuatro nombres de varón, atrajo la atención de Matthew. Junto a cada nombre se indicaba la edad y dirección, así como el nombre de una niña y su edad. Todas las niñas tenían menos de doce años, y parecía bastante probable que dos de ellas fueran las que Leiff dijo que habían desaparecido. Los cuatro nombres masculinos eran los mismos que figuraban en los informes de las autopsias y en los periódicos de noviembre de 1973.

En todo el cuaderno sólo había una página prácticamente vacía.

Esta noche han dejado una caja en mi casa. Creo que después de tirar una piedra a la ventana. Era un proyector de cine. He visto las dos primeras películas.

Éstas eran las únicas palabras, el resto de la página estaba en blanco. Había dos señales que parecían hechas con la punta de un lápiz, como si Jakob hubiera querido escribir algo más pero no hubiera podido.

En cambio, había muchas páginas llenas de arriba abajo de letra apretada, en las que se leían bellas observaciones poéticas sobre la naturaleza. Cuanto más leía, más ganas tenía Matthew de saber más sobre el hombre que había escrito aquella prosa.

He vivido aquí antes. En este lugar. Cada vez que respiraba, absorbía el aire del Atlántico Norte, y busqué refugio en una cabaña de piedra medio enterrada, con yerba creciendo en el tejado. He vivido aquí antes. He dormido cubierto con pieles y gruesas mantas. He sentido el frío danzar sobre mi rostro y la vida que manó de los pulmones y dio forma a cada fibra de mi cuerpo. He vivido aquí antes. He vivido con un dios nuevo en la mente, pero con las palabras de los viejos dioses palpitando en la sangre. He vivido aquí antes, he sentido el rigor de la naturaleza. Dejé que me den forma el viento, el frío y la ventisca. He amado las montañas y el mar, porque eran mi cuerpo y mi sangre. He amado la niebla, porque era mi espíritu. He amado el frío, porque era la azulada fuente de mis ojos y del aleteo de mi alma. He vivido aquí. Vivo aquí.

Estas palabras hicieron que Matthew se sintiera confuso y a la vez atrapado por ellas, sorprendido de que unos crímenes espantosos y una poesía sublime quedaran tan firmemente entrelazados en el cuaderno. Retrocedió a la lista de los nombres de los cuatro hombres y de las niñas. Éstas debían de ser sus hijas, si aquello se correspondía con lo que había dicho Leiff sobre posibles abusos sexuales. Los hombres eran, sin duda, los mismos que aparecían en los periódicos y en los informes. Al lado del nombre de la hija de la primera víctima, Najak Rossing Lynge, Jakob había puesto una cruz y un signo de interrogación, lo que hizo suponer a Matthew que en esos momentos Jakob no tenía claro si la chica estaba muerta. No había nada marcado junto a los nombres de las hijas de las otras dos víctimas, mientras que junto al de la última, Paneeraq Poulsen, había dibujado un pequeño corazón. No había nada junto a los nombres de los varones.

Los dedos de Matthew se deslizaron hasta las últimas páginas, donde desplegó el dibujo con dos cuidadosos movimientos. En el fondo había un par de sombrías montañas azuladas, y sobre sus cimas redondas y erosionadas reposaba el cielo cubierto de nubes grisáceas y nieblas porosas. En algunos sitios se vislumbraba una bruma grisácea que se cernía sobre el mar azul

oscuro a los pies de los montes. Del medio del mar surgía una tercera montaña desde los abismos de las profundidades, pero no era como las otras dos. Era el torso de una mujer. Sus hombros estaban bajo la superficie, pero se la veía desde las clavículas hasta la cabeza. Tenía el cuello estirado, la cabeza levemente echada hacia atrás, de forma que destacaba la garganta desnuda. Sus negros cabellos se extendían como anchos ríos por la cabeza y el cuello y se unían al mar, justo en el lugar donde la parte superior de sus hombros rompía la superficie. Los ojos eran dos manantiales insondables, y los labios, tan negros como los ojos. La piel lucía grisácea y amarillenta como el humo de un cigarro. Parecía una montaña erosionada, algo exánime en el gélido mar. Pero estaba viva. Abajo del todo, a la derecha, ponía *Najak*.

Matthew se frotó el hombro dolorido y se inclinó hacia el balcón vacío mientras el nombre se repetía en su mente.

Dejó el cuaderno, se sacó el jersey y lo extendió sobre la yerba y una roca para poder sentarse más cómodamente a leer. No tenía más remedio que profundizar en cada línea para alcanzar el fondo de la vida y las ideas de Jakob, y podía pasarse un buen rato allí, al sol, leyendo, como si estuviera en casa o en la redacción.

El espíritu del hielo

Godthåb, 4 de noviembre de 1973

«Dicen que las hadas nacen de la risa de los niños, pero casi nadie sabe qué es lo que viene al mundo por las lágrimas de un ángel. Pero yo lo sé, porque lo he visto. Cuando las lágrimas de un ángel acarician a un recién nacido, la criatura se vuelve frágil, pues las lágrimas se derraman porque el ángel sabe que la vida de ese niño será tan dura que apenas conseguirá sobrevivir. Por eso el ángel, con sus lágrimas, insufla fuerza y amor en esa alma tan tierna, para concederle la divina fuerza del amor. Una fuerza que algún día liberará de la oscuridad a la pequeña y frágil criatura y la conducirá a una vida más luminosa.»

Jakob levantó los ojos, que tenía fijos en sus manos cruzadas, mientras intentaba poner orden en sus pensamientos, antes de que las palabras del sacerdote traspasaran sus sentidos fatigados y atrajeran su mirada.

Rara vez las palabras del sacerdote habían estado tan clara y limpiamente dirigidas a su propia vida. Enterró sus pensamientos en niños destrozados, aunque casi nunca los llegaba a ver.

Su mirada abandonó al sacerdote y se deslizó por el techo de madera de la reducida iglesia de Nuestro Salvador, en Kolonihavn. El pastor lo sabía tan bien como él. Sabía, sin la más mínima duda, qué había sido de aquellas criaturas. De las niñas. Eran casi siempre las niñas las que padecían.

Jakob se levantó de forma automática al ritmo de las palabras del pastor y volvió a sentarse. Dejó que el último salmo se filtrara entre sus labios, sin palabras.

Fuera, ante las paredes de madera de la catedral, la nieve caía, pero no soplaba la menor brisa. Toda Godthåb estaba cubierta de un blanco y espeso manto.

Jakob volvió el rostro hacia el manto gris que cubría pesado toda la ciudad y se quitó de encima miles de copos de nieve. Sentía picores en la piel cada vez que uno le tocaba. Miró al infinito y aspiró el aire hasta lo más hondo de los pulmones. Estaba frío. Vivo.

Dos días antes había sentido el gélido roce del primer crimen. «Se encargará usted, Pedersen», dijo el jefe de policía. Nadie tenía ganas de ocuparse de aquel asunto en serio. «No son más que unos cuantos groenlandeses borrachos rajándose unos a otros —comentó Benno sacudiendo la cabeza—. Que se las apañen ellos solos. Es lo que hacen siempre.»

Pero era algo más que eso, y Jakob lo sospechó desde el mismo momento en que le dieron el nombre y la dirección del muerto.

Al hombre que encontraron lo habían rajado desde el bajo vientre hasta el esternón y le habían arrancado la piel. Las vísceras estaban desperdigadas en el suelo, a su alrededor. No estaban apiladas en un montón, sino esparcidas en torno al cuerpo. La piel había desaparecido y no lograron hallarla.

Al lado había un *ulu*: un cuchillo groenlandés para mujer, con forma de media luna, que normalmente se utilizaba para raspar el lado interno de la piel de foca y quitar la grasa. Jakob lo cogió del suelo y lo señaló como arma homicida, aunque sabía que por lo general no se usaba para destripar cuerpos de aquel modo. Pero los bastos cortes ondulados en los músculos y los tejidos del hombre apuntaban a que era aquel cuchillo ensangrentado el que se había clavado en ellos con gran violencia para cortar y extraer las entrañas. Una ejecución bestial, más propia de épocas oscuras del Medievo, cuando arrancar la piel y las vísceras de una persona aún viva era uno de los métodos favoritos de tortura y ejecución.

Ese día, Jakob se había llevado a un colega groenlandés a la escena del crimen. Uno de los pocos agentes que se tomaban las cosas con seriedad y se preocupaban por la seguridad y la vida de los habitantes del municipio. Karlo Lange. Los dos hombres coincidieron enseguida en que tenía que ser obra de un varón, pues, aunque el *ulu* era una herramienta exclusiva de mujeres, el crimen se había cometido con tal cólera y fuerza que no podían ni imaginar que una mujer, y menos aún una groenlandesa, fuera capaz de hacer algo así. «Creo que se trata de un altercado entre hombres groenlandeses —dijo Karlo—, aunque no es una simple pelea a navajazos, desde luego, porque nunca he tenido noticia de que a un hombre de este país se le pasara por la cabeza abrir de arriba abajo a otra persona, como si se tratara de un animal.» Y añadió algo que Jakob apuntó con especial énfasis. «No olvides que nosotros jamás matamos a un animal si no es para aprovecharlo. Sólo matamos lo que comemos y utilizamos. Respetamos todo lo que nos rodea y pedimos perdón cuando arrebatamos una vida. Incluso la de un pez. Este crimen no fue acompañado de petición alguna de perdón.»

Por muy inquietante que fuera esa idea, no era lo más alarmante que veía Jakob en el caso.

Jakob y Karlo habían visitado aquel mismo apartamento una semana antes, al organizar un plan de actuación con los padres de una niña de once años que había desaparecido. No estaba en el apartamento, ni en la escuela, ni cerca del bloque de viviendas. Era como si se la hubiera tragado la tierra. Más de cincuenta voluntarios se dedicaron a buscarla por toda la ciudad y sus alrededores, por la orilla del mar y por las montañas, pero no hallaron el menor rastro. Incluso habían utilizado un helicóptero, pero no hubo forma de encontrarla, y la abundante nieve y la escasa luz diurna no facilitaron las cosas.

En cuanto Jakob se presentó en la oficina al día siguiente, le dijeron que fuera al despacho del jefe de policía, donde, como siempre, el ambiente estaba cargado del humo grisáceo de los cigarros que llenaban el cenicero de la mesa, al lado de la única ventana que había allí.

—¡Pedersen, maldita sea! —bramó el hombre detrás del humo—. Pero ¿qué diablos es eso en lo que nos ha metido?

—¿Es que no estoy metido yo también? Buenos días.

—Sí, buenos días. Ha aparecido otro muerto. Sin piel y con el abdomen abierto en canal. Hay algo turbio en todo esto, ¿no? Y no estamos aquí para cosas como éstas, ¿o sí?

Jakob jugueteó con uno de los botones de su camisa mientras intentaba hacerse una idea de la situación.

—No se quede ahí como un pasmarote. Haga algo, hombre. —El jefe de policía deslizó un papel al otro lado de la mesa, hacia Jakob—. Ha sido también en el Bloque P. Ahí está la dirección.

Jakob recogió la nota y se la metió en un bolsillo de los pantalones.

—Llévese a Karlo también esta vez. Él entiende de todos estos jaleos locales, ¿no? Y salga ya. Un solo hombre rajado y despellejado se puede manejar, pero ¿dos? ¿Qué será lo siguiente?

—Yo me encargo, señor Mortensen. Si los dos casos están relacionados, lo descubriremos e intensificaremos la búsqueda del asesino. —Vaciló un instante—. ¿Hay algo nuevo sobre la niña, sobre Najak?

Mortensen sacudió la cabeza.

—Desgraciadamente, no.

—Pero enviaremos más gente a buscarla, ¿verdad?

El hombre gordo y medio calvo de detrás de la mesa asintió y cogió del cenicero uno de sus cigarrillos apagados.

—Sí, claro. Ahora mismo me encargo de eso.

Por lo que Jakob sabía, Mortensen era de Horsens, en plena Jutlandia, donde había sido comisario de la policía uniformada, para acabar en Godthåb como jefe de policía.

—¡Váyase ya! —rugió Mortensen, con el humo del cigarrillo escapándose por las comisuras de la boca y deslizándose por la barbilla como densas nubes vespertinas sobre la cresta de una montaña—. Dios, voy a tener encima al alcalde y la Cámara Provincial antes de que acabe el día.

Apenas media hora más tarde, Jakob y Karlo estaban en el Bloque P, donde, como era de esperar, se habían congregado algunos curiosos delante de uno de los portales del largo edificio de hormigón.

Karlo se adelantó y explicó al grupo de gente, que incluía niños pequeños con la cara sucia y ancianos desdentados de grandes ojos negros, que tenían que mantenerse a cierta distancia de la puerta. Como no sirvió de nada, añadió que el asesino andaba suelto y que tal vez contaba con la ayuda de potencias malignas del mundo subterráneo.

Fuera por sus palabras sobre el asesino o sobre las potencias malignas, lo cierto era que el grupo de ojos oscuros y mejillas rojas empezó a desperdigarse y a buscar refugio detrás de columnas, puertas y cortinas. Karlo subió la escalera a grandes zancadas, hacia el apartamento donde se encontraba la nueva víctima.

—¡Maldita sea! —exclamó en cuanto cruzó la puerta. Jakob no había llegado más que al rellano, donde se agarró a la barandilla anaranjada, pero enseguida avanzó hasta el interior del apartamento.

La sala parecía estar llena de negras sombras y profundos y breves

aullidos, como si realmente hubiera sido asaltada por demonios, pero sólo necesitó un instante para comprobar que se trataba de cuervos que aleteaban mientras Karlo intentaba echarlos. Los pajarracos parecían furiosos, pero por fin consiguió hacerlos salir por las ventanas abiertas.

—Malditos cuervos —exclamó el hombre enfurecido hacia la Gran Llanura—. Con este tiempo no deberían tener las ventanas abiertas. —Sacudió la cabeza.

—A lo mejor fue el asesino quien los dejó entrar —señaló Jakob—. Es posible que sea intencionado.

—Quizá —dijo Karlo—. Pero no lo creo. Es muy habitual. Muchos no comprenden estos grandes edificios de viviendas. Mi abuela también vive aquí, y muchas veces tiene la calefacción encendida en el salón y las ventanas abiertas. —Negó con la cabeza y cerró una de las ventanas—. Le he explicado que es una tontería y un despilfarro, pero ella se limita a decir que echa de menos el viento y el olor del mar, que siempre se metían en su casa cuando vivía en la aldea. Estos muros son demasiado gruesos e impenetrables.

Durante todo el tiempo, Jakob había estado con la mirada fija en el cadáver del suelo. Era un hombre. Como el anterior, tenía aspecto de groenlandés, y debía de rondar la cuarentena, aunque era difícil decirlo, pues le habían arrancado la piel.

—Lo han matado de la misma forma —murmuró Jakob en voz baja, y se puso en cuclillas al lado del cuerpo mutilado. Con mucho cuidado, colocó las yemas de los dedos sobre los ensangrentados pectorales—. No lleva muerto mucho tiempo.

—Lo han rajado exactamente igual que al otro —reafirmó Karlo—, pero está más podrido.

—Creo que es culpa de los pájaros —sugirió Jakob al tiempo que recogía un *ulu* empotrado en una masa marrón rojiza—. ¿Es posible que las vísceras también estuvieran alrededor del cuerpo y que ellos se las hayan llevado?

Karlo miró hacia fuera y luego recorrió con la vista la sala.

—Tenemos a nuestro propio Jack *el Destripador*.

—Quizá. —Jakob dejó el cuchillo—. Con la diferencia de que Jack *el Destripador* mataba prostitutas, aunque es cierto que les abría el vientre y les arrancaba los órganos. No podemos excluir que el asesino se inspire en él para cometer sus propios crímenes, aunque las víctimas sean hombres y sólo haya dos.

—Por ahora —añadió Karlo mientras se arrodillaba al lado del cuerpo y asentía despacio con la cabeza. Músculos, tendones y grasa relucían entre las capas de sangre reseca—. Esto no lo ha hecho un *amateur*. —Miró a Jakob—. La piel de este hombre la ha arrancado alguien que lleva años haciéndolo. Los cortes son limpios. Si tuviéramos la piel, casi con seguridad veríamos que está intacta. Lista para trabajarla. —Miró hacia el suelo—. Perdona que sea tan explícito.

—No pasa nada —dijo Jakob. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. La imagen del rostro despellejado le perforaba la mente. Los dientes desnudos. Los agujeros en lo que había sido una nariz. Los grandes ojos, clavados en él—. No pasa nada —repitió—. ¿No es poco habitual que un cazador sepa despellejar tan bien?

Karlo asintió.

—Sí, pero hay algunos cazadores que saben hacerlo. La mayoría se limita a decir que es tarea de mujeres.

Jakob dejó escapar un suspiro.

—¿De modo que esto lo ha hecho una mano tranquila, como si la muerte no lo afectara lo más mínimo?

—No lo sé —dijo Karlo—. Pero está hecho de modo rutinario y preciso. Ha quitado la piel hasta de las manos y los pies. —Se volvió de nuevo hacia Jakob—. Cuando el asesino lo despellejó, ya no era más que otra foca muerta entre sus manos.

Jakob no apartaba la mirada del rostro despellejado del muerto.

—Cuando salgamos, ¿puedes preguntarles a los de fuera si alguien ha visto a la hija de este hombre?

Karlo se levantó del suelo y asintió deprisa.

—Por lo que sé, el resto de la familia está en casa de una hermana de la madre. Vive justo ahí, al otro lado, en el Bloque 6. Puedo comprobarlo, ¿vale?

—Sí, hazlo, yo me encargo del informe. —Su mirada buscó a través de las ventanas la Gran Llanura, que no sólo estaba cubierta de nieve, sino también oculta bajo las pesadas nubes y las sombras del sol poniente.

El aroma de café recién hecho se extendía como la vida en el valle de un fiordo durante el verano. Jakob dejó de mirar el informe y se fijó en Lisbeth, que acababa de entrar en el despacho con una bandeja llena de tazas humeantes.

—Creo que os vendrá bien un poco de café, chicos, ¿no os parece?

Jakob miró a su alrededor. Eran cinco en el despacho. Karlo, Benno, Fransen, Storm y él. No sabía dónde andaban los demás, pero, por lo que podía recordar, algunos debían de estar en la lancha de la policía y otros en algún lío familiar en uno de los bloques.

Benno se ponía siempre de pie de un salto, como la cola de un pavo real, en cuanto Lisbeth entraba en el despacho, pero ella casi nunca hacía caso a sus movimientos. Su recorrido terminaba siempre con Jakob. Una vez había conseguido que Benno volviera mansamente a su sitio con unos comentarios atrevidos pero displicentes.

Las tazas iban desapareciendo una a una de la bandeja. Benno refunfuñaba y se dejaba caer en la silla, que movía sobre las ruedas para acercarla a la mesa; sus pensamientos cambiaban tan deprisa como una violenta ráfaga de viento entre altos roquedales, y Jakob oía que le estaba diciendo algo a Storm acerca de la nieve que había al lado de su apartamento.

—¿Tú no quieres?

La voz estaba muy cerca. Jakob levantó la vista hacia los ojos castaños en un rostro ligeramente ovalado, manchado de pecas, sobre todo alrededor de la pequeña nariz y las mejillas redondeadas.

Estiró el brazo y cogió la última taza.

—Le he puesto un poco de leche, como a ti te gusta.

«Gracias.» La palabra desapareció en lo más hondo de su garganta, obligándolo a carraspear.

—Gracias.

Lisbeth le apoyó una mano en el hombro y se inclinó sobre él, hasta que sus labios casi le rozaron la oreja derecha.

—También tengo bizcocho, pero no se lo digas todavía a los demás, porque si no, se volverán locos.

Jakob sonrió con timidez y bajó la mirada hacia la mesa.

Karlo señaló con un leve movimiento de la cabeza a la mujer que salía por la puerta con la bandeja vacía.

—Creo que con eso te calentarás de miedo.

—Esto, eh... No es más que café y bizcocho. —Jakob frunció el entrecejo y se pasó una mano por el pelo—. No, es que...

—Nosotros solemos decir que una mujer como ésa calienta más que diez pieles de reno en una noche de invierno.

Jakob miró con sorpresa a su colega, y oyó a Benno soltar risitas como una colegiala.

—Gracias, ya vale —dijo con decisión, golpeando varias veces los dedos sobre su informe del segundo crimen—. Voy a llevarle esto al jefe.

Cuando Jakob acabó de relatar al jefe de policía Mortensen todo lo que sabía e imaginaba sobre los dos violentos crímenes que se habían producido con pocos días de diferencia en uno de los bloques de viviendas menos elegantes de la ciudad, bajó a la pequeña playa de arena y roca junto al puerto de Kolonihavn, donde dos grandes témpanos de hielo habían llegado hasta la orilla. No era la temporada, pero allí estaban de todos modos, brillando en la penumbra, y se esforzó en conducir sus pensamientos a un mundo del todo

distinto del que ahora cobijaba a un asesino a sangre fría que con toda probabilidad no había hecho más que empezar su trabajo.

Cerca de él había un anciano inuit tocando el tambor tradicional, el *qilaat*, al tiempo que levantaba uno y otro pie y movía el cuerpo adelante y atrás. Estaba encima de una roca plana y redondeada por las fuerzas del mar. El anciano sostenía su tambor en una mano y lo golpeaba con la palma de la otra mientras dirigía su quejumbrosa oración a la gélida profundidad gris del mar.

Jakob dejó de mirarlo y puso una mano sobre el tímpano que se alzaba ante él. Notó cómo, en un instante, su frialdad penetraba profundamente debajo de su piel. El tambor y el baile no le dejaban marcharse.

Cientos de miles de años antes, el agua del interior del tímpano se había extendido como blandísima nieve sobre una Groenlandia que aún carecía de nombre. La nieve se había ido comprimiendo año tras año hasta convertirse en duro hielo, más puro y bello que ninguna otra cosa en el mundo.

—Si respiras sobre el hielo, notarás que él también respira.

Jakob no supo de dónde surgía la voz, y sólo en ese momento dio cuenta de que el canto y el tambor habían enmudecido. Se dio la vuelta y miró a los ojos al pequeño inuit que había estado cantándole al mar.

El anciano señaló con la cabeza el tímpano de un metro de altura que se alzaba ante ellos.

—¡Inténtalo!

Vacilante, Jakob dio un paso al frente y acercó la boca al hielo mientras expulsaba el aire con fuerza, y en ese mismo instante notó un soplo frío en su rostro. Respiró de nuevo, con los ojos cerrados. El hielo estaba tan vivo como él.

—Es el espíritu de la vida —prosiguió el anciano.

Jakob se dio la vuelta y lo miró. Era muy bajo, y le sacaba por lo menos una cabeza. Su rostro era marrón y estaba arrugado como una ciruela pasa, pero sus ojos estaban vivos y parecían insondables.

—¿Puedo preguntar para quién cantaba? —empezó Jakob.

El anciano esbozó una ancha sonrisa y mostró sus dientes romos.

—Para este hielo —contestó—. Para el mar. Para las montañas. Para toda la vida que nos rodea.

Jakob dejó que su mirada divagara por el mar.

—Tu alma está atormentada —continuó el anciano, poniendo una mano sobre el brazo de Jakob. Éste miró la mano, tan pequeña como la de un niño grande, y totalmente arrugada.

—Soy policía —suspiró, sacudiendo la cabeza—. En esta ciudad suceden cosas horribles detrás de las paredes.

—Sí, lo sé —dijo en voz baja el anciano—. También sé dónde encontrarás a tu demonio, pero has de tener mucho cuidado si crees que capturarlo es lo correcto. No hay que liberar a un demonio sin un buen motivo.

Godthåb, 12 de noviembre de 1973

La nieve había llegado antes de hora, y el hielo hacía tiempo que cubría la tierra. Primero, todos los arroyos y las cascadas se fueron congelando desde la superficie hacia el interior, de modo que, durante bastante tiempo, se podía oír el agua corriendo por debajo de ellos. En algunos sitios, como un murmullo de campanas, se abrían paso por un agujero y derramaban burbujas de agua gélida por encima del hielo; y en otros formaban impetuosas corrientes que arrastraban piedras y grava bajo la superficie cristalina del hielo.

En un lugar, la helada había sorprendido el agua de las cascadas de forma tan brusca que parecía que se había quedado paralizada en plena caída por la alargada espalda de la montaña. Se había helado hasta la espuma, y paredes enteras de olas interrumpidas y burbujas irregulares reflejaban los rayos del sol como miles de prismas cristalinos de una antigua lámpara de araña.

Jakob estaba sentado en una roca mirando sin pestañear el mar más allá de Kolonihavn. En las manos tenía un pequeño cuaderno marrón y un lápiz amarillo.

En compañía de Karlo, había visitado a todas las familias del Bloque P con la excusa de que estaban preparando una investigación sobre los hábitos escolares de los niños. Por supuesto que no existía nada remotamente parecido, y de haber sido cierto, no habría sido tarea de la policía.

Trescientos veinte apartamentos. En muchos de ellos no vivían niños en edad escolar, pero como no había un censo de los habitantes del bloque, tenían que llamar a todas las puertas. En cuarenta y tres de los apartamentos,

Jakob y Karlo sospecharon que sucedía algo que dañaba a los niños, y en cuatro de ellos no les quedó la menor duda.

Jakob escribió los nombres de los padres de aquellos cuarenta y tres apartamentos, junto con los nombres y las edades de todas las hijas menores que vivían en la misma casa.

Los cuatro peores los apuntó en una lista aparte. Dos de ellos fueron las dos primeras víctimas. La primera pocos días después de que Jakob y Karlo, para disgusto de Mortensen, informaran de su investigación en comisaría. «No podemos meternos en eso, Pedersen —declaró el jefe de policía—. Todo son simples indicios. Si condenáramos a alguien basándonos en nuestras presunciones, todo el mundo estaría en la cárcel en este lugar abandonado de Dios.» Karlo miró al suelo, y Mortensen añadió entre dientes un «casi». Lisbeth, la recepcionista, había salido del despacho, aunque el informe no había concluido aún. Más tarde fue hasta la mesa de Jakob y le hizo una señal de ánimo con la cabeza mirando la lista de los nombres. Sus ojos estaban tan tristes como los de las niñas.

Jakob sacudió la cabeza y dejó que su mirada se deslizase sobre la nieve, el mar y los témpanos de la playa. Ahora habían asesinado a dos hombres, y una niña de once años había desaparecido sin dejar huella. Si se hubieran involucrado, quizá se habría podido evitar.

Cuando Jakob se despertó por la noche, tenía una pierna fuera de la cama; había sido víctima de tal desasosiego y sueños tan desagradables que acabó por levantarse.

Salió del dormitorio tambaleándose y fue al salón, donde se desplomó en un profundo y suave sillón de terciopelo que ya estaba allí cuando se había mudado. Clavó los ojos en las grandes ventanas y, más allá, en el suelo rocoso que separaba su casa de la siguiente. En Godthåb no había jardines. De todos modos, no crecía más que yerba, flores árticas, pinos enanos y angélicas. Nada que se elevara de verdad hacia el cielo.

Su respiración formaba una nubecilla en el aire. Algo debía de ir mal en la calefacción porque fallaba siempre por la noche, y cuanto más se acercaban a la época más oscura del año, más notaba cómo se filtraba el frío a través de las paredes de la casa. Como si el hielo y el viento polar devorasen la madera y la fueran masticando con sus mandíbulas desdentadas pero fuertes.

Su mano encontró un vaso y una botella. Se sirvió y olió el vaso. Johnnie Walker. Red Label.

Abrió el cuaderno y empezó a escribir su sueño. Las ideas que le había provocado esa pesadilla se manifestaron, y antes de que se diera cuenta surgió en su interior un viajero de los sueños que, a cada paso que daba en su peregrinar, esculpía una palabra en el cuaderno.

Al cabo de una hora cerró la libreta.

Había oído un ruido extraño y creyó percibir una sombra deslizándose ante las ventanas, pero podía tratarse de cualquier cosa. Aparte de que nadie

con un mínimo de sentido común saldría a esas horas de la noche en pleno invierno.

Con un suspiro, dejó el cuaderno y se levantó para acercarse a las ventanas. No había luces en la calle, pero la luna se había abierto paso entre las nubes e iluminaba la nieve, de modo que podía ver a varias casas de distancia.

Sacudió la cabeza. La ciudad estaba tan muerta como la yerba oculta por la nieve. Entornó los ojos. Una sombra creció en la pared de la casa vecina. Se acercó más a la ventana para ver mejor. En ese instante, la sombra abandonó la pared y se convirtió en una silueta que se movía hacia él. Jakob se sobresaltó y dio unos pasos hacia atrás. La silueta creció y adoptó la forma de una persona a la carrera.

Jakob sólo consiguió captar un veloz movimiento a pocos metros de la casa antes de oír quebrarse el cristal delante de él y sentir un fuerte golpe en la cara. No perdió la consciencia, pero cayó de rodillas. La sangre le corría por el rostro y se llevó la mano a la frente, donde la piel se había desgarrado. En el suelo vio un trozo de granito afilado, envuelto en una hoja de papel. Se puso una mano sobre la herida y avanzó hacia la ventana rota para ver el exterior, pero la silueta ya había desaparecido.

Confuso, fue tambaleándose a la cocina, encendió la luz y se ató un trapo a la cabeza para detener la hemorragia, pero no lo consiguió del todo y pensó que tendría que ir a urgencias para que le dieran unos puntos. Si conseguía encontrar al médico. No tenía fuerzas para intentarlo, así que se limitó a recoger la piedra con la hoja de papel y a volver a su sillón, donde volvió a desplomarse.

Cierra el pico o estás acabada.

—¿«Acabada»? —musitó—. ¿Quién demonios ha escrito esto? —El papel se le cayó de las manos y descendió despacio hasta el suelo. Se soltó el trapo y metió uno de los extremos en el whisky hasta que quedó completamente

empapado. Después presionó la tela con fuerza contra su frente y dejó que el alcohol se filtrara en la herida. Escocía tanto que casi no podía aguantarlo. Miró el cristal roto y notó cómo el frío gélido penetraba por él.

La brecha le dolía, pero la hemorragia se había detenido casi por completo. Se sirvió otro gran vaso de Johnnie Walker, y esta vez se lo bebió en cuatro largos sorbos, tan deprisa que casi se le revolvió el estómago mientras se cubría con una manta de lana.

—¿Qué está pasando aquí?

—¡Hola!

—Hola, Pedersen. Maldita sea, ¿qué está haciendo usted?

Las palabras penetraban en Jakob poco a poco junto al tintineo del cristal. Como un goteo de hielo lejano.

—Jakob..., ¿estás bien? —Era la voz de Karlo—. Tienes un aspecto horrible. ¿Qué ha pasado? Jakob, ¿me oyes?

Jakob abrió los ojos, pero le resultaba difícil pensar con claridad. Sentía golpes en las sienes y la frente. La boca y la garganta le sabían a hierro y alcohol. Le temblaba violentamente todo el cuerpo. Y de su boca no salía una sola palabra.

—¿Puede ir a buscar más mantas, señor Mortensen? —preguntó Karlo nervioso mientras empezaba a quitarse ropa—. Y prepare café también.

Mortensen salió de la sala farfullando algo.

Jakob notó el calor del cuerpo y las manos de Karlo, que le masajearan la piel con fuerza, y poco a poco fue adquiriendo control sobre sus movimientos, hasta que consiguió beber un poco de la taza que Mortensen le sostenía delante de la boca.

—¡Joder, no puedo dejarle solo ni un segundo! —bramó éste.

Jakob volvió la mirada hacia la cabeza redonda y medio calva de su jefe. Había valido la pena ver al jefe de policía, de Horsens nada menos, obedecer sumiso las órdenes de Karlo. Sonrió. Apretó los dedos sobre la taza.

—¿Qué ha pasado? —prosiguió Mortensen.

—Anoche apareció un hombre delante de la ventana —respondió Jakob

con esfuerzo. Sentía golpes en la cabeza, y el cuerpo seguía en máxima tensión, porque había estado muy cerca de sufrir un shock por hipotermia—. Tiró una piedra envuelta con un papel con amenazas por la ventana. Me dio en la cabeza, pero no creo que ésa fuera su intención, porque yo estaba aquí escondido en la oscuridad. —Jakob dio un largo sorbo del humeante café—. Y acabé en la butaca, intentando desinfectarme la herida con whisky.

Mortensen le dio unas palmaditas por encima de la manta.

—Pues vaya. Nos llevaremos la nota a comisaría a ver si podemos sacar algo. —Miró a su alrededor—. Y haré venir un carpintero para que le arregle todo este desastre. —Volvió a mirar a Jakob—. ¿A quién se refiere el femenino de la nota?, ¿sabemos quién es?

Jakob sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea. Najak, quizá. No, no tengo ni idea.

Mortensen asintió, y su papada se extendió hacia los lados. Sus mejillas pálidas y agrietadas por el frío relucían con una especie de rojo claro.

—Por lo demás, ¿ya está listo?

—Creo que lo mejor será que me quede aquí hoy —dijo Jakob.

Mortensen apretó los dientes y miró a Karlo. Dio unos golpecitos con sus gruesos dedos en los bolsillos de su largo chaquetón beige.

—¿Hay algún problema? —Jakob se incorporó a medias.

Mortensen sacó un purito del bolsillo interior y miró interrogante a Jakob.

—Se ha cometido otro crimen —intervino Karlo—, exactamente de la misma forma.

Jakob cerró los ojos y suspiró.

—¿Cómo se llamaba?

—Anders Umerineq.

El nombre resonó en la mente de Jakob como el retumbar de un eco. Ahora sólo quedaba con vida uno de los cuatro hombres de su lista.

—Voy para allá —dijo, al tiempo que se quitaba de encima el calor de las mantas.

—¿Estás seguro? —preguntó Karlo mientras volvía a ponerse la ropa—. Tienes pinta de que no te vendría mal darte una vuelta por el hospital.

—Si Pedersen quiere, lo respetaremos —intervino Mortensen—. Yo no dispongo de tiempo para irme ahora al Bloque P —suspiró—. Éste es el tercer asesinato, y no tengo la menor duda de que el alcalde, el gobernador y el cretino del presidente de la Cámara Provincial habrán ido a la comisaría mientras yo no estaba y habrán montado un buen número. Malditos crímenes.

Jakob se fue al cuarto de baño envuelto en una manta.

—Nosotros nos encargamos, señor Mortensen —se apresuró a decir Karlo—. Creo que Pedersen está llegando ya al fondo del asunto.

—¡Eso espero, Lange! —bramó Mortensen, dando una profunda calada a su purito y dejando que el espeso humo se le deslizara por la lengua y el paladar—. ¿Y cuál es el fondo del asunto?

—Prefiero que sea Pedersen quien le responda. —Karlo miró la botella de whisky que había sobre la mesa.

Mortensen asintió despacio dentro de la espesa nubecilla amarillenta de humo.

—¿Cree usted, Lange, que la piedra y la nota pueden tener algo que ver con los crímenes?

Karlo dirigió la mirada hacia la piedra y luego miró a Mortensen.

—Señor, yo creo... Si existe alguna relación, descubriremos las causas de este horror en algo que subyace en esos crímenes.

Mortensen levantó una ceja y miró al agente groenlandés.

—¿Y qué es lo que subyace según usted, Lange?

Karlo reflexionó un momento e irguió la espalda.

—Pienso en los numerosos casos de abusos sexuales a niñas.

—Ah —exclamó Mortensen a través de una densa nube de humo mientras se acercaba a la mesa del comedor de Jakob y observaba el puzle, casi terminado, que había sobre ella—. Todas esas visitas al Bloque P que yo no he autorizado. —Dio unos golpecitos con los dedos de la mano izquierda

sobre la caja del puzle—. La investigación acerca de las escuelas de Godthåb a la que se están dedicando ustedes dos.

Karlo bajó la mirada hacia sus botas y luego miró el puzle. En la caja, debajo de los dedos de Mortensen, ponía «Godthåb».

—Eso no es Godthåb —musitó—. Quizá alguna ciudad escocesa o noruega, pero no Godthåb.

Mortensen dio media vuelta y regresó al sillón donde había estado Jakob sentado.

—Y esto nunca ha sido whisky. —Dejó caer la colilla humeante del puro en el vaso vacío—. No quiero oír ni una palabra más sobre esa investigación...

—Ya estoy listo —intervino Jakob. Se alisó con una mano el abrigo marrón de *tweed* y apretó un poco más el nudo de la corbata negra.

—Caramba —exclamó Mortensen, mirando de reojo la herida de la frente de Jakob—. Habría sido mejor que le hubieran dado varios puntos, porque la herida está muy abierta, pero ya debe de ser tarde.

Jakob se encogió de hombros.

—Tendrá usted un recuerdo para toda la vida —continuó Mortensen, dando una palmada—. ¿Se encuentra bien?

Jakob asintió, pero se palpó la herida e hizo una breve mueca.

—Estoy listo, señor Mortensen. Lange y yo nos vamos para allá.

—Confío en que tengan más éxito —dijo con aspereza el jefe de policía—. Piense en mi teléfono. Estará echando humo.

—Usted vuelva tranquilo a la comisaría —prosiguió Jakob—. Yo me voy a tomar una pastilla para el dolor de cabeza y dentro de unos minutos estaremos en el lugar de los hechos.

Mortensen desapareció por la puerta mientras refunfuñaba por los montones de nieve que había en la cuesta que daba a la casa de Jakob.

—Siéntate un momento —musitó Jakob señalando la mesa del comedor barnizada de blanco junto a la que estaba Karlo—. Voy al baño a por mis

pastillas.

Karlo asintió y se sentó en la silla de anea mientras miraba por la ventana. En el alféizar había dos altos candelabros de madera, un pequeño gato de porcelana azul y un ficus. Toda la ventana estaba enmarcada por una cortina de color rojo oscuro, al parecer de terciopelo, con anchas franjas lilas.

Debajo de la mesa había una alfombra de pelo largo en diversos tonos de morado. Su mirada recorrió el salón. El sofá era negro. La mesita baja, alargada y de madera. Junto a las paredes había varios muebles del mismo color nogal, plantas y una estantería para libros. Encima del sofá colgaba una pintura grande de lo que parecía un fiordo groenlandés en un día de finales de otoño, y repartidas entre los muebles se veían varias máscaras de madera groenlandesas, *tupilaks* y piedras. Sobre el aparador, junto a la mesa de comedor, había un arpón antiguo, de madera y hierro.

—He conseguido colocar algunas piezas del puzle —farfulló Karlo sin levantar la vista cuando Jakob volvió a entrar en la sala.

—Ya estaba ahí cuando me mudé —dijo Jakob.

Karlo lo miró sonriente.

—Ahora está casi terminado.

Jakob le devolvió la sonrisa.

—Casi todo lo que hay en la casa ya estaba cuando me trasladé aquí. Antes vivían los Hempler, que murieron en el Catalina que cayó al mar durante el aterrizaje en 1964. —Miró a su alrededor—. Ahora vivo yo y no he cambiado casi nada, de modo que, si volvieran, no notarían la diferencia. —Se volvió hacia la estantería y cogió una piedra porosa y frágil—. Excepto las piedras. Soy yo el que las colecciona.

—Pues ahora tienes una nueva —indicó Karlo, señalando con la cabeza la piedra que le habían tirado a Jakob esa misma noche.

—No creo que fuera su intención darme a mí —dijo Jakob poniéndose el abrigo sobre un brazo y la espalda—. Si lo hubiera sido, ahora estaría tirado en el suelo con la barriga abierta.

—Seguramente tienes razón —repuso Karlo contemplando la herida que se abría en la frente de Jakob.

Jakob señaló con la mano una caja de cartón medio abierta que había al pie de la puerta de entrada.

—¿Habéis traído vosotros eso?

—¿Esa caja?

—Sí.

—No, estaba aquí, en la escalera, al lado de la puerta. —Karlo se encogió de hombros—. He pensado que sería tuya.

Jakob se acercó a la caja y la abrió por un lado.

—Un proyector de películas de ocho milímetros. —Volvió a mirar a Karlo—. Nunca había visto esta caja.

—Pues estaba ahí.

Jakob frunció el entrecejo.

—No hay película, sólo un carrete vacío.

—Qué raro.

Jakob asintió.

—La dejaré aquí. A lo mejor aparece el dueño.

El susurro del mar

Nuuk, 11 de agosto de 2014

El sol brillaba alto sobre el Bloque 17 en su peregrinaje hacia las montañas al otro lado del frío brazo del fiordo que rodeaba Nuuk.

Matthew dejó el cuaderno de cuero y con una mano se frotó los ojos mientras los dedos de la otra se hundían en la capa de yerba del suelo. El olor era vivo y penetrante.

Por todos lados, en medio de las rocas, se ocultaba un mundo de pequeñas plantas. Yervas, camarinas negras, arándanos, tomillo, diminutos sauces herbosos, líquenes amarillos y florecitas árticas se enroscaban unos con otros, y los dedos los sentían como un plumón suave y punzante a la vez, que envolvía piedras y rocas en una frondosa infinitud que, en algunos lugares, se hacía tan profunda y ramificada que los pies desaparecían en ella, mientras que en otros tan sólo era una fina membrana de vida adaptada para sobrevivir a los largos y crudos inviernos.

Los dedos contornearon una flor tan pequeña que apenas medía unos milímetros. Estaba compuesta por corolas aún más pequeñas, del tamaño de una cabeza de alfiler, pero cada una perfecta, con pétalos rosas y el centro amarillo.

Cerró los ojos. En algún sitio, en el interior del cuaderno, Jakob había escrito sobre una de esas flores. Quizá no era esa misma, pero podía serlo.

La mirada de Matthew abandonó la flor y vagó entre las rocas. Hacia el mar. Mientras, con mucho cuidado, dejó que la florecita se deslizara, indemne, para recuperar la libertad.

No había hielo en el mar cerca de la orilla, pero a Matthew le agradaría

poder ver y tocar el hielo en caso de que se acercara algún témpano. Quizá incluso probar su sabor.

Con la mirada dirigida hacia el mar y la cadena de montañas en el horizonte, sacó a tientas el móvil y marcó el número de Malik.

—Debemos de haber sacudido unos cuantos árboles —dijo en cuanto la voz de Malik sonó al otro lado—. ¿Tienes posibilidad de citarme con Jørgen Emil Lyberth? Dile que he encontrado el diario privado de Jakob Pedersen del invierno de 1973. Con eso tendría que bastar.

Una sombra rompió la luz que lo rodeaba.

—¿Aún sigues aquí?

Matthew giró la cabeza hacia la voz, que reconoció al instante, aunque el cuerpo y el rostro de la mujer estaban a contraluz.

—¿Has encontrado a tu asesino?

Matthew negó con la cabeza.

—Lo encontrarás.

Las nubes se relajaron. La silueta se convirtió en una mujer que lo miraba con fijeza. Con tanta fuerza que él tuvo que dejar que su propia mirada buscara refugio en las pecas marrones desperdigadas. Una de ellas, en la nariz, semejava un corazón.

La mujer sostenía un portátil entre dos dedos.

—¿Adónde vas? —preguntó él con tiento.

—A recoger mis cosas en comisaría antes de que cierren.

Él asintió y apretó los labios.

—Yo también tengo que ir ahí. ¿Vamos juntos?

—Como quieras —dijo ella, y pasó a su lado.

Matthew cogió el cuaderno de Jakob y su jersey mientras se ponía en pie y empezaba a caminar tras ella, que se movía tranquila. No con enfado y furia como antes.

—Tengo que ver a Lyberth.

—¿Por qué?

—Creo que él es uno de los malos más malos de toda esta historia — prosiguió Matthew, levantando el cuaderno en el aire.

—Eso no hará mucha gracia por aquí. Uno de los padres de la patria abusando de niñas. —Sacudió la cabeza—. Aunque no será el primer político de estas tierras que no se puede guardar la verga para él solo.

Matthew sintió picor debajo de la piel.

—Ya le he mandado un recado de que tengo el cuaderno.

Tupaarnaq miró de reojo a Matthew.

—Pues más vale que te cubras las espaldas. —Respiró hondo—. Son unos cerdos. Todos.

Matthew notó que los pasos de la joven se habían vuelto otra vez furiosos. No iba más deprisa, pero golpeaba los talones con fuerza sobre el asfalto.

Se aproximaron al último de los rascacielos nuevos y elegantes; cerca de allí se alzaba la fachada de madera, de un marrón oscuro, de la comisaría de policía.

—¿Por qué compraste un fusil nada más llegar? —preguntó Matthew sin mirarla.

—Pensaba cazar una foca.

Él volvió los ojos hacia ella.

—¿Sólo eso?

—Sí, sólo eso. Es mucho mejor que pegarle un tiro a un hombre, ¿no?

En su voz no había ansiedad. Era tan sólo una constatación. Como punto de partida era mejor abrir en canal a una foca que a un hombre.

Torcieron en la esquina de Tuapannguit y Kuussuaq. A lo lejos, en el horizonte, detrás de las casas del centro de la ciudad, del Nuukcenter y de Nuussuaq, se alzaba vertiginoso el monte Ukkusissat, que en tiempos de Jakob se lo denominaba Store Malene, en danés.

—Tengo intención de subir ahí arriba un día —dijo Matthew, señalando la cima de la montaña. En algunos puntos se veían manchas de nieve, que a

aquella distancia parecían pequeños charcos congelados, pero que de cerca seguramente tendrían varios cientos de metros de longitud.

—Pues sube.

—No conozco el camino, y por lo que me han dicho es mejor ir acompañado..., por seguridad.

—Ah, bien..., seguro que cuando comes tienes a alguien al lado vigilando por si se te atasca algo en la garganta, ¿no?

—¿Cómo?

La joven sacudió la cabeza.

—Como mucho se tardan dos horas desde el centro de la ciudad hasta la cima, así que si quieres subir, sube.

La mirada de Matthew se deslizó por la montaña y atravesó la ciudad. Los pasos de la joven se habían calmado otra vez.

—¿Hay focas cerca de tu casa?

—Sí, pero no valen la pena. Cogeré una barca e iré un poco más lejos.

Matthew alzó las cejas y por encima de ellas se formaron varias arrugas.

—¿Tienes una barca?

—¿No eres un poco ingenuo?

Él se encogió de hombros.

—Pero acabas de decir...

—Es como si... Tomo una prestada y luego la devuelvo... Se ve que no eres de aquí.

—Llevo aquí dos meses.

—No tendremos más remedio que embadurnarte con un poco de sangre.

—¿Embadurnarme de sangre? ¿Qué es lo que quieres decir? —Matthew casi se detuvo, aunque siguió los pasos de la mujer.

—Te llevaré de caza conmigo, y veremos si al acabar te vuelves pitando a Dinamarca.

Matthew no llegó a decir nada más antes de encontrarse junto a la comisaría.

—¿Era aquí adonde pensabas ir?

Él sacudió la cabeza.

—No, yo... No sé lo que pensaba hacer.

Movió la cabeza para señalar la puerta.

—Entra conmigo. No puede pasarte nada con lo danés y guapo que eres.

Menos de cinco minutos después estaban junto al mostrador de recepción, donde la mujer de baja estatura sentada al otro lado llamó a un agente para quitarse el asunto de encima.

—No podemos entregar las armas —dijo el agente mientras señalaba con la cabeza la pantalla del ordenador, que estaba de espaldas a ellos—. El caso no está cerrado, y aquí dice que esos objetos en cuestión no pueden devolverse.

—Ya te lo he explicado una vez —respondió Tupaarnaq con tono cortante y airado—. No existe ningún caso, de modo que...

—Eso no me sirve —repuso el agente—. Son armas y aún no están disponibles para su entrega.

Tupaarnaq dejó escapar un profundo suspiro mientras sacaba unos papeles y los dejaba sobre el mostrador.

—Éstos son mis recibos del rifle y el *ulu*..., y aquí tienes mi certificado de residencia groenlandés y mi contrato de alquiler.

Él la contempló extrañado.

—¿Se han utilizado mi rifle y mi *ulu* en algún delito?

El agente estaba inmóvil, con la mirada fija en la pantalla.

—¿A lo mejor puedo ayudarte yo? —prosiguió la joven—. Porque no se han usado para ningún delito y tampoco los he adquirido ilegalmente, ¿no es así?

—Te acaban de detener por asesinato —balbuceó él, sin dejar de fijar la mirada en la pantalla.

—De forma ilegal —repuso Tupaarnaq controlándose, estremecida de ira bajo la fría apariencia—. Me soltaron el mismo día porque la acusación no

tenía ningún fundamento. Ninguno. Lo sabes muy bien.

El policía suspiró.

—Tus pertenencias se marcaron como posibles objetos probatorios, y lleva un tiempo poder entregarlos.

—Eso no será en Nuuk, imagino. —La ira de su voz iba en aumento, pero ella seguía tranquila. Aspiraba el aire hasta el fondo de los pulmones y lo soltaba con fuerza. Los músculos de sus brazos estaban tan tensos que las plantas salvajes parecían estar vivas—. Escúchame, no soy idiota, por mucho que lo pienses. Mi rifle está ahí detrás, y sabéis perfectamente que no se ha disparado con él ni un solo tiro, porque de otro modo nunca me habrías soltado tan deprisa. De manera que, si haces que me lo traigan, todo quedará arreglado.

—Pero ahora tu rifle está en nuestro poder.

—¿Por qué? —Inclinó el torso sobre el mostrador. Miró la pantalla—. ¿Han robado mi rifle? O sea, ¿lo han robado para utilizarlo mientras lo teníais retenido de manera ilegal?

Se produjo un silencio. Al principio, el zumbido de la vida de oficina llenaba la sala, pero ahora no se oía nada en absoluto.

—A menos que podáis presentar un motivo bien fundamentado para explicar por qué retenéis mis cosas, o demostrar por escrito que se han realizado modificaciones restrictivas en la ley de armas de Groenlandia en el transcurso de los últimos minutos, creo que tendréis que darme mis cosas. Si no, pediré una hoja de reclamación contra la policía de Nuuk, así como un formulario para denunciar un robo.

—Pero...

—Nada de peros, ¡tráelos ahora mismo! O me los traes o reclamo. También puedo coger los formularios yo misma y enviar un escrito a las autoridades y a la prensa danesa explicando vuestra actuación, basada en prejuicios personales, contra la rehabilitación de una mujer groenlandesa joven, traumatizada, recién salida de prisión, que quería retomar su vida de

cazadora después de haber estado encerrada desde los trece años. Añadamos una detención brutal y una cacería humana repugnante basadas en misoginia y meras conjeturas. ¿Qué prefieres?

Matthew cargaba el portátil de Tupaarnaq y ella llevaba el rifle colgado al hombro.

—No hay muchas cosas en este mundo que odie más que a los hombres — afirmó—. Nada, en realidad. —Sacó el móvil y lo miró—. Se ha hecho demasiado tarde para salir a cazar.

—¿Hoy? ¿Tenías intención de salir a cazar focas hoy?

Ella asintió y le cogió el portátil.

—Sí, pero ya sería demasiado tarde cuando nos hiciéramos a la mar, así que tendremos que esperar. Es una estupidez no tomarse en serio el mar. — Respiró hondo y asintió con los dientes apretados—. Saldremos mañana temprano.

—Yo...

—¿Qué? —preguntó ella mirándolo de reojo—. ¿Tienes algo mejor que hacer?

Matthew sacudió la cabeza, dubitativo.

Tupaarnaq suspiró.

—Mira, si yo quisiera acabar contigo, ya estarías despellejado, ¿vale? Tú te vienes al mar conmigo y veremos de qué pasta estás hecho. Yo no puedo trabajar con un niño cobardica.

Matthew frunció las cejas.

—¿Trabajar conmigo?

—Sí, todo eso de tu cuaderno, el crimen, mi detención, todo está relacionado, aunque aún no sé cómo.

La idea de una confluencia de sus caminos se abrió paso en la mente de

Matthew y, mientras caminaban, notó que se iba extendiendo más y más adentro.

—Has sido realmente dura en la comisaría.

—Ese tío no tenía ni idea de lo que estaba haciendo —respondió con rapidez—. Es que esto es la mierda de Nuuk y no la jefatura central de policía de Copenhague. No tenían la menor opción de quedarse con mis cosas si querían atenerse a las leyes locales.

—Daba la impresión de que tenías la lección bien aprendida.

La joven se detuvo. Se encontraban en el sendero que subía en medio de las empinadas rocas entre los bloques donde vivía.

—Sí. He pasado doce años encerrada, ¿vale? Me saqué el certificado de estudios medios en dos años y en cinco más acabé la carrera de Derecho. Así que digamos que tuve tiempo de sobra para estudiar.

Volvió a ponerse en marcha. Matthew le miró la espalda un momento antes de seguirla.

—¿Eres jurista?

—Sí, he estudiado Derecho, pero con mis antecedentes nunca podré trabajar como abogada.

Los largos bloques grises y maltrechos brotaban de entre las rocas a ambos lados de donde ellos se encontraban. Hormigón armado. Largas hileras de ventanas oscuras.

Matthew siguió a Tupaarnaq hasta una escalera de madera desgastada por el tiempo y entró en un corredor carcomido, que daba a la pared en la que se situaban las ventanas del bloque.

—Tengo algo que quiero que veas —dijo—. Sube conmigo. Es a dos escaleras de aquí, pero tendrás que esperar delante de la puerta. No quiero que nadie entre en mi casa.

Matthew la siguió, atravesando una pesada puerta corredera y luego otra más. Ambas estaban usadas y torcidas, y a juzgar por su aspecto debía de hacer mucho tiempo que ninguna de ellas encajaba bien.

Detrás de las puertas había una escalera de cemento gris que conducía a la primera planta. Matthew empujó inútilmente la segunda puerta antes de seguir a Tupaarnaq hacia la escalera. Allí debía de correr el aire con muchísima fuerza en invierno, cuando el hielo y las tormentas se apoderaban del cabo, sobre todo en ese bloque, abierto a las oscuras profundidades del Atlántico Norte.

Por todas partes las paredes estaban llenas de pintadas. Nombres. Años. Insultos. En un sitio había una calavera con el texto: «XIXX — morirás dentro de doce días — nos vemos en el infierno».

Matthew y Tupaarnaq atravesaron la puerta que daba al corredor exterior y siguieron hasta otra planta. La puerta del corredor estaba aún más deteriorada que la del portal. Incluso el plástico que hacía las veces de cristal estaba hecho pedazos, quemado.

—Es aquí mismo.

Matthew siguió con la mirada la dirección del rostro de ella hacia una puerta blanca a la derecha de la escalera del segundo piso. Sobre la puerta se veían las palabras DEJAD FUERA TODA ESPERANZA pintadas con espray rojo.

—Espérame aquí.

Tupaarnaq lo miró un instante para asegurarse de que la había entendido y no se movería de ese lado de la puerta, y entonces sacó las llaves y abrió la cerradura. Tras lanzarle una última mirada de reojo entró en el apartamento.

Lo único que pudo ver Matthew fue un vestíbulo vacío por completo, en el que sólo el suelo y las paredes esperaban a la mujer que entraba en esos momentos. Matthew pasó por delante de la puerta mientras ésta se cerraba con un débil clic y siguió hacia la puerta del segundo apartamento, que daba al corredor exterior. Ésta no estaba tan destrozada como la de la planta inferior, pero tampoco cerraba bien. Movi6 la pesada puerta y mir6 las rocas y el mar. Vio el sitio donde había estado unas horas antes sentado, leyendo el cuaderno de Jakob. Instintivamente los dedos de su mano derecha se deslizaron cubriendo la clavícula izquierda, protegiéndola, al tiempo que

miraba de soslayo la puerta cerrada a su espalda. Al otro lado no se oía nada, pero tampoco había esperado otra cosa. No tenía ni idea de cómo sería el interior del apartamento. Ni de cómo sería entrar en la cárcel a los quince años y no salir hasta doce años después.

Se abrió la puerta y sintió un escalofrío en todo el cuerpo.

Ella lo miró, hizo un leve movimiento de cabeza y le entregó un *pendrive*.

—Echa un vistazo a esto.

—¿Qué es?

—Cosas. Recuerda que una historia siempre tiene dos lados, y que la verdad se esconde en los detalles de la mentira.

Matthew cogió el lápiz de memoria.

—Gracias, lo miraré en cuanto llegue a casa.

—Bien. Nos vemos mañana. Ven a las ocho.

Matthew asintió con gesto decidido.

—Vale. A las ocho. Nos vemos entonces.

—Ponte ropa vieja. Matar ensucia.

En cuanto llegó a casa, conectó el *pendrive* de Tupaarnaq. Contenía una serie de carpetas con archivos en formato PDF y JPEG, y una vez que los abrió pudo comprobar que todos eran artículos escaneados sobre una familia asesinada en Tasiilaq en 2002.

Matthew miró los archivos uno a uno. No había duda de que Tupaarnaq había sido ya condenada cuando los primeros artículos llegaron a los lectores. Los crímenes eran muy violentos, y los periódicos se expresaban con dureza al informar de la tragedia sucedida en la ciudad oriental de Groenlandia. En varios sitios se reproducía una foto de las dos niñas muertas, tumbadas sobre una ancha cama. La sangre que había brotado de sus cuerpos cubría el edredón y el colchón. A poca distancia había una mujer tirada en el suelo. Era la única foto de las víctimas. Del padre sólo se mostraban fotos de cuando

aún vivía, pero según los artículos había recibido un disparo con su propia arma y había sido rajado con un *ulu*. Por lo que decía el *Politiken*, se trataba del crimen más sangriento sucedido nunca en la costa oriental de Groenlandia. Una tragedia en la que la hija mayor había matado a toda su familia con la excepción de un hermano menor, que no se encontraba en casa esa tarde.

Matthew siguió abriendo archivos. Los artículos estaban cada vez más distanciados en el tiempo, hasta que se había dictado sentencia. Tupaarnaq sólo confesó la muerte de su padre, y sobre el resto se negó a decir una palabra durante el proceso. La condenaron por los cuatro crímenes. Su padre, su madre y dos hermanas pequeñas, y en contra del consejo de su abogado no presentó recurso contra la sentencia.

Matthew sacó el teléfono y miró la hora. Recuperó el número de Leiff y le escribió un mensaje.

La chica que mató a su familia en Tasiilaq. ¿Recuerdas algo del hermano pequeño que sobrevivió?

Después de enviar el mensaje, buscó a Malik en sus contactos y le escribió:

¿Has sabido algo de Lyberth?

Fuera, el sol había prendido fuego al cielo vespertino de Nuuk, y la luz naranja que arrojaban las nubes caía sobre la ciudad con tanta fuerza y claridad que las paredes de la sala parecían estar inflamándose.

Sacó los cigarrillos y fue al balcón. Sus pensamientos se movían entre el cuaderno de notas, la naturaleza, Tupaarnaq y los numerosos cabos sueltos que en esos momentos entrechocaban sin conseguir encajar unos en otros. El humo del cigarrillo calmaba el desasosiego de su cuerpo.

Acabó de fumar y volvió al sofá, donde cogió su móvil. Habían llegado dos mensajes. Leiff sólo había escrito:

No, pero lo miraré.

La respuesta de Malik, en cambio, era más extensa. No había tenido noticias de Lyberth, pero Ulrik le había escrito que la policía quería recuperar el cuaderno, y cuando le había respondido que no sabía dónde estaba, le había llamado y protestado enérgicamente. Malik se percató de que llamaba desde casa y no desde la comisaría, porque la hija de Lyberth le estaba diciendo algo en segundo plano.

En el móvil apareció un nuevo mensaje.

Parece que Ulrik le ha apretado las clavijas a Ottesen. Sea como sea, está al corriente de que él te dio a ti el cuaderno. Sólo para que lo sepas.

El mar se extendía resplandeciente y reflejaba las agrietadas cumbres del Ukkusissat cuando, a la mañana siguiente, Tupaarnaq y Matthew se deslizaron entre las rocas que rodeaban el pequeño puerto. La joven no tardó nada en localizar una barca y ponerla en marcha. Camino del puerto había contado que lo mejor era buscar una sin rueda de timón, pues las que la tenían siempre necesitaban una llave. No le apetecía malgastar el tiempo haciendo un puente, y como sólo iban a salir por un tiempo breve, lo mejor era un bote pequeño con motor fueraborda. Y que el depósito estuviera bien lleno.

El bote golpeaba el agua con fuerza y el viento lanzaba el frío por la cubierta abierta.

Matthew iba encogido con su chaquetón azul de verano, cuya cremallera llevaba cerrada hasta el cuello mientras miraba con los labios apretados el grueso jersey de Tupaarnaq y sus botas negras. La predicción meteorológica prometía sol durante todo el día y hasta veinte grados de temperatura, pero en el mar las cosas eran distintas. Los botes que iba dando la lancha le retorcían el estómago medio vacío, y el viento era tan frío que sobre la piel daba la sensación de ser hielo.

En el fondo del bote había una larga vara terminada en un gancho metálico. Estaba allí cuando saltaron a bordo, y las oscuras manchas del metal del gancho indicaban que había sujetado animales sangrantes para alzarlos y sacarlos del mar. Al lado del gancho estaba el rifle de Tupaarnaq, de color gris marengo en las partes metálicas y marrón en la caja y la culata.

La barca se escoró a la derecha y Matthew inclinó el cuerpo en sentido

contrario. No tenía la menor idea de si estaban yendo hacia altamar. A su alrededor se elevaban las altas montañas.

Tupaarnaq iba sentada delante del motor, y lo movía con una barra que sujetaba bajo uno de sus brazos mientras oteaba el mar frente a ellos, donde se extendía el fiordo.

Los pensamientos de Matthew regresaron a los archivos del *pendrive* de la joven, y lo repasó todo una vez más. ¿Por qué no recurrió la sentencia? Cualquier inocente habría recurrido el asesinato de su madre y sus hermanas.

Tupaarnaq dio un fuerte golpe en el casco del bote para atraer su atención, y señaló el mar, a proa. Él se volvió y vio un pedazo de hielo del tamaño de un camión que pasaba cerca de ellos.

—¡Más al norte pueden alcanzar varios cientos de metros de altura! —dijo gritando para hacerse oír por encima del ruido del motor y del viento—. Sobre el nivel del mar, me refiero. Bajo la superficie pueden tener un kilómetro. —Movi6 la barra del tim6n y el bote traz6 una suave curva junto al borde del hielo. Fulguraba blanco y turquesa al sol matutino.

—¡Es la primera vez que veo un iceberg tan de cerca! —grit6 Matthew—. Es fant6stico.

—Esto no es un iceberg, es s6lo un t6mpano. Los icebergs son los grandes.

—Pero es bonito —musit6 Matthew. El t6mpano ten6a un largo saliente que se extend6a justo por debajo de la superficie del mar, y el agua que lo cubr6a resplandec6a con un turquesa tan di6fano que le dieron ganas de saltar hacia 6l.

Las montañas seguían irguiéndose a su alrededor, en algunos sitios de forma abrupta, en otros, en prolongadas pendientes cubiertas de yerba y arbustos retorcidos.

Se dirigían hacia el fiordo de Kobbe, en medio de las altas montañas Ukkusissat y Kingittorsuaq.

Tupaarnaq par6 el motor, y cuando el bote se qued6 inm6vil sobre el mar, ces6 el fr6o viento. Matthew relaj6 el cuerpo.

—¿No vamos a tierra? —Matthew miró un instante a la joven, antes de que ella dirigiese la vista hacia la parte inferior de Kingittorsuaq.

Sacudió la cabeza.

—No, mataremos focas allí. Si quieres ir a cazar renos, habrá que esperar. Pueden pasar varios días hasta que veamos una presa.

—No, no... Por mí está bien. —Movió el cuello, que se le había quedado rígido por el viento y los golpes contra las olas, hasta que sonó un chasquido—. Sólo pensaba que podíamos ir a tierra a contemplar la naturaleza en vez de cazar.

—Allí —dijo ella, apuntando un dedo hacia el mar—. ¡Y allí!

—¿Qué ves? —preguntó él mientras su mirada buscaba en vano entre las olas.

—Dos bultitos negros en el mar. ¿No los ves? Son focas. Hay montones.

Tupaarnaq se inclinó hacia delante y cogió el rifle con una mano. Con la otra sacó de un bolsillo un pequeño cargador negro lleno.

—Yo no veo nada. —Matthew entornó los ojos y siguió escudriñando el mar.

—Se asoman a la superficie y vuelven a desaparecer —prosiguió ella, echándose el rifle a la cara—. Salen para respirar.

El esbelto rifle parecía formar una unidad con Tupaarnaq, como si hubiera nacido para tener aquella arma alargada firmemente sujeta contra su cuerpo. La culata se hundía en el grueso jersey, en el hombro, y la mano izquierda se cerraba con fuerza sobre la madera y el metal. Bajó el arma y sonrió contenta.

—Hay montones de focas —repitió, y entonces echó hacia atrás la palanca y la empujó de nuevo hacia delante. El cerrojo encajó y metió un cartucho en la recámara.

Volvió a echarse el rifle a la cara y lo hundió bien en su hombro mientras apoyaba la mejilla contra la reluciente madera de la culata y cerraba el ojo izquierdo. El derecho apuntaba por la mira telescópica.

Matthew notó que la respiración de la joven se hacía más lenta y profunda.

No se veía ninguno de sus tatuajes. Ni una hoja ni una flor. Ni cráneos ni dientes desnudos. Ni sombras profundas. Sólo su rostro y su cabeza rapada. Las pecas rodeando la nariz.

El disparo se produjo de repente. El cuerpo de Tupaarnaq estaba rígido, congelado. Siguió con el ojo fijo en el visor, pero al poco apartó el rifle y cogió la barra del timón. El motor despertó rugiendo de su sopor y el bote empezó a brincar sobre el agua. Ola a ola. Hasta que la joven volvió a soltar la barra y dejó que la embarcación fuera perdiendo velocidad.

—Allí —dijo señalando al frente y un poco a la izquierda de ellos. Movié un instante la barra del timón con una pierna y se dirigieron directamente hacia el animal que se movía en el mar.

No estaba muerto, se agitaba dando vueltas en la superficie, con la cabeza y los ojos por encima del agua. Intentaba nadar, pero su cuerpo se negaba, y una mancha roja se extendía a su alrededor.

Matthew apartó la mirada de la foca y se dirigió a Tupaarnaq.

—¿No habría que rematarla?

—Un momento...

Giró el cuerpo y apagó el motor antes de incorporarse y de empujar el gancho hacia Matthew.

—En cuanto vuelva a disparar, métele el gancho en el cuello.

—¿Qué? Pero... el...

Lo miró.

—¿Estás conmigo o no?

La foca chapoteaba en el agua dando vueltas. Intentaba escapar, pero la bala que llevaba en el cuerpo la retenía en la superficie del mar. Sus pequeños ojos negros miraban fijos hacia atrás. Daba golpes con una aleta.

—Yo...

Tupaarnaq cargó el rifle y disparó.

El cuerpo de la foca dio un respingo. La sangre se vertió en el agua como una explosión.

Tupaarnaq dejó el rifle en el fondo del bote, cogió el garabato y lo empujó contra el cuerpo de la foca.

—Ayúdame a subirlo por lo menos.

Matthew alargó los brazos, titubeante, pero agarró bien el palo y, con la ayuda de la joven, tiró de la foca.

El animal pesaba como una persona, y necesitaron todas sus fuerzas para hacer que su cuerpo liso y húmedo pasase por encima de la borda, cayendo en el fondo del bote con un repentino movimiento deslizante. Sus ojos seguían fijos como dos perlas negras, pero detrás de ellos ya no había vida. La sangre brotaba lentamente por los dos oscuros agujeros de la piel.

Matthew se dejó caer en su sitio mientras Tupaarnaq cogía a la foca por una aleta y le daba la vuelta para ponerla de espaldas, con el vientre plateado con manchas negras hacia arriba. Los rayos del sol jugueteaban con los pelos de la piel húmeda. La joven sacó un desollador del bolsillo de la pernera y lo clavó entre las patas traseras de la foca, apretó los dedos sobre el mango y con la hoja la rajó hasta el centro del cuerpo. La gruesa capa de grasa, rosácea, parecía un ojo abierto en el vientre del animal. La carne era oscura, casi negra. Tupaarnaq metió las manos en el cuerpo caliente y extrajo una larga tira de intestinos, después hizo un corte y los sacó por completo. Matthew los siguió con la vista cuando pasaron sobre la borda y cayeron al mar.

—¿Los tiras?

—No los necesito. —Volvió la cara hacia él. Su mirada era dura—. Tienes que participar en esto.

—Es muy violento.

Ella se encogió de hombros.

—No es más que caza. —Y entonces volvió el rostro de nuevo hacia la foca y siguió cortando las vísceras con el cuchillo y arrojándolas al mar. Sólo tiró al fondo del bote una masa gelatinosa y oscura.

Después de vaciar al animal y tirar todo al agua, hundió el cuchillo en las

patas traseras y fue retirando la piel. Hizo lo mismo en las aletas del costado. Luego metió el cuchillo por la abertura del vientre y empezó a separar la piel de la grasa con movimientos suaves, hasta dejar el cuerpo desollado y brillante por completo. Sumergió la piel en el mar y la echó a los pies de Matthew, que la miró confuso.

—Hay que limpiarla.

—¿Qué quieres decir?

Tupaarnaq sacó el *ulu* y sujetó la piel. Con cuidado, pero con firmeza, hizo que la hoja redondeada arrancara de ella los restos de grasa.

—Esto es lo que tienes que hacer.

Matthew cogió el cuchillo y se inclinó indeciso sobre la piel. La grasa era espesa y tibia. Más blanda de lo que había imaginado, pero también correosa y difícil de cortar. Se estiraba y se encogía como si fuera goma.

—Oye..., tienes que profundizar para que no quede nada de grasa. Pero ten cuidado, la piel no valdrá nada si la agujereas.

Matthew titubeó. Frotó entre los dedos un trozo de piel y grasa.

—¿Se come esto, como la piel de ballena?

—¿Igual que el *mattak*? No, esto sabe fatal. —Le quitó el *ulu* y lo pasó en movimientos sinuosos a lo largo de un trozo de piel, que quedó del todo limpio y liso—. Así.

—¿Utilizarás la carne? —preguntó Matthew, mirando el cuerpo ensangrentado que reposaba a su lado. Hasta la cabeza estaba desollada, y la carne y los tendones quedaban a la vista. Los dos ojos negros lo miraban fijamente.

—Yo no como carne; la venderé en la lonja. Hay un par de cosas que quiero comprar y necesito dinero.

El *ulu* descansaba ahora en la mano de Matthew. Sus dedos relucían de grasa y sangre.

—Tienes que probar el hígado —dijo la joven cortando un trozo de la oscura masa gelatinosa que había guardado. Cuando se lo dio a Matthew, éste

encogió la nariz y sintió arcadas.

—No, gracias.

—No es una invitación —espetó ella tajante—. No se puede volver de la primera cacería de focas sin haber probado el hígado caliente. Así son las cosas aquí, también para ti.

—No puedo —dijo él con voz ronca mientras miraba el trocito de hígado de foca—. Voy a vomitar.

—Eso es problema tuyo. ¡Come!

La mirada de Matthew se refugió en el fondo del bote. Las zapatillas estaban empapadas de agua de mar y sucias de sangre y mugre. Al levantar la vista vio que Tupaarnaq estaba sentada justo delante de él. En su boca se dibujaba una sonrisa lejana y al mismo tiempo próxima.

—O lo haces tú solo, o te lo meto yo en la boca.

—Vale... Vale, vale, vale. Lo probaré, tranquila. —Resopló y frunció las cejas—. ¿Tú también has comido esto?

—Todos lo comen. Algunos incluso lo hacen de forma voluntaria, como si fuera una golosina.

Matthew le cogió el trozo de hígado de la mano y notó lo blando, granuloso y tierno que era.

—No es más que sangre —dijo ella, y le pasó dos dedos por la cara, dejándole una ancha huella oscura en la piel.

El trozo de hígado crecía en la mano de Matthew. Su mirada se perdía sobre el cuerpo muerto de la foca despellejada, sobre la piel y la grasa bajo sus pies, sobre las vísceras, sobre el estómago abierto.

Tomaba y soltaba el aire en breves e impetuosos jadeos. Tragó la saliva que no tenía. Reprimió las náuseas. Acercó los dedos a la boca y se metió el hígado. Los dientes cortaron la masa gelatinosa y blanda. La carne reventó, dejando escapar un sabor metálico. La garganta se cerró.

—Escúpelo —dijo Tupaarnaq con una breve sonrisa—. Tendrás que acarrear la mitad de la foca hasta la lonja, así que será mejor que te

mantengas entero.

—He fallado la prueba, obviamente. —Matthew tosió al escupir sobre el mar.

—No, es que no quiero ir con alguien a quien le guste el sabor de la sangre.

Matthew miró los restos de la foca y arrugó la frente.

—Pero... tú... Si acabamos de...

Tupaarnaq asintió con los dientes apretados.

—Es la manera más fácil de conseguir dinero en estos momentos. He crecido así.

La bolsa de basura negra con los grandes trozos de la foca recién sacrificada pesaba una tonelada sobre la espalda de Matthew, que notaba cómo se le clavaban los huesos del animal. Tenía los zapatos y los pantalones sucios de agua de mar y de sangre del animal, y no estaba muy seguro de si había logrado limpiarse la de la cara.

A su lado iba Tupaarnaq con su viejo y grueso jersey de lana blancuzca con manchas de un marrón rojizo y una bolsa parecida a la de Matthew echada al hombro, del que también colgaba su rifle, que se mecía suavemente con cada paso.

—¿Cuánto falta? —preguntó Matthew. El peso de la carne le provocaba punzadas de dolor en el cuello torcido. Bajó la bolsa para ponérsela sobre el otro hombro.

—¿No sabes dónde está la lonja?

—¿Al lado del Brugseni? —dijo, sin demasiada seguridad.

Ella asintió.

—Estaremos allí en pocos minutos.

La culpa era de Matthew, que se había negado a meterse en un autobús con las bolsas auestas. La idea de sentarse allí y ver la sangre que goteaba por las costuras corriendo por el suelo era superior a él. Cuando Tupaarnaq le dijo la distancia que quedaba, no especificó que tendrían que subir tantas rocas y escaleras, y ahora Matthew estaba cansadísimo y con el cuerpo machacado.

El sudor le corría por debajo del jersey y por la frente. Miró el sendero que se extendía bajo sus pies. Al cambiar la bolsa de hombro salió sangre, que se

extendió entre los guijarros como un pequeño mar oscuro.

La lonja estaba muy concurrida cuando Matthew y Tupaarnaq entraron por la puerta de cristal. A su izquierda había mesas con grandes pedazos de carne oscura, y al lado las cabezas y aletas de dos marsopas.

A la derecha había una hilera de contenedores de plástico con peces de diversas especies partidos en trozos.

—Enseguida encontraré a alguien que quiera comprarnos esto —dijo Tupaarnaq.

Matthew se bajó la bolsa del hombro y la sujetó con la mano y el brazo. Muchas de las mesas metálicas estaban cubiertas de sangre, y debajo de ellas se veían charcos de color rojo.

Daba la impresión de que a los dos pequeños cetáceos les hubieran cortado la cabeza de un único tajo y las hubieran colocado para que mostraran su sonrisa dentada. En la zona más interior de la lonja había una foca como la que ellos llevaban a cuestas, con el vientre abierto y el cuerpo extendido en dos mitades planas.

Tupaarnaq estaba hablando con un hombre que escarbaba en la bolsa.

Al fondo de la sala se hallaban las mesas de mayor tamaño, y sobre ellas se veían grandes pedazos de carne oscura. Matthew nunca había visto unos trozos de carne sin hueso de semejante tamaño, parecían los muslos deshuesados de un dinosaurio. En el cartel, sujeto a la mesa con cinta adhesiva, se leía RORQUAL. El hombre que estaba al otro lado sostenía entre las manos un pedazo del tamaño de su propio torso mientras hablaba con una mujer en groenlandés. Asintió y empezó a cortar la carne con un cuchillo largo y fino.

—Dale la bolsa al tío ese.

Matthew dio un respingo. Giró sobre sus talones y vio a Tupaarnaq.

—Vale. ¿Así que lo has vendido todo?

—Sí. Ésa era mi intención.

Matthew se volvió de nuevo hacia el hombre de los grandes trozos de carne.

—Creo que está cortando filetes de ballena.

—Podemos comprar uno si quieres. —Le cogió la bolsa de la mano—. Aunque para mí no. —Se volvió y se dirigió hacia el hombre que le había comprado la carne de foca.

Cuando dejó la bolsa sobre la mesa, al lado del otro animal, el hombre del mandil blanco la puso del revés para sacar las porciones de carne. Escogió un trozo ancho en el que se veían las costillas y le dio unas cuantas vueltas hasta que, satisfecho, asintió mirando a Tupaarnaq.

La joven le dio un golpecito en el hombro a Matthew.

—¿Estás bien? ¿Seguro que no quieres un filete de ballena?

Él sacudió lentamente la cabeza sin atreverse a mirarla a los ojos.

—Si te apetece probarla no tienes más que decírselo a ése de ahí y te cortará un filete... Yo invito.

—Yo... —Matthew vaciló mientras su mente viajaba de la foca moribunda en el mar a las cabezas con carne pero sin piel que lo miraban vacíos desde las mesas metálicas—. No, no creo que me apetezca hoy. Ni foca ni ballena.

—Vale, tú decides. También puedes pasarte por aquí cualquier otro día.

Tupaarnaq le dió otro golpecito con la mano.

—Yo me largo. ¿Sales tú también?

—Sí. —Se encogió de hombros y levantó las cejas—. ¿Adónde vamos?

—Me voy a casa —contestó con firmeza—. Sola. No estoy acostumbrada a estar fuera, así que necesito estar sola.

Él sonrió y la acompañó hasta que hubieron atravesado la puerta.

Ella se volvió hacia él en la plaza.

—Voy a entrar a comprar un par de cosas.

—¿Vas al Brugseni?

—Sí, pero sola. —Una sonrisa se abrió camino por sus labios—. Me

alegro de que probaras el hígado, si no lo hubieras hecho, te habría tirado al mar.

En algún lugar dentro de él bullía la duda de hasta qué punto lo decía de verdad, porque no era capaz de distinguir si su sonrisa era producto de algo serio o de una simple broma.

Paseó la mirada por los tenderetes de la plaza, delante del supermercado. Mesitas bajas, mantas y carteles de cartón. Vendían todo lo imaginable, desde figuritas de cuerno de reno hasta prendas de punto, patitas de foca y viejas películas en DVD. También había gambas congeladas y en un puesto ofrecían juguetes viejos.

—¿Por qué me diste el *pendrive*?

—Pensé que querías saber con quién ibas a salir de caza.

—Pero eso no lo ponía en los artículos.

Ella respiró hondo y lo miró a los ojos.

—Te lo di porque querías entender algo sobre los crímenes y cómo es matar de esa forma. Por eso te he llevado conmigo esta mañana. Quizá lo comprendas mejor cuando apagues la luz esta noche.

Él frunció las cejas.

—Causalidad —prosiguió Tupaarnaq—. Si quieres comprender por qué se mueve una bola, tienes que descubrir qué la ha puesto en movimiento. Todo lo demás no son más que efectos, y el efecto está a la vista de todos. Es la causa lo que exige una explicación.

El humo escapaba lentamente por las comisuras de la boca de Matthew. Se había tumbado en el suelo con un cojín en la nuca al lado de la puerta del balcón y notaba cómo el aire fresco lo envolvía. En una mano tenía una cerveza Moskus, mientras que un cigarrillo descansaba entre los dedos de la otra.

A Tine le reventaban los fumadores. «Todo apesta a humo», decía cada vez que iba a algún sitio donde hubieran estado fumando.

Dio una larga calada y dejó que la mano cayera de nuevo al suelo.

El primer paquete de cigarrillos lo compró en un supermercado unos días después del accidente. Estaba en la caja con los productos que había comprado encima de la cinta, y cuando la cajera le sonrió, dijo que también quería una cajetilla de Prince. «¿El paquete duro o el normal?», preguntó la cajera. En esa ocasión, Matthew aún llevaba alianza.

Al principio, el humo lo atontaba de tal forma que sentía una leve embriaguez, y la sensación del humo que le invadía tenía un efecto tranquilizador que ni esperaba ni podía explicar. Algunas veces hacía una pausa de varios días de un cigarrillo al siguiente para que el humo volviera a aturdir sus sentimientos.

El teléfono, que tenía en el bolsillo, sonó un instante y tuvo que volverse para apagar la colilla en la botella y sacar el móvil.

¿Estás en casa?

Era lo único que decía el mensaje.

Sí.

Escribió y presionó el botón de enviar.
Transcurrieron unos minutos sin ninguna reacción.

¿Por qué?

Estoy allí dentro de cinco minutos.

Se levantó al momento y abrió del todo la puerta del balcón. Metió la botella en el cubo de basura mientras introducía a toda prisa las tazas y los platos sucios en el lavavajillas.

Tienes que estar solo. Ya casi estoy.

Abrió un cajón, sacó unas cuantas velas rosas y las puso encima de un plato llano mientras las encendía una a una. Como prácticamente todas las demás cosas del apartamento, estaban allí cuando se mudó, y ahora les iba a dar alguna utilidad. El aroma de la cera caliente se extendió al instante, y puso el plato en la pequeña mesa del comedor, entre la cocina y el sofá.

Sonó el móvil.

Abre.

Lo dejó y fue hacia el telefonillo.

Las paredes de color amarillo claro y las grandes baldosas grises brillaban más que las lámparas del techo del rellano. El ascensor zumbaba detrás de las puertas metálicas y Matthew se cogió el anillo fantasma en el anular de la mano derecha.

—Entra —dijo Tupaarnaq en cuanto se abrió la puerta del ascensor.

Matthew se dejó empujar hacia atrás.

—Vale...

Ella pasó a su lado y entró en el vestíbulo.

—Necesito tu baño y una camiseta.

Llevaba su grueso jersey de lana sobre el brazo, pero esta vez no fueron los oscuros tatuajes lo que llamó la atención de Matthew. Fue la sangre que le manchaba los dedos y las manos. La sangre de la foca se la habían lavado

cuando aún estaban en el mar, y después de la visita a la lonja ella tenía las manos tan limpias como él. Ahora estaban marrones de sangre coagulada.

—Te traigo un jersey. ¿Qué ha pasado?

—No vas a poder hablar con Lyberth —respondió ella con voz ronca—. Está tirado en el suelo de mi apartamento... con la barriga abierta.

Matthew tuvo que sujetarse al marco de la puerta del dormitorio. Las palabras volvieron a oírse dentro de su cabeza.

—¿Qué? —dijo en un murmullo.

—No sé por qué está ahí, pero está más que muerto —suspiró—. No va a venir nadie, ¿verdad?

—No —respondió Matthew mientras pensaba en la conveniencia de escribir a Malik por si tenía intención de ir a verlo, pero eso seguramente despertaría sus sospechas, de modo que dejó el móvil en el bolsillo—. ¿Quieres alguna otra cosa?

—Sí, una camiseta, pero primero te contaré lo de Lyberth.

—¿Estás segura de que estaba muerto?

—Más segura de que lo estaba la foca que había en la lonja. —Abrió el grifo del fregadero de la cocina, se echó detergente en las manos y empezó a frotárselas debajo del chorro de agua—. Es la primera vez que veo un muerto desde... —La espalda se le encogió y bajó un poco la cabeza—. Desde hace mucho tiempo.

—Pero ¿por qué ibas a matar a Lyberth si ni siquiera os conocíais?

—Resulta que yo no lo he matado, ¿vale? Y no, no lo conozco, lo que sería imprescindible para tener algún motivo para hacerlo.

—Así que alguien lo ha matado en tu piso con el objetivo de atraer las sospechas hacia ti, ¿no?

—Quizá. No lo sé. No parece muy consistente, pero eso fue lo que sucedió cuando me acusaron de haber matado a los otros dos.

—¿A Aqqalu y al pescador?

—Sí, claro. —Vaciló mientras se secaba bien las manos en un trapo—. Y

los tres crímenes están relacionados.

—¿Estás segura?

Tupaarnaq asintió y se sentó en la hamaca alargada que estaba en un lado de la mesita.

—Lyberth también estaba abierto en canal.

Matthew ocultó la cara entre las manos.

—¿Y sigue allí ahora? ¿Sin que lo sepa nadie?

—El asesino lo sabe. Tú lo sabes. Pero, aparte de nosotros, nadie más.

—¿No deberíamos llamar a la policía?

Tupaarnaq sacudió lentamente la cabeza.

—Me detendrán de inmediato. Lo han matado en mi apartamento de la misma forma que... —Se detuvo otra vez—. Lo he tocado, aunque no sé por qué. Soy una imbécil. Porque saltaba a la vista que estaba muerto. Esta vez me condenarán a la perpetua.

—Pero has estado conmigo todo el día y...

—He podido matarlo después —lo interrumpió—. Habrá pruebas técnicas que indiquen que he podido hacerlo. El lugar, las huellas dactilares... —Miró al techo—. Como cuando encontraron a mi... padre.

—Pero ¿y el motivo? Has dicho que es fundamental que haya un móvil.

—Sí para un abogado defensor, pero no para el fiscal. Lo que tiene mayor peso son las pruebas.

Hubo unos minutos de silencio. Ella balanceaba el torso adelante y atrás.

—Que no aparezcas por tu propio piso, donde yace un hombre muerto, también será jodido en un tribunal.

—Sólo tienen que encontrar pronto al asesino.

—Pero no lo harán si creen que has sido tú, porque no pararán hasta dar contigo.

—Pues entonces seré yo quien encuentre al asesino. —Sacudió la cabeza—. Eso es lo que acabo de decir. Nuestros casos se juntan.

—¿Te refieres a que tienen relación con los asesinatos de los años setenta?

—Quizá. No lo sé... Él... ¡Ayyy!

Matthew la miró. Estaba sentada en la larga hamaca y de pronto parecía más pequeña que nunca.

—¿Qué es lo que encontrará allí la policía si son ellos quienes lo localizan?

—Ya... —dijo ella con la mirada perdida—. ¿Qué van a encontrar? —Se levantó y fue a la puerta del balcón—. Es asqueroso. Está clavado al suelo por las manos y los pies, y con los brazos abiertos como un Jesucristo crucificado. Tiene la boca tapada con un calcetín y los ojos cubiertos con unos trapos. Está totalmente destrozado.

Matthew sintió el sofá en el que estaba sentado frío e incómodo.

—Tiene el abdomen abierto —prosiguió ella—, desde el bajo vientre hasta el esternón, y han sacado todas las vísceras y las han tirado al suelo a su alrededor.

—¿Había algún *ulu*?

—No, no había ninguno. Tampoco lo han matado con un *ulu*. Los cortes son demasiado limpios y rectos.

—¿Y sigue allí ahora?

—Sí, imagino que sí. Claro que no he cerrado con llave al irme, me he limitado a coger mis cosas y desaparecer.

—¿Dónde están ahora tus cosas?

—Eso da igual. —Entornó los ojos y se pasó las manos por la coronilla—. ¿Puedo ducharme? Es que... todo esto es tan asqueroso... De golpe he vuelto doce años atrás.

—Sí, claro —dijo Matthew, levantándose al instante para prepararlo todo—. Enseguida te traigo una toalla y una camiseta. —Vaciló—. Me he cargado la puerta del cuarto de baño y no se puede cerrar del todo.

—Idiota. Me ducharé igual, pero tú te quedas bien lejos, ¿lo pillas?

—Me iré a dar un paseo mientras te duchas —sugirió Matthew, al tiempo que le daba una camiseta negra y gastada—. Sólo tengo ésta.

—No irás a ningún sitio mientras yo esté aquí —repuso ella con determinación.

—Pero tampoco puedo quedarme. Quizá venga la policía. Todo es posible. —Dejó caer el cuerpo y la mirada—. Bajaré al patio a fumarme un par de cigarrillos.

—Fuma aquí si tienes que hacerlo. —Tupaarnaq se levantó de la hamaca—. Si tú sales, salgo yo también. No tengo más remedio.

—Vale, vale —respondió Matthew, asintiendo con la cabeza—. Ha sido una idea estúpida. Es que... es que estoy muy confuso.

—Pues fuma aquí. El piso es tuyo. —Lo miró a los ojos—. ¿Te quedas o no?

—Sí... Sí, claro.

—Ok, me voy a la ducha. —Estableció contacto visual con él—. Y tú te quedas aquí. Si no, estás acabado.

—Vale.

Permaneció de pie detrás de la hamaca hasta que oyó correr el agua. Entonces sacó los cigarrillos y encendió uno. Le temblaban las manos, haciendo vibrar la punta del cigarrillo.

En cuanto se dejó caer en el sofá, Matthew se dio cuenta de que no había llevado la toalla al cuarto de baño. Se levantó a toda prisa.

La puerta colgaba torcida de las bisagras y dejaba a la vista casi todo el baño. La ducha estaba protegida por un grueso cristal que iba del suelo al techo y estaba velado por el vapor, de modo que sólo podía ver la silueta de Tupaarnaq. Miró la toalla que tenía en la mano. Vio el cuerpo de la joven en el espejo.

No sólo tenía tatuados los brazos, los hombros, el pecho y el cuello. Todo su cuerpo estaba cubierto de flores y hojas. No eran tiernas ni bellas, sino carnosas y retorcidas. Y lo cubrían completamente.

Los dedos de los pies sí estaban libres. A partir de los tobillos, las plantas iban creciendo. Subían, se hacían más gruesas y ocultaban su cuerpo. La

tapaban, hacían que no existiera. Era sólo los brazos y los dedos de las plantas. Los espíritus de las flores. Las sombras y las dos bocas de muerte. Todo estaba cubierto, y la oscuridad no soltaba a su presa hasta llegar al cuello. Ésa era Tupaarnaq. Dos pies, dos manos y un rostro. Eso era todo. El resto, una selva oscura.

El agua de la ducha debía de estar hirviendo a juzgar por el vapor que despedía. La joven estaba inmóvil debajo del chorro. Cogió el jabón y empezó a extenderse, frotándose cada vez una pequeña parte del cuerpo; luego cogió una maquinilla de afeitar y siguió los movimientos de las plantas a lo largo de los muslos: se la pasó por las piernas, la entrepierna, el vientre, los brazos, las axilas, el cuello, la cara y la coronilla. Con lentos movimientos ondulantes se arrancó la capa superior y dejó que el agua la arrastrara por el desagüe.

De nuevo era sólo colores.

Su cuerpo era delgado. Fibroso. Los músculos de sus brazos abultados. Se veían los colores, eso era ella. No era más que eso. Músculos y colores.

Matthew dio un paso adelante para dejar la toalla justo enfrente de la puerta abierta. Ella reaccionó a su movimiento e instantáneamente le dirigió una mirada que lo traspasó, sus ojos le quemaron como brasas.

—Estás acabado —lo increpó.

Él desapareció y fue al salón, donde encendió el televisor y terminó poniendo una serie inglesa.

Oía a Tupaarnaq hablar en voz muy alta mientras recogía sus ropas, aunque no conseguía entender lo que decía.

Hasta que entró en el salón.

—¡No eres mejor que los demás! —gritó arrojándole la toalla húmeda—. Jodido idiota. Sois unos cerdos..., todos.

Matthew quiso decir algo, justificarse. Pero Tupaarnaq se había ido.

La luz de la oscuridad

Godthåb, 13 de noviembre de 1973

Se produjo un brusco cambio de tiempo y la temperatura subió por encima de los cero grados, cosa que Jakob no esperaba, aunque habría deseado que llegara unas horas antes, cuando, aturdido, se había tumbado en su salón con el cristal de la ventana roto y la calefacción estropeada. Miró de reojo a Karlo. De no haber sido por la rapidez de su colega, quizá habría muerto. A punto de marcharse, Mortensen tuvo la genial idea de pedirles que no dijeran a nadie que habían estado los dos, casi desnudos, bajo las mismas mantas. Dos hombres. Policías, además. «La gente de la ciudad no puede pensar esas cosas de los funcionarios del orden. Lo tenemos que guardar entre nosotros.» Mortensen ni siquiera fue capaz de mirarlos mientras lo decía.

Jakob resbaló en un charco de barro delante de la entrada del edificio al que iban, y Karlo le sujetó el brazo.

—¿De dónde demonios viene un cambio de tiempo como éste? —farfulló Jakob—. Gracias.

—Dentro de poco volverá a helar —dijo Karlo olfateando el aire—. Esta vez nos libramos del caos del deshielo acelerado.

Jakob sonrió y miró hacia el Bloque P.

—¿Es aquí?

—Sí, en el segundo piso.

—¿Ya habéis estado arriba?

—Todavía no, está cerrado con llave y yo tengo una. La familia del muerto se ha ido a casa de los padres de su mujer.

—¿La hija también?

—Sí, ella también.

—Bueno, así está a salvo —musitó Jakob. Le dolía no poder desoír los reglamentos ni las órdenes de Mortensen y seguir ayudando a las niñas, pero ¿qué podía hacer? Era invierno. No había ningún sitio adonde poder llevarlas.

Jakob recordaba con toda claridad aquel apartamento, igual que los cuatro en los que pensaba que había que intervenir de inmediato para salvar de una agresión sexual a una menor de edad. Suspiró. *Salvar* no era la palabra adecuada, porque esas niñas ya estaban destruidas de por vida, pero había que acabar con aquello.

Se dio un golpe en la pernera de los pantalones.

—Bueno, ¿qué tenemos aquí?

—Exactamente lo mismo —dijo Karlo—. Incluso el *ulu* está aún ahí, en medio de las vísceras. Embadurnado de sangre. Y la piel ha desaparecido. Es el destripador de Nuuk atacando de nuevo.

Jakob dio una vuelta por los dos dormitorios del piso, donde se le revolvió el estómago al mirar las camas. Allí mismo una niña había tenido que soportar el peso de su propio padre sin que nadie hiciera ni dijera nada para ayudarla. Nadie. Excepto una persona, a la que Jakob estaba ahora obligado a capturar y meter entre rejas.

—¿No es justo aquí al lado donde vive Anguteeraq Poulsen? —Miró a Karlo.

—A dos escaleras de aquí —respondió éste levantándose del suelo, donde había colocado unas marcas numeradas para el médico forense, llegado de Dinamarca, y para el fotógrafo, que haría fotos del cadáver antes de su levantamiento.

—Creo que deberíamos ir a verlo ahora mismo.

—¿Para avisarlo? Lo cierto es que es el último de tu lista.

Jakob se tocó con cuidado la brecha de la frente. Luego sacudió la cabeza.

—Me gustaría ir a verlo.

Karlo miró el reloj.

—¿Ahora?

—Bueno, claro, si no te parece mal.

—Podemos ir, pero estaba pensando en ti. La frente se te está poniendo azul, tienes que descansar un poco. Creo, además, que debería verte un médico, porque podrías tener una conmoción. Quizá sería mejor que durmieras en mi casa, para no estar solo, ¿te parece?

Jakob sonrió para sus adentros.

—Mi madre tiene ochenta y un años —dijo mirando a Karlo—. Tengo edad de sobra para organizarme yo solo, me parece a mí.

—Sí, sí, lo sé muy bien, pero estaba pensando que podrías desmayarte o algo así.

—Volveré a despertar, si es eso lo que te preocupa —Jakob le dio a Karlo una palmadita en la espalda—, pero no noto nada parecido a una conmoción cerebral. Aun así, gracias por la invitación.

—Además, tenemos chuletas de cerdo para la cena —balbuceó Karlo—. Bastante gruesas.

Jakob miró por última vez al hombre destripado que yacía en el suelo.

—Aceptaré la invitación otro día, Karlo, pero en cuanto terminemos creo que me voy a meter en la cama y pasaré allí el resto del día.

Todas las escaleras del edificio eran iguales, habían sido construidas con el mismo hormigón, con las mismas puertas, con los mismos pasamanos de madera de color naranja oscuro.

Las únicas diferencias estaban en los nombres de los buzones y las cosas que había tiradas junto a las puertas o desperdigadas por el corredor. En algunos sitios eran zapatos y botas colocados en esmerado orden, mientras que en otros eran bolsas, ropa y utensilios de pesca que abarrotaban la mitad del espacio.

En la puerta a la que llamó Karlo, las botas estaban ordenadas y limpias, y había unas raquetas para nieve que, pese a lo viejas y gastadas que eran, estaban perfectamente engrasadas y listas para su uso.

—Buenos días —dijo Karlo con voz alegre en cuanto se abrió un poco la puerta y una mujer de aspecto afligido se asomó por la rendija—. Hemos venido por la investigación que está realizando la policía sobre los hábitos escolares de los niños. Por desgracia, no terminamos la encuesta en nuestra visita de la semana pasada, y nos gustaría saber si podríamos volver a importunarlos con una breve visita.

La mujer cerró la puerta al tiempo que asentía con la cabeza, y se produjo un silencio en el rellano, donde los dos hombres estaban inmóviles mirando la puerta cerrada.

Poco después se abrió, y el mismo hombre con el que habían hablado en la visita anterior asomó la cabeza. Primero miró enfadado a Jakob, pero después vio a Karlo y murmuró algo en groenlandés. Éste le respondió, y los dos continuaron hablando un rato, hasta que el hombre acabó retrocediendo y les

franqueó el paso. Llevaba pantalones vaqueros y una camiseta verde manchada; el cabello, despeinado y sucio.

—Hoy no le apetece hablar danés —le dijo Karlo a Jakob en voz baja—. Así que voy a hablar con él en groenlandés y luego te cuento lo que dice.

Jakob aspiró el olor del apartamento.

—Pregúntale si conocía a los otros tres hombres..., sin especificar demasiado..., pregúntale un poco por esas cosas.

Karlo asintió y se dirigió a un sofá marrón que el hombre había señalado con la mano. Jakob se sentó a su lado y, pocos segundos después, los dos tenían en una mano una taza de café muy negro.

Los dos groenlandeses empezaron a hablar mientras Jakob estudiaba los rasgos faciales de ambos, así como el apartamento en el que se encontraban. El hombre no se alteró lo más mínimo al comprobar que Jakob lo miraba. La irritación era visible en sus ojos, en las arrugas de la frente y en la incómoda postura del cuerpo. Pero no parecía sólo irritación, pensó Jakob, había algo más. No eran bienvenidos. No por pertenecer a la policía ni porque Jakob fuera danés, sino porque eran personas y habían penetrado en su hogar, donde ni los rincones toleraban miradas intrusas.

Jakob encogió los labios la primera vez que se llevó la taza a la boca. Miró el café humeante y después asintió con amabilidad a la mujer, que estaba sentada en una silla al lado de la puerta de la cocina. En el salón había dos puertas más, pero ambas estaban cerradas. En medio de los dos sofás había una mesa de pino, y por encima de ella colgaba una lámpara de latón que arrojaba su luz sobre ellos a través de una serie de ojos de cristal ovals y amarillentos. Las paredes estaban vacías, con la única excepción de un torpe cuadro que representaba a un hombre en kayak en mitad del mar, delante de Sermitsiaq.

Jakob volvió los ojos de nuevo hacia el hombre. A sus pantalones, su camiseta, su mirada. A la mujer afligida, que estaba allí sentada con los ojos bajos y las manos apoyadas en las piernas, que tenía muy juntas.

—Karlo —dijo—, ¿podrías decirle que tenemos un par de preguntas para su hija que no pudimos hacerle la primera vez?

—Está durmiendo —gruñó el hombre en danés.

Jakob movió la nariz, como olfateando.

—Pues huele como si estuvieran a punto de comer.

El hombre, furioso, clavó los ojos en ellos, se levantó y desapareció en una de las habitaciones. Al cabo de unos minutos volvió a salir con la niña en brazos pese a su tamaño. La colocó en el sofá y se dejó caer a su lado mientras le apoyaba una mano en el hombro.

—No se encuentra demasiado bien —explicó el hombre—. Ha estado hoy mismo en el hospital para que le pusieran una inyección. —Por un instante, su mirada mostraba más excusa que furia. La niña tenía el cuerpo laxo. No miraba nada en particular, tenía los ojos fijos en el infinito. Y las manos juntas, igual que su madre.

—Perdona que te hayamos despertado, Paneeraq —se excusó Jakob—. Sólo quiero hablar sobre un par de cosas que se nos olvidaron el otro día y que queríamos preguntarte ahora para que la investigación quede bien completa y podamos conseguir las mejores escuelas para los niños como tú.

La niña asintió. En el cuaderno de notas de Jakob decía que tenía once años y que su padre, Anguteeraq, era el único que quedaba con vida de los cuatro hombres que había anotado en la lista de los que jamás en su vida deberían poder acercarse a una niña ni a una mujer.

Luchaba con sus pensamientos.

—Paneeraq...

El silencio que siguió al nombre formó un signo de interrogación en el aire, y la niña levantó los ojos.

Jakob sintió un escalofrío que lo recorrió de arriba abajo, al tiempo que su sangre y su vida se congelaban.

—Paneeraq —repitió con voz ronca—. ¿Te gusta el colegio?

Ella no dijo nada. Volvió a bajar los ojos, pero asintió levemente.

—¿Y te ayudan cuando hay algo que no sabes cómo hacerlo?

Ella sacudió la cabeza. Tan despacio como antes.

—¿Así que no hay nadie que te ayude?

—Nunca —respondió la niña en un susurro.

Jakob veía las lágrimas caer por las redondeadas mejillas de la niña.

El padre le dio un empujón en la espalda, y el cuerpo de la niña se encogió.

—¿No preguntasteis eso mismo la última vez?! —bramó—. Está cansada.

—A veces se obtienen respuestas distintas según cómo y cuándo se pregunte —dijo Jakob sin apartar la mirada de la niña—. Paneeraq, no hay nada malo en pedir ayuda. Te acordarás, *ilaa*?

La niña no dijo nada, y Jakob se dio cuenta de que no tenía más remedio que abandonarla en las garras de su padre.

—Ya es suficiente. Paneeraq, puedes volver a tu cuarto si quieres.

La niña se levantó tan deprisa que su padre no pudo impedirlo. Seguía con la mirada baja, pero dio la mano a Karlo y a Jakob antes de atravesar la puerta, cohibida, y desaparecer en la habitación.

Jakob no pudo seguir mirando a los ojos del hombre. En ellos se leía de todo, y todo era infame.

—¡Voy a matar a ese malnacido! —vociferó Jakob cuando volvieron a estar delante del Bloque P, y miraron por un momento las ventanas cerradas del apartamento—. Voy a matar a ese malnacido, y lo destriparé yo mismo.

Todo giraba alocadamente en la mente de Jakob, a quien le resultaba difícil sujetar los numerosos hilos sueltos que no encajaban.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Tengo que volver al piso de Ari Rossing. ¿Sabes si su mujer sigue allí?

—¿Pretendes subir ahora? —Karlo miró su reloj de pulsera mientras se alejaba del edificio unos pasos y observaba la fachada—. Hay luz, de modo

que es posible que esté.

Jakob se frotó la cara con gesto de agotamiento.

—Tengo que ir a echar otro vistazo. Sólo al salón y los dormitorios.

—Pero...

—Sí, es verdad. —Jakob levantó las cejas—. No hace falta que me acompañes. No hay ningún problema. En tu casa tienes las chuletas esperándote.

—¿No hay problema, de verdad?

—Nada. Es muy tarde. —Suspiró y sacudió la cabeza—. Sólo quiero ver una cosa. Será un momento.

—Vale, pero ten cuidado al volver a casa.

—Hola...

Jakob había entrado en el rellano del piso en el que vivía Ari Rossing Lynge cuando lo llamó una voz detrás de él, bajo la potente luz de las lámparas del techo.

—Es de la policía, ¿verdad?

La voz llegaba desde la primera puerta a la derecha. La superficie blanca estaba entornada, y por el resquicio pudo distinguir parte de un rostro femenino. Un ojo, una mejilla y un poco de la boca.

—Sí —respondió, dando un paso hacia la puerta—. Jakob Pedersen, policía de Godthåb. Venía a hablar con la señora de Rossing Lynge.

—¿Es por lo de la niña?

Jakob titubeó.

—Perdón, ¿por qué me lo pregunta?

La puerta se abrió y pudo contemplar todo el apartamento así como a una mujer de baja estatura y unos treinta años de edad, con el rostro ancho y los ojos negros, igual que el cabello.

—Me llamo Inge-Lene —se presentó la mujer con una sonrisa tímida—. ¿No quiere pasar un momento? —Miró hacia la escalera y escuchó un instante el silencio—. Hace tiempo que quiero contarle algo a la policía. Sobre la noche en que desapareció Najak.

—Entonces ¿sabe usted algo relacionado con dicha desaparición? —preguntó Jakob, mirando a la mujer con preocupación.

Ella asintió.

—Sí, a eso me refiero. Entre un momento. No quiero charlar de este

asunto aquí fuera.

—Claro, claro.

Una vez que Jakob se quitó las botas y el abrigo, la mujer lo condujo a una pequeña sala y le indicó un sofá verde con apoyabrazos de madera y varios cojines bordados. Ella siguió hasta la cocina, donde la oyó trastear con platos y armarios. Jakob confiaba en que le contara lo que fuese con rapidez para poder irse a casa a sentarse en su butaca, pero no podía rechazar su hospitalidad.

Por encima de la mesita colgaba una lámpara de cristal, y sobre la mesa había un semanario y labores de punto. En la habitación no había televisor, pero sí una serie de dibujos enmarcados y repartidos por las paredes. Todos estaban hechos a lápiz y delicadamente coloreados, a fin de no desviar la atención de los temas. Jakob se levantó y se acercó a la pared más ancha de la sala para mirar con mayor detenimiento aquellas pequeñas obras de arte. La primera que observó representaba a una niña y a una joven, ambas con el vestido nacional groenlandés. La niña estaba sentada a una mesa mientras la joven intentaba, al parecer con cierta dificultad, introducir un *kamik* en el pie de la pequeña. El cabello de la mayor estaba atado en lo alto de la cabeza, de modo que parecía un *ulu*, mientras que la pequeña llevaba el pelo corto y suelto.

—¡Ya!

Jakob dio media vuelta.

—Qué dibujos tan buenos.

—Gracias —dijo Inge-Lene con una amplia sonrisa mientras dejaba sobre la mesa una bandeja ovalada de porcelana naranja y recogía la labor a toda prisa. Miró a su alrededor y puso los ovillos y las agujas en un cesto que había al lado del sofá—. Somos mi hermana y yo cuando éramos jóvenes.

Jakob miró sorprendido el dibujo y luego los que estaban alrededor.

—¿Los ha hecho usted?

—Sí, siempre me ha gustado mucho dibujar, y mi familia tiene muchos

huecos libres en las paredes. —Sonrió un instante—. Acababa de hacer café, así que he traído una taza para usted también..., y algo dulce. Bueno, no es más que bizcocho con pasas.

Jakob puso un trozo de bizcocho en su plato y probó el café. Ya estaba más que acostumbrado a lo negro que servían el café en Godthåb, sobre todo durante los largos y oscuros inviernos.

—Lamento estropear esta atmósfera tan agradable —dijo con cierto apuro—, pero querría saber lo que vio y oyó usted la noche en que desapareció Najak.

Inge-Lene se echó un poco hacia atrás en su esquina del sofá.

—Pues es que...

Masticó.

Jakob sonrió y también él tomó un bocado de bizcocho. La capa de crema era gruesa, y sus dientes dejaron en ella marcas muy claras.

—No sé qué pensar —murmuró la mujer en voz baja. Sus ojos se habían vuelto más tristes y serios—. Tengo mucho miedo de que le haya sucedido algo malo a la niña. —Bebió un sorbito de café y bajó los hombros con un débil temblor al dejar la taza en la mesa—. No es una niña feliz, eso se nota enseguida. Hasta ahora ha tenido una vida muy mala. Me duele muchísimo cuando pienso en sus ojos y en su forma de moverse. Con lo inocente que es. Nunca la he visto llorar, pero tampoco la he visto sonreír. Ni una sola vez.

Jakob tomó otro bocado de bizcocho y se reclinó en el sofá.

—¿La conoce bien?

Inge-Lene se encogió de hombros.

—De vez en cuando me la traigo aquí, pero no con demasiada frecuencia, porque la pobre tiene miedo hasta de su propia sombra. —Miró las paredes—. Le encantan mis ilustraciones y sé que también le gusta mucho dibujar. Una vez le dije que pintar es como estar en otro mundo, y vi cómo esas palabras le llegaban muy hondo. Por eso, cada vez que puedo intento que venga aquí a pintar.

—¿Así que dibujan juntas?

—Eso es demasiado decir, pero me regaló un dibujo, y es evidente que estaba muy nerviosa cuando lo hizo. Sólo tiene once años, claro. —Se levantó del sofá y fue al aparador de tres cajones—. Un momento. Aquí está el dibujo.

Jakob alargó el brazo y cogió el papel que la mujer le tendía. En él una figura femenina surgía de la gélida superficie del mar entre dos oscuras montañas. Las esquinas estaban coloreadas con azules, grises, amarillos y negros, y el conjunto resultaba bastante lóbrego. Jakob volvió los ojos hacia Inge-Lene.

—¿Lo hizo Najak?

La mujer asintió con una sonrisa triste.

Se instauró el silencio en el salón.

—Quédese lo —dijo entonces Inge-Lene.

Jakob carraspeó y dejó el papel sobre la mesa.

—No, le pertenece. Yo no conozco a Najak como usted. No puedo aceptarlo.

—Me gustaría que se lo llevara —contestó deprisa—. Ya me lo devolverá cuando la encuentre.

—¿Está segura de que podré encontrar a Najak con vida?

La mujer bajó la mirada.

—No.

—Haré todo lo que pueda —prosiguió él—. No sólo por ella, también por las demás.

—Eso espero.

Jakob se pasó el pulgar despacio por el labio superior.

—¿Y ahora me contará algo sobre la noche en cuestión?

La mujer aspiró con fuerza el aire y lo soltó.

—Fue la noche antes de lo de Ari. Habían subido varios hombres, y todo acabó en gritos y chillidos. Era sobre todo Nukannguaq quien chillaba, pero

también los hombres gritaban. Al poco rato se hizo otra vez el silencio. Un silencio bastante intranquilizador, pero no pensé en ello. Tampoco oí la voz de Najak en ningún momento, de modo que no sé realmente si desapareció entonces, pero tengo la sensación de que allí sucedió algo malo, y de que fue por eso por lo que asesinaron a Ari.

—¿Pudo ver a alguno de los hombres?

—Los vi. —Recogió las manos en el regazo—. Por eso no me puse en contacto con ustedes.

—Pero ahora estamos hablando.

—Es distinto. Usted no habría querido hablar conmigo, como estamos haciendo ahora, si no hubiera confiado en mí; y nadie sabe que está usted aquí.

Jakob echó el cuerpo un poco hacia atrás.

—Ahora puede contarme más cosas si quiere.

—Claro que quiero —aseguró deprisa—. Pero no hay mucho más. —Sus ojos brillaban serios—. Estaba oscuro, pero vi a tres hombres bajar de ese piso y reunirse con otro delante del edificio. Éste era pelirrojo, con una gran barba. Entró en el portal cuando desaparecieron los otros y subió. Más tarde, esa misma noche, oí fuertes ruidos que llegaban de allí arriba, como si alguien golpeará con fuerza el suelo, pero no le di importancia. Luego me dormí, y al día siguiente se desató el caos: Ari había sido asesinado, mientras que Nukannguaq estaba en shock y Najak había desaparecido.

—¿Vio quiénes eran aquellos tres hombres? —Jakob no quería reconocer abiertamente que lo que Inge-Lene había oído eran los golpes de Ari contra el suelo cuando lo estaban rajando vivo.

La mujer sacudió la cabeza.

—Sólo reconocí a uno.

Ya en casa, Jakob aún no había conseguido hundirse en su sillón cuando llamaron a la puerta. Miró de reojo, harto, hacia las oscuras ventanas, y dejó escapar un hondo suspiro.

Volvieron a llamar, y cerró los ojos en un intento de desaparecer dentro de sí mismo hasta que no quedara más que una noche silenciosa.

El siguiente sonido que le llegó procedía de la ventana. Unos dedos golpeando con suavidad el vidrio.

—Jakob, despierta.

Era la voz de una mujer. De Lisbeth.

Jakob abrió los ojos y se apresuró a ir a la puerta.

—Entra —dijo con una sonrisa mientras contemplaba la mantita que llevaba ella en las manos.

Lisbeth se quedó mirándole la frente.

—¿Te duele mucho?

—¿Que si duele? —Jakob puso los ojos en blanco—. No, está perfectamente. No te preocupes. Espero que no...

—He traído unas chuletas —lo interrumpió—. No me parecía bien que estuvieras solo después del asalto de ayer. —Bajó la mirada—. Perdóname, a lo mejor es muy tarde.

—Vamos a comer juntos —dijo Jakob, dando un paso hacia atrás—. Me vuelven loco las chuletas. —La acompañó a la cocina—. ¿Algo que objetar a que usemos la mesita del sofá? La del comedor está ocupada con un puzle.

—Sí, sí, claro. Lo que tú digas.

Jakob le miró la espalda y el cabello recogido en la nuca.

—Huelen bien.

—Gracias, espero que sepan aún mejor. —Lisbeth se volvió y le miró—. Si pones la mesa, la comida estará lista en un santiamén.

Jakob sacó unos platos y los llevó al salón.

—¿Bebes vino?

—Sí, claro que sí. —La voz de Lisbeth sonaba alegre y vivaz—. Pero no sé si será buena idea con la brecha que tienes en la cabeza.

Jakob abrió un cajón del aparador que había detrás de la mesa del comedor para sacar dos copas de vino.

—¿Tienes un salvamanteles? —Lisbeth se había acercado por detrás y sujetaba la fuente humeante con la ayuda de dos manoplas.

Jakob asintió, dejó los vasos en la mesita y volvió rápidamente a la cocina.

—¡No lo encuentro! —gritó, y apareció en la puerta—. Usaremos un libro. Lisbeth sonrió y se apresuró a dejar la fuente en cuanto él colocó el libro sobre la mesa.

—¿Voy sirviendo?

Jakob asintió mientras llenaba de vino las dos copas.

—Salud —dijo Lisbeth tomando la suya—. Gracias por la invitación.

Él levantó la mirada sorprendido.

Ella sonrió y le guiñó un ojo.

—No te causo más que problemas, Jakob.

—Salud... y gracias por las chuletas. Ha sido un detalle por tu parte acordarte de mí. —Dejó la copa—. ¿Siempre has vivido en Godthåb?

—No, yo soy de Qeqertarsuatsiaat.

—Qeqertarsuatsiaat —repitió él—. No he estado allí.

—En ese pueblo sólo viven unas doscientas personas —le informó ella—. Pero mi abuela sigue allí. No quiere venirse a la ciudad.

—Podríamos ir un día en la lancha de la policía —propuso Jakob—. Bueno, si te apetece.

—¿Tú sabes pilotar? —Una amplia sonrisa se había dibujado en el rostro

de Lisbeth—. Claro que me gustaría, pero siempre que no represente ninguna molestia, ya que necesitaremos un día entero. Tienes que prometérmelo.

—No tengo la agenda demasiado cargada —continuó él.

Lisbeth bebió un sorbo de vino y sonrió.

—Eso me alegra mucho. Echo de menos a mi abuela, es la persona más dulce que conozco.

—Me lo imagino. —Jakob volvió a llenar las copas, se llevó la suya a los labios y bebió un poco. No tomaba vino con frecuencia, pero le gustaba.

—¿Vuestro caso va avanzando? —Lisbeth dejó los cubiertos, que emitieron un leve tintineo.

Jakob sacudió la cabeza.

—No.

—No debería habértelo preguntado.

Bebió un buen trago de vino.

—No son los crímenes. Bueno, entiéndeme, los crímenes son terribles, pero se trataba de hombres adultos que no eran buenas personas, en absoluto, y a Anguteeraq yo mismo lo habría matado a palos, por horrible que parezca pensar una cosa así.

Lisbeth inclinó la cabeza a un lado, puso las piernas en el sofá y se sentó sobre ellas, de modo que Jakob pudo ver sus medias negras de nailon con pintas grises desde los pies hasta las rodillas.

—Lo entiendo perfectamente —dijo en voz baja.

—No comprendo a esa clase de hombres. Quiero decir... —Se interrumpió e intentó ordenar sus pensamientos—. ¿No es lo más natural del mundo amar a los propios hijos?

—Debería serlo, por lo menos —añadió Lisbeth.

—Sí, ¿verdad? No hay nada más importante que eso. Ojalá fuera así para todos los niños. Ninguno debería tener que soportar jamás que lo maltraten.

Jakob alargó la mano y cogió la botella para llenar las copas por última vez.

—Lo mismo es aplicable a los adultos —susurró ella—. Cuanto más mayores nos hacemos, más cerrados, atemorizados y acobardados nos volvemos. Por el amor.

Jakob asintió. No era un asunto del que supiera mucho, pero el vino y la comida lo habían empujado a hablar.

—Los adultos van por ahí dando tumbos con sus traumas de la infancia. Por eso es tan importante amar a los hijos, para que crezcan sabiendo que existe el amor y que vale la pena aceptar a los otros y darles algo a su vez.

Ella lo miró con ojos a la vez tristes y cálidos.

—¿Tienes un hijo en Dinamarca?

Él bajó los ojos y negó con la cabeza.

—De pronto he tenido la sensación de que era así. Perdona que te lo haya preguntado.

—No pasa nada. Es que pienso mucho en los niños a los que les destrozan la vida.

—Tú serías un buen padre —dijo ella, y vació su copa—. Salí a cazar muchas veces con mi padre, y siempre era yo quien tenía que limpiar las focas. Fue mi madre quien me enseñó a hacerlo. Me enseñó a meter el *ulu* entre la capa de grasa y la piel para, golpe a golpe, irlos separando. Tenía diez años cuando desollé una foca por primera vez. Mi padre les abría el vientre y dejaba las vísceras al aire, y lo demás era trabajo mío. Cortaba las vísceras para sacarlas. Intestinos, corazón, pulmones. Todo. Del hígado siempre teníamos que comer un trozo. «Esto nos hace fuertes», decía él. —Sacudió la cabeza—. Mis brazos apenas podían coger al animal mientras cortaba. —Se miró las manos—. Aquella sensación de calor en la capa de grasa... y en el cuerpo... —Bajó los ojos—. Mi padre le daba patadas a la foca, nunca ayudaba de verdad. «Esto es trabajo de mujeres. Y tú ya eres una mujer», decía. —Su mirada desapareció entre los largos pelos de la manta—. Yo sabía perfectamente que me veía como una mujer. Cuando yo destripaba un

animal pensaba en él. Algunas veces acababa embadurnada de sangre por completo. Y por algún motivo lo disfrutaba.

Jakob miró su plato. Movi6 la copa vacía hacia el centro de la mesa.

Lisbeth sacudió la cabeza.

—Menudas tonterías te cuento, discúlpame. En realidad debería irme a casa ya.

—No son tonterías —dijo Jakob, mirándola a los ojos, las pecas y el cabello que relucía en la luz artificial—. Hay muchas personas con profundas heridas que nadie es capaz de ver. Si te parece, te acompaño a tu casa; hace mucho frío y está oscuro.

Ella le sonrió.

—Gracias, pero llevo viviendo con este tiempo desde que aprendí a caminar.

—Me encantaría acompañarte —repitió él—. A lo mejor hay alguna aurora boreal.

Había visto auroras muchas veces, pero ella no tenía por qué saberlo. Lisbeth lo miró a los ojos. Se echó un poco hacia delante y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias.

Cuando Jakob volvía del paseo con Lisbeth, desde el sendero que llevaba a la casa pudo ver que había una bolsa colgada del tirador de la puerta. Una bolsa pequeña, no mucho mayor que las que dan en las farmacias. La soltó del pomo y se volvió para observar, en medio de la noche, la nieve. Había demasiadas huellas cerca de la casa como para poder comprobar si alguna era reciente. Entretanto reconoció con los dedos el contenido de la bolsa: dos carretes de película.

Una vez dentro, se quitó las botas y colgó la chaqueta y la gorra en una de las viejas perchas de madera de pino que había en el pequeño vestíbulo.

—¿Qué demonios es esto? —farfulló a la vez que levantaba la mirada hacia la caja.

No necesitó mucho tiempo para preparar el pequeño proyector gris y encenderlo. En los carretes ponía 1 y 2, y supuso que debería ver primero el número 1. Miró un momento el vaso con la colilla de Mortensen y fue a buscar a la cocina uno limpio. Se sirvió y el aroma del whisky le inundó la nariz antes de que su sabor se extendiera por la boca, y durante un breve instante le entumeció la lengua. Dejó el vaso en el apoyabrazos y cogió el anguloso proyector de pequeño formato.

La cinta empezó a correr con un monótono clic, y sobre la pared blanca de delante parpadeó la luz.

La cámara de 8 mm parecía estar fija en un rincón de un gran contenedor de carga. Las paredes estaban cubiertas con una tela brillante que recordaba al papel de aluminio, aunque más grueso y rígido. El suelo parecía de contrachapado. Del techo colgaba un cable con una única bombilla que se

movía de un lado a otro. De vez en cuando se hacía la oscuridad por unos segundos. Otras veces, por más tiempo. La luz, cuando la había, era fuerte, y cuando desaparecía todo quedaba negro como el carbón. Le fatigaba los ojos.

Apretó los dedos sobre el vaso que descansaba en el reposabrazos. El espacio estaba del todo vacío. Excepto en un punto. En la esquina más alejada de la cámara había una chica sentada, encogida. No se oía sonido alguno. Sólo el zumbido del proyector en la sala donde se encontraba Jakob. La niña desaparecía y volvía a aparecer con la luz. No llevaba calzado, sólo unos leotardos rojos que le cubrían las piernas. Su vestido era marrón oscuro y estaba parcialmente cubierto por un chaquetón verde ceñido al cuerpo. Estaba apoyada en la pared, con las piernas recogidas debajo del cuerpo y los brazos apretados. Se tapaba la boca con las manos. Sujetaba con fuerza una figura oscura: un gorro. Lo apretaba contra la cara, como si fuera un osito de peluche, mordiéndolo. Tenía los ojos cerrados. Su cuerpo temblaba. La luz que se apagaba y se encendía la hería detrás de los párpados.

La niña permaneció inmóvil durante toda la película, que duraba veinticinco minutos. Después se hizo la oscuridad en la sala. La bobina giró, suelta, con el último trozo de cinta dando golpes.

Jakob respiró deprisa. Nunca había visto a Najak, pero tenía que ser ella. Hacía once días de su desaparición, y ahora le habían enviado una película donde salía ella. Los pensamientos se atropellaban en su mente. En Godthåb, en esos momentos, no había contenedores de ese tamaño. En realidad, no había grandes barcos portacontenedores que amarraran y volvieran a partir. Imposible con un tiempo como aquél. De pronto recordó la bolsa colgada del pomo de la puerta, se levantó de un salto, la cogió y sacó la otra película. Junto a ésta había una cuartilla parecida a la que habían tirado con la piedra.

Si le cuentas algo a alguien sobre la película, la niña morirá. Si sigues hurgando en el asunto, la niña morirá.

Dejó caer la cuartilla y puso la segunda película en el proyector. Vacío en dos grandes sorbos el vaso de Johnnie Walker y volvió a llenarlo.

La película chisporroteó e hizo clic como la primera. Era el mismo lugar. Paredes brillantes y suelo de contrachapado. La bombilla colgada del cable oscilando. Najak estaba acurrucada en la esquina, con el gorro apretado contra la boca. Tenía el pelo más desordenado y más sucio que en la primera película. Los leotardos, mugrientos.

Jakob dio un respingo cuando, de pronto, la cámara empezó a moverse, acercándose a la niña acurrucada. La luz desapareció. Volvió de nuevo. Desapareció. La niña se ovillaba aún más. Temblaba. La cámara estaba muy cerca de ella, y una mano le arrebató el gorro.

Jakob saltó, cogió el vaso del reposabrazos y lo tiró contra la pared, donde se hizo pedazos.

La boca de la niña se abrió, parecía que gritaba. Se tapaba la cara con las manos. Sus cortos dedos estaban rígidos y tiritaban.

La película terminó. Jakob fue corriendo hacia la entrada y abrió de par en par la puerta.

—¡Os mataré, canallas! —vociferó.

Todo estaba en silencio en torno a la casa. El aire gélido lo envolvió. La noche era negra. Todas las ventanas de las casas estaban a oscuras. Miró en la dirección de la que había proveniendo la sombra que tiró la piedra.

—Os mataré, canallas —repitió en voz baja.

Godthåb, 16 de noviembre de 1973

El frío aumentó radicalmente después del último suspiro de otoño, que durante medio día puso a la ciudad entera a jugar con la nieve derretida. Volvió con tanta fuerza que todo se congeló, incluso el mar en los lugares más tranquilos del cabo, y cada mañana y cada tarde la marea se esforzaba por romper el hielo para que la luna pudiera seguir reflejándose en el negro espejo marino, pero las aguas turquesa formaban gruesas capas blancas y quedaban aprisionadas.

Incluso en el centro de la ciudad, el agua congelada había logrado trepar por las fachadas de los edificios para descolgarse en forma de carámbanos, que en algunos lugares eran tan gruesos que ni siquiera un adulto podría rodearlos con los brazos.

En la plaza, entre el hotel Godthåb, la comisaría y el supermercado Brugseni, un oxidado *bulldozer* amarillo había apilado la nieve en montones de un metro de alto, y el lugar estaba vacío y libre.

Jakob tomó un sorbo de café y se quedó con la mirada fija en el movedizo líquido. De haber tenido más confianza en Mortensen, le habría llevado las películas, pero no se atrevió. Las amenazas del escrito y la necesidad de proteger a Najak le hacían temer que decir algo fuera más perjudicial que útil. La niña seguía con vida, y eso era lo principal. No sabía qué hacer. No sabía con quiénes estaba la niña. Pero si proseguía la investigación con precaución, podría hallar luz en algún sitio.

Su mirada se desplazó del café al montón de papeles y carpetas que tenía sobre la mesa, y de ahí a la ventana, donde sus ojos se deslizaron por las

paredes de color naranja del supermercado y se dirigieron a las blancas cimas de Store Malene y la punta afilada de Hjortetakken.

Se detuvo de pronto y bajó la vista a tierra, delante de los carámbanos que colgaban a pocos metros de su ventana.

Se incorporó un poco para ver el exterior sin que le molestara la planta que adornaba el alféizar.

En mitad de la plaza había una niña. Sola por completo. Llevaba un chaquetón gris oscuro con capucha, ya desgastado, y un cuello negro de piel. En la espalda cargaba una cartera escolar azul y naranja. No llevaba guantes y tenía las manos rojas, igual que las mejillas, que se atisbaban en el hueco de la capucha.

—Paneeraq —susurró Jakob para sus adentros mientras se daba la vuelta en la silla y miraba a la gente que había en la sala.

Deseó que Karlo estuviera allí, pero había salido para una actuación en el puerto y llevaría tiempo localizarlo. Volvió a mirar a la niña. ¿Por qué estaba allí? Jakob no podía dejarla allí fuera, pero sabía que los demás agentes protestarían si la hacía pasar.

Respiró hondo y se levantó de la mesa sin mirar a los demás.

—¿Qué pasa, Pedersen? —gruñó Benno—. ¿Te vas a ver a Lisbeth?

Storm sonrió burlón, como un tonto.

—Tráeme una tacita a mí también, ¿vale?

—Esto... —Abrió la puerta de la entrada principal—. Ahí fuera hay una niña, con este frío. Creo que quiere hablar conmigo. —La puerta se cerró a su espalda y Jakob dejó de hablar. Los mandaría a la mierda. A todos. Excepto a Karlo. Él era el único groenlandés y el único en quien podía confiar cuando un caso empezaba a resultar doloroso.

—Paneeraq... —dijo en voz alta mientras bajaba la escalera. El frío se le metía por las fibras del jersey de punto—. Paneeraq, ¿qué haces aquí, con este frío? —Miró sus dedos enrojecidos—. Anda, entra.

La niña no se movió. Siguió allí quieta, como una estatua de piedra.

Jakob se inclinó hacia delante y le miró la cara enmarcada por la piel negra de la capucha.

—Hace demasiado frío para estar aquí quieta, amiguita.

—No quiero ir a mi casa —susurró Paneeraq.

—Entra —repitió Jakob— y veremos lo que podemos hacer.

A duras penas consiguió que estas últimas palabras pasaran por su garganta. ¿Y si no podía hacer nada? ¿Y si tenía que mandarla a su casa, aunque le estuviera pidiendo ayuda?

—Ahora entra. —No quería tocarla, de modo que se contentó con señalar la puerta con el dedo—. Lisbeth te puede dar una taza de chocolate caliente.

Era evidente que, sin Karlo, la niña no debía entrar en la sala donde se encontraban los demás agentes. Benno era tan aficionado a los comentarios estúpidos acerca de los groenlandeses que a Jakob le daban náuseas.

Paneeraq no dijo nada más, pero con pasos cortos y titubeantes empezó a moverse hacia la puerta.

Jakob sonrió. No internamente, sino a ella. Sonrió a Lisbeth al contarle que Paneeraq estaba helada y necesitaba una taza de chocolate bien caliente. Sonrió cuando Lisbeth se levantó para acoger a Paneeraq con una mirada maternal y la promesa de un aromático chocolate templado. Sonrió cuando entró en el despacho del jefe de policía, Mortensen, y cerró la puerta tras él mientras lo envolvía el apestoso humo de cigarro que flotaba en la estancia.

Sonrió mientras le hablaba de Paneeraq a Mortensen. Seguía sin atreverse a contarle nada de las películas de Najak. ¿Qué pasaría si cumplían la amenaza y mataban a la niña por su culpa? Sólo se atrevió a hablarle de Paneeraq. De quién era, de su padre y de sus sospechas, más que fundadas, de un brutal incesto. De la penosa forma de caminar de la niña. De su petición de ayuda, ahí mismo, con el frío que hacía. Sonrió incluso cuando Mortensen empezó a irritarse, pero sólo porque su sonrisa era tan forzada que no tenía ni idea de que seguía clavada en sus labios.

—Maldita sea, Pederson —Mortensen casi gritaba—, como si no

tuviéramos bastante con los destripados, ahora quiere usted... Tiene que llevarla a su casa. No podemos tenerla aquí, ¿de acuerdo? ¿En qué estaba usted pensando?

Jakob se pasó un dedo por la brecha de la frente.

—Sí, claro, pero seguro que la están violando todos los días, señor Mortensen. No podemos taparnos los ojos y pretender que no nos damos cuenta. Tenemos que hacer algo por esa niña. No podemos decepcionarla, porque de hecho ha dado un paso enorme al venir aquí a pedir ayuda. No es más que una niña, maldita sea... Si hubiéramos apartado a Najak de sus padres, no habría... desaparecido de la faz de la Tierra. —Se miró los zapatos.

—Así son las cosas aquí, Pedersen. Puede que a usted no le guste, pero son como son. Aquí y ahora no hay nada que podamos hacer. Es demasiado complicado. Coja un coche y llévela a casa.

—¿Qué es esto, una comisaría de policía o un matadero?! —gritó Jakob, con la sangre hirviéndole en las venas.

—¡Cállese! —chilló Mortensen aún más fuerte, hasta el punto de que su débil voz se transformó en un estridente falsete—. Esto es una locura, hombre. Ocúpese de sus asesinos y déjenos la política a nosotros.

—¡Intento evitar un asesinato! —Jakob alzó la voz de nuevo.

—¿Ah, sí? ¿Ahora se dedica a eso? Es usted el que se ha metido en un matadero. ¿Acaso los hombres asesinados no están relacionados con lo que usted llama su *investigación escolar*? ¿Eh? Y ahora va a llevar a esa niña a casa con sus padres, que a lo mejor andan por ahí desesperados y muertos de preocupación, y va a dejar en paz a todas esas niñas. Si me entero de que vuelve a las andadas una sola vez, lo suspendo al instante. ¿Entendido?

Jakob se quedó un momento con la mirada fija en aquel hombre bajito y medio calvo de Horsens. Luego dio media vuelta sin decir ni una palabra. Desapareció por el corredor y fue a la entrada, donde Paneeraq estaba terminando su bebida y se había echado hacia atrás la capucha, dejando la cara al descubierto. Sus mejillas estaban todavía coloradas. Sus ojos eran

negros y redondos, y tenía el pelo oscuro, liso y corto. Sonreía con prudencia a Lisbeth, que le había dado el chocolate y ahora recogía la taza.

—Gracias —dijo tranquila la niña.

—He encontrado un sitio donde te puedes quedar un tiempo —le explicó Jakob, y sus palabras encontraron la misma sonrisa tímida que había dedicado a Lisbeth.

Lisbeth le cogió alegre la mano a Jakob y se la apretó mientras asentía levemente con la cabeza. Luego la soltó.

Jakob recogió de la mesa la chaqueta y las actas del caso junto con su cuaderno de notas, y sacó a Paneeraq de la comisaría. No sabía de nadie que lo pudiera ayudar, pero la niña no volvería a casa con su padre.

La calefacción del salón estaba al máximo, y el olor a salchichas asadas y patatas cocidas se extendía por él y cubría como un agradable edredón transparente a la niña sentada en el sofá negro, al fondo de la estancia. Tenía en las manos el cuaderno de aritmética. A su lado estaba su cartera escolar con la solapa abierta.

Jakob había necesitado dos horas para convencerla de hacer juntos los deberes, y cuando por fin empezaron, se pusieron con las cuentas en su cuaderno. Jakob dudaba si no sería preferible dedicarse a cualquier otra cosa, pero el resultado fue que precisamente la lógica y la falta de relación con el momento presente tan propias de las matemáticas fueron lo más adecuado para tranquilizar sus mentes.

Fue Paneeraq quien eligió comer salchichas. Jakob le preguntó qué prefería y, tras una larga pausa, la niña respondió sin dudarlo: salchichas.

Las cortinas estaban corridas. En el exterior, la oscuridad se había posado sobre la casa y la ciudad entera, y Jakob cerró bien para que nadie pudiera ver el interior. Hasta había echado la llave de la puerta, algo que rara vez hacía. Pero después de los crímenes y la piedra que tiraron junto a la advertencia, ya no se olvidaba de hacerlo, y ahora que la niña estaba allí, no tenía otra opción.

Las salchichas chisporroteaban en la sartén bajo su rostro mientras las patatas se cocían. No preparaba comida caliente con demasiada frecuencia, pero por suerte justo ese día había comprado en el Brugseni salchichas recién hechas.

Vio a Paneeraq sentada en el centro del sofá. No medía más de un metro

veinte, quizá menos. El cabello, que llevaba bastante corto, se lo había recogido en la nuca con una goma que encontró en la cocina. Llevaba un vestido de lunares grandes de diversos colores, abrochado hasta un cuello redondo, que le llegaba por debajo de las rodillas, y unos gruesos calcetines amarillos.

Debido a su corta estatura, los pies le quedaban colgando, por debajo de la mesita del sofá. Estaba enfrascada en el libro de matemáticas que sujetaba con una mano, mientras que con la otra conducía el lápiz de un ejercicio a otro. Jakob se alegró al verlo. La niña era trabajadora, y estaba sorprendido de lo deprisa que captaba la lógica que subyacía en las lecciones.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

La niña levantó los ojos del libro y asintió. Jakob vio en ellos algo que al mismo tiempo era tranquilidad y escepticismo. Distancia y esperanza.

Era incapaz de imaginar cómo sería un día normal de la niña. Tampoco tenía ganas de intentarlo. Quería proteger su mente de las imágenes que involuntariamente evocaría. Las palabras se revolvían en su interior. ¿Qué derecho tenía él a proteger su mente de algo que esa niña tenía que soportar en cuerpo y alma con tanta frecuencia? La mente de la pequeña debía de padecer pesadillas noche y día, sentir impotencia y culpa. El odio de Jakob hacia el padre de la niña era inconmensurable, ilimitado. Al verla allí sentada con su vestidito, haciendo los deberes, le resultaba del todo incomprensible que una persona adulta llegara a pensar en hacerle daño.

—Te pondré una salchicha bien grande —prosiguió Jakob, mirando la sartén.

Apagó el gas, escurrió las patatas y echó crema en la grasa de asar las salchichas.

—¿Te parece bien comer sentada en el sofá?

Ella se encogió de hombros y Jakob vio en sus ojos que no sabía qué responder.

—Pues me parece que sí, que nos sentaremos ahí —prosiguió él—. ¿Te

corto la salchicha?

Ella volvió a encogerse de hombros.

—¿Tu madre te corta la comida?

La niña lo miró con gesto interrogante. Una diminuta arruga apareció en la delicada piel de su frente.

—Casi nunca.

—¿Te gusta que tu madre te corte la comida en bocaditos?

La frente de Paneeraq se arrugó aún más, y sus ojos empequeñecieron.

—En trocitos pequeños, vamos —continuó Jakob.

Las arrugas desaparecieron mientras la niña asentía brevemente.

—Pues te cortaré la salchicha en trocitos —dijo Jakob con una sonrisa, y fue a por la comida, que estaba en la mesa de la cocina.

Le puso una servilleta limpia encima del vestido y después colocó el plato mientras le daba un tenedor. La madre de Jakob habría puesto el grito en el cielo si lo hubiera visto, pero él llevaba tiempo comiendo así, y pensaba, además, que le daría más confianza a la niña seguir en el sofá en vez de tener que sentarse a la mesa del comedor sola con él. Ahí tenía su sitio propio, en el que había permanecido varias horas haciendo los deberes, en paz y con tranquilidad.

Comía despacio, con cuidado, saboreando. Como si tuviera que estudiar cada bocado antes de llevárselo a la boca. Jakob intentaba seguir su ritmo para que no se sintiera extraña, pero le resultaba difícil.

A mitad de la cena, la niña preguntó:

—¿Voy a dormir aquí?

Jakob vaciló e intentó leer lo que decían sus ojos.

—Sí, si tú quieres.

La niña miró su comida y cogió un trozo de patata con el tenedor.

—Sí que quiero. Eres bueno y me ayudas.

—Puedes dormir en aquel cuarto —dijo él—. En la cama grande. Yo dormiré aquí, en el salón, de modo que ahí dentro estarás solita; pero si

necesitas algo llámame, desde aquí te oiré perfectamente.

Jakob sabía que esa situación no podría prolongarse, la niña no podía quedarse a vivir en su casa. Lisbeth se lo había advertido cuando Jakob le dijo que le resultaba un tanto raro que Paneeraq no se sintiera intranquila con él, siendo un hombre. «En este país hay muchas niñas que viven con un padre brutal, porque en general siempre hemos vivido en una cultura brutal en medio de una naturaleza brutal. Quizá tan sólo se alegra de haber encontrado a un hombre afectuoso. Es bueno para ella tener esa experiencia. Llévatela a casa dando un paseo para que se tranquilice y disfrute de una velada acogedora en la que se sienta bien tratada. Pero ten cuidado, porque si le gusta no querrá volver a su casa. Lo he visto muchas veces. —Había dicho esto último con un resplandor en los ojos—. Creo que yo no habría regresado a casa por voluntad propia.»

Jakob le había preguntado a Lisbeth si podía acompañarlos, pero ella tenía que organizar una merienda porque iba a llegar su hermana. «También será bueno para ti», había añadido; y de pronto él tenía a Paneeraq instalada en su sofá.

Jakob estaba ojeando su libro de fósiles. Había pensado que a lo mejor a Paneeraq le gustaría oír un cuento antes de dormir, y estaba bien tapada bajo el mullido edredón mientras él estaba sentado en el borde de la cama.

La idea de leerle algo en voz alta era buena, pero no había pensado en que en su estantería había sobre todo libros técnicos y revistas del mundo policial, y aunque le pareciera bien educar a los jóvenes en el conocimiento del trabajo de la policía, resultaba un tanto excesivo para una niña de Godthåb de tan sólo once años. Por eso acabó cogiendo el libro de piedras, pero al llegar a la arenisca de Igaliku se percató de que no era precisamente lo que más interesaba a la niña.

Cerró el libro.

—Un poco aburrido, *ilaa*?

La niña asintió y mostró una leve sonrisa.

—Y que lo digas —prosiguió Jakob—. Aquí hay que ser sinceros, y hasta yo tengo que reconocer que las piedras pueden ser un poco aburridas.

La sonrisa de Paneeraq creció. Se había subido tanto el gran edredón blanco que sólo le quedaba a la vista la mitad superior de la cara.

—Espera un momento —dijo—. Voy a la sala a coger una cosa.

Cuando volvió, llevaba en la mano un erizo de mar fosilizado y el caparazón de otro más reciente. Los puso sobre la cama, al lado de la almohada, para que Paneeraq pudiera verlos.

—Los dos son erizos de mar —explicó, acercándole un poco el fósil y la concha—. Uno se ha convertido en piedra, mientras que el otro sigue siendo

una concha de molusco. A éste seguro que se lo comió una gaviota o un cuervo el verano pasado.

Paneeraq miró con gesto de curiosidad los dos objetos que había sobre la cama. El caparazón tenía la abertura hacia arriba y estaba entero. La arruga volvió a crecer en la frente de la niña, y miró a Jakob con gesto interrogante.

—Quédatelos si quieres —ofreció él, señalando con la cabeza la piedra y la concha.

Paneeraq envolvió con sus pequeños dedos el fósil, y miró feliz y contenta la concha. Les dio vueltas y los observó por arriba y por abajo. La piedra era dura. La concha, nueva y frágil.

—¿Cómo se convirtió en piedra?

—Seguramente se quedó enterrada en el barro de un gran mar hace más de treinta millones de años, y poco a poco se fue endureciendo hasta convertirse en pedernal. La concha desapareció hace mucho, de modo que lo que ves es el cuerpo blando que había dentro.

La niña no dijo nada, pero siguió con el fósil de erizo en la mano.

—¿No es increíble que estas criaturas tan pequeñas estuvieran recorriendo el mar hace tantos millones de años? Y ahora tienen la misma forma y hacen las mismas cosas que treinta o cien millones de años atrás. En Dinamarca, de donde vengo yo, nos podemos agachar en una playa y recoger un erizo vivo con una mano y uno convertido en piedra con la otra.

La mano de Paneeraq se cerró sobre la piedra.

—¿Yo también puedo convertirme en piedra?

Jakob se rascó un ojo.

—Bueno, seguro que sí, pero harán falta muchos años, muchos más de los que han pasado desde que empezó a haber personas en el mundo, de modo que nadie se enterará.

La niña sonrió feliz y asintió con la cabeza mientras abría la mano y volvía a cerrarla.

—Está caliente.

—Es tu mano la que lo calienta. A la piedra le encanta el calor, te lo aseguro, y si el calor es lo bastante fuerte, se convierte en una sustancia líquida.

Paneeraq lo miró escéptica.

—Es verdad. Hace mucho tiempo toda Groenlandia estaba formada por una materia incandescente que sale de lo más profundo de la tierra y se llama *lava*. —Se dio cuenta de que la niña reconocía la palabra *lava*.

Se hizo el silencio, y Paneeraq dejó caer la cabeza sobre la almohada mientras sujetaba con fuerza el erizo fosilizado.

—Puedes quedártelo —dijo Jakob en voz baja.

La niña alzó la cabeza sin atreverse a mirarlo a la cara.

—Ahora es tuyo —prosiguió Jakob, al tiempo que se levantaba del borde de la cama.

La manita apretada desapareció debajo del edredón junto al resto de la cara. Sólo sobresalía un poquito de pelo. Jakob sintió deseos de acariciárselo, pero no se atrevió a tocarla.

—Buenas noches —susurró mientras apagaba la luz del dormitorio—. Dejo la puerta entornada.

El edredón no dijo nada. Ni siquiera se movió.

Jakob cerró la puerta con cuidado. Dio media vuelta y se dirigió al armarito de palisandro, donde abrió una de las puertas para sacar el proyector de cine.

Al volver a la casa con Paneeraq había encontrado otra bolsa colgada del tirador de la puerta. Se limitó a recogerla y a abrir la puerta, como si fuera lo más normal del mundo. A través de la fina capa de plástico había reconocido con los dedos el carrete de otra película, pero dejó la bolsa y se dedicó a los deberes y a la comida.

Ahora volvió a colocar el aparato al lado de la butaca y metió la nueva película. Tras mirar durante varios segundos la puerta del dormitorio, lo

encendió, y la luz se extendió por el salón junto con el ruido del motor al arrastrar la cinta.

La cámara estaba quieta. Fija en el rincón opuesto a aquél en que estaba Najak. La luz se apagaba y se encendía, y cada vez el corazón de Jakob daba un brinco. No porque le asustaran la luz y la oscuridad, sino porque las interrupciones carecían de ritmo y orden, y cada vez las sentía como un golpetazo. El cuerpo de la niña seguía en una esquina de aquel infierno brillante, acurrucado, encogido, recogido en sí mismo. El pelo estaba más mugriento y desaliñado que la vez anterior. Habían pasado varios días desde la última toma, al parecer. Ahora tenía los pies descalzos. Habían desaparecido los leotardos. Las piernas estaban desnudas, llenas de suciedad. Era como si el tiempo se hubiera congelado. Najak parecía exánime.

Jakob intentó mantener la mirada en el cuadrado luminoso con la niña en el rincón. El salón en el que él se encontraba aparecía y desaparecía siguiendo el ritmo de la luz que rodeaba a Najak. No había más movimiento. Las señales de lágrimas en las mejillas. Borradas. Resecas.

La película corría y corría. Era la más larga hasta el momento.

Jakob se levantó, se sirvió un whisky bien grande, cogió cuatro pastillas para el dolor de cabeza y se dejó caer de nuevo en el sillón. La película seguía y seguía. Sin más movimiento que el de la luz al encenderse y apagarse y el de la niña al morder el gorro.

Jakob desapareció dentro de sí mismo. La película seguía. Todo seguía. Sin darse cuenta, fue hundiéndose en un sueño superficial y lleno de inquietud.

Jakob se levantó del sillón demasiado deprisa y estuvo a punto de marearse, pero se recuperó y se agarró al respaldo. Recobró el equilibrio. Pudo ver en el reloj colgado en la pared, al lado de la cocina, que eran las diez y media de la noche. La película había acabado. Llamaban a la puerta, y miró hacia la entrada confuso. Eran los mismos golpes que había oído en la oscuridad, en algún sitio. Nunca iba a verlo nadie por la noche. Y mucho menos una noche de invierno con tanto frío.

Miró a su alrededor. Inmediatamente desenchufó el proyector y lo guardó en el aparador de palisandro.

Nuevos golpes en la puerta. Dio unos pasos hacia la entrada.

Volvieron a llamar. Esta vez con tanta fuerza e insistencia que notó cómo la alarma se extendía por la brecha de su frente.

—Maldita sea —farfulló, e hizo un gesto de resignación mientras daba los últimos pasos hacia la puerta. Quitó el pestillo y la abrió.

Al instante, el aire frío se coló dentro y le golpeó el torso, como si fuera el soplo de un demonio de los hielos.

A dos de los tres hombres que estaban al otro lado de la puerta los conocía, pero al tercero, que seguía con un puño levantado para golpear la puerta, no lo había visto nunca. Era un hombre ancho, de cara colorada, con una enorme barba roja y ojos agresivos, de color azul hielo, ocultos bajo unas salientes cejas. Tenía el cabello revuelto y llevaba un grueso jersey islandés, pantalones vaqueros y botas negras con suela de madera.

—Jakob —dijo uno de los otros dos, poniendo una mano sobre el hombro del pelirrojo para apartarlo—. Vamos a entrar un momento.

Jakob intentó protestar, pero los tres hombres ya estaban dentro.

—Lamento mucho que hayáis salido para nada con este frío —dijo Jakob, entrando en el salón detrás de los tres hombres—. ¿El asunto que os ha traído hasta aquí no puede esperar a mañana?

El corazón casi se le salía por la boca.

Mientras el pelirrojo recorría el salón observando los muebles y el puzle de la mesa, los otros dos se quedaron mirando a Jakob. Uno de ellos era un joven jurista danés llamado Kjeld Abelsen. Era delgado, casi desgarbado, y estaba tan pálido que el contraste entre su cabello negro y su rostro hacía parecer como si estuviera en una foto en blanco y negro. Casi no se le veían los labios, pues los tenía apretados, y sus ojos aparecían prominentes y lustrosos. Sólo llevaba un par de años en Godthåb, pero ya había adquirido cierto estatus y un alto grado de respetabilidad y, en opinión de Jakob, tenía la desagradable habilidad de saber siempre quién sería el ganador de la lotería del día siguiente.

El otro hombre era Jørgen Emil Lyberth, y lo más opuesto posible a Abelsen, con el cuerpo rechoncho y la cabeza redonda. Era inuit y miembro de la Cámara Provincial, y uno de los que más ruido hacían cuando se hablaba de la separación de Dinamarca y la salida de la Comunidad Económica Europea.

Jakob sabía exactamente lo que representaban esos dos hombres. Los dos juntos y cada uno por separado, pero no tenía ni la menor idea de qué podía haberlos unido esa noche, gélida y ventosa, a un islandés cetrino. Hasta entonces, Lyberth y Abelsen habían sido competidores, aunque sólo en política e ideología, pero más allá de las apariencias formaban, por lo que había podido observar Jakob, una extraña pareja que casi con seguridad no entonaba las mismas canciones en la oscuridad que a la luz del día.

—¿Qué queréis? —preguntó Jakob sin poder ocultar la irritación que le producía que aquellos jóvenes y su perrito faldero de barba roja, mayor que ellos, se hubieran metido en su casa contra su voluntad.

—Siéntate un momento, Jakob —dijo Abelsen con una mueca fría.

—Estoy muy bien de pie.

—Pero siéntate, porque si no le tendré que pedir a nuestro feroés, aquí presente, que te ayude a hacerlo.

Jakob miró a aquel hombre corpulento, que se había acercado hasta casi pegarse a él.

—Estoy muy bien de pie —repitió enfadado.

—Cuidado —prosiguió Abelsen—. Aún no le has visto sacar las garras, pero, caray, la caída será dura, da lo mismo desde dónde caigas.

Lyberth se había sentado en el sofá, pero volvió a levantarse.

Abelsen lo miró e hizo un breve gesto con la mano.

Lyberth asintió con los dientes apretados.

—Bonita casa. —Abelsen cogió una piedra de uno de los estantes y se golpeó con ella la frente, aunque con mucho cuidado—. Pero, por lo que veo, andas por aquí y te golpeas con las cosas. Y es que ser policía es un trabajo peligroso, ¿verdad? Y por el momento estamos desbordados de crímenes.

La mente de Jakob trabajaba descontrolada al mismo tiempo que intentaba vigilar la puerta del dormitorio donde estaba Paneeraq con el mayor disimulo posible.

—¿Qué está pasando aquí?

—Nuestros intereses siguen distintos caminos, agente Jakob —dijo Abelsen, casi sin mover sus finos labios—. Sería una muestra de inteligencia que dejaras tus pesquisas a un lado. Hay casos que se dejan correr, lo sabes perfectamente. Justo los más emocionantes.

—¿Acaso no es asunto mío?

—Solúcionalo ya. —Abelsen se acercó a Jakob, hasta que sus rostros estuvieron a menos de medio metro de distancia—. Si resulta que esos crímenes los ha cometido un groenlandés, el interés se apagará.

—Pero no tenemos ni idea de quién fue —objetó Jakob, mirando a Lyberth—. No podemos endosarle tres asesinatos a un inocente.

—Thomas Olesen, del Bloque 16 —continuó Abelsen, con los ojos fijos en Jakob—. Ahí tienes a tu asesino. Ve a por él mañana después de la reunión en comisaría.

—¡Thomas Olesen! —exclamó Jakob—, pero si no es más que un alcohólico solitario.

—Acúsalo de los crímenes y cierra el caso mañana mismo. Thomas Olesen. —Abelsen resoplaba—. ¿Quién lo va a echar de menos? Es alcohólico, camorrista y conocido por su afición a sacar el cuchillo a las primeras de cambio. Y, además, sabe desollar una foca como nadie. Lo encierras, el caso se da por concluido y nosotros podemos recuperar la tranquilidad.

—Yo soy policía —dijo Jakob mientras su mirada pasaba de un hombre al otro—, no soy un mercenario ni un verdugo. ¿Qué os habéis creído? Se lo contaré a Mortensen.

—Acusa a Olesen de los asesinatos mañana mismo o las cosas se te complicarán mucho. —Abelsen giró un poco el torso e hizo una seña al feroés—. Podemos convertirte en la próxima víctima o colgarte a ti todos los crímenes.

—Ni locos podréis hacer tal cosa. —Jakob notaba el temblor de su propia voz. Su mirada descendió desde los ojos de Kjeld Abelsen hasta sus finos labios, que parecían aún más blancos de lo normal.

Si todo estaba relacionado, como temía en esos momentos, esos hombres podían matar a Najak. Apretó las manos. Se clavó las uñas en la piel mientras miraba ceñudo a uno tras otro.

—Jakob, ese tío no es más que un cazador de focas borracho. No le importa a nadie.

—Todo el mundo importa, y no podemos meter en la cárcel a un inocente para que vosotros podáis seguir haciendo política con tranquilidad. No quiero participar en algo así y no lo permitiré.

—Vale. —Abelsen hizo una seña al feroés para que volviera a acercarse

—. Estás acabado, Jakob Pedersen. Eres un peligro para Groenlandia.

El corpulento feroés de ojos azules agarró a Jakob por el cuello con una mano y le sujetó la muñeca derecha con la otra. Jakob quedó tan sorprendido por la fuerza y la rapidez del hombre que no hizo nada para defenderse.

El feroés le soltó el cuello y le desgarró la camisa, dejando al descubierto el pecho y el vientre, mientras con la otra mano sacaba un cuchillo. Antes de que Jakob pudiera controlar sus pensamientos, tenía el cuchillo muy apretado contra la piel del esternón.

Respiraba jadeante. Era demasiado tarde para oponer resistencia. Lo acosaban los pensamientos. Najak encerrada. Paneeraq. Por nada del mundo Paneeraq debía hacer ruido. Ni el más mínimo. Esto no era cuestión de política ni de tranquilidad para trabajar. El salón se cerraba sobre él. Notaba la presencia de los tres hombres. El cuchillo sobre la piel. Sentía la presencia de los muebles. De Karlo, sentado delante del puzle. En esos momentos, en el salón, faltaba Karlo. La nieve en el exterior. El bailarín del tambor. Los golpes del tambor se confundían con los latidos de su corazón a pocos centímetros de la punta del cuchillo.

—Soy policía —murmuró—. No podéis...

—Tú decides —lo interrumpió Abelsen—. Tú eliges quién debe vivir y quién debe morir.

Restos de sangre

Nuuk, 13 de agosto de 2014

En el transcurso de la noche, Matthew miró muchas veces su móvil, pero no llegó ningún mensaje.

Sus pensamientos intentaban evitar a Lyberth, aunque era difícil por las sangrientas imágenes que Tupaarnaq le había metido en la cabeza.

Fuera había claridad. Se dio la vuelta en la cama y cogió de la mesita el cuaderno de cuero marrón de Jakob. Había algo entre las líneas del cuaderno que había provocado la muerte de Lyberth, y ahora eso, por algún motivo, estaba también relacionado con Tupaarnaq. Suponía que era porque de pronto ella se había convertido en chivo expiatorio. El crimen en sí no tenía nada que ver con ella, de eso Matthew estaba seguro. El motivo del asesinato, en cambio, estaba en el cuaderno de Jakob. No directamente, pero en él se contaba algo que, por algún motivo, parecía justificar matar a alguien a fin de mantenerlo en secreto. Cuarenta años atrás, pero también ahora.

Miró lo que decía de las niñas perdidas. Quizá fuera posible encontrarlas. Volver atrás en el tiempo y descubrir qué pasó con las personas mencionadas por Jakob. Los cuatro hombres estaban muertos, pero ¿y las niñas? Junto al nombre de la hija de la primera víctima, Najak Rossing Lynge, Jakob había dibujado una crucecita y un signo de interrogación, pero no estaba claro que la niña hubiera muerto. Y luego estaba la hoja en blanco sobre unas películas de las que Jakob no había podido escribir nada. Las cuestiones sin responder en el cuaderno habían quedado pendientes, abandonadas, en la época en que Jakob había desaparecido. Pero tendría que ser posible encontrar a las niñas. Sobre todo a Paneeraq Poulsen, a quien Jakob se había llevado a casa.

Matthew no tenía el número de móvil de Ottesen, así que envió un SMS a Malik para que le preguntara si habían llegado a encontrar unas películas de pequeño formato relacionadas con los crímenes de 1973.

Miró su reloj. Leiff tenía que haber llegado ya al trabajo.

—Hola, Matthew; ¿en qué estás metido? —La voz de Leiff sonaba alegre, como siempre—. No has asistido a la reunión matutina... otra vez.

—No, es que... Oye, Leiff, estaba pensando si podrías ayudarme a encontrar a unas personas que vivían en Nuuk en 1973.

—¿Te refieres a gente del caso del que hablamos, el de los cuatro crímenes?

—Sí, exacto.

Hubo unos segundos de silencio.

—Tendríamos que mirar en los archivos municipales.

—Bien. ¿Podemos ir ahora mismo para allá?

Leiff carraspeó.

—Sí, claro —dijo titubeante—. Claro que podemos, pero sus archivos de los años setenta son todavía más caóticos que los del periódico. —Su voz se iluminó—. Pero, escucha, mi esposa trabaja allí, y la semana pasada, cuando le preguntamos por los crímenes, encontró algo. Voy a llamarla ahora mismo. Imagino que sabrá cómo acceder a los archivos.

Leiff y Matthew recorrieron a pie el breve trayecto entre el periódico y el ayuntamiento. Éste, un edificio rectangular de color verde y óxido, se alzaba en uno de los grandes cruces del centro de la ciudad.

El sol brillaba cálido y fuerte igual que el día anterior, y nada indicaba que se estuviera acercando el otoño. El cielo estaba despejado sobre las montañas, y sólo se veían algunas nubecillas blancas extendidas como serpientes a lo largo de las crestas más elevadas de Ukkusissat.

Matthew estaba pendiente de la llamada que sin duda recibiría en cuanto hallasen el cadáver de Lyberth. Si al atardecer no lo habían encontrado, no tendría más remedio que hacer algo él mismo. Lyberth no podía quedarse allí tirado en el suelo, pudriéndose. Ese hombre tenía una familia que estaría esperándolo. Le daba miedo lo que pudiera haberle pasado a Tupaarnaq. Quizá estuviera allí, o quizá muy lejos. Se miró los pies y le dio una patada a una piedrecita.

—Entraremos por la puerta de la derecha —anunció Leiff—. La principal, la verde, está cerrada por la mañana.

Matthew se llevó la mano al pecho y tosió varias veces mientras seguía a Leiff hacia el edificio de cemento que, debido a su altura y su colorido, contrastaba con el de enfrente.

—¿Te encuentras bien? —Leiff miró un momento la mano que Matthew se había llevado al pecho—. Pareces estresado.

Por encima de ellos ondeaban la bandera groenlandesa y la danesa como dos velas rojas y blancas contra el profundo azul del cielo.

—No pasa nada —dijo Matthew, bajando la mano—. Seguramente ayer

tomé demasiado aire fresco... Estoy bien.

Leiff le puso una mano en el hombro.

—Llevo sesenta años viviendo aquí —dijo con voz cálida y amable—. Todos los años llegan daneses con la cabeza llena de sus principios y de sus ideas, un tanto románticas, sobre Nuuk y la naturaleza. Al cabo de seis meses, más de la mitad ha vuelto a Dinamarca para siempre. —Le dio una palmadita a Matthew en el hombro—. No hay muchos daneses dispuestos a meter las narices en un caso tan antiguo ni a enfrentarse a dificultades tan serias... Siempre puedes recurrir a mí si necesitas algo.

—Gracias —dijo Matthew. Tal como estaban las cosas en esos momentos, ni siquiera sabía si seguiría en Nuuk al cabo de una semana. Si detenían a Tupaarnaq por la muerte de Lyberth, él también se vería arrastrado.

Abrieron la puerta de cristal y caminaron por un corredor estrecho, de techo alto de vidrio y cemento gris. Leiff saludó afablemente a algunas mujeres y dio unas palmaditas en la espalda a un hombre.

Desde el anguloso vestíbulo continuaron hasta un corredor bajo con paredes de cristal que acababa en una sala más moderna y grande de dos plantas de altura. En medio de la sala había un estanque alargado, azul turquesa, con agua clara y poco profunda, y del techo, por encima del estanque, colgaba un viejo kayak de cuero.

—Tenemos que ir por esa escalera —dijo Leiff, señalando el lado opuesto del estanque.

—¿Tu mujer ha dicho lo que había encontrado? —La mirada de Matthew se quedó fija por unos instantes en una pintura al óleo que representaba una región montañosa bajo una artística luz invernal.

—No, pero lo sabremos enseguida. ¿Tú has progresado en el tema desde la última vez?

—No lo sé. —Matthew miró las baldosas anaranjadas bajo sus pies—. Creo que todo gira en círculos, así que confío en que podremos encontrar a alguien de ese caso que siga aún con vida.

—Ahora veremos. —La mirada de Leiff siguió la de Matthew y descendió hasta las baldosas del suelo—. ¿Sólo tienes zapatillas de deporte para andar por aquí?

Matthew sacudió la cabeza con gesto de resignación.

—En cuanto pueda me compraré unas botas.

—Hola a los dos. —Una mujer alta y fuerte asomó la cabeza por encima del blanco pasamanos metálico. En la parte más elevada de la sala, una fila de ventanas inclinadas arrojaba tantas líneas de luz sobre la escalera y el estanque que parecía que se hallaban en un claustro lleno de columnas.

—Hola —respondió Leiff en voz alta, haciendo una señal con la mano. Miró a Matthew—. Ésta es mi esposa, Ivalo.

—Soy Matthew —se presentó, y tendió la mano en cuanto se acercaron.

—Pues yo soy Ivalo —dijo ella, invitándolos a pasar a su despacho—. Me alegro mucho de verte, ya que no pude saludarte cuando fuiste a casa a comer. Estuve en los archivos buscando los nombres que me envió Leiff, y debo decir que no saqué mucho en claro, aunque algo sí que encontré. Sentaos. —Sus dedos recorrieron el teclado del ordenador—. Hace pocos años que empezamos a controlar decentemente nuestros censos, gracias a una serie de proyectos de la Dirección General de Digitalización. —Sacudió la cabeza—. No me creerás, pero antes no existía un registro unificado de los censos regionales, de modo que los ciudadanos tenían bastantes dificultades a la hora de hacer gestiones burocráticas, y una persona podía desaparecer con facilidad. Sobre todo si sólo figuraba en los montones de fichas de papel que no acabamos de pasar a formato digital. Pero éstas no están perdidas por completo, pues están almacenadas en los archivos. Lo único que hace falta es encontrar a alguna de las empleadas más veteranas que sepa dónde están guardadas, y una de esas veteranas soy yo.

Matthew no atinaba a ponerle edad a la mujer, pero andaría cerca de los sesenta. Era más alta y robusta que Leiff. No gruesa, sólo robusta. Tenía el pelo negro y corto, peinado en ondas.

—A decir verdad, encontré las fichas de los hombres en el sótano y sólo la de uno de ellos en nuestros registros recientes. Todos murieron en 1973, pero del tal Jakob no he encontrado ni la menor huella después de ese año. Si no recuerdo mal, era policía y se le dio por muerto, ¿no es así, Leiff?

—Sí, así es. Se relacionó su desaparición con la investigación de los crímenes, y como no volvió a aparecer vivo ni muerto, se supuso que había fallecido. Asesinado, porque, como sabes, en todo este asunto quedaron unos cuantos flecos que hacían sospechar. Algunos creían que él era el asesino, pero otros opinaban que fue el asesino quien lo mató. —Leiff se encogió de hombros—. Lo cierto es que no se pudieron explicar ni los crímenes ni la desaparición del policía, y desde luego no hubo nadie que tuviera el menor interés por escarbar en el caso, hasta que de repente apareciste tú.

Matthew pensó un momento si debía contar algo del cuaderno, pero prefirió esperar un poco más.

—Sucedió casi lo mismo cuando busqué a las niñas —prosiguió Ivalo—. Dos de ellas murieron de cáncer cuando ya habían cumplido los treinta, y una desapareció sin dejar rastro en noviembre de 1973. La última chica desapareció también, pero reapareció. No tenemos datos sobre ella entre 1973 y 2012, cuando se presentó de repente en el ayuntamiento para empadronarse. Ella misma afirma que durante todo ese tiempo vivió en una aldea. Como ya he dicho, hace realmente poco que hemos podido reunir todos los archivos, pero todavía quedan muchas aldeas por introducir en el sistema, y quizá nunca lo hagamos. En cualquier caso, parece que vivió en la costa durante esos años, y no tiene padres, pues murieron poco antes de su desaparición.

—Los mataron —la corrigió Leiff—. A los padres los mataron.

—Sí, es cierto. —Ivalo asintió despacio—. Los enterraron en Nuuk.

—¿Y esa chica está ahora en Nuuk? —Matthew se había sentado en el borde de la silla—. ¿Viva?

—Sí, he anotado su dirección para dártela. —Le entregó un papel.

«Paneeraq Poulsen», ponía arriba del todo. Matthew miró por la ventana

que había al lado de la mesa de Ivalo. Era la hija de la cuarta víctima. La del corazón en el cuaderno de Jakob.

—Gracias. Muchísimas gracias. Me has ayudado muchísimo. —Titubeó—. ¿Estás segura de que es ella?

—Sí. No cabe ninguna duda.

—Paneeraq —musitó Matthew en voz baja. Ahora debía de tener más de cincuenta años, así que ya no era la niña que se escondía con su erizo de mar bajo el edredón de Jakob.

Por la ventana se veía que el tiempo había cambiado de forma más drástica de lo que Matthew había visto en ningún sitio en un tiempo tan breve. El cielo era negro azulado y la lluvia caía en densas cortinas grises.

—¿Qué estás pensando?

La voz de Leiff se interpuso entre los pensamientos de Matthew.

—Perdón, es que... ¿Qué decías?

—Que con este tiempo se te van a empapar los pies.

—Sí. ¿De dónde ha salido la lluvia? Pero si hace un momento brillaba el sol.

—El Atlántico Norte es más caprichoso que una groenlandesa recién casada —bromeó Leiff con media sonrisa.

Ivalo le dirigió una mirada severa y luego, fijándose en los pies de Matthew, exclamó:

—¡Eh, ¿no tienes más calzado que ése?!

—No, realmente no he podido encontrar otro, pero de momento me vale. Suelo usar esto todo el año.

—Sí, quizá en Dinamarca, pero no aquí. Es obvio que no tienes ni idea de la humedad y el frío que habrá aquí dentro de nada.

—Ni de lo que será la nieve de repente —añadió Leiff.

—¿Qué número usas? —Ivalo contempló a su marido—. Leiff, ¿no tenías unas botas en el sótano? Tenemos que ver si hay algún par que le vaya bien a Matthew.

Matthew se contempló los pies.

—Puedo comprarme unas nuevas en el centro comercial cuando las necesite.

—Las necesitas ya —afirmó Ivalo—. Pero primero vamos a buscarlas en el sótano de casa. No hay necesidad de comprar unas nuevas si Leiff tiene algún par que te sirva.

—¿Cogemos el coche, vamos a casa y miramos? —propuso Leiff con voz alegre—. Además, es hora de almorzar.

El móvil sonó en el bolsillo de Matthew, que lo sacó de inmediato.

—Perdón —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. Me ha llegado un correo y estoy esperando... —Se interrumpió.

En el buzón de entrada había un mensaje enviado por jely@hotmail.com sin más indicaciones que el nombre que figuraba al final:

Nos vemos en el restaurante Nipisa el viernes a las diez de la noche. Hasta esa hora no estaré en Nuuk. Es sobre el cuaderno de Jakob Pedersen que según dices obra en tu poder. Me gustaría verlo. Hace mucho que no oigo ese nombre. Saludos. Jørgen Emil Lyberth.

El correo había sido enviado diez minutos antes.

—¿Son malas noticias? —preguntó Leiff.

—No, es... Perdón, sólo es que ha sido una sorpresa.

—¿Era del periódico?

—No, de una persona de la que no sé nada desde hace tiempo. Así que me ha resultado extraño. Bah.

Un temblor frío le recorrió el cuerpo.

—Esas cosas pueden ser toda una sorpresa —dijo Leiff con una sonrisa mientras sacaba un papel y se lo entregaba a Matthew—. He dejado esto en tu mesa esta mañana, pero como no has venido he optado por traértelo.

Igual que en la nota de Ivalo, había una dirección escrita, y debajo ponía:

Creo que tu padre vivió en casa de esta mujer durante un período bastante largo.

—¿Cómo?! —exclamó Matthew—. ¿De verdad? Él... Yo...

—Inténtalo —prosiguió Leiff—. No es más que una conjetura, pero ¿quién sabe?

Menos de una hora después dejaron a Matthew al lado de su apartamento. Llevaba una bolsa con dos pares de botas: unas negras de cuero y otras sin estrenar. Leiff siguió hacia la redacción para avisar de que Matthew estaba en casa escribiendo un artículo sobre una serie de datos que juntos habían conseguido rescatar de los archivos del municipio. En principio era cierto, pero en cuanto dejó la bolsa con las botas en el vestíbulo, Matthew volvió a salir de la casa para pasarse por el piso de Tupaarnaq. También le atraían las direcciones que figuraban en las notas que tenía en el bolsillo, pero podían esperar. En cualquier caso, más que Tupaarnaq y el difunto Lyberth que le escribía correos electrónicos.

En lugar de volver atravesando la ciudad, fue por la calle peatonal de detrás de la Casa de Reuniones, para salir a la calle Lyngvy-Tårbæksvej, que recorría una zona bastante grande de edificios blancos bajos, hasta desembocar al lado del Bloque 17.

Seguía haciendo un tiempo de perros, y no tardó en notar cómo penetraba el agua por cada abertura de su ropa. El chaquetón y los pantalones se empaparon antes de recorrer la mitad del camino. Sólo se mantenían perfectamente secos los pies, calzados con las nuevas botas.

Durante casi todo el camino vio el océano Atlántico, pero estaba grisáceo y velado por la densa lluvia; el agua se acumulaba y le goteaba del pelo y la nariz.

Era cerca de la una, pero las nubes que se cernían sobre Nuuk eran tan espesas que la ciudad parecía sumida en una absoluta oscuridad. El viento

extendía la niebla y la humedad por todas partes. Se le metía por el chaquetón, haciéndole inclinarse a cada paso para no congelarse.

La lluvia y el viento desgarraban las puertas destrozadas, y éste aullaba por el corredor que conducía al apartamento de Tupaarnaq. En el primer piso, donde faltaba parte del cristal de la puerta que daba al pasillo exterior, el suelo estaba empapado.

Había un olor pesado y pegajoso. Como a cartón mojado. O a argamasa.

Con los dedos de la mano derecha Matthew agarró el frío metal del pomo, que cedió. Hizo un clic cuando el metal de la cerradura salió del hueco en el marco de la puerta.

El corazón brincaba en el pecho de Matthew. La sangre le hervía, hinchándole las venas bajo la piel de las manos y los pies. Estuvo a punto de derrumbarse un par de veces y se forzó a respirar despacio y con calma.

La entrada estaba a oscuras. Vacía, como si jamás hubiera vivido persona alguna en el apartamento. A los lados había dos puertas cerradas, pero la de en medio estaba abierta. Era por allí por donde entraba una tenue luz hasta la pequeña estancia cuadrada. Cerró la puerta de entrada sin hacer ruido mientras escuchaba posibles sonidos dentro del apartamento. El viento seguía silbando en el interior, pero con menos fuerza que en el corredor.

Sintió deseos de dar media vuelta. De retroceder hacia la puerta. De recular hasta el portal e irse lejos, muy lejos.

En el piso olía a alcantarilla. A alcantarilla y a humedad. Cerró los ojos y escuchó. Se quedó inmóvil por completo. El piso estaba silencioso. Era incapaz de imaginarse que hubiera allí nadie más aparte de él. Ni siquiera un muerto. Tampoco olía a muerte. La muerte huele de otra forma. Más áspera. A medicina, no a podredumbre. Es un olor indefinible que se filtra por todos los poros pocos minutos después de que la sangre deje de circular por el cuerpo. El color abandona la piel. Todo se vuelve gris. Y entonces llega el olor. Lo notó con Tine, en el coche destrozado. Lo notó en la ambulancia. Pero ahora no tenía esa misma sensación.

En algún sitio, a su espalda, se cerró de golpe una de las puertas de la escalera. Dio un respingo brutal. Se volvió para mirar la entrada. El ruido de unos pasos de botas aumentó bruscamente, pero al momento disminuyó. Se volvió de nuevo hacia la luz y la sala, y dio el paso que faltaba para cruzar la puerta.

Sin pensarlo, sacó un cigarrillo del paquete que llevaba en el bolsillo de los pantalones y lo encendió. El humo caliente penetró hasta el fondo de sus pulmones.

—Me cago en... —exclamó en un susurro, y dio una nueva calada, tan larga que le inundó los pulmones y tuvo que echar el humo tosiendo.

Lyberth yacía extendido como un Cristo crucificado, con un gran clavo atravesándole cada mano. Tenía las palmas vueltas hacia arriba, llenas de oscura sangre coagulada. Los agujeros de los clavos estaban inundados de sangre.

Era un hombre de baja estatura, gordo, con piernas cortas y vientre voluminoso. Ahora estaba desollado. La piel, la grasa y la carne se hallaban extendidas a los lados y sujetas al suelo con clavos. Como un cráter. Dentro no quedaba nada más que huesos blancos y sucia carne oscura. Todo lo demás había desaparecido. Alrededor del cuerpo muerto había un charco parduzco, reseco, pero no había vísceras. Cuando Tupaarnaq le habló del cadáver de Lyberth, la piel del vientre no estaba sujeta con clavos al suelo de tablas, y las vísceras estaban colocadas alrededor del cuerpo. Ahora no se veían por ninguna parte, tampoco el calcetín en la boca, ni el trapo tapándole los ojos. Habían embadurnado la boca de sangre y saliva, y los ojos se hallaban llenos de venas reventadas.

Fuera, en el balcón, ondeaba un visillo fino y desgarrado, que seguramente llevaba muchos años allí, padeciendo las inclemencias del tiempo. La luz jugueteaba entre los agujeros de la tela descolorida, arrojando fugaces sombras y formas sobre el suelo de madera que rodeaba a Lyberth. Por lo

demás, el apartamento estaba vacío, como tantas viviendas que se habían ido cerrando en los bloques debido a una invasión de hongos.

De repente, Matthew vislumbró un rostro en el balcón. Se sobresaltó, volvió a mirar el cuerpo y se arrodilló. El rostro desapareció tan rápido como había aparecido, y el ondeante visillo impidió toda posibilidad de reconocimiento en el breve instante en que estuvo flotando en el aire.

Matthew se dio la vuelta y miró fijamente la puerta. Sabía que el balcón daba a la puerta de la cocina, y que ésta conducía directamente al pasillo que había entre la sala y la puerta de entrada.

Su mirada se deslizó sobre el vientre vacío e hinchado de Lyberth.

Unos pasos en la cocina le hicieron levantar la vista. Eran pasos rápidos. Pies que corrían. El corazón le saltaba en el pecho.

—Hola... —saludó tosiendo—. ¿Tupaarnaq?

La puerta de entrada se cerró con un golpe y Matthew echó a correr hacia allí. El pasillo estaba vacío. La cocina, vacía. Fue a toda velocidad por el pasillo.

En algún sitio, unos pisos más abajo, oyó pasos. Corriendo. Bajando la escalera.

Se inclinó para recoger un trapo mojado que había en el suelo y volvió a la casa de Tupaarnaq, abrió la puerta y fue al retrete. Hizo desaparecer la colilla de su cigarrillo en el inodoro y al momento encendió otro.

Luego cogió una gran tira de papel higiénico, la mojó y empezó a recorrer la casa limpiando todo lo que pudiera tener huellas dactilares. Pomos, marcos de puerta, cajones de la cocina. Lo limpió todo, incluso la piel de Lyberth. Miró los armarios de las habitaciones, pero no encontró señal alguna de Tupaarnaq. Ni una sola. Por último, echó al váter las colillas, el papel higiénico y el trapo.

Camino de la salida del edificio, se detuvo en el primer piso y sacó el teléfono para leer otra vez el correo de jely@hotmail.com. Pulsó la tecla de responder y empezó a escribir con el dedo índice.

De acuerdo. Nos vemos, como propones, el viernes por la tarde. Llevaré el cuaderno.

Después abrió el navegador Safari en la parte inferior de la pantalla y entró en el buscador jubii.dk, donde creó una cuenta nueva.

Jørgen Emil Lyberth está muerto en el segundo piso del Bloque 17, escalera J. Detrás de la puerta con la inscripción DEJAD FUERA TODA ESPERANZA.

En cuanto envió el mensaje a la policía de Nuuk, canceló la cuenta.

Abajo del todo había un hombre sentado entre anuncios y periódicos viejos tirados por el suelo, apoyado contra una pared. Parecía tener cincuenta y pico años, pero era difícil de calcular pues iba envuelto en varias capas de ropas desgarradas y su rostro estaba oscuro y se veía maltratado por el viento.

—Lárgate a Dinamarca —farfulló el hombre con enfado cuando Matthew pasó por delante de él. Sus ojos siguieron el cigarrillo hasta la boca de Matthew—. *Dam'un pito.*

Matthew titubeó un instante y dio otra calada. El hombre no estaba allí cuando había entrado. Sacó el paquete de Prince y se lo entregó.

—Quédatelo, pero si alguien pregunta no me has visto, ¿vale?

El vagabundo asintió mientras cogía el paquete. Quedaban más de quince cigarrillos.

—¿Has visto a alguien salir por aquí corriendo hace un momento? ¿Una mujer, tal vez? ¿Una mujer sin pelo?

El hombre sentado en el suelo negó con la cabeza mientras sacaba un cigarrillo.

—No he visto *ná.*

Sonó el teléfono en el bolsillo de Matthew. Hizo una seña de despedida al hombre y salió por la puerta.

—¿Diga?

—Soy Tupaarnaq. ¿Puedes venir a comisaría a recogerme?

—Sí... ¿A recogerte? ¿Por qué?

—Estos idiotas han vuelto a traerme aquí. Los muy imbéciles no entienden

nada.

Matthew miró la fachada del Bloque 17.

—¿Por qué te han detenido?

—Ahora no tengo ganas de contártelo, pero puedes pasarte por aquí, ¿verdad que sí? Me soltarán otra vez si viene alguien que prometa vigilarme... No conozco a nadie más.

Ottesen fue la primera persona a la que vio Matthew en la comisaría. Sonrió y sacudió la cabeza.

—Te comprendo perfectamente, Matt Cave, pero vigila un poco a esa chica. Es una loba.

—¿Una loba? —Matthew repitió sus palabras.

—Es de lo más salvaje. Yo en tu lugar tendría cuidado. —Titubeó e inclinó la cabeza—. Mordió a Ulrik cuando la detuvimos la primera vez.

—¿Qué pasó?

—La perseguimos por las rocas... Caray, qué forma de correr... Finalmente se acabaron las rocas, entonces ella se dio la vuelta y se agachó doblando las rodillas..., más o menos como los corredores en los juegos olímpicos, y cuando Ulrik fue a agarrarla saltó sobre él con tanta fuerza que los dos rodaron un buen trecho rocas abajo, y lo mordió. Los oíamos a los dos rugiendo como fieras salvajes.

Matthew se mordió el labio superior.

—¿Qué es lo que ha hecho ahora?

—Le ha golpeado a un hombre en la plaza de detrás del Brugseni. Pretendía que lo detuviéramos porque le había puesto las manos encima a su propia hija, pero no había más testigos, y la hija no ha dicho ni pío, de modo que hemos tenido que traerla a la comisaría para que se calmara. La idea no era retenerla mucho tiempo. —Extendió un brazo y le dio una palmadita en el hombro a Matthew—. ¿El caso va para adelante?

—He estado dando vueltas por ahí en busca de información y lo cierto es que voy tras las huellas de un testigo. Ya veremos.

—¿Un testigo? Tienes que ponerme al día en cuanto puedas.

Matthew asintió.

—Lo que te pregunté sobre unas películas de Super-8 y el caso de 1973... ¿Estás seguro de que nunca habéis tenido aquí esas películas?

—Del todo. —Ottesen se encogió de hombros—. No sé qué pasó hace cuarenta años, pero nunca he oído nada de ninguna película, y estoy completamente seguro de que ahora no las tenemos aquí.

—Vale —dijo Matthew con la mirada perdida.

—¿Te encuentras bien?

Matthew sacudió un poco la cabeza.

—Sí, sí.

—Perfecto. Voy a por la loba —prosiguió Ottesen con una sonrisa, y desapareció por la puerta que daba al corredor donde Matthew y Malik habían estado hablando con él.

Los pasos de la joven podían oírse en el vestíbulo antes de que se abriera la puerta. Pasos airados, golpeando el suelo.

—Toda tuya —dijo Ottesen señalando amigable la doble puerta de cristal.

—Yo no soy de nadie —protestó Tupaarnaq—. ¿Me puedo largar ya?

—Sí —se apresuró a responder Ottesen—. Encantado de que te vayas, pero reflexiona un poco. El camino de vuelta a la cárcel no es nada largo cuando se acaba de salir de ella.

La joven se volvió hacia Ottesen y mantuvo la mirada cuando él la apartó. Empujó entonces a Matthew a un lado y abrió la puerta hasta que chocó con el cancel del exterior del edificio.

Matthew observó a Ottesen con resignación y siguió a la mujer enfurecida, que ya le llevaba varios metros de ventaja.

—¿Adónde piensas ir?

—A charlar con un tío.

—¿De qué?

—Eso no es cosa tuya.

—He visto a Lyberth.

—Idiota. ¿Para qué?

—No puede seguir allí tirado, y todavía no lo han encontrado.

—Ya lo imaginaba, imbécil. De lo contrario no me habrían dejado salir.

—Les he escrito para decirles que está allí.

—Mira que eres idiota. —Se detuvo un momento y le dio un fuerte golpe en la frente con la mano abierta—. ¿Qué habría pasado si se hubieran asomado por allí mientras yo estaba retenida? ¿Eh? ¿Es que no tienes dos dedos de frente?

—Yo no podía saber que le habías zurrado a un tío. Pensaba que había que mantener un perfil bajo.

—¿Y tú te crees que lo es escribirle a la policía para contarle que su hijo de puta favorito, el gran padre de la patria, está en mi piso, asesinado? —Golpeó a Matthew tres veces más en la frente—. Joder, que me acabo de pasar doce años en prisión condenada por matar a un cerdo que no sabía tener cerrada la bragueta. —Se dio la vuelta y prosiguió su agitado paseo hacia los bloques bajos de Radiofjeldet.

A LA MIERDA EL ESTADO, estaba escrito con espray verde al lado de la puerta de entrada. Tupaarnaq corrió escaleras arriba, subiendo los escalones de dos en dos. Se detuvo para mirar un momento los buzones del segundo piso y luego golpeó con fuerza una puerta.

—¿De dónde has sacado el nombre? —jadeó Matthew.

—Lo dijo el otro agente que estaba allí, y no hay demasiados Sakkak Biilman viviendo en los bloques bajos.

Matthew no llegó a decir nada más antes de que se abriera la puerta.

—¿Está Sakkak en casa? —preguntó Tupaarnaq furiosa.

La mujer que se había asomado asintió con la cabeza y miró atemorizada los brazos tatuados de Tupaarnaq, donde las dos calaveras le gritaban enfurecidas.

—Maldita sea —gruñó al tiempo que apartaba a un lado a la mujer.

—Perdón —exclamó Matthew, sujetando a la mujer, que estuvo a punto de caerse.

—¿Qué quiere de nosotros? —balbuceó la mujer.

Matthew sacudió la cabeza.

—Nada especial, espero. ¿Su marido ha estado hoy en la ciudad con su hija?

La mujer asintió.

—Sí, estaba enfadadísimo cuando ha vuelto a casa, porque un grupo de jóvenes borrachos lo habían tirado al barro.

Matthew oyó el ruido de muebles al volcarse dentro de una habitación y se apresuró a soltar a la mujer y a correr hacia la puerta.

Tupaarnaq había tirado al hombre al suelo y se había puesto encima, y él chillaba. Lo tenía agarrado por el cuello con una mano y lo golpeaba con la otra. El rostro del hombre estaba enrojecido por los golpes y la falta de oxígeno. Matthew no entendía lo que gritaba, pero se daba perfecta cuenta del pánico que había en su voz, porque no podía respirar.

—¡Si vuelves a tocar a tu hija —gritaba la joven— vengo y te mato, y no creas que amenazo en vano! Te tendré vigilado. Todos los días. Al menor error, estás muerto, ¿entiendes?

El hombre gritaba, pero no decía nada.

Tupaarnaq llevó una mano a la entrepierna de Sakkak y le agarró los testículos a través de los pantalones. Apretó con tanta fuerza que el hombre gritó como un animal herido de muerte.

Matthew veía la fuerza que ejercían sus dedos. El hombre empezó a llorar. Moqueaba mientras gemía y se retorció.

Tupaarnaq movió la mano con fuerza de un lado al otro un par de veces y después se levantó.

El hombre se retorció en posición fetal, gimoteando. Su cuerpo temblaba y se mecía adelante y atrás.

—Una sola vez más... —siseó Tupaarnaq al tiempo que le asestaba una

fuerte patada en las costillas— y estás muerto, capullo.

Delante del bloque bajo, Matthew se detuvo y miró a su alrededor.

—¿Cómo se llama este sitio?

—¿Las casas?

—Sí.

—¿No es esto Radiofjeldet?

Matthew sacó la nota que le había dado Leiff y se la enseñó.

—De modo que estamos cerca de la casa de esta mujer.

—¿Y...?

—Me ha dado la dirección uno de mi trabajo. Cree que mi padre vivió con esta mujer.

—¿Tu padre?

Matthew se encogió de hombros.

—Desapareció cuando yo tenía cuatro años, y ni mi madre ni yo volvimos a saber nada en absoluto de él. Pero uno del periódico se ofreció a rebuscar un poco y hoy mismo me ha dado esta dirección.

—Pero ¿por qué iba a estar tu padre en Nuuk?

—Era militar en la base de Thule y fue allí donde conoció a mi madre. — Matthew miró, con una sonrisa en los labios, las losetas bajo sus pies—. En realidad, yo soy de Thule.

—¿Cómo? —Tupaarnaq le dio un golpecito en el hombro—. ¿Tú eres *made in Greenland*? Vaya, pero si eres una caja de sorpresas.

Él sonrió con prudencia.

—Estoy pensando en ir a ver a esa señora.

—Claro, tienes que ir. —Tupaarnaq arrugó la frente—. Bueno, si no te va

a causar ningún problema... por dentro.

Matthew asintió distante.

—Dejé de estar enfadado cuando... todo empezó a resultarme indiferente. Igual que él.

—¿Estás intentando encontrarlo?

—Sí... Bueno, no sé si en realidad me apetece recuperarlo después de tantos años.

—No tienes más remedio que ir —dijo Tupaarnaq, subiendo la vista hasta el cielo—. Odio a los hombres. Odio a los padres. Pero eso es cosa mía. —Dejó escapar un suspiro—. Dentro de diez años te odiarás a ti mismo si no llamas a esa puerta. —Le dio un golpecito en el hombro—. Nos vemos más tarde, ¿vale? Está sólo a dos filas de casas de aquí.

Él se quedó mirándole la espalda mientras desaparecía por el corredor de losetas. Las botas negras. Los pantalones militares negros. El jersey oscuro. Al final del sendero señaló un par de veces con el brazo derecho hacia los siguientes bloques mientras giraba a la izquierda sin mirar atrás. Matthew sacudió la cabeza. No hacía nada le había dado su palabra a Ottesen de que vigilaría a Tupaarnaq.

Volvió a pasar por las rocas entre los bloques, y al poco se encontró en la entrada de la casa donde residía Else Kreutzmann.

La puerta se abrió a su segunda llamada sobre la madera marrón.

Una mujer baja y delgada se asomó al exterior. El cabello estaba entreverado de negro y gris, y encima de la nariz llevaba unas gafas con cristales ovalados. Su mirada recorrió a Matthew de arriba abajo antes de detenerse en su rostro.

—¿Sí?

—¿Es usted Else Kreutzmann?

—Sí.

—Un amigo me dio su nombre. —Matthew sacudió la cabeza—. Perdona. Me llamo Matthew Cave, trabajo en *Sermitsiaq* y vivo en Nuuk. Me han

dicho que usted podría conocer a mi padre.

Else se quedó mirándolo.

—¿Se apellida usted Cave?

Él asintió.

—Sí. Matthew Cave. Mi padre se llama Tom Roger Cave, pero no lo he visto desde que tenía cuatro años de edad.

—Pero entre un momento... —dijo la mujer con un suspiro fatigado, volviéndose.

Matthew la siguió por un estrecho pasillo hasta una cocina alargada en la que había una mesita con dos sillas.

—¿Quiere tomar algo? —le preguntó mirando la mesa de la cocina que, aparte de un par de botes de plástico, un cuchillero y un microondas, estaba vacía.

—No, gracias. Bueno, sí. Perdón, no sé si he cometido una estupidez viniendo. Sólo pensaba que a lo mejor podía estar aquí. Tom, quiero decir.

La mujer sacó una caja de un armarito de la pared y la puso sobre la mesa, abrió la tapa y sacó unas pastas.

—No, no está aquí, y hace mucho que no lo veo.

Matthew miró la lisa placa blanca de la mesa.

—Nunca dijo que tuviera un hijo —siguió ella—. Ni una sola vez en los casi diez años que estuve... Tome una pastita.

—Trabajaba en Thule —dijo Matthew—. Era militar. Vivimos allí hasta que cumplí cuatro años y me fui con mi madre a vivir a Dinamarca; la idea era que él se reuniera allí con nosotros.

—Eso suena típico de él. —Miró a Matthew a los ojos—. No es que lo dude. Cuando he abierto la puerta me he dado cuenta al momento.

Matthew sonrió.

—¿Por el ojo?

Ella asintió.

—Sí, no cabe la menor duda de que son parientes.

Matthew apartó la mirada.

—La última vez que lo vi fue en 1990.

—Fue entonces cuando vino a Nuuk —dijo Else—. Yo estuve con él casi diez años, luego desapareció. Lamento mucho que no se pusiera en contacto con ustedes. Yo no tenía ni la menor idea de que tuviera una familia en otro sitio.

—No importa.

—Siempre estaba huyendo, de una forma u otra, así que podría haberlo pensado. Esa invisibilidad suya.

—¿A qué se refiere?

Con un suspiro, cogió otra galletita.

—Se escondía del ejército..., del estadounidense. No sé por qué, pero lo cierto es que se escondía. Siempre trabajaba con un nombre falso y jamás se empadronó en el ayuntamiento de la vieja Nuuk.

—¿En qué trabajaba?

—Bueno, cuando vivía en Nuuk solía trabajar por cuenta propia. Unas veces de carpintero, otras en un pesquero. Pero ganaba bastante, así que todo iba bien. Era fuerte y sabía trabajar. —Se encogió de hombros—. No sé qué hacía en el ejército, pero había algo que lo torturaba, y a veces se quedaba ensimismado, abstraído. —Miró a Matthew—. También podría ser que pensara en usted. No lo sé.

—Pero ¿nunca me mencionó? ¿Ni a mi madre tampoco?

—Nunca, y no creo que mienta si digo que nunca oí ni una sola palabra sobre su vida de antes de conocernos. —Miró el reloj y volvió los ojos hacia Matthew—. Me disculparé, pero tengo una cita dentro de nada. Estaba acabándome de preparar cuando ha llamado usted.

Matthew se levantó rápido de la silla.

—Bueno, yo también tengo que irme. Yo..., era simple curiosidad.

Else lo miró y se pasó la mano por la cara con gesto de cansancio.

—Espere un momento. —Se volvió y sacó una foto sujeta a la nevera con

varios imanes—. Ésta es mi hija, Arnaq —prosiguió, y le dio la foto.

Matthew la cogió y miró a la joven. Parecía más alta que su madre. Y tenía el pelo un poco más claro.

—La tuvimos en 1998. Tom y yo. Él nos abandonó dos años después.

Matthew cerró los ojos. Sintió un escalofrío recorriéndole los brazos y la espalda.

—Arnaq está este año en Dinamarca, cursando la secundaria, pero si quiere le puedo hablar de usted.

Matthew se encogió un poco. Sentía la garganta cerrada, con un grueso nudo.

—Deme su número, si le parece —continuó Else—. Y ya veremos.

Matthew asintió.

Vidas destrozadas

Godthåb, 17 de noviembre de 1973

—¿Estás despierta? —preguntó Jakob, dando unos golpecitos en la puerta del dormitorio. Empujó un poco la puerta para mirar.

Paneeraq metió la cabeza debajo del edredón.

—He hecho huevos fritos —prosiguió Jakob—. Si vas al salón, los tienes listos. También hay yogur y zumo de manzana.

La vio asomarse por una rendija entre el colchón y el edredón.

—Mmm —dijo Jakob con voz clara y fuerte mientras apartaba la cabeza del quicio de la puerta—. Pues no está. Creo que iré a la cocina a coger los cubiertos, y veremos si entretanto no cae del cielo alguna niña.

Desde la cocina la oyó correr por el salón hasta el sofá. El sonido de unos pasos rápidos y de un edredón grande que se arrastraba por el suelo.

—¡Qué cosa más rara! —dijo sorprendido al salir de la cocina—. ¿El edredón ha venido solito hasta aquí?

El edredón dejó escapar unas risitas.

—Miraré —continuó, con tono más pensativo— si ese edredón también come huevos y pan, o si le gusta el zumo. Todavía no le he visto la boca a ningún edredón, y prefiero no buscársela, porque no será fácil dormir pensando que el edredón se nos puede comer por la noche.

Asomó una cabecita. Dos ojos negros rodeados de pelo encrespado.

—¡Un trol! —exclamó Jakob.

Los ojitos crecieron.

Jakob miró contento a la niña.

—Ajá, así que eres tú, Paneeraq. Eso me tranquiliza.

La niña sacó la mano y la abrió para enseñarle el fósil.

—Y también el fósil de erizo de mar. ¿Tenéis hambre?

Ella asintió.

—Pues ponte un poco más cerca de la mesa y come. Acabo de leer, precisamente, que a los erizos de mar fosilizados les encantan los huevos fritos.

La niña arrugó la nariz y miró la piedra con escepticismo, pero luego la dejó en el plato al lado del pan de centeno y el huevo frito.

No se veía nada por las ventanas, que estaban cubiertas por completo por la nieve acumulada contra las paredes de la casa, pero Jakob oía que el viento seguía soplando con furia y azotándolo todo.

—Creo que la puerta está bloqueada —dijo, señalando con la cabeza la entrada—. Tú ya conoces esto, ¿verdad?

Ella asintió y miró las ventanas que había al lado de la puerta de entrada, en la pared delantera.

Jakob se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Si consigo sacar el hielo me asomaré dentro de un momento a la ventana.

Paneeraq asintió de nuevo y cogió el vaso de zumo.

La puerta de entrada se abrió con un sonido hueco y Jakob farfulló unas palabras mientras una larga ráfaga de viento frío penetraba en el salón. Paneeraq miraba fijamente la puerta y la ventana.

—Jakob... —exclamó casi diez minutos después. Frunció las cejas—. ¡¿Jakob?! —gritó entonces.

Una cabeza llena de nieve y con el pelo agitado por el viento asomó por la puerta.

—¿Sí?

Vio que la niña volvía a meterse debajo del edredón y se quitó la nieve de la cara.

—Casi he terminado —continuó—. No habrá problema. Te dejaré comida

y cerraré con llave al marcharme.

Los ojos de Paneeraq recorrieron todo el salón, y Jakob intentó seguir su mirada. Era un salón del todo distinto al de su casa. Los muebles oscuros, las piedras y los libros le resultaban extraños. Jakob recordó las palabras de Lisbeth, que muchas niñas no conocían la amabilidad ni las atenciones que le resultaban familiares a él. Miró el edredón y a la niña. Tal vez prefería quedarse en su casa porque se sentía segura y estaba entretenida, pero él no podía dejarse llevar por esa idea, sabía que era imposible. No había pruebas físicas contra su padre, y la madre seguramente era cariñosa cuando podía escapar de la sombra de éste. Jakob suspiró. Mortensen se pondría hecho un basilisco cuando se enterara. «Ha secuestrado usted a la niña, Pedersen. A un posible testigo de su ridículo caso.»

—¿Quieres más zumo antes de que me vaya?

—Sí —contestó la niña desde debajo del edredón—. ¿La piedra no siente nada de nada?

—No, creo que no —respondió Jakob con una sonrisa mientras ponía dos tazas sobre la mesa—. Tampoco sería nada bueno tener que ir por ahí pidiendo excusas a las rocas cuando las pisamos.

Paneeraq miró la mano cerrada y sonrió de forma casi imperceptible.

—¿Cómo crees que se llama? —Abrió la mano para mirar el trocito de pedernal lleno de pintitas.

Jakob resopló y levantó las cejas.

—Pues no tengo ni idea de cómo podía llamarse hace millones de años, cuando iba rodando por ahí, pero... Bueno, podemos imaginar que se llamaba Paneeraq, como tú.

La niña lo miró.

—¿Crees que se llamaba así? ¿Es una niña?

—Al menos no se llamaba Jakob, sería un nombre ridículo para un erizo de mar.

La niña giró un poco la mano que sostenía el fósil para poder verlo desde

otro ángulo. Su mirada estaba otra vez triste. Había cerrado la mano.

—Volverán otra vez.

—¿Quiénes? —Jakob se mordió los labios.

—Esos hombres. Siempre vuelven.

—No es seguro —se apresuró a responder con toda la tranquilidad de que fue capaz, aunque le resultaba difícil ocultar su propia angustia. Confiaba en que la niña hubiera estado dormida todo el rato—. Sólo estaban enfadados. Eso les pasa a veces a los adultos como ellos.

—Siempre vuelven. —Su voz se había hecho más profunda en el regazo del edredón.

Jakob la miró.

—¿Te refieres exactamente a éstos?

Ella asintió. Despacio. Sin levantar los ojos.

—¿Los conoces?

—Vienen a veces a ver a mi padre —dijo con voz apagada, casi inaudible—. Y la última vez vinieron con un hombre de Dinamarca.

—¿Viejo?

—Como tú... «El ministro, menudo cerdo», lo llamaron después.

Se quedaron en silencio.

Jakob sintió deseos de sentarse junto a Paneeraq y abrazarla, pero aún no se atrevía a tocarle siquiera el pelo.

—No volverán nunca —dijo tajante—. Te lo prometo.

Para Jakob fue una auténtica lucha llegar a la comisaría. La tormenta seguía azotando casas y levantando todo lo que estuviera en el suelo, era como si la nieve cayera sobre la ciudad desde todas partes.

Paneeraq se había quedado sola en casa. Con montones de galletitas, bizcocho y zumo, así como tiras de cómics, lápices y papel por si quería dibujar. Jakob le dijo que podía pasear por la casa todo lo que quisiera, y que lo podía tocar todo. Allí no había nada peligroso ni prohibido. Incluso podía jugar con las piedras. A la niña no le hizo ninguna gracia que se fuera, pero Jakob le prometió que volvería, le dijo que iba a averiguar dónde podía quedarse a vivir. Ella respondió que quería vivir con él, y Jakob no supo qué responder.

Jakob miró a su alrededor, inseguro, al entrar en la comisaría. Su enfrentamiento con Mortensen no era ya ningún secreto y temía que todos supieran que había escondido a la niña.

—¿Entregó a la niña, Pedersen?

Giró la cabeza y vio la papada de Mortensen.

—Necesito hablar con usted de Jørgen Emil Lyberth y Kjeld Abelsen. Es un asunto muy serio.

—Eso lo dirá usted. Estoy bastante ocupado hoy.

—Pero...

—Confío en que no habrá importunado a esos dos señores sin motivo.

Jakob negó con la cabeza.

—No, pero es que ellos...

—Bueno, eso puede esperar. Tengo citas con la Asamblea de

Autogobierno, la Cámara Provincial y el ministro de Groenlandia, así que no me queda tiempo para sus caprichosas ideas. Lo entiende, ¿verdad? —Mortensen entornó los ojos—. Todo este lío tiene que estar solucionado antes de que el ministro tome el avión mañana, así están las cosas. Todo esto es absurdo.

Jakob sacudió la cabeza y respiró todo lo hondo que pudo.

—Lo que va a hacer es llevarse a Karlo, pasar por casa de los padres de la niña y pedirles disculpas. —Mortensen se volvió de espaldas a Jakob y cruzó la puerta de su despacho, pero dio media vuelta para asegurarse de que éste había comprendido bien sus palabras—. Lo digo muy en serio.

—Sí, jefe. —El aire salió despacio entre sus labios—. Eso haremos.

En la sala olía a ropa mojada. Botas, pantalones, chaquetones y hombres, cubiertos de nieve, se apiñaban junto a los radiadores, y la nieve se fundía creando algo parecido al aire húmedo de un sótano.

—Me dejaré puesta la ropa de abrigo —refunfuñó Jakob al ver en ese mismo instante a Karlo, que estaba ya de pie y esperando, perfectamente abrigado.

Los dos hombres desaparecieron por la puerta y se vieron envueltos por la tormenta. Jakob le dio unas palmaditas en la espalda a Karlo.

—Cuanto más te duelan los hombros, menos te acordarás de lo que significa ser policía.

—Basta con el peso de la responsabilidad.

—Ojalá fuera así. No, oye, lo que yo creo en realidad es que nadie quiere perder lo que tiene, y eso nos hace dirigir la mirada hacia arriba en vez de pensar en los que viven sobre la tierra.

—Pero yo no creo que en el mundo todo sea en blanco y negro.

—Quizá, pero nuestro propio jefe, aquí mismo, en nuestra comisaría, prefiere ser amigo de los políticos que de niñas maltratadas, eso es obvio. —La voz de Jakob había empezado a sonar enfadada—. Bueno, más vale que nos marchemos por muy estúpida que sea esta ocurrencia. ¿Por qué tenemos

que arrodillarnos ante un poderoso en vez de perseguirlo hasta lo más profundo del infierno?

—Veremos cómo acaba el caso —respondió Karlo, dirigiendo la mirada hacia el viento polar—. Porque aún hay que aclarar los crímenes.

Jakob se inclinó hacia Karlo.

—Tuve una visita de Jørgen Emil Lyberth y Kjeld Abelsen anoche. Quieren que metamos en la cárcel a Thomas Olesen, del Bloque 16. Que lo acusemos a él de los crímenes para cerrar el caso.

—¿A Thomas Olesen? Pero si él no tiene nada que ver con esto.

—Lo saben, pero quieren cerrar el caso ya. Se hacen acompañar por un matón feroés y me amenazaron de muerte.

—Pero ¿qué dices? Eso es imposible.

—Es justo lo que querría pensar todo el mundo, pero lo hicieron, te lo juro.

—Ya, claro, te creo, pero ¿qué va a pasar ahora?

—Te lo voy a decir. En cuanto volvamos de pedir disculpas al cerdo ese del bloque P, Mortensen nos mandará detener a Olesen como culpable de los crímenes.

—¿Mortensen? ¿Tú crees que...?

—Es pura política —le interrumpió Jakob—. Lo último que desea nadie aquí es que venga una comisión de investigación de Dinamarca mientras la herida por el lío del referéndum de la Comunidad Europea está todavía sin cerrar y la Asamblea de Autogobierno, tan nuevecita, intenta encontrar sus bases políticas y su identidad. —Dejó escapar un profundo suspiro y vio el vapor flotando en el aire gélido, como pequeñas partículas congeladas—. Y estoy pensando sobre todo en los funcionarios daneses que llevan varios años aquí comportándose como pequeños reyezuelos. No quieren ceder su poder ni a Dinamarca ni a la nueva Groenlandia.

—¿Y dos de ellos son Mortensen y Abelsen?

—Seguro, y cuando se llega a ese nivel de la política, unas cuantas niñas

destrozadas para siempre y unos pocos hombres asesinados no son importantes. A menos que atraigan de pronto miradas curiosas que puedan perjudicar la posición de los reyes en la jerarquía. —Jakob le dio una patada a una piedra que se había extraviado por el hielo de los bordes del camino—. En este caso hay algo que puede destruir a Abelsen y a Lyberth, e incluso cargarse al ministro de Groenlandia, y si no me equivoco, el meollo del asunto no tiene nada que ver con la política, sino con un ministro al que le gustan demasiado las niñas groenlandesas.

Karlo se detuvo.

—¿Cómo? ¿Lo dices en serio?

Jakob asintió.

—Sí, pero no tengo pruebas. Yo... —resopló. El viento tiraba con tanta fuerza de sus ropas que apenas podían mantenerse de pie inmóviles—. Creo que es así como encajan las cosas, aunque lo cierto es que no tengo más hipótesis con las que trabajar.

Karlo se pasó la mano por la frente, y la nieve se deslizó por su rostro.

—El ministro se irá mañana si se calma la tormenta.

—Lo sé. —Jakob sacudió la cabeza. La nieve helada se le clavaba en la cara como afiladas leznas—. Por ahora no se puede hacer mucho. Simplemente, no puedo demostrar nada.

—Y tampoco podemos detenerlos a los tres por una corazonada.

—Lo sé.

—¿Y entonces...?

El viento tiró de Jakob con tanta fuerza que tuvo que dar un paso atrás.

—Pasaré lo que te acabo de decir. Nos presionarán para que detengamos a Olesen a fin de endosarle los crímenes; y si no lo hacemos, estaremos acabados.

—¿Y las niñas?

—Las niñas les importan un carajo a todos.

El Bloque P había aparecido ante ellos en medio de la tormenta. Jakob

suspiró con resignación y miró a Karlo de reojo.

—Ya veremos qué pasa.

Karlo llamó a la puerta del piso en el que ya habían estado dos veces.

Jakob había especulado sobre cómo podían abordar la conversación que se avecinaba. No podía disculparse por haberse quedado la niña, porque de ninguna manera iba a devolvérsela a un padre como ése. Eso estaba descartado. Y Karlo ni siquiera sabía que Paneeraq estaba en casa de Jakob. No lo sabía nadie, y los padres, al parecer, no habían dado aviso de la desaparición de la niña, lo que no hacía sino corroborar las palabras de Lisbeth.

—Creo que no están en casa —dijo Karlo, pero volvió a llamar con tanta fuerza que se oyó en toda la escalera.

Jakob cogió el pomo de la puerta y lo giró. La puerta dejó escapar un clic y se abrió. Miró a Karlo levantando las cejas.

—Vamos a echar un vistazo.

—¿Estás seguro? Mortensen...

—No está aquí —lo interrumpió Jakob mientras abría la puerta del todo y daba un paso hacia dentro—. Algo va mal.

Karlo asintió despacio y entró dejando a Jakob a un lado.

—Aquí huele a cacería.

Los dos hombres se miraron y notaron la realidad golpeándolos en el mismo instante.

—¡Joder, maldita sea! —exclamó Jakob. En el suelo, delante de ellos, estaba tirado Anguteeraq. Le habían arrancado las vísceras, que formaban un sangriento círculo alrededor de su cuerpo. La piel había desaparecido, excepto en las manos y los pies. Los rasgos del rostro estaban borrados. Sólo

quedaban fibras musculares y tendones. Los dientes quedaban al descubierto y mostraban una sonrisa histérica.

Jakob se pasó las manos por el pelo y la nuca.

Karlo ya estaba en cuclillas al lado de Anguteeraq.

—Jakob —titubeó—, ahora están muertos los cuatro hombres que señalamos como los peores. Sólo ellos.

Los ojos de Jakob se clavaron en la frente del muerto. Los dos lo habían visto.

—Encima de la frente tiene una pieza de tu puzle —dijo Karlo con la voz enronquecida.

Jakob cerró los ojos y presionó el caballete de la nariz con dos dedos.

—Ha debido de dejarla el feroés... Anoche estuvo enredando con mi puzle cuando vinieron a casa. Fue él quien me amenazó con un cuchillo.

Karlo asintió, pero sin mirarlo.

—¿No creerás que...? —Jakob se quedó inmóvil y dejó caer los hombros.

—No..., no. —Karlo sacudió la cabeza.

—¿Dónde está su mujer?

Jakob oyó su propia voz pronunciar esas palabras, pero el que se movió fue el cuerpo de Karlo. Dejó atrás el cadáver. Dejó atrás la sangre y el hedor a presa destripada. Dio la vuelta al sofá y se detuvo. Levantó la mirada. Clavó los ojos en Jakob, que pasó por encima del cadáver para poder ver él también a la mujer muerta, tirada en el suelo, detrás del sofá. No la habían matado de la misma forma que a los hombres. En absoluto. Tenía una única herida en la cabeza, eso era todo. Alguien la había golpeado con fuerza y la mujer había muerto a causa del impacto. Ni siquiera estaba claro que ésa hubiera sido la intención al golpearla.

—Hay una cosa que no consigo entender... —Karlo irrumpió en los pensamientos de Jakob—. No estás nada preocupado por la niña.

Los dos miraron hacia la puerta del dormitorio de donde, unos días antes, Anguteeraq había sacado a su hija.

Jakob sabía que tenía que responder deprisa y no equivocarse con lo que dijera. Pero sus pensamientos no hacían sino dar vueltas sobre sí mismos, no era capaz de hablar, y se quedó paralizado.

Karlo dio tres zancadas hacia la puerta, la abrió y desapareció en el interior del dormitorio.

—No está aquí —sonó su voz desde allí dentro—. Pero tú ya lo sabías, ¿verdad?

Paneeraq sonreía feliz. La mesita de centro de Jakob estaba cubierta de piedras. No estaban juntas unas con otras, como en una playa de piedras, sino más bien como en el expositor de una tienda. Formaban largas hileras sobre el palisandro rayado y estaban organizadas básicamente por tamaños. Con excepción de una, que era la suya particular: el pequeño erizo de mar fosilizado, que estaba justo en el centro.

Había dedicado varias horas a colocar las piedras para que quedaran perfectas, y al final pensó que lo había conseguido. Fue difícil, porque eran de muchos colores, formas y modelos, y no había dos parecidas.

Pasó una mano sobre las piedras mientras las tocaba con suavidad con la yema del dedo índice recitando una serie infinita de nombres: «Hansiina. Nivi. Aviaaja. Rebekka. Olga. Julianne. Nuka. Najak». La más bonita era Paneeraq, la del centro. También era la más suave, y la habían encontrado en Dinamarca hacía muchísimo tiempo.

En la escuela habían visto fotos y películas de Dinamarca. Había árboles altos con frutas en las ramas, y hacía calor. En verano, los niños podían corretear y jugar en el mar todo el día si querían. Sin congelarse. Le resultaba difícil imaginarlo, pero pensaba que quizá fuera por eso por lo que el pequeño erizo de mar se había vuelto tan liso y tan bonito. Por el calor. Porque las piedras se fundían si se calentaban lo suficiente.

Se había puesto el vestido blanco de grandes lunares de colores y los calcetines amarillos del día anterior. No tenía otra cosa que ponerse, pero Jakob había dicho que le diría a la señora simpática de la comisaría que lo ayudara a encontrar más ropa. También podían recoger algo de casa de su

madre, pero a ella no le apetecía nada volver a su hogar. La casa de Jakob era bonita y tranquila.

Fuera había claridad, y la nieve brillaba muy blanca a través de las ventanas. Jakob no regresaría hasta que oscureciese. Hasta que estuviera completamente oscuro. A las cinco y pico, le había dicho, pero al mismo tiempo le había prometido que intentaría llegar antes.

Un ruido seco la sobresaltó. Se tiró al suelo y se escondió en la alfombra gris de lana, debajo del mundo de piedras adormecidas.

Volvió el ruido. Tres fuertes golpes. Estaban llamando a la puerta. No tenían que llamar a la puerta. No podían llamar a la puerta. «No volverán», le había prometido Jakob.

Sujetó con fuerza el erizo en el puño cerrado. Murmuró algo para sí, que no llamaran a la puerta. Pero llamaban. Llamaron de nuevo. Tres golpes más. Fuertes. Explosiones sobre la madera de la puerta.

«No le abras a nadie», había dicho Jakob. Pero estaban llamando. En ese momento. El tirador se movía arriba y abajo.

Se apretó todo lo que pudo contra los largos pelos de la alfombra. Se escondió en un mundo gris y polvoriento.

En el estante de debajo de la mesa estaba el libro de piedras de Jakob. Ése tan aburrido. Veía el lomo y las palabras escritas en él. Sus ojos se cerraron. Se encogió cuanto pudo. Rezó para convertirse en piedra ella también.

Llamaron otra vez con fuerza, y una voz penetró en el salón por la ventana que había cerca de la mesita. Oyó que la voz la llamaba. Decía su nombre, pero no era la voz de Jakob. Esa voz estaba enfadada. Que abriera, gritaba la voz, si no echarían la puerta abajo. Pero ella no quería abrir. No quería abrirles a esos hombres furiosos. No quería irse del salón de Jakob ni dejar las piedras.

Los ruidos de la puerta cambiaron. Una sola explosión cada vez. Se había llevado las manos, cerradas en un puño, a la boca mientras un ruido ronco y monótono brotaba de sus labios. El cuerpo se movía como acunándose.

La puerta cedió astillándose y golpeó la pared. La cabeza de la niña temblaba. Por dentro gemía «no». ¿Dónde estaba Jakob? ¿Dónde estaba Jakob?

Mojó el vestido. Y la alfombra. Y la cara. El arrullo que brotaba de sus labios apretados sonó más agudo, más aterrorizado.

Las voces zumbaban a su alrededor como perros furiosos. Hablaban sin parar, pero no decían nada. Una mano grande la agarró y le dio la vuelta.

Ella no quería ver.

«Tranquilízate —le dijeron—. Ahora te tenemos nosotros y estás segura. Ya no te puede hacer nada. Ahora eres libre.»

«¿Te ha hecho algo?», dijo otra voz, pero ella no quería verlos ni oírlos. Eran malos. Querían llevársela del sofá de Jakob y de sus piedras.

«Joder, está toda meada.»

Dos grandes manos la agarraron y la levantaron.

«Te vienes con nosotros», dijo la voz detrás de ellos. Aquellas manos eran muy fuertes. Se resistió, pero no tenía suficiente fuerza.

La voz gritó y las manos apretaron más fuerte. Notó cómo la zarandeaban. Dio patadas y golpes. Las manos la apretaron más. Se quedó sin aire. Perdió la piedra. La echaron encima de un hombro y la sujetaron allí.

El hombro era duro. La espalda, ancha. Su mirada siguió al pequeño erizo de mar en el suelo. Saltaba a toda prisa hacia el dormitorio, pero perdió velocidad antes de llegar a un lugar seguro y cayó de lado, con el vientre de piedra medio apuntando hacia el cielo.

Paneeraq se quedó quieta. Sus brazos estaban firmemente sujetos, le resultaba imposible mover las piernas. Llamó a la piedra, que se fue haciendo más y más pequeña a cada paso que daba el cuerpo que la llevaba a cuestas.

La casa desapareció. Todo se volvió frío a su alrededor. El hielo se apoderó de sus brazos, de su rostro y sus piernas. El pis se le congeló en los muslos. Las lágrimas, en las mejillas. Los ojos le ardían.

Se abrió la puerta de un coche. La sentaron en un frío asiento de plástico.

Le pusieron al lado el chaquetón, las botas y la cartera. La puerta se cerró con un golpe. Se inclinó sobre la puerta y apretó la cara contra el helado cristal de la ventanilla con la boca abierta del todo. Los dientes arañaron el cristal. Seguía llorando. Lloraba muy hondo dentro de sí.

En cuanto Lisbeth vio a Benno y a Storm entrar con Paneeraq por la puerta de la comisaría, se levantó de su silla como un rayo y corrió hacia la niña. Se puso en cuclillas delante de ella y vio sus ojos arrasados de lágrimas.

—¿Qué le habéis hecho? —dijo furiosa sin mirar a los dos agentes.

—La hemos ido a buscar, nada más —contestó Benno como si nada, en un intento de salvar la cara ante la furiosa oficinista—. A casa de Jakob. Tenía esta pinta cuando la hemos encontrado.

—Sí —gorjeó Storm—. No nos echéis la culpa a nosotros. La niña estaba en el suelo llorando cuando hemos entrado.

Lisbeth cogió a Paneeraq y la acercó a ella, y notó cómo el delgado cuerpecito de la niña temblaba. Miró a Benno.

—¿Y cómo habéis entrado?

Benno se encogió de hombros.

—Bueno, como no se movía del suelo hemos tenido que abrir la puerta a golpes.

—*Normal procedure* —añadió Storm—. Teníamos que traerla, y ella no se movía del suelo. No podíamos saber qué le había hecho él.

—¿Estáis completamente locos? —Lisbeth susurró para no asustar más a la niña—. ¿Es que no tenéis ni idea del efecto de los traumas en los niños?

Se incorporó despacio y, con mucho cuidado, guio a Paneeraq hacia su mesa y su silla.

—Siéntate aquí un poquito —dijo con dulzura mientras abría un cajón y sacaba una chocolatina—. Te voy a traer un chocolate bien caliente, y luego nos iremos a mi casa. Éste no es un buen sitio para ti.

—Pero nosotros... —Benno carraspeó—. Está bajo nuestra custodia, y hoy mismo la vamos a llevar a un médico.

El cuerpo de Paneeraq dio un respingo. Lisbeth le acarició el hombro y levantó la cabeza con gesto de desprecio.

—No les hagas caso. Ahora voy a por tu bebida y luego nos iremos los dos.

Paneeraq asintió. Sus ojos estaban un poquito más animados.

—Si me entero de que uno de vosotros le dice una sola palabra más a la niña, os mato, canallas.

Benno miró a la pequeña mujer furibunda.

—Oye, tú, sólo hacíamos nuestro trabajo.

—¿Vuestro trabajo? ¿Qué mierda de trabajo es darle un susto de muerte a una niña que ya está destrozada? ¿Eh? ¿Me lo podéis decir? ¿Acaso no tenéis ni la menor idea de lo que ha tenido que vivir esta niña? No anoche, sino a lo largo de muchos años.

Benno miró el suelo de tablas, como si la respuesta estuviera esperando en las rendijas.

—Tú no eres más que una oficinista —gruñó Storm—. Así que deberíamos encargarnos nosotros de nuestro trabajo si tú quieres conservar el tuyo.

—Para ya, joder —gruñó Benno con resignación, y se apresuró a ponerse delante de Storm. Sintió que Lisbeth lo golpeaba en el pecho, haciéndole perder la respiración por un momento, pero no apartó la mirada de los ojos de la mujer enfurecida—. Ya vale —dijo con un breve gesto de la cabeza antes de dar media vuelta, coger a Storm por el brazo y llevárselo al despacho.

Lisbeth oía a Storm maldiciendo en alto mientras Benno le gritaba aún más fuerte: «¡Cierra el pico de una vez!».

En cuanto se cercioró de que los dos hombres no regresaban, se fue a toda prisa al despacho de Mortensen; llamó a la puerta y, sin esperar respuesta, la abrió.

—¡Vaya, señora Lyngel! —exclamó el hombrecito sobresaltado—. Me ha dado un buen susto.

—Discúlpeme usted, señor Mortensen —dijo ella con voz temblorosa. Estaba tan enfadada que las palabras se le quedaban atascadas en la garganta—, pero Benno y Storm acaban de darle un susto de muerte a una niña que ya estaba traumatizada. ¿Por qué los hombres no son capaces de entender ni lo más mínimo de niñas y mujeres destrozadas por otros hombres? ¿Cree usted acaso que cuando la fuerzan a una se le pasa en un día? ¿No sabe que la dañan para siempre y que la dejan llena de miedo y dolor día y noche?

Mortensen aplastó su puro en el cenicero y se pasó la mano por la barbilla sonrosada.

—Entiendo perfectamente lo que dice —farfulló—, pero no podemos permitir que los sentimientos personales afecten a nuestra objetividad como fuerza del orden.

—Estamos hablando de una niña. De una criatura. —Lisbeth agitó los brazos—. En eso no hay objetividad ninguna. La niña necesita cariño, y sus hombres se han metido en sus pesadillas como unos bárbaros.

—Yo estaba pensando más bien en la objetividad entre usted y Pedersen —dijo Mortensen—. Lo cierto es que no podíamos dejar allí a la niña, al margen de todas las normas legales. Y encima en la casa de un agente de policía. Por otro lado, el caso ha dado un giro, y si nos pusiéramos en lo peor, esa niña podría haber estado retenida en la casa del asesino de sus padres. Así que, como puede ver, no teníamos otra opción que sacarla de allí. Debe entenderlo. Le prometo que tendré una charla con Benno y Storm para aclarar si han realizado la misión de forma indebida.

—Gracias —dijo ella controlándose.

El jefe asintió con una sonrisa medio torcida.

—¿Algo más?

Ella sacudió la cabeza.

—Bueno, sí... Me voy a llevar a la niña a dar un paseo. Necesita bañarse,

ponerse ropa limpia y entrar en calor. Si usted se opone, iré directa a la prensa a contar todo lo que sé; y haré exactamente lo mismo si a usted se le ocurre despedirme.

Mortensen tamborileó un par de veces con los dedos sobre un pequeño cuaderno marrón que tenía en la mesa.

—Tiene usted narices —dijo entonces con un gesto de asentimiento—. Y eso me gusta.

Los cigarros de Mortensen desprendían una densa humareda, y Jakob no recordaba haber olido nada tan apestoso entre las paredes de aquel pequeño despacho. En el cenicero había tres cigarros a medio fumar, y otro pendía de los dedos amarillentos del jefe de policía. Alrededor del cenicero había montones de carpetas, papeles sueltos y periódicos, unos vasos pequeños con bolígrafos y una vieja máquina de escribir gris. En medio de la placa de la mesa, verde y llena de ceniza, estaba el cuaderno de notas de Jakob, con los dedos de Mortensen descansando sobre la cubierta.

—Pedersen, Pedersen —suspiró el hombre desde detrás de la niebla de humo amarillento—. ¿Qué demonios voy a pensar de todo esto? —Miró a Jakob de manera inquisitiva.

Jakob se encogió de hombros.

—Sí, me he tomado la libertad de echar un vistazo a su cuaderno, que estaba aquí, en la oficina, porque sabía que valdría la pena. —Se detuvo de nuevo para dejar espacio a posibles objeciones, pero Jakob siguió mudo—. Aquí hay escritos cuatro nombres —dijo con un profundo suspiro—. Bueno, hay más en sus listas, lo reconozco, pero usted ha apuntado los nombres de cuatro hombres indicando que son especialmente malos. Cuatro hombres que ahora están muertos. —Giró un poco la cabeza sin apartar la mirada de Jakob—. En eso estamos de acuerdo, ¿no?

—¿Y qué piensa usted?

—Bueno, que el cuaderno es suyo y que es justo usted quien ha escrito el nombre de estos cuatro hombres.

—Son cuatro hombres que han violado a sus hijas, unas niñas, una y otra

vez; sí, en eso podemos estar de acuerdo.

—Y es usted quien ha escrito la lista, ¿no?

—El cuaderno es mío, sí. —Jakob bajó los ojos y se recolocó la camisa con nerviosismo—. Pero...

—Además, ha afirmado en público que querría matar a Anguteeraq usted mismo —lo interrumpió Mortensen—. Y en secreto, y contra mi voluntad, le arrebató a su hija la noche antes del crimen. Esto también es cierto, ¿no?

—Se llama Paneeraq. —Jakob miró de nuevo a Mortensen—. ¿Qué han hecho ustedes con ella?

Mortensen se pasó los dedos por la ternilla de la nariz.

—El aire de aquí es jodidamente seco.

—¿Dónde está Paneeraq?

—Ahora se halla en buenas manos.

—No si está en la comisaría —dijo Jakob enfadado—. Dentro de nada toda la ciudad estará llena de podredumbre.

—Pedersen... —Mortensen redirigió la atención hacia él—. Créame, está en buenas manos. Por supuesto, no puedo decirle dónde, pues no queremos que eche a correr para allá ahora mismo. Lo cierto es que está usted obcecado con este caso. —Carraspeó y tosió. Tamborileó un par de veces sobre el cuaderno con las yemas de los dedos—. Esto parece obra de un loco, no de un agente de policía. —Levantó la vista—. Pero ¿esto qué es? ¿Poesía y conspiraciones, todo mezclado? Pero ¿qué locura le ha entrado a usted? ¿La oscuridad le ha causado esta chifladura? Tenemos cuatro cadáveres despellejados y usted va por ahí pensando en el sabor del hielo y conspirando contra algunos de los funcionarios más importantes de la ciudad.

—Son mis notas privadas —dijo Jakob—. La única locura es, desde luego, haber predicho quién iba a morir, y como sigo estando seguro de que todo esto tiene que ver con abusos sexuales, pienso que esos cuatro hombres eran las peores bestias de la ciudad. —Agitó los brazos—. No hace falta decir que yo no tengo nada que ver con los asesinatos. ¿Pretende acaso que me busque

coartadas para las noches de los crímenes? Eso sería una auténtica locura. ¿Desde cuándo la poesía y la naturaleza son ilegales y están reservadas a los criminales? Ignoro cómo serán las cosas en Horsens, pero de donde yo vengo sigue estando permitido escribir y pensar.

—Bueno, yo soy del barrio de Stensballe, pero dejemos eso. —Mortensen dio un empujoncito al cuaderno marrón—. ¿Y la pieza de puzle? ¿Qué hay de ella? ¿Es una firma? Usted lo sabe muy bien, ¿no es cierto? Ningún asesino en serie quiere desaparecer con sus crímenes, porque en su interior arde en deseos de que todo el mundo sepa lo que ha hecho. ¿No es así?

—Sí, yo también lo creo, pero eso no nos convierte en criminales ni a usted ni a mí, por lo que yo sé, y en lo tocante a la pieza de puzle, no tengo ni idea de cómo acabó encima del muerto.

—¿Del muerto? ¿De Anguteeraq? Eso es cierto. ¿Y qué fue lo que dijo usted? ¿Que querría matarlo y rajarlo?

—Joder, Mortensen. Acabábamos de llegar allí. La niña apenas podía caminar. Él... Él tenía... Karlo también estaba furioso. Un cerdo como ése no debería salir de rositas después de destruir a su propia hija de ese modo. Usted piensa lo mismo, ¿me equivoco?

—No, claro, Pedersen, pero es un asunto que debemos dejar en manos de la justicia. Nuestra misión es única y exclusivamente proporcionar pruebas, si es que existen.

—También tenemos que impedir delitos —dijo Jakob irritado.

—Sí, es cierto, pero ¿vio usted algún delito mientras estaba allí? ¿Ha habido denuncias, testigos?

—Sé sin lugar a dudas que la había violado, maldita sea. Lo podía ver en los ojos de todos. En la forma de andar de la niña y en su lenguaje corporal frente a su padre. Le dolía todo. Estaban ocultando montones de atrocidades.

—Pero ¿dónde están las denuncias? ¿Dónde están las pruebas? Es posible que existiera algún otro motivo, ¿no?

—¡Pero, joder, nadie se atreve a decir nada! —gritó Jakob—. Y si lo

hacen, ¿quién las ayuda? No tienen más remedio que volver a casa otra vez. Maldita sea, tenemos que proteger a esas niñas.

—¿Y quién protegerá a los hombres ante acusaciones falsas si empezamos a guiarnos tan sólo por lo que creemos?

—¿A los hombres? ¿Que quién protege a los hombres? —Jakob miró al jefe de policía con gesto de desesperación—. Los hombres..., ellos...

—¿Ellos merecen morir? —Mortensen concluyó su frase con una interrogación.

Jakob miró al suelo.

—A la mierda los hombres. Es a las niñas a las que tenemos que proteger.

—Ayúdeme un poco, Pedersen. En su curioso cuaderno usted escribió, precisamente, los nombres de esos cuatro hombres antes de que los mataran. Usted ha hecho en público acusaciones feroces sobre uno de ellos. Se ha llevado a su hija de su casa poco antes de que lo asesinaran. Y, además, en la frente de su cadáver había una pieza de un puzle suyo. —Sorbió el aire con fuerza—. ¿Me sigue usted, Pedersen? Por lo que yo sé, no hemos tenido ninguna sospecha en ningún momento, pero si usted mirase con objetividad las cosas que le he expuesto, ¿cómo llamaría al hombre que está detrás de todo esto?

—Ahora tengo sospechosos —dijo Jakob seco.

—Yo lo llamaría *sospechoso*. —Mortensen siguió su propio camino—. ¿Usted no?

Jakob sacudió la cabeza.

—Anoche tuve una visita en mi casa. Un asalto, lo llamaría yo. Eran Jørgen Emil Lyberth y Kjeld Abelsen. Se metieron en mi casa acompañados de un feroés fuerte y pelirrojo.

Mortensen frunció las cejas y cogió la colilla de un cigarro.

—¿Ya estamos otra vez con ésas? ¿No le he dicho que no quiero volver a oír nada de esto?

—Con todo respeto, señor Mortensen, no tengo más remedio que hablar,

porque todo está relacionado.

—Bien, ¿qué es lo que supone?

—Ya le digo que se metieron en mi casa en plena noche, con el pelirrojo grande. Me amenazaron para que dejara de investigar el asunto de las niñas e intentaron presionarme para que culpara a alguien de los crímenes. Dijeron que tenía que detener a Thomas Olesen, del Bloque 16, hoy mismo. Esto es, después del último crimen, pero en ese momento sólo ellos podían saber que se había cometido.

—Pedersen, ¿por qué iban a amenazarlo esos dos hombres y querer que se condenara a un hombre cualquiera por unos crímenes con los que no tiene nada que ver?

—Porque ellos sí tienen algo que ver con los crímenes. El feroés me rajó la camisa y me puso un cuchillo sobre el esternón mientras Abelsen me decía que yo también podría acabar destripado.

—Pero dígame por qué, Pedersen. ¿Por qué iban a matar ellos a esos hombres? ¿Y por qué iban a amenazarlo a usted, un policía, con quitarle la vida si no cerraba el caso? —Sacudió la cabeza—. No veo la lógica de todo esto.

—No lo sé. —Jakob suspiró, dejando caer los hombros—. Creo que tienen algo que ver con las agresiones sexuales a las niñas. Quizá participen ellos mismos. O sean mediadores, y los padres alquilen sus hijas a políticos o funcionarios daneses de alto nivel. A lo mejor esos cuatro hombres exigieron más dinero por su silencio. Paneeraq dijo que los dos hombres habían estado en su casa con un danés de más edad al que llamaban *ministro*.

—¿Y dijo exactamente lo que sucedió?

Jakob sacudió despacio la cabeza.

—Sólo tiene once años.

Mortensen apoyó las manos en la mesa y tamborileó con los dedos.

—De modo que tengo que acusar de asesinato y violación a dos prominentes ciudadanos y a un ministro danés sólo porque usted lo dice.

Aquí trabajamos con pruebas y, si lo he entendido bien, usted no tiene nada en que apoyar esas acusaciones. Nada. Ni siquiera pienso incomodarlos con una llamada telefónica.

—Tengo otro testigo. —Las palabras de Jakob se atropellaban—. Una mujer que, además de a otros hombres, vio a Lyberth y al feroés en casa de Rossing Lynge la tarde y la noche de la muerte de Ari y la desaparición de Najak. Los vio en la calle y los oyó discutir en el piso de Ari. Creo..., creo que incluso oyó cómo se cometía el crimen.

—¿De modo que vio a esos ciudadanos por una ventana, de noche, entre la oscuridad y la nieve, y oyó algo en el techo? —Mortensen levantó una mano para impedir que Jakob siguiera hablando—. Eso no se sostiene, desde luego no sin pruebas. Jakob, aunque tuviera razón en sus disparatadas teorías, éstas no lo convierten en inocente en estos momentos. Tengo este cuaderno, oyeron sus amenazas y fue usted el responsable de que la niña no estuviera allí. Mire... Está suspendido, por ahora. Le ordeno que me entregue su placa y su llave de la comisaría ahora mismo. Luego intentaré comprobar hasta dónde llega todo esto. Desde arriba me miran como si fuera un imbécil.

Jakob soltó de su llavero una llave y la tiró, junto a la placa, a la mesa al lado de su cuaderno.

—Váyanse todos al infierno.

—Gracias, gracias, cuando llegue el momento, seguro. —Mortensen cogió la placa—. Le ruego que se vaya a casa y permanezca allí hasta que reciba más noticias. Por ahora, eso es todo.

Jakob se detuvo a medio camino hacia la puerta. Estaba hirviendo.

—¡Najak puede estar aún con vida!

—¡Eso esperamos todos! —bramó Mortensen, mirándolo—. ¿Quiere decir algo más?

—Hay unas películas en las que creo que se la ve a ella.

—¿Películas, aquí, en Godthåb?

Jakob asintió.

—Creo que las filmaron en el lugar donde la tienen encerrada... Abelsen o el feroés.

Mortensen sacudió la cabeza y se levantó molesto.

—Joder, vale ya, Pedersen. Traiga sus películas, si existen, y aléjese de todo. Está usted suspendido, y su situación no mejorará si tiene más material probatorio guardado en su casa.

Jakob bajó la vista al suelo.

—Y ahora lárguese —prosiguió Mortensen furioso—, lárguese antes de que mande a unos colegas suyos a su casa para que la registren de arriba abajo.

La nieve se acumulaba en los bordes de los caminos, en algunos sitios alcanzaba el metro de altura, y pocas rocas asomaban por la espesa alfombra resplandeciente. La tierra parecía estar cubierta de fósforo bajo la luz de la luna. El viento se había tranquilizado de pronto, hasta el punto de que el más mínimo movimiento se oía a mucha distancia. Apenas eran las seis, pero el cielo sobre la ciudad ya era negro e infinitamente profundo. Millones de estrellas brillaban sobre la cabeza de Jakob, y aún más cristales bajo sus pies. El frío le mordía el interior de la nariz y la garganta, y tenía la sensación de que debían de estar a quince grados bajo cero. Respiraba hondo por la nariz y el aire helado le congelaba los pelos por un instante.

En las casas del camino las ventanas relucían. En la suya no: estaba tan oscura como el cielo. En el mismo instante en que dejó la placa sobre la mesa de Mortensen se dio cuenta de que sus días en esa casa estaban contados, pero no le importaba. Las dos personas que vivían en ella habían muerto a la vez y todo había quedado como si estuvieran aún vivas. Aquello era un mausoleo, y él sólo lo había tomado en préstamo. Ahora la casa seguiría su destino. Y él el suyo.

Desde varias casas de distancia ya se había dado cuenta de que la puerta estaba abierta, y mientras se acercaba a través de la nieve comprendió que debían de haberla abierto usando mucha fuerza. Estaba desencajada del marco, y la madera aparecía astillada en la zona de la cerradura.

Durante todo el camino hacia su casa había sabido que la encontraría vacía, y después, a medida que su ánimo se iba hundiendo más y más en un pozo, comprendió con claridad que no podría cumplir la promesa que le hizo

a Paneeraq de que regresaría para cuidarla. Se la habían llevado haciendo uso de la fuerza, y Jakob ni siquiera se atrevía a pensar en lo mal que lo habría pasado. Por si fuera poco, no tenía ni idea de dónde estaría ahora la niña, ni de si la volvería a ver algún día.

Jakob empujó la puerta y entró en el vestíbulo, donde recogió del suelo una pequeña bolsa de plástico. Cerró la puerta lo mejor posible y siguió hacia el salón.

La mesita del sofá estaba volcada en el suelo, y sobre la alfombra gris se veían prácticamente todas las piedras que tenía en los estantes, repartidas como una media luna. Se agachó y pasó la mano sobre algunas de ellas. En una zona de la alfombra, los largos pelos estaban aplastados, y en medio había una mancha húmeda.

Puso la nueva película en el proyector y lo encendió. La luz se extendió en una columna, punteada de polvo, a través de la estancia. El cuadrado sobre la pared parpadeaba. La niña seguía en el mismo sitio. Acurrucada en su rincón. Pero en el latigazo de luz se pudo dar cuenta de que nada era igual. El cabello estaba alborotado, más sucio, mugriento. La niña no llevaba leotardos ni vestido ni ropa interior. Sólo el chaquetón en el que se envolvía. Su cuerpo temblaba, se agitaba. La luz se convirtió en oscuridad. Luego volvió. Las piernas desnudas estaban manchadas, sucias. Luz y oscuridad ya no tenían efecto alguno en sus párpados cerrados. Las manos estaban apretadas contra la boca y la nariz. La suciedad de sus mejillas estaba rota por churretones de lágrimas secas.

Jakob había perdido la noción del tiempo, se limitaba a esperar. Junto a la película había otra nota:

Última oportunidad, Jakob. Cierra el caso. Mañana, la niña estará muerta.

Jakob fijó la mirada en la niña en medio de la oscuridad y la luz. Hasta que llegó la sombra. De repente apareció delante, sin que la cámara se moviese. Se trataba de un hombre alto y delgado, con el cabello corto.

Llevaba un chaquetón largo, oscuro. Estaba pálido, aunque sólo se vio su rostro de lado y por un breve instante. Echó una manta por encima de Najak, pero ella no se movió ni abrió los ojos.

La película acabó. La cámara no se había movido. Tampoco hacía falta. El hombre que había aparecido respondía todas las preguntas.

A Jakob le palpitaban las sienes. Los ojos le fallaban. «¡No tiene más que once años!», gritó al aire. Se quedó mirando el proyector y sacudió la cabeza. Miró el reloj de la pared de delante de la cocina. Eran poco más de las ocho. «Maldita sea.»

Se levantó y se puso otra vez la ropa de abrigo. No tenía teléfono en casa, de modo que debía salir si quería conseguir algo. Cogió el proyector de cine y lo metió en la caja de cartón en la que había llegado. Colocó las películas a un lado.

El frío le mordió la cara. El viento soplaba más fuerte y, además de la densa oscuridad, una espesa acumulación de nubes se cernía sobre el cabo. El hielo y la nieve le hacían difícil levantar la mirada. Sentía pinchazos en los ojos y arañazos en las mejillas. La caja que llevaba entre las manos le ocultaba el camino y tropezaba continuamente.

Antes de llegar a la comisaría cayó de rodillas tres veces por dar un mal paso. Aunque llevaba guantes, se le helaban los dedos, y de vez en cuando soltaba una mano de la caja para poder moverla y conseguir que la sangre volviera a ellos. En verano, el camino de su casa a la comisaría no llevaba muchos minutos, pero en una noche de invierno como ésta, negra como la pez, con nieve y viento, necesitó más de un cuarto de hora.

La comisaría estaba tan oscura como la noche, y el largo edificio de madera marrón contrastaba con la nieve blanca que lo rodeaba.

Jakob subió los últimos escalones y dejó la caja mientras recuperaba fuerzas unos instantes. Luego cogió el tirador de la puerta, que no cedió ni un milímetro. Había confiado en que quedaría alguien. Bastaba con una persona,

aunque fuera Mortensen. Empujó la puerta un par de veces y golpeó con energía el marco de madera alrededor de los cristales.

Hubo unos minutos de silencio. Oía su propia respiración. Cogió entonces la caja y bajó la escalera. Se subió encima del montón de nieve y miró las primeras ventanas. Todo estaba vacío y oscuro.

Los lados de las botas estaban llenos de nieve por debajo de las perneras de los pantalones; los guantes, cubiertos de trozos de hielo. Pasó por delante de la casa de Mortensen, que estaba allí al lado, pero se hallaba a oscuras, como la comisaría. Se puso en marcha hacia su casa. Habría que esperar al día siguiente. De todos modos, no podrían ponerse a buscar el contenedor hasta que hubiera luz.

De vuelta en su casa, se quitó la gélida ropa de abrigo y metió la caja de cartón en el aparador. Luego fue a la cocina y se llenó un vaso con whisky hasta el borde. Después abrió el segundo cajón y sacó un gran cuchillo de cocina. Era un recuerdo más de la época de los Hempler. Era pesado y se agarraba bien, y la hoja era casi tan larga como su antebrazo. Cogió el vaso con la mano izquierda y bebió un sorbo de whisky. Hizo una mueca y bebió otro antes de volver al salón, a su sillón, donde se hundió en los mullidos cojines y dejó el cuchillo en uno de los reposabrazos. El frío se colaba por la puerta rota.

Jakob despertó al caérsele el vaso vacío al suelo. Tosió una sola vez con fuerza y aspiró el aire por la nariz tan hondo como pudo al tiempo que sentía cómo el aire frío le limpiaba de sueño la mente.

El sillón crujió levemente. Jakob enderezó la espalda y estiró las piernas sobre el suelo hasta que le empezaron a temblar.

Poco a poco movió la mano para coger el cuchillo que había dejado en el reposabrazos, pero sus dedos sólo tocaron madera. Buscó por el sofá y siguió hasta el suelo. Estaba vacío.

Algo se movió en la oscuridad, y se puso rígido.

—¿No encuentras tu cuchillo, danés?

Jakob reconoció al instante el acento feroés y notó el profundo odio que destilaban todas las sílabas.

—Sí, he pensado que sería mejor que no lo tuvieras tú. Los daneses no estamos acostumbrados a cuchillos tan grandes como éste.

Jakob se incorporó en el sillón y pasó los ojos por la estancia.

—¿Qué pasa? —preguntó el feroés—. ¿No me ves? Pues te voy a ayudar.

Jakob dio un respingo cuando se encendió la luz. Los músculos de sus brazos y sus piernas se pusieron en tensión.

—¡Ya! ¿Mejor ahora?

Jakob entornó los ojos.

—Estás muy callado, danés.

La voz llegaba desde su espalda. Jakob se volvió en el sillón y vio al pelirrojo al lado de la puerta del dormitorio. Estaba apoyado en el marco y tenía los brazos cruzados delante del pecho, cubierto por un grueso jersey de

punto con dibujos blancos y marrones. En una mano sostenía el cuchillo de cocina de los Hempler con la hoja hacia delante.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jakob con energía mientras se levantaba despacio de la butaca.

El feroés dejó caer los brazos a los costados mientras hacía girar el cuchillo en la mano, para que la hoja apuntara hacia abajo. El pulgar pasó un instante adelante y atrás por la parte superior del mango.

El cabello anaranjado del feroés brillaba igual que su barba. Tenía el rostro pálido y pecoso. Los hombros, anchos. Los brazos parecían firmes como los tablones de un barco. Jakob no tenía la menor duda de que era mucho más fuerte que él.

—Vaya, ¿que qué hago aquí? —El feroés dio unos pasos tranquilos pero medidos hacia delante. Sus ojos estaban fijos todo el rato en los de Jakob.

—Supongo que serán tus amigos los que te han mandado venir.

—¿Mis amigos? —El pelirrojo lo miró con burla—. Yo no tengo amigos en esta isla.

—En eso tienes razón —dijo Jakob—. Estás tan acabado como yo, y lo sabes muy bien.

El feroés soltó dos breves risitas, que sonaron a gruñidos.

—En este pueblucho de hormigón no hay nada que me asuste. —Asintió con la cabeza—. Ni un jurista danés al que apenas acaba de salirle pelo en la entrepierna, ni un groenlandés que nunca lo tendrá.

Jakob suspiró.

—Cuéntame dónde está escondida Najak, y haré que las cosas cambien.

—No entiendes nada, danés. Más te vale callar la boca y cerrar el caso. La niña está muerta. Pero hay tres más, ¿no es así? —Miró el salón—. ¿Dónde guardas las películas? Las encontraré de todos modos, así que, si me lo dices, te ganarás una muerte rápida.

—No querrás tener sangre de una niña en las manos —dijo Jakob enérgico.

—Toda la sangre sabe igual, danesito.

Jakob recorrió el salón con la mirada. Era imposible escapar.

Dio un paso atrás, hacia el sofá volcado. Y otro más mientras mantenía la vista sobre el feroés, sin mirarlo directamente a los ojos. Cuando uno de sus pies tocó el borde de la alfombra gris, se dio la vuelta con rapidez y cogió del suelo dos piedras grandes, y en un instante volvió a estar de pie contemplando otra vez a aquel hombre. Las dos piedras, grandes como puños, le pesaban en las manos. Sus dedos apretaron con fuerza las ásperas superficies.

—Joder —exclamó el feroés—. ¿Ahora quieres jugar con piedras? — Señaló la herida de la frente de Jakob—. Pensaba que ya lo habías dejado.

Los brazos de Jakob estaban un poco curvados, listos para golpear.

—Vete a casa con tus amos y cuéntales que yo no soy uno de sus perros.

El feroés bramó furioso.

—¡Yo no tengo amos, danés, ¿es que no lo entiendes?!

—¡Pues lárgate con tus señores! —exclamó Jakob, golpeando una piedra con otra delante del cuerpo—. No eres nada más que un miserable lacayo.

Los ojos del pelirrojo ardían de furia.

—¡Soy feroés! —gritó, al tiempo que daba dos zancadas hacia Jakob con el cuchillo levantado—. Yo soy mi propio señor.

Jakob interpretó su movimiento como un ataque y se arrojó contra el cuerpo del pelirrojo. Alzó el brazo derecho, pero el feroés se detuvo y la mano de Jakob, con la pesada piedra, arrastró con ella su torso, y él quedó indefenso delante del violento isleño. Sólo pudo girar un poco la cabeza antes de que éste le golpeará con fuerza en la sien.

A Jakob le martilleaba la cabeza con tanta fuerza que le era difícil abrir los ojos. La luz de la lámpara del techo penetraba en su interior como el corte de una afilada cuchilla y, junto a los dolores y el sabor metálico que le invadía la garganta hasta hacerse insoportable, le provocaba dolorosas náuseas. Notaba el aire entrar y salir por sus labios a borbotones. Intentó tragar la saliva que se acumulaba en una espesa masa muy abajo, en la garganta. Volvió a dejar caer el cuerpo. Apretó los labios hasta que quedaron descoloridos.

Abrió los ojos. Dos finas rendijas. Pupilas que rastreaban el suelo y reconocían las tablas, la alfombra gris, los muebles. Su rostro estaba aplastado contra el pavimento. Se confundía con el suelo. Sentía el cuerpo pesado, como si estuviera firmemente atado al lugar donde se encontraba.

Todo daba vueltas. Tuvo que hacer un gran esfuerzo y retener la respiración para no vomitar.

Vio una mano cerca del rostro. Estaba viva, parecía viva. Reaccionaba cuando pensaba. Movía los dedos. No mucho, pero los movía. Le costaba cerrar los ojos. Los entrecerró. Volvió a mirar. Fue ajustando el foco, poco a poco, igual que su respiración. Al lado de la mano había sangre. Detrás estaba el *ulu* con la hoja manchada de sangre reseca y de sangre fresca.

Los pensamientos estaban vivos.

Podía ver y sentir.

Podía respirar.

Volvió a abrir los ojos. Miró el suelo. Más allá de la mano, el *ulu* y la sangre. Y el cuerpo. El cuerpo, que estaba tan lejos de su rostro que no podía ser el suyo. El foco lo engañaba. La mirada hacía un torpe *zoom* adelante y

atrás para enfocar bien. La sangre. El cuerpo pálido. El pelo rojo. La barba. Los grumos sobre la blanca piel del cuerpo.

Intentó comprobar si estaba malherido. Se sintió entero. Inmovilizado, pero entero.

Algo externo penetró en sus pensamientos. Un sonido de pasos. Unos zapatos que se movían por el suelo, cerca de él.

Su mirada buscó por las tablas del suelo hasta que tropezó con dos zapatos y las piernas que los movían. Más arriba. Dos manos que se secaban en uno de sus trapos. El rostro. Los ojos negros.

Vida petrificada

Nuuk, 13 de agosto de 2014

Matthew pensó por un momento en ir a su casa para cambiarse de ropa, pero desechó la idea. En vez de eso fue directamente de Radiofjeldet al Bloque 2.

Mientras caminaba le escribió sobre Else y Arnaq a Tupaarnaq, que respondió enseguida que más valía una hermana que un padre, ya que los padres son siempre unos perfectos idiotas.

Pocos minutos después, Matthew estaba en la dirección que le había dado Ivalo.

El alargado edificio estaba casi tan deteriorado como el Bloque 17, pero lo habían construido de otra forma, pues cada portal daba a un pasillo exterior común que recorría todo el bloque.

Al entrar desde la explanada, vio que habían pintado una placa redonda, en rojo y blanco, con una raya roja cruzada sobre una silueta masculina negra orinando. La finalidad era clara, pero de todos modos el lugar apestaba a urinario.

La puerta principal era azul, con la plancha exterior manchada y agrietada. Pero lo que se podía ver del apartamento a través de las ventanas tenía buen aspecto. Había cortinas floreadas y la cocina parecía limpia y ordenada.

La puerta se abrió tras el segundo toque, y una mujer bajita de unos cincuenta años se asomó por el resquicio.

—No queremos publicidad —anunció con evidente cansancio cuando vio el rostro de Matthew.

—¿Qué publicidad? —repitió él extrañado.

—Ah, ¿no trae usted publicidad?

—No. —Matthew arrugó la frente—. Soy periodista y hay un par de cosas que querría preguntarle.

—Ah, vaya. Pensaba que era uno de esos padres que van por los bloques con los anuncios escolares de sus hijos porque piensan que es peligroso que lo hagan los niños.

—Mi hija está muerta. —Matthew sintió que el corazón se le hundía de tal forma que estuvo a punto de caer de rodillas. No tenía ni idea de por qué lo había dicho, y habría querido retirarlo—. Perdona, he dicho una tontería. Me llamo Matthew y estoy buscando a Paneeraq Poulsen. ¿La conoce?

—Sí —dijo ella titubeante—. Soy yo.

—Trabajo en el *Sermitsiaq* y estoy investigando un antiguo caso de cuatro crímenes cometidos en Nuuk en 1973.

Paneeraq se quedó en silencio, pero lo miró a los ojos.

Los dedos de la mano derecha de Matthew se situaron sobre el dedo anular y lo acariciaron suavemente arriba y abajo.

—Por lo que sé, fue un caso en el que las víctimas eran incluso más siniestras que sus asesinos, aunque fueron unos crímenes muy violentos —dijo buscando las palabras—. Me dio su dirección una señora del ayuntamiento, y por eso estoy aquí. No es fácil llegar al fondo del asunto. Todos se cierran como ostras.

Le temblaron las manos ante el silencio de la mujer, que asintió despacio con la cabeza y se mordió los labios.

—Espere un momento —dijo, y cerró la puerta.

A unos pocos apartamentos de distancia, tres jóvenes groenlandeses salieron al corredor exterior. Todos estaban fumando, y Matthew sintió deseos de encenderse un cigarrillo. Se acercó al borde del corredor, se inclinó hacia el exterior y miró hacia abajo. Sólo había tres coches en el patio entre los bloques 1 y 2, y uno de ellos estaba destrozado. A la izquierda se veía un extremo de la Casa de Cultura.

La puerta se abrió de nuevo, y Matthew se volvió con rapidez.

—Entre —dijo Paneeraq al tiempo que abría la puerta del todo—. Me lo he guardado todo y no se lo he dicho a nadie desde entonces, pero ahora tengo cincuenta y tres años y no hay nada que me ate a la vida, aparte de mi abuelo materno. Si he de morir, por qué no hacerlo con el alma limpia, y mi abuelo ronda los noventa, así que él tampoco necesita agarrarse a nada.

Matthew no sabía qué decir, de modo que se inclinó para desatarse las pesadas botas azules.

—Lo hemos hablado antes de dejarle entrar. Con que haya una persona del gobierno autonómico que sepa algo, se acabó.

—No he hablado con nadie del gobierno autonómico —se apresuró a decir Matthew—. Sólo con una mujer mayor, una conocida mía que trabaja en el ayuntamiento. Está muy preocupada por... —vaciló—, por el maltrato de las mujeres en buena parte de las aldeas.

Paneeraq asintió con una sonrisa vacía, y con una mano le indicó que entrara en el salón.

—Como quiera. —Señaló una silla junto a la mesa del comedor—. Podemos sentarnos aquí.

El salón estaba dividido en tres ambientes: uno con la mesa del comedor; otro con el sofá y el televisor, y uno más con una amplia butaca donde estaba sentado un anciano sin hacer nada. Estaba encogido y escondido dentro de una sudadera con capucha parecida a las que, como Matthew había podido comprobar, usaban muchos varones groenlandeses que se paseaban entre los puestos del mercado. Junto al sillón había un tambor plano, redondo, de los que se utilizaban para la danza chamánica.

—Es mi abuelo materno —dijo Paneeraq mientras ponía dos tazas de café humeante sobre la mesa—. Hace mucho que no dice nada.

Cogió una silla y se sentó delante de Matthew. Su rostro era un poco redondeado, con ojos pequeños y cejas poco pobladas. Llevaba el cabello corto y peinado hacia la izquierda. Por él asomaban algunas canas.

—¿Qué es lo que quiere saber? —preguntó sin mirarlo.

—Estoy trabajando en un caso de los años setenta —dijo con cierta expectación—. Los cuatro crímenes que le he mencionado. Tal como lo veo, todos los crímenes estaban relacionados con maltratos sexuales dentro de la familia. Naturalmente, no fueron las niñas las que mataron a sus padres, pero alguien cercano a ellas lo hizo para protegerlas.

—¿Y usted cree que yo soy una de esas niñas?

Matthew pasó los dedos por la taza caliente.

—Sí, eso es lo que creo. Pero no pasa nada si usted no quiere hablar de ello.

El anciano del sillón había dejado caer una mano arrugada sobre el tambor y tabaleaba con los dedos sobre la piel tensa. No muy fuerte, pero sí lo suficiente para llamar la atención de Matthew.

—Prefiero contárselo. —La voz de Paneeraq interrumpió el tamborileo, que de inmediato calló otra vez. Se levantó y se acercó a una cómoda pequeña, de color marrón oscuro, donde encendió dos lamparitas anchas con motivos cristianos. En una de ellas había una imagen de Jesucristo, y en la otra, una de la Virgen María, ambas de estilo icónico.

Matthew se fijó en un pequeño erizo de mar fosilizado que se encontraba entre las dos lamparitas.

—¿Se pueden encontrar aquí fósiles como ése? —preguntó con una sonrisa.

—No, éste me lo dio hace mucho tiempo un buen amigo. —Se sentó de nuevo a la mesa y bebió un sorbo de café—. ¿Qué quiere saber?

—Cuando empecé a investigar el caso, creía que se trataba sólo de unos asesinatos, pero las cosas han cambiado.

—¿En qué sentido?

—Se han convertido en abusos sexuales.

Paneeraq dejó escapar un profundo suspiro y bajó la vista hacia la mesa.

—De verdad, no hay ningún problema si no quiere hablar de ello —dijo Matthew.

La mujer se encogió de hombros.

—Ya que está usted aquí... —Su mirada se paseó por las dos lamparitas—. Todas las niñas que han sufrido abusos se convierten en personas solitarias y abandonadas durante toda su vida. Nunca llega a desaparecer el dolor de haber sido traicionada de una forma tan profunda por quienes deberían haberla protegido. Ese dolor está vivo todos los días, y sigue haciendo tanto daño como cuando, a los nueve o diez años, te dormías llorando todas las noches.

—¿Puedo escribir eso en el móvil? —preguntó Matthew, sacando el teléfono.

—Escriba, pero si publica un artículo utilizando mi nombre, me gustaría verlo.

—Aún no lo he pensado. ¿Prefiere que no lo use?

—Haga lo que le parezca mejor —contestó contemplando fijamente el móvil de Matthew—. De mí no abusaron nunca en mi casa, pero hubo otras muchas cosas.

Matthew levantó la mirada. No podía olvidar las palabras que Jakob había escrito en su cuaderno sobre Paneeraq, afirmando que la niña mostraba un miedo cerval a su padre, pero no quería decir nada del cuaderno ni de Jakob.

—Pues yo pensaba que los crímenes eran una especie de venganza basada en abusos sexuales a...

—¿A las otras niñas y a mí?

Él asintió despacio.

—Quizá eran eso, aunque había bastante más. No sé cómo les iba en sus casas a las otras tres, pero sé lo que tuvimos que pasar las cuatro y que no terminó al regresar a Nuuk, menos de un año antes del asesinato de mis padres.

—¿No vivían en Nuuk con sus padres? —Matthew se dio cuenta de que las sospechas de Jakob respecto a las niñas y sus padres se esfumaban entre sus manos.

—Es evidente que no ha averiguado usted mucho, pero en realidad no importa. Estamos olvidadas. Todo está olvidado.

—No del todo —repuso Matthew—. Yo estoy escribiendo sobre ello ahora.

—Pero no motivado por las cuatro niñas, ¿verdad?, sino por los asesinatos de los cuatro hombres. Todo lo que tenía que ver con nosotras está olvidado, de modo que usted no ha venido a buscar pruebas de lo que nos pasó.

—Quizá lleguen las pruebas una vez que se abra la caja. Usted es testigo, además, y puede contarlo.

Paneeraq bebió un sorbo de café y se removió un poco en el asiento.

—Éramos cuatro niñas de la misma edad. Najak, Julianne, Nuka y yo. Las cuatro teníamos en torno a nueve años cuando llegamos a Ammassalik. Debió de ser a principios de los setenta. Allí había un sanatorio pediátrico donde debíamos someternos a un tratamiento para la tuberculosis. —Sacudió la cabeza—. A fin de cuentas, no era más que un asilo infantil, pero creo que lo utilizaban para experimentar con nosotras, para probar ciertos preparados médicos, y la tuberculosis venía muy bien porque nadie daba un céntimo por unas niñas con tos crónica.

—¿Así que pasaron esos años en el asilo? No tenía ni idea.

—Sí, estuvimos nuestros buenos años allí. Los días se confundían unos con otros. Creo que habíamos abandonado toda esperanza de volver a casa, pero de repente fue eso lo que sucedió, y nos llevaron a las cuatro a Nuuk el mismo día. Nos dijeron que estábamos curadas, pero que debíamos continuar el tratamiento para mantener la salud. Hacía más de un año que no tosía, de modo que no acababa de entenderlo, pero en aquella época las cosas eran diferentes. Aparte de la liberación que nos supuso alejarnos de aquel lugar. Al menos eso fue lo que creímos.

—Vale. —Matthew ya no sabía qué decir—. ¿De modo que no hubo abusos sexuales antes de los asesinatos?

—Yo no he dicho eso.

El silencio se extendió sobre ellos.

—A mí no me violaban en casa, pero sí en el asilo. —Sus ojos se perdieron. El rostro se le contorsionó por un dolor remoto—. Era un sitio espantoso. Había abusos sexuales. Humillaciones. Experimentos médicos. Nos dieron pastillas y nos pusieron inyecciones desde la primera semana. Hoy creo que debían de ser anfetaminas. Pero también otras muchas cosas, aunque ni entonces ni ahora sé qué eran. Nunca nos informaban de nada, aparte de que todo formaba parte de nuestro tratamiento. Algo me producía tales dolores en la espalda y las piernas que casi no podía ni caminar. Además, dormíamos mucho más de lo debido. Algunos días nos daban unas pastillas que nos hacían recobrar energías, pero no aliviaban los dolores.

Matthew carraspeó.

—O sea, ¿que los abusos eran parte de la vida en el asilo?

—Para mí y para las otras tres lo eran. Había un médico mayor. Danés. Llevaba allí muchos años y corrían rumores de que una vez dejó embarazada a una niña. Hoy creo que fue por eso por lo que nos devolvieron a casa a los diez u once años y no sólo porque hubiéramos empezado a comprender cómo se relacionaban todas aquellas cosas; qué va, es que también nosotras podíamos quedarnos embarazadas.

—Menudo cerdo. ¿Cómo es que no hubo nadie que lo parara?

—¿Parar a un médico danés en Tasiilaq en los años sesenta y setenta? Un hombre como él podía librarse de todo en Tasiilaq. Lo mismo sucede hoy día.

—¿En Tasiilaq? ¿No ha dicho Ammassalik?

—Se llama Tasiilaq y también Ammassalik. Quizá uno de los lugares más bellos del mundo, pero sólo para un varón... o una piedra.

Matthew se pasó dos dedos por la ternilla de la nariz.

—Después de regresar a Nuuk, ¿volvieron a ver a ese médico? ¿O a otros, quizá funcionarios, que quisieran obligarlas a guardar silencio?

Ella asintió con una débil sonrisa tras sus negros y tristes ojos.

—Veo que no está muy informado. Nosotras seguimos con parte del

tratamiento cuando volvimos a Nuuk, y una vez por semana teníamos que ir al hospital, donde nos ponían una inyección intramuscular. No sé para qué servía, pero después yo me pasaba varias horas como muerta. Recuerdo haber despertado dos veces con el médico entre mis muslos mientras estaba tumbada en una cama, inconsciente.

—¿El de Tasiilaq?

—Sí.

—¿De modo que también estaba en Nuuk?

Paneeraq asintió.

—Sí, también estaba allí. Aunque no sé cómo encaja todo. Pero justo entonces, creo, llegó el invierno y no podía viajar, pues no había demasiados vuelos de helicóptero.

—¿También violaba a las otras niñas después de que volvieran a Nuuk?

—Sí que lo hacía, sí, y ahí fue donde se enredaron las cosas. Nukannguaq, la madre de Najak, fue a recogerla al hospital después de una visita, y al entrar en la habitación se encontró al médico tumbado encima de su hija desnuda. Najak estaba despierta y se puso a llorar y a chillar al ver a su madre. No sé si a alguna de las tres la violaba también su propio padre. Pero con el médico pasaba algo más, y de pronto todo se complicó terriblemente. Empezaron a venir hombres del ayuntamiento, algunos llegados incluso de Dinamarca, pero no para investigar el asunto, sino para obligarnos a callar. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que las medicinas que nos daban no eran lo que habrían tenido que ser, que estaban experimentando con nosotras, y no debía salir a la luz ni una palabra al respecto. Ése era el motivo central del silencio. No la violación de cuatro niñas.

Matthew había dejado el teléfono.

—¿Sabe usted qué fue de las otras niñas?

—Najak desapareció. Supongo que estará escondida en algún sitio bajo tierra, aquí mismo, en Nuuk. Julianne y Nuka enfermaron y murieron, y no me cabe ninguna duda de que fue por culpa de los años de tratamiento al que

nos sometieron. Yo soy la única que queda, aunque es muy probable que haya otros cientos de niñas que estuvieron en el asilo en esa época.

—¿Cree usted que a Najak la mató gente del gobierno?

Sus ojos se hundieron en una profundidad aún más oscura.

—Sí, pero no con sus propias manos. Imagino que le darían una sobredosis o cualquier otra cosa que su cuerpo fue incapaz de resistir.

—¿Y a los padres?

—No lo sé —dijo la mujer bajando la mirada hacia la mesa mientras se encogía de hombros resignada.

—Tiene que perdonarme que pregunte tanto. Es que fueron unos crímenes increíblemente brutales, y parece que las cosas no encajan como yo había imaginado.

—No pasa nada, de verdad. —Volvió a levantar la vista—. Casi con total seguridad existían buenos motivos para detener la investigación en esa época.

—¿Porque los hombres que las visitaban a ustedes, y que estaban involucrados en el asunto, eran Jørgen Emil Lyberth y Kjeld Abelsen?

—No sé de dónde habrá sacado eso, pero es cierto en lo fundamental. Sí que estuvieron en nuestra casa un par de veces, y discutieron con mi padre a grito pelado, pero no tengo ni idea de si fueron ellos quienes mataron a mis padres. Casi todo tenía que ver con el médico y los años de experimentos médicos, que fueron muchos.

Matthew tamborileó un par de veces sobre la mesa con los dedos.

—Si exigían silencio, no parece lógico que sólo mataran a los padres de las cuatro; además, ¿por qué iban a hacerlo de una forma tan violenta?

—Quizá fueran así de violentos para confundir a todos y desviar el foco de atención de lo que había detrás.

Matthew cogió entre las manos la taza de café, que se estaba enfriando. Todavía no había mencionado a Jakob, y ella tampoco, de modo que no quería preguntarle por ninguna de las cosas que no paraban de dar vueltas por su mente. Jakob estaba muerto, desaparecido, borrado de todos los archivos.

Si alguien le preguntaba algo concreto sobre el cuaderno, no tendría más remedio que confesar que lo tenía, y prefería no hacerlo todavía. No quería arriesgarse a que la mujer se enfadara por no haberle explicado todo lo que en realidad sabía nada más entrar en la casa. Aunque tampoco era ya capaz de entender nada. Las historias de Paneeraq y Jakob no coincidían. El móvil de los crímenes, tal como lo veía Jakob, quedaba descartado, pero el policía seguramente no lo había sabido al escribir sus notas.

Matthew miró a Paneeraq con el rabillo del ojo.

—¿Se ha enterado de que encontraron a un hombre en el glaciar?

Ella sacudió la cabeza, sin que pareciera que la afectara.

—Esta mañana he sabido que a lo mejor se trata de una quinta víctima del caso de 1973. —Titubeó y buscó en vano una reacción en los ojos de la mujer—. Ustedes eran sólo cuatro niñas, ¿verdad?

—Sí, éramos cuatro.

Matthew sacudió la cabeza.

—Pues es extraño. Al que encontraron en el glaciar lo mataron de la misma forma, pero lo escondieron; y si lo asesinaron el mismo año, sería lógico pensar que existe alguna relación.

—No lo sé.

En sus ojos no se podía leer nada. Ni miedo ni preocupación ni pena. Ni siquiera alivio. La mirada de Matthew se deslizó hacia la cómoda marrón, donde las lamparitas iluminaban el pequeño fósil.

—¿Sabe usted dónde vivían los Hempler? Murieron en los sesenta, en un accidente de aviación en Kolinihavn, pero, por lo que sé, tenían una casa en Nuuk, y me preguntaba si sigue en pie todavía.

Paneeraq titubeó, pero enseguida asintió.

—Sí, precisamente fui a esa casa cuando era niña, pero ahora prefiero no hablar de ello. Quizá otro día. —Sonrió con expresión ausente—. Fue allí donde me regalaron el erizo de mar.

—¿Sabe usted si la casa todavía existe?

—Sí, existe. Está a la derecha de Kolonihavn.

El teléfono de Matthew la interrumpió. «Leiff, periódico», ponía en la pantalla.

—Cójalo, no se preocupe —dijo ella—. No hay problema.

Matthew apretó el botón de responder.

—Hola, Leiff.

—Hola. Te tienes que encontrar con Malik delante del apartamento de Tupaarnaq. Han hallado allí a Lyberth. Muerto. Más que muerto, por lo que he podido entender.

—¿Qué quieres decir con que está muerto? ¿Estás seguro de que es él?

—Totalmente seguro. Date prisa.

—Vale, estoy allí dentro de diez o quince minutos como mucho. —Eché un vistazo rápido al reloj del móvil—. Ocho minutos.

—Bien, pero primero tienes que saber algo.

—Vale.

—No acababa de estar tranquilo, así que he estado mirando lo del hermano pequeño del caso de los crímenes de Tasiilaq. Ya sabes, los de Tupaarnaq.

—Te sigo.

—Ulrik llegó a Nuuk sólo tres días después de los crímenes de Tasiilaq, y tiene la misma edad que el hermano superviviente del caso ese, incluso nació el mismo día, y nadie conoce a su familia... ¿Me sigues?

—¿Quieres decir que es...?

—Sí. Estoy trabajando en su partida de nacimiento y bautismo, pero no es tan fácil. A lo mejor Lyberth tuvo algo que ver con ello, pues en esa época ejercía de pastor de la iglesia de allí. Pero bueno, estoy bastante seguro de que Ulrik es el hermano pequeño de Tupaarnaq. Cómo acabó viviendo en casa de Lyberth es algo que aún no he conseguido explicarme, pero creo que podemos dar por hecho que sabe quién es ella porque en una comisaría tan pequeña como la de Nuuk todos saben cuándo llega a la ciudad un asesino en

libertad condicional. —Hizo una breve pausa—. Pero más vale que te pongas en camino. Seguiré buscando. Lo puedes guardar en un rincón del cerebro por si los ves, ¿vale?

—Lo pensaré —dijo Matthew—. ¿Y Malik está allí?

—Sí, te está esperando. Ah, por cierto, ¿cómo fue el asunto de tu padre?

—La mujer dice que vivió con él durante diez años, pero no sabe dónde está ahora. También dijo que tengo una hermana, que va a una escuela secundaria en la isla de Fyn. —Sacudió la cabeza—. Todo esto duele un poco.

Matthew quedó con Paneeraq en que podía volver si se le ocurría algo más que preguntar, o si hacía falta que ella leyese el artículo que escribiera antes de subirlo a la red.

En cuanto llegó a la explanada que separaba los bloques 1 y 2 se apresuró a abandonar el centro de la ciudad en dirección al apartamento de Tupaarnaq, que estaba a menos de diez minutos a pie.

La policía había colocado una cinta roja y blanca de restricción de paso alrededor de la entrada al Bloque 17, y al lado de la cinta había unos agentes, con pantalones negros y camisa azul claro, discutiendo con un grupo de personas que podían ser cualquier cosa, desde simples curiosos hasta residentes a los que no permitían entrar en sus casas.

—Hola —exclamó una voz al lado mismo de Matthew—. ¿Tienes pitillos? Es que me he olvidado los míos.

—¿Qué pasa ahí dentro? —preguntó Matthew mientras encendía dos cigarrillos y le daba uno a Malik, que con una inclinación de cabeza lo cogió y le dio una profunda calada.

—Se trata de Lyberth —dijo Malik, con el humo saliéndole por las comisuras de la boca—. Joder.

—¿Lyberth, el de Ulrik?

—Sí. Él.

—¿Has estado ahí dentro?

—No, han cerrado toda esta mierda, pero sabemos que es Lyberth —asintió señalando a los agentes de la barrera—. He sacado unas fotos de esos de ahí, y otras del otro lado, el balcón y las ventanas del piso.

—Bien, por ahora bastará.

—No. —Malik sacudió la cabeza—. Vamos a quedarnos por aquí a ver. Tendrán que sacarlo en algún momento.

—No sé —dijo Matthew, observando el extenso aparcamiento delante del bloque—. A lo mejor tardan un montón todavía.

—¿Qué? ¡Pero si es Lyberth! ¿No quieres ver lo que pasa?

—Sí, claro que sí. —Matthew cerró los ojos. El viento se había calmado y la lluvia ya no parecía tan fuerte. Pero el olor de un mundo empapado continuaba denso a su alrededor como una espesa niebla húmeda—. Es que tengo que acabar de escribir un par de cosas. —Dio una larga calada al cigarrillo—. Además, he de ir a ver el jardín de una casa de Kolonihavn.

—¿Un jardín?

—Sí, o lo que sea ahora. Rocas, brezos. Sólo voy a echar un vistazo.

—¿Hoy? ¿Por qué?

—Creo que es posible que en ese jardín esté enterrada una niña de once años muerta en 1973, y a lo mejor su esqueleto sigue allí.

Malik tiró la colilla.

—¿Cómo? ¿Me estás tomando el pelo?

—No. El cuaderno que me dio Ottesen. En él dice algo que apunta en esa dirección.

—Joder, cállate un poco —exclamó Malik, dándole una palmada en el hombro a Matthew—. Te acompañaré luego si quieres, pero primero me gustaría ver lo que pasa aquí.

—Allí hay alguien que nos hace señas —dijo Matthew, señalando la barrera.

—La conozco —respondió Malik, devolviendo el saludo mientras se dirigía a grandes zancadas hacia la agente—. Ven. A ver si entramos, joder.

—Hola. —La voz de la joven policía era suave pero firme.

—Hola..., ¿podemos entrar ya? —Malik lo intentó, con tono esperanzado.

—No, no os he llamado por eso. —Miró a Matthew—. Ottesen quiere

hablar contigo.

—¿¡Conmigo?! —exclamó Matthew, notando que se le congelaban todos los músculos del cuerpo—. ¿Por qué?

—Eso no lo sé, pero entra.

—Estupendo, nos colaremos —dijo Malik a toda prisa, poniendo una mano sobre el hombro de Matthew.

—Tú no, Malik —repuso enseguida la agente—. Sólo Matthew. —Sacó del cinturón un pequeño *walkie-talkie* negro y se lo puso delante de la boca—. Matthew está entrando.

La oscura radio emitió varios sonidos hasta que una voz pronunció un breve «Vale, ya bajo».

Matthew esquivó la mirada de la agente mientras asentía brevemente para sí mismo. Al recorrer los pocos metros que lo separaban de la puerta tuvo la sensación de avanzar hacia el patíbulo.

—Hola otra vez —dijo Ottesen en cuanto la puerta se cerró detrás de Matthew.

—Hola —saludó Matthew sin el más mínimo control sobre su propia voz.

—Te has enterado de que hemos encontrado a Emil Lyberth muerto ahí dentro, ¿no?

Matthew asintió despacio mientras intentaba respirar con tranquilidad. Su mirada recorría los anuncios tirados por el suelo, donde había estado sentado el borracho a quien le había dado sus cigarrillos.

—Ya te dije que la Tupaarnaq esa es peligrosa —prosiguió Ottesen, que se mordió los labios unos segundos—. Aún no podemos decir nada con seguridad, así que... —No supo cómo seguir—. Sin tener en cuenta lo que te digan por ahí, ¿podéis limitaros a escribir que lo han encontrado en el Bloque 17 y que la policía considera que su muerte es sospechosa? Sólo hasta mañana, cuando convocaremos una conferencia de prensa oficial en la comisaría o el ayuntamiento.

—Sí, claro —dijo Matthew en voz baja, respirando hondo—.

Esperaremos.

—Gracias. —Ottesen frunció los labios—. ¿Y el cuaderno que te di? — Matthew sintió que le ardía la piel por todo el cuerpo—. Sé que Lyberth tenía mucho interés en echarle mano. ¿Tienes idea de por qué?

—Creo que estuvo metido en unos asuntos nada limpios en los años setenta.

—¿Eso pone en el cuaderno?

Matthew asintió de nuevo:

—Creía que lo habías leído.

—Sí.

Se produjo un silencio.

—Me parece que lo mejor será dejar el cuaderno otra vez donde estaba.

—Bien, lo entregaré.

—Bien..., Matthew. —Ottesen titubeó—. Respecto a Tupaarnaq..., la has visto mucho estos últimos días, ¿no?

—Sí —dijo Matthew con voz baja y ronca.

—Fuisteis a cazar focas, y es a ti a quien llama cuando la detenemos, ¿no?

—Lo pidió ella. Yo..., yo...

—¿Sí?

—Creo que lo que yo quería era entender quién es ella en realidad.

—¿Y quién es?

—No es la persona que todos creemos.

—Bien. —Sorbió el aire por la nariz con fuerza—. En estos momentos hay algunas cosas que apuntan a que te equivocas. ¿Has estado en su apartamento?

—No... No, no me dejó entrar... —Se interrumpió y bajó la mirada al suelo.

—¿Y eso?

—Aún no está lista para recibir visitas. Acaba de salir de doce años de encierro.

Ottesen sonrió brevemente.

—Es cierto. Y eso trastorna a la gente. —Sacudió la cabeza—. Nunca me han gustado las cárceles. Bueno, traerás el cuaderno, ¿verdad? Y si ves a Tupaarnaq, dile que nos gustaría mucho hablar con ella.

—Vale.

—Y tú tienes que quedarte en Nuuk.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, que no puedes salir de la ciudad hasta que te demos permiso.

La oscuridad iba acumulándose en largas sombras de niebla en medio de las casas en la zona de Kolonihavn cuando Matthew y Malik, apenas dos horas más tarde, observaban la casa en la que había vivido Jakob Pedersen cuarenta años atrás.

Matthew quería ver el interior de la casa para comprobar si era como la describía Jakob en su cuaderno. Sabía que el salón en el que se hallaba la butaca tenía que estar justo debajo de las ventanas, al lado derecho de la puerta de entrada.

—¿Estás seguro de que es aquí?

Matthew vio pasar una brasa ardiente delante de su rostro.

—Es la dirección que me dio Paneeraq, y coincide con lo que dice el cuaderno.

La mayoría de las casas de alrededor parecían tener más de cuarenta años.

—Vamos a echar un vistazo —siguió Malik, dirigiéndose a la puerta de entrada—. Oye, tío, me parece que está vacía.

—¿Vacía del todo?

—Qué sé yo. Pero parece vacía. —Recorrió con la mirada la fachada—. Y, joder, hace mogollón de tiempo que no la pintan.

El sendero que llevaba a la casa era estrecho y costaba distinguirlo. En el pasado había sido más ancho, se notaba en los surcos que lo recorrían junto a las piedras, pero no parecía haberse usado desde hacía bastante tiempo y estaba cubierto de yerba rala.

La lluvia había cesado casi por completo, pero las nubes se habían hecho más pesadas y se cernían sobre casas y roquedos dando la sensación de que

pronto se unirían a la humedad reinante entre las piedras y las plantas verduzcas. Casas que hasta hacía pocos minutos eran visibles desaparecían de repente en una niebla tan densa que se sentía como un aliento frío y húmedo sobre la piel. Matthew vio cómo Malik se difuminaba en el sendero y se apresuró a ir tras él mientras se quitaba la humedad de la cara con la mano.

El ruido de unos golpes fuertes atravesó la niebla y lo sobresaltó.

—¿Qué haces?

—Llamar a la puerta. Es que esto parece estar vacío.

Matthew apenas podía verse los pies, pero siguió a la voz, que no estaba a muchos metros de distancia. La casa surgió entre la niebla con su desgastada estructura roja de madera.

—¡No llares, hombre!

—Si viene alguien, echamos a correr. —Malik rio mientras se dirigía a la ventana, y una vez allí se acercó al cristal para ver mejor—. Vaya si está oscuro. Espera un momento. —Sacó el móvil, encendió la linterna e iluminó el espacio al otro lado del cristal—. ¿Qué estamos buscando?

—Todavía no lo sé —dijo Matthew, poniéndose al lado de Malik.

La luz no era lo suficientemente fuerte para iluminar todos los rincones, pero daba bastante de sí. Al otro lado del cristal se veía un salón antiguo. Colores de nogal, relucientes muebles de palisandro. Alfombras de pelo largo, una azul y otra gris. Junto a una pared había una estantería con libros, figuritas groenlandesas, un *ulu* y muchísimas piedras.

—Vuelve a dirigir la luz hacia la estantería.

Malik movió el teléfono y la luz iluminó la estantería de las piedras.

Matthew asintió para sí.

—El que escribió el cuaderno vivía justo en este salón —dijo en voz baja.

—¿En esta casa?

—Sí, el salón es exactamente como él lo describe.

—Ah, vale. ¿Así que el tío al que encontraron en el glaciar vivía aquí y todo sigue como entonces?

—Al menos el salón.

—¿Me estás tomando el pelo? Pero si hace más de cuarenta años, ¿no?

—Casi cuarenta y uno.

Malik contempló a Matthew.

—¡Joder! Se me pone la carne de gallina. —Estiró un brazo y se levantó la manga—. ¿Crees que estará ahí dentro? —prosiguió, mirando de nuevo por el cristal—. Mierda, tío. Ahora es un espíritu.

—No, no es un espíritu. —Matthew dio unos pasos atrás y se dirigió hacia la puerta de entrada—. Si está ahí es porque está vivo, pero nadie se puede esconder durante tantos años en pleno Nuuk, en una casa a la vista de todos. Espera un momento. —Había un buzón al lado de la puerta, y en una plaquita en la parte superior derecha se leía ABELSEN—. Quien vive aquí ahora es uno de los que lo mataron.

—¡Joder, entonces estoy cien por cien seguro de que su espíritu sigue aquí! —exclamó Malik, mirando a su alrededor—. Voy a dar una vuelta.

—¿Cómo? ¿Para qué?

—Voy a ver una cosa.

Matthew cogió una pala que estaba apoyada a la pared, al lado de la puerta, bajó la escalera y fue al sendero de grava. La niebla se había cerrado sobre Malik en cuanto se había movido.

—Malik... —lo llamó Matthew.

—Aquí.

La voz salía de la bruma. Quizá del lado opuesto de la casa, quizá desde más cerca. El sonido rebotaba en las gotas de aire condensado.

—Por lo que más quieras, Malik —gruñó Matthew, estirando una mano en el aire. Se apoyó sobre el revestimiento de madera de la casa y empezó a moverse en dirección opuesta a la de Malik. El día en que le asestaron a Jakob una pedrada en la cabeza, vio por la ventana una silueta acercándose a la casa, y al día siguiente escribió en el cuaderno que delante de la cocina la nieve estaba tan revuelta que tenía hasta piedrecitas y tierra.

Apoyándose en la madera, Matthew se fue moviendo paso a paso, bordeando la casa. La niebla se había apoderado de él. Si se soltaba, no tendría ni idea de qué dirección seguir. Sus pies procuraban asentarse entre piedras, rocas y plantas enanas. Dejó la pala, sacó el móvil y encendió la luz. No sirvió de mucho, pero sí lo suficiente para poderse ver los pies y las paredes rojas de madera a su lado. Al doblar la esquina apareció otra ventana oscura. Con mucho cuidado, acercó la cara al cristal e iluminó el interior con la linterna del móvil.

No podía ver mucho, pero no cabía duda de que se trataba de la cocina de Jakob. Recordaba la descripción del plástico multicolor de la mesa en el cuaderno. Incluso el armarito blanco de pared, con un picaporte metálico verde, era exactamente igual que allí.

Matthew dio un respingo cuando una mano se apoyó sobre su hombro. El móvil se le escapó y cayó al suelo.

—Tranquilo —dijo Malik con una risita—. Soy yo.

Matthew se inclinó y recogió el móvil.

—Joder, Malik. Estoy mirando el interior de la casa de un muerto. —Se incorporó y resopló mientras se llevaba la mano izquierda al pecho y se daba unos golpecitos—. Casi me matas del susto.

—Perdona, tío. No lo he hecho con mala idea. —Volvió a reír, pero se detuvo al instante—. No se ve nada, así que, por el momento, aquí no hay ningún cadáver.

—No, eso está claro. Pero el que vive aquí ahora es Abelsen, y eso es motivo suficiente para tener miedo. Y no acabo de entender que se instalara en esta casa y no cambiara nada en absoluto.

—Está siempre trabajando —continuó Malik—. No tiene mujer ni hijos, y se lo conoce como el hombre más frío y poderoso de Groenlandia.

—Pues yo creo que esto más bien es un trofeo.

—¿Un trofeo? ¿Como las astas de ciervo y esas cosas?

—Sí, exacto. Esto es el trofeo de caza de Abelsen. Conseguido en una

cacería que costó la vida a muchas personas y que a él le aseguró el último escalón para ascender al trono.

Malik arrugó la nariz.

—Pues una casa vieja no es un trofeo demasiado especial.

—Era distinta en 1973 y, además, el trofeo no era la casa en sí. No era más que una muestra de su poder cuando se vino a vivir aquí. Era intocable incluso ante la policía y los políticos.

—Y sigue siéndolo, te lo aseguro. —Malik se encogió de hombros—. ¿Para qué querías esa pala?

—Es sólo una idea estúpida. En algún sitio, bajo nuestros pies, está el esqueleto de una niña de once años, muerta de una sobredosis o de algo parecido en noviembre de 1973, y tanto Abelsen como Lyberth participaron de algún modo en su muerte.

—Y ahora es Lyberth el muerto.

—Y ahora es Lyberth el muerto —repitió Matthew mirando fijamente la casa—. Si esto es el trofeo de Abelsen, debemos entrar.

—¿Entrar en la casa? ¿Ahora? Eso es allanamiento.

—Ya, ya. Entraremos mientras él no está.

—¿Y estás seguro de que no está?

—Sí. Venga, vamos. Estabas muy ocupado llamando a la puerta.

Malik asintió.

—No hay puertas ni ventanas abiertas. Lo he comprobado al dar la vuelta.

—A lo mejor hay otra forma de entrar. —Matthew miró a su alrededor—. Iré a ver otra vez la puerta principal.

Fue hacia la entrada, cogió el picaporte y empujó con fuerza un par de veces sin éxito. Entonces empezó a mirar a ver si encontraba una llave, aunque no tenía mucho sentido que un hombre como Abelsen hubiera dejado una ahí fuera. Mientras estaba buscando en unas cajas que estaban apoyadas en la pared de madera al lado de la puerta, oyó un ruido. Procedía del interior.

Del otro lado de la puerta. Dio un salto, y en el mismo instante en que ésta se abrió, cayó por los escalones.

—Pues sí que había un agujero por donde entrar —exclamó Malik sonriente desde el quicio de la puerta.

—¿Qué? ¿Cómo has entrado? —dijo Matthew después de levantarse; volvió a subir y se agarró al pasamanos de la puerta.

—Las ventanas son un poco flojas, así que... Bueno, he entrado por un hueco de la ventana de la cocina.

—Démonos prisa. —Matthew pasó al lado de Malik y entró en el salón—. Buscamos objetos relevantes de 1973. Películas y cosas por el estilo.

—Vale, pero es que todo lo de aquí dentro es de los setenta, tío.

—Tú busca. Mira en los armarios.

Malik empezó a abrir armarios y cajones y a hurgar en ellos.

—¿Sirven periódicos, tazas y cosas así?

—No, buscamos películas, dibujos, cuadernos..., cosas de ésas.

Matthew pasó la mano por el sofá de Jakob y miró la alfombra verde que se extendía debajo de éste.

—A lo mejor, hasta un puzle de Godthåb. —Continuó hacia la estantería llena de revistas especializadas, libros y piedras. No había nada que pareciese tener relación directa con el caso.

—¿Has dicho algo de películas? —preguntó Malik. Estaba sentado en el suelo al lado de un armarito bajo, y en las manos tenía un viejo proyector cuadrangular de películas de 8 mm—. También hay cuatro películas —continuó, metiendo el brazo en el armario en busca de más carretes—. ¿Es esto lo que estábamos buscando?

—Creo que sí. Justo eso. —Matthew miró rápidamente a su alrededor por el salón. El arpon. Las figuritas. Todo era de Jakob. Cosas de los Hempler—. Anda, vámonos.

—¿Con las películas y demás?

—Sí, me voy a llevar todo esto a casa.

Matthew no llevaba más que un par de minutos en su casa cuando sonó el telefonillo. Se asomó a la calle. Estaba oscureciendo en Nuuk, y el cielo estaba cubierto de niebla.

—Soy yo —sonó la voz de Tupaarnaq por el telefonillo—. ¿Estás solo?

—Sí —respondió él al tiempo que le abría.

El ascensor zumbó y la puerta emitió su típico clic.

—Llegas tarde a casa —dijo la joven, entrando por delante de él en el piso.

—Sí, es que... ¿Me estabas esperando?

Tupaarnaq se desató los cordones de las botas y se las quitó. Llevaba un jersey nuevo, de punto negro y cuello alto. Los pantalones eran los de siempre, negros con bolsillos en los costados. En la cabeza se veía un débil atisbo de cabello oscuro.

—Han encontrado a Lyberth.

—Lo sé. —Levantó una mochila grande—. ¿Puedo mirar en internet?

Matthew vio su estrecha espalda desaparecer en el salón mientras él iba al dormitorio a por el rúter.

—¿Ha pasado algo allí? —le preguntó Tupaarnaq cuando entró en el salón; estaba instalada en el sofá en la postura del loto, con el ordenador sobre las piernas.

Matthew le dio la plaquita blanca en la que figuraba la clave.

—Había mucha policía, y uno me ha estado preguntando por qué había ido a buscarte a la comisaría y por qué había salido contigo a cazar focas.

Ella asintió despacio, sin levantar la vista.

—Quieren hablar contigo.

—Eso puede esperar. —Levantó la mirada—. ¿Tienes algo de comer?

—¿Comida?

—Sí, claro, comida; ¿qué va a ser si no? Hoy no he comido nada.

—No sé lo que tengo. —Dio media vuelta y fue a la cocina—. ¿Comes huevos?

—Sí, unos huevos estarán bien.

Matthew cogió un cuenco y puso la sartén al fuego.

—Pues voy a preparar una tortilla.

A su espalda había silencio. Se detuvo un instante para observar el delgado cuerpo de la joven, inclinado bajo la luz amarillenta de la lámpara que había junto al sofá. Tenía la nariz pequeña, y de lejos no se veía ni una sola peca. Se había quitado el jersey negro y estaba ahora con una camiseta oscura sin mangas. La de la primera vez que la vio, frente al hotel Hans Egede. Sus tatuajes parecían vivos con aquella luz, y las numerosas hojas verdes y curvadas le recordaron por un instante a la piel de un dragón.

Apartó la vista y la volvió hacia la comida. Batió los huevos y los echó en la sartén caliente. Cortó rápidamente unos tomates y un pimiento y los puso en la masa antes de que se cuajara.

—¿Sal? ¿Pimienta? ¿Orégano?

—Ya estoy dentro.

—¿En internet? —Dio media vuelta y la miró extrañado.

—En el servidor del gobierno autonómico.

—¿Cómo?

—Tienen una seguridad como para morirse de risa.

Matthew puso la tortilla en un plato grande y se lo llevó a la joven, que levantó los ojos.

—¿Tú no comes?

—Me he comido una pizza con mi fotografía hace un par de horas... ¿Para qué entras en el servidor de la autonomía? ¿No pueden rastrearte?

—Ni siquiera necesito protegerme. No son capaces de rastrear ni una mierda... Bueno, ahora podemos leer los mensajes de Abelsen.

—¿Cómo? —exclamó Matthew otra vez, irguiéndose—. ¿Te importa si me siento aquí?

—Oye, el sofá es tuyo.

Fue pasando una larga lista de lo que parecían ser asuntos de correos electrónicos.

—He buscado los correos que haya podido recibir de Lyberth.

—Selecciona los que no tienen tema desde anteayer. —Matthew señaló un punto en la pantalla.

—Puedes mirar tú —dijo ella pasándole el ordenador— mientras yo me como la tortilla. Y también quiero usar tu baño. —Lo miró—. Y te quedas bien lejos, ¿vale? Me dan ganas de matarte cuando te portas como un imbécil.

—Me quedaré aquí, te lo prometo. —Levantó la vista—. Joder, qué bueno que hayas entrado. Hay muchas cosas de Lyberth... Sobre todo desde que apareció el hombre del hielo.

—¿Has encontrado algo acerca de los crímenes?

—Parece ser que a Lyberth no le hizo ninguna gracia que se despolvara el antiguo caso cuando se descubrió al hombre del hielo. Abelsen escribe que hará que el asunto se enfríe y que le deje a él encargarse de todo como siempre. Suena un poco irónico. Evidentemente, Lyberth estaba preocupado por lo que pudiera salir a la luz. —Matthew abrió otro correo—. Vale. Lyberth quiere acabar y mandarlo todo a la mierda, pero Abelsen le advierte que tienen que mantener sus compromisos. Guau...

—¿Qué hay?

—Aquí escribe Abelsen que tanto Lyberth como Ulrik son sospechosos de la muerte del individuo del glaciar.

—¿Dice de cuál de ellos?

—No, sólo dice «el individuo».

—Así que puede estar refiriéndose a la momia o a Aqqalu.

—Eso es. Pero el tono es duro y se traslucen miedo y amenazas.

Tupaarnaq dejó el tenedor y se acercó más a Matthew.

—Anda, está en Tasiilaq.

—¿Quién, Abelsen?

—Sí, justo ahora. Aquí escribe que tienen que verse antes de que se marche.

—¿Dice algo de quiénes son los que tienen que verse?

Matthew abrió otro correo, y otro más, pero en ambas ocasiones sacudió la cabeza.

—Es posible que la cita sea en otro sitio. Pero pone que se tienen que ver, y está escrito el mismo día en que mataron a Lyberth.

—No es suficiente para que quede libre de sospechas —dijo ella, pasándose la mano por el vello de la cabeza.

—¿Ni siquiera con estos correos?

Sacudió la cabeza.

—Es que no hay nada concreto que pruebe un delito. Son sólo tonterías y citas. No es suficiente.

Matthew cerró los ojos.

—El favorito de Lyberth, Ulrik, es de Tasiilaq. A lo mejor él tiene algo que decir también. —Pensó en contárselo todo, pero no pudo—. Hoy he ido a ver a una mujer. Aparte de Abelsen, es la única que sigue viva de todos los que estuvieron involucrados en el caso por el que discuten Lyberth y Abelsen, estoy seguro de ello.

Tupaarnaq se volvió y lo miró.

—¿Y ella no puede relacionar a esos dos con los asesinatos de entonces o con el del glaciar?

—Todo el caso iba de experimentos médicos con niñas groenlandesas, pero también de abusos sexuales y maltratos en un asilo para niños en Tasiilaq. En algún momento, a finales de 1973, las cosas se les complicaron y Abelsen se dedicó a hacer limpieza.

—¿Hay pruebas físicas?

—No creo, pero existe un testigo, una mujer que estuvo expuesta a todo aquello.

—Hablaré con ella. ¿Qué hora es?

—Las once y media. Ahora es imposible.

—Pues mañana, entonces —respondió ella al tiempo que se levantaba del sofá, cerraba el portátil y lo dejaba en la mesita del sofá—. Me largo al baño.

—Sí, de acuerdo. —Titubeó un momento—. Hay otra cosa.

—¿Qué es?

—Me ha llegado un correo de alguien que afirma ser Lyberth, pero que fue enviado después del asesinato de éste. Me cita para que nos veamos en el Nipisa.

Ella arrugó el entrecejo.

—Nipisa significa *lumpo*.

—Es un restaurante que está en el antiguo muelle de Kolonihavn. El sitio es bastante solitario y no hay un alma después de la hora de cierre.

—¿Tú crees que es Abelsen?

Matthew asintió.

—Estoy bastante seguro. Tengo un diario que escribió el policía al que mataron en 1973. Lo quiere. También la policía lo quiere.

—¿Cuándo es la cita?

—El viernes por la noche... ¿Tienes el fusil?

Tupaarnaq asintió.

—Tengo mis cosas aquí mismo, al otro lado de la calle. En el edificio azul alargado.

—¿Donde los pisos pequeños que han desalojado para derribarlos?

—Sí, he conseguido entrar en el primero. Está aquí mismo, enfrente de tu salón. También podemos dormir allí si las cosas se complican en tu piso.

El sonido del agua corriendo en el cuarto de baño tenía un efecto tranquilizador. En el centro del cuarto estaba Tupaarnaq, cubierta por la fronda que se enroscaba y se extendía bajo los humeantes chorros de agua.

Matthew sacó su propio portátil y lo encendió. Desde el sofá podía ver la parte superior del edificio donde había dejado sus cosas Tupaarnaq. Cerró los ojos unos minutos para poner en orden sus pensamientos, y empezó a escribir un artículo con los contenidos del cuaderno de Jakob y todo lo que había ido averiguando gracias a Leiff, Ivalo y Paneeraq.

Las palabras se iban sumando rápidamente y sólo necesitó una hora para acabarlo. Entretanto, Tupaarnaq había salido de la ducha y se había sentado con su ordenador en el otro extremo del sofá.

Matthew lo había incluido todo. Los abusos. Los violentos crímenes. Los experimentos médicos. El médico jefe. El asesinato del policía que trabajaba en el caso. La conversación que había mantenido con una de las niñas que estuvieron en el asilo. El diario de la investigación que llevaba el agente muerto.

Eran poco más de las dos de la madrugada cuando envió el artículo al redactor jefe.

La tormenta que había estado azotando Nuuk regresó con más fuerza aún, y el viento empezó a golpear con violencia los edificios.

Matthew sintió unas ganas tremendas de encenderse un cigarrillo en cuanto envió el correo, pero no quería fumar mientras Tupaarnaq estuviera en su casa. Apretó las manos, las relajó y volvió a apretarlas.

—Voy a bajar un momento.

Ella levantó la vista.

—Yo también voy... No has de poner esa cara de espanto, sé muy bien que necesitas fumar. Pero no estoy dispuesta a quedarme aquí sola sin saber quién puede aparecer por la puerta.

—Pero aquí estamos sólo nosotros, y es noche cerrada.

—Ya... Te acompaño.

Matthew sacó un cigarrillo y el encendedor.

El edificio no tenía cancel, de modo que tuvieron que cruzar al otro lado de la calle, junto al edificio azul, donde podían protegerse de la tormenta. Matthew se apretó contra la pared de madera para que la lluvia no le golpeará la cara. El viento lo desgarraba y mordía todo. Las gotas de agua eran gélidas y al tocar la piel parecían hielo. La lumbre del cigarrillo se encendía a cada calada.

—Tienes que dejarlo.

—Ya lo sé, pero justo ahora... Sólo hace un par de años que empecé a fumar.

—Pues ya es mucho tiempo. No fue una buena decisión empezar a fumar tan tarde.

—No, seguramente no. —Dio la última calada al cigarrillo. Lo había apurado tanto que sabía a filtro—. He pensado que, en vez de fumar, intentaré escribir.

—Pero ¿no vives ya de escribir?

—Sí, pero me refiero a algo propio, privado. Quiero escribir un libro para mi hija.

—Si tuvieras una hija no estarías aquí.

—No. —Matthew se pasó la mano por el rostro. Los dedos apestaban a humo—. Pero cuando Tine, mi compañera, murió en un accidente de tráfico, estaba embarazada. Habríamos tenido una niña.

—Lo siento mucho. —Tupaarnaq se quedó contemplando la oscuridad—. Habrías sido un buen padre. —Había vuelto la cara y lo miraba—. ¿Por qué

volviste aquí?

Matthew se encogió de hombros.

—En Dinamarca, mi vida se hizo pedazos. No me quedaba nada. Así que un día me puse a mirar fotos y llegué a la última, en la que estaba mi padre. —Matthew levantó la cabeza y miró a Tupaarnaq a los ojos—. Recuerdo que, al cumplir los cuatro años, me envió un modelo de avión construido por él. Un B-52 estadounidense. Estaba metido en una caja y apestaba a pegamento. No recuerdo haberlo visto más. Prometió que vendría a Dinamarca poco después que nosotros, pero nunca lo hizo.

—¿Crees que lo encontrarás? Quiero decir aquí, un día de éstos.

Matthew sacudió la cabeza.

—No, y además no importa mucho, creo. Estoy furioso con él desde niño.

—Y ahora lo que tienes es una hermana.

—Sí... Eso aún no lo he asimilado.

—Date tiempo y todo llegará.

Matthew bajó la mirada a los tablones del suelo y se encogió de hombros.

—Creo que los dos odiamos a nuestros respectivos padres por igual. Else, o sea la madre de mi hermana, me escribió para decirme que su hija no quería tener un hermanastro, otro hijo de su padre, y que no me daría su número de móvil, aunque ellas tienen el mío. Quizá cambie de idea.

Habría querido decir algo más, pero lo interrumpió el móvil, que empezó a sonar dentro del bolsillo.

—¿Quién será? —farfulló mientras lo sacaba—. Mi redactor jefe. No pensaba que fuera a estar despierto a estas horas.

—Oye, Matt. Esto no se puede publicar —empezó el redactor jefe—. ¿En qué demonios estabas pensando? Nuuk es una ciudad pequeña, lo sabes muy bien. Esto que has escrito no puede salir en la prensa.

—Perdona que te haya molestado enviándote el correo ahora.

—Eso no importa, estaba despierto. Pero esto es una locura, hombre. Es imposible, ¿sabes? No podemos escribir estas cosas. Son unos hombres

importantes, de alto nivel, y tú los cubres de mierda, y encima afirmas que también estaba implicado un ministro de Groenlandia que ya ha muerto. Es imposible. Sencillamente, no veo que tengas pruebas para apoyar estas afirmaciones. Sería distinto si se tratara de un robo en Royal Greenland o algo así, ¡pero esto! Coño, Matthew. Y a Lyberth acaban de asesinarlo. Yo esperaba que me enviaras una explicación prudente de su muerte, y resulta que lo que me mandas es esto.

—Pero todo es cierto, y tenemos que...

—Nuestro periódico no es prensa amarilla, ¿vale? Han encontrado muerto a un gran político, y antes incluso de haberle contado a la población algo sobre su muerte, tú pretendes arrastrar su cadáver por el lodo..., y con él, al funcionario más poderoso de Groenlandia.

—Han hecho todas esas cosas. Vuelve a leerlo. Puedo nombrar a mi testigo y, además, tengo el cuaderno del policía.

—Imposible. Esto va en contra de toda ética periodística.

Permanecieron en silencio. El viento y la lluvia atacaban a Matthew.

—Escúchame —continuó el redactor jefe en tono más suave—. Si estuviera en casa podríamos discutirlo ahora mismo, además me interesa mucho ver ese cuaderno del que escribes. Hablemos mañana cuando vuelva. Hasta entonces, intenta juntar un par de palabras contando que Lyberth ha muerto, pero evita descripciones demasiado jugosas. Pon que está muerto y que la policía considera su muerte sospechosa. De momento no necesitamos nada más. ¡Ah! Y voy a hacer que uno de los otros redactores escriba su necrológica.

—Vale... —suspiró Matthew—. ¿Adónde te has ido?

—A Tasiilaq, al cumpleaños de mi tío. Vuelvo a casa mañana. —La conexión se interrumpió y Matthew dejó caer la mano.

—El mundo está repleto de idiotas —zanjó Tupaarnaq, poniéndole una mano en el hombro durante un segundo.

—Está en Tasiilaq, igual que Abelsen.

—Vaya reunión que tienen allí organizada.

Matthew asintió con cansancio.

—Voy a ver unas películas que he conseguido.

—¿Ahora? ¿Qué películas?

—Sí, películas de ocho milímetros. Creo que las hicieron en 1973 y contienen imágenes de una niña de once años, del caso de entonces. Najak. La que no volvió a aparecer.

Tupaarnaq apretó los puños y puso el cuerpo entero en tensión. Hasta los tendones del cuello se le hincharon visiblemente.

—¿Y qué pasa si en la cinta hay pornografía infantil? ¿Lo aguantarás?

—No lo sé, pero tengo que ver esas películas. —Inspiró con fuerza—. Las tengo que ver. Es lo menos que puedo hacer.

En cuanto volvieron al piso, sacó el proyector y puso la primera película. Tupaarnaq apagó la luz. La película parpadeaba. La bombilla encendida. La oscuridad. La luz. El cuerpo acurrucado de la niña. Matthew cambió el carrete sin decir nada.

Tupaarnaq estaba sentada en el sofá con las piernas recogidas y el rostro medio tapado por las rodillas. Con los brazos se sujetaba las piernas con fuerza. Tenía la mirada perdida.

—¿Qué? —exclamó Matthew—. Pero si ahí había un hombre. ¿Lo has visto?

Tupaarnaq carraspeó.

—Sí, lo he visto. Rebobina... Date prisa.

Matthew estiró el brazo y apagó el proyector, echó la cinta un poco hacia atrás. La alfombra. La sombra. Najak desnuda.

—Para —susurró Tupaarnaq.

Matthew paró la proyección y pasó la película a cámara lenta mientras hacía fotos con el móvil.

—Voy a enviar estas fotos a unos buenos amigos del periódico. A lo mejor ellos pueden reconocer algo. —Miró a Tupaarnaq, que seguía acurrucada en

el sofá—. ¿A ti te suena algo?

Sacudió la cabeza.

—Sólo lo que sucede.

Matthew la miró.

—¿Estás bien?

Ella se encogió de hombros.

—No, pero no importa. —Se inclinó a la izquierda hasta dejar la cabeza al lado del hombro de Matthew—. ¿Por qué hace la gente cosas como ésa?

—No lo sé —dijo él mientras con mucha prudencia inclinaba la cabeza para acercarla a la de ella.

La película se había acabado. La lluvia golpeaba los grandes cristales y la puerta del balcón.

—Me alegro de que estés aquí —dijo Matthew.

Tupaarnaq se apartó. Sin dar un respingo. Tan sólo se apartó.

Matthew bajó la mirada hacia el sofá.

—Perdona si he dicho algo inadecuado.

—No pasa nada... —Le dio una palmadita en el muslo—. Eres un buen hombre.

Matthew apretó los labios.

—¿Puedes entrar en el CMS del periódico para que podamos colgar el artículo nosotros en la red?

—Sí —fue la respuesta—. No tendría que ser muy complicado, pero te puede costar el puesto. He oído perfectamente lo que ha dicho tu jefe.

—Si Abelsen escapa, me puede costar la vida, y supongo que a ti te mandarían a la cárcel por asesinato.

Tupaarnaq se encogió de hombros.

—Además, da igual —continuó Matthew—. No se van a librar. Habría que haber acabado con ellos hace cuarenta años.

Nuuk, 14 de agosto de 2014

Matthew se despertó en el sofá cubierto con una manta. Había amanecido y la luz se filtraba por las fibras de la manta. El viento se había calmado de nuevo.

Deprisa, cogió el teléfono y buscó <sermitsiaq.gl>. El artículo lo habían quitado ya, de forma que no había pasado muchas horas online, pero había estado allí y alguien habría podido verlo. Tupaarnaq lo había puesto en la página de entrada, con fotos del asilo de Tasiilaq y de Lyberth, esta última sacada en el pleito en el que se lo acusó de abusos sexuales contra una empleada del gobierno autonómico.

El móvil estaba en modo silencioso, pero Matthew vio que había recibido siete llamadas del redactor jefe, que le había dejado otros tantos mensajes en el contestador. Leiff había llamado también, aunque en una sola ocasión, y en vez de un mensaje de voz había enviado un SMS.

Matthew, ven al periódico inmediatamente. Antes del mediodía. Me he enterado de que te van a despedir en cuanto vuelva el redactor jefe, y que no te permitirán ni sacar tus cosas de tu mesa y tu PC, así que, si yo fuera tú, vendría para aquí ahora mismo. Hay un paquete para ti encima de tu mesa. Ha llegado con el correo. Si no estás aquí antes de una hora, te lo guardaré yo. Me parece que la dirección está escrita con la letra de Lyberth.

Matthew vio que había otro SMS de Leiff.

Otra cosa. Las fotos que enviaste. Parece un contenedor de transporte naval con el interior aislado. Por desgracia, no reconozco a la niña de la foto, pero creo que el hombre es

Abelsen de joven. Ten mucho cuidado, mira bien dónde andas hurgando. Esto parece un caso para la policía.

Sólo eran las nueve y media, de modo que aún quedaba tiempo. Matthew borró todos los mensajes del redactor jefe sin siquiera oírlos. Buscó en Google unas frases de su artículo para comprobar si alguien había llegado a capturar alguna antes de que lo eliminaran, pero no obtuvo ningún resultado. Oyó correr el agua del váter y unos pasos. Se apresuró a sentarse y tiró la manta al otro lado del sofá.

—No hace falta que finjas que estabas despierto.

La miró interrogante y se pasó una mano por el pelo.

—Te he oído roncar.

—Yo no ronco.

—Vale.

Pasó por delante de él, dirigiéndose a la mesa de la cocina.

—¿Puedo hacer café?

—Sí. —Matthew carraspeó, estiró la espalda poco a poco y movió el cuello con fuerza a los lados—. Si hay.

—Por lo menos hay Nescafé —dijo ella, con la cabeza medio metida en un armarito de pared, a la derecha del fregadero—. A mí me vale. ¿Quieres tú también una taza?

—No, no bebo café.

—Prueba con el café en vez de los cigarrillos.

La simple mención de los cigarrillos le produjo un estremecimiento, y miró de reojo la cajetilla y el encendedor, que estaban sobre la mesa.

—Tengo que ir al periódico a recoger algo antes de que mi jefe vuelva a Nuuk.

Tupaarnaq estaba de espaldas, removiendo su taza. Asintió despacio.

—He visto que han quitado el artículo —dijo al tiempo que daba media vuelta con la taza en la mano—. ¿Están furiosos?

—Sólo quiero ir a recoger algo que tengo en la mesa y me iré enseguida.

Y también debo comprobar algo más sobre las películas.

—Vale.

—Uno del periódico me ha escrito para decirme que cree que el hombre de la foto es Abelsen.

El aroma del café le llegó a la nariz y se le metió en la boca, donde se transformó en un deseo aún mayor de fumar un pitillo.

—Ten cuidado ahí fuera —dijo ella.

Matthew no necesitó mucho rato para vaciar su mesa de la redacción, y a las diez decidió borrar también todo su correo electrónico. No era que tuviera nada que ocultar, pero le fastidiaba que otros pudieran hurgar en sus cosas.

Leiff había guardado el paquete que mencionaba en el mensaje en un cajón de su mesa. Pensó que era lo más seguro, y sin duda estaba en lo cierto porque Matthew notó perfectamente que todos en el periódico sabían lo que pasaba.

Poco antes del mediodía terminó de vaciar el buzón, junto a los archivos y los códigos, y apagó el ordenador.

Cogió la bolsa con sus cosas y bajó deprisa al despacho de Leiff, que abrió el cajón y entregó el paquete a Matthew.

—Llévatelo a casa —dijo el buen hombre con una sonrisa—. Si escribes algo más, envíamelo a mí e intentaré publicarlo con mi nombre. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al paquete, que había desaparecido en la bolsa de Matthew—. Podría haber algo interesante ahí. Escribe, ¿vale?

—Claro que sí. Ahora mismo lo abriré. Y veremos lo que sucede.

—Muy bien. Y recurre a nosotros si algo va mal.

—De acuerdo, gracias. —Matthew titubeó—. Las fotos esas que envié. ¿Se te ha ocurrido algo? ¿Puede seguir existiendo el contenedor?

—Qué va —exclamó Leiff, sacudiendo la cabeza—. Ése no. Ése pudo haber estado en cualquier sitio. Aunque no recuerdo que hubiera muchos de ese tamaño en Nuuk en 1973. Pero hace ya mucho tiempo, y a lo mejor lo tiraron. Bueno... De hecho, conozco a uno que transformó un contenedor como ése en su casa, en C. P. Holbøllsvej. Vaya, que desde fuera parece una

casa con su tejado, su ventana y todo eso, pero no es más que un contenedor con una tapa de madera.

—¿Puede ser ése?

—No, ése llegó aquí hace apenas diez años, lo recuerdo, de modo que no puede ser el mismo. Pero es muy parecido, y también tiene el interior aislado y brillante. —Leiff asintió para sí—. Intentaré enterarme de algo más por aquí y por allá a lo largo del día.

No había mucha distancia del periódico al piso, aunque al cogote y las piernas de Matthew les parecieron kilómetros.

Tenía la sensación de que todos lo miraban. ¿Qué sabía la gente? ¿Había regresado Abelsen? ¿Iba tras él la policía? No le había devuelto el cuaderno a Ottesen. Abelsen también lo quería, pero a lo mejor tenía intención de matarlo. Se detuvo unos minutos y miró a su alrededor antes de meter la llave en la cerradura del portal y encerrarse en el hall silencioso y vacío. En vez de usar el ascensor subió por la escalera, para poder comprobar que no hubiera alguien esperando en su planta.

Había intentado ganar tiempo afirmando que acudiría a la cita con el cuaderno de Jakob la noche del viernes, pero sabía perfectamente que, en el mejor de los casos, sólo disponía de veinticuatro horas para hacer detener a Abelsen si no quería acabar como Lyberth y los de 1973.

Se relajó. No había nadie en la escalera ni delante de su puerta, y no necesitó muchos segundos para encerrarse y echar la llave. Pensó en ir a la casa azul, con Tupaarnaq, en vez de quedarse en su piso, donde cualquiera podía encontrarlo, pero imaginó que en las primeras horas no pasaría nada, y si aparecían su jefe o la policía, podía fingir que no estaba.

Una vez que abrió el paquete, el contenido ocupó la mayor parte de la mesita del sofá. No era lo que había esperado, pues no había nada que tuviera que ver con el asilo, las niñas o los experimentos médicos, ni nada en absoluto que pudiera relacionar a Lyberth con el caso de 1973.

Matthew cerró los ojos y se echó atrás en el sofá. Aquellas cosas no

servían ni para fundamentar el caso de Jakob en 1973 ni para librar de sospechas a Tupaarnaq. Ni siquiera era seguro que fuera Lyberth quien había mandado el paquete, aunque Leiff pensara que era su letra la que se veía en la dirección. Sacó un cigarrillo de la cajetilla y lo encendió mientras se levantaba del sofá e iba a la puerta del balcón.

Por otra parte, la película podía incriminar a Abelsen. Si se demostraba que era él quien pasaba por delante de la cámara. La afición de Abelsen por acumular trofeos podría haberle llevado también a conservar el contenedor.

No podía ver si Tupaarnaq estaba en la casa azul, pero seguramente estaría allí. La ciudad era aún más peligrosa para ella.

En el paquete había muchos papeles. Notas, hojas de cálculo impresas, cuentas, copias de recibos y anexos. Parecía algo de una oficina de intervención de cuentas. Los documentos estaban ordenados en veintitrés montones, cada uno sujeto por una grapa. Matthew miró a su alrededor y apagó el cigarrillo en el grueso sobre marrón. En cada uno de los montones había un nombre escrito en un *post-it* amarillo. En uno de ellos figuraba el de Lyberth. En otro, el de la actual presidenta del Parlamento Autonomico, la primera parlamentaria de Groenlandia. También estaba el nombre de Abelsen y de otros muchos que Matthew reconoció como integrantes de la cúpula dirigente de la autonomía.

Matthew sacó una cerveza del frigorífico y volvió a sentarse en el sofá con los papeles delante. Uno a uno, los repasó todos, y después de los dos primeros ya empezó a entender qué era lo que había recibido. Aquella documentación no correspondía a gastos convencionales, sino a gastos que, o bien carecían de cobertura suficiente, o bien estaban maquillados, de forma que con un simple vistazo se podía comprobar que el dinero había pasado de la caja nacional Landskassen a usos privados. Se trataba de viajes, objetos de arte, caras pantallas planas y muebles de diseño. Era un escándalo económico y político en una época en la que la economía estaba en horas bajas. Malversación de fondos públicos. Si el asunto llegaba a la prensa, no

destrozaría sólo a Lyberth, sino también a algunos personajes más, dependiendo de hasta dónde quisiera llegar la investigación correspondiente.

Sacudió la cabeza. Quizá aquello dejara a Abelsen fuera del juego, pero era sólo una posibilidad. No era tan bueno como un cadáver, pero de algo serviría, a fin de cuentas. En cambio, era muy probable que destruyera a Lyberth de una vez por todas. Y seguramente provocaría la destitución de su compañera de partido, Aleqa Hammond, como presidenta autonómica, así como la de todo su gobierno. En los documentos había pruebas irrefutables de que Aleqa había hecho uso privado de fondos públicos. Nada menos que cien mil coronas que, al parecer, habría gastado en billetes de avión y habitaciones de hotel para su familia.

Se pasó la mano por el pelo y la barbilla antes de encender otro cigarrillo y abrir la maquinilla de afeitar. Allí había mucho más de lo que había creído en un primer momento. Aquello era un escándalo político que sacudiría a aquella pequeña nación, que, por lo demás, con su primera mujer presidenta, estaba lista para la reconciliación y la confraternización con Dinamarca.

Si era Lyberth quien había enviado el paquete antes de morir, Matthew no tenía la menor duda de que lo había hecho con la esperanza de que al hacerlo público se armaría un escándalo que le serviría de parachoques para lo que estaba a punto de salir a la luz después de cuarenta años en la oscuridad. Era una columna de humo en la que él sacrificaba a todos los demás para salvarse a sí mismo y a su familia en la medida de lo posible. Por desgracia había resultado inútil, ya que no había contado con que pudieran asesinarlo poco después de enviar el paquete.

El humo del cigarrillo se posó sobre el ordenador cuando empezó a escribir un nuevo artículo. Esta vez sobre el uso indebido de fondos públicos y el abuso de la función pública.

El artículo tendría que aparecer en <sermitsiaq.ag>, pero esta vez de la forma correcta, con Leiff como autor. Seguramente también lo borrarían enseguida, pero duraría el tiempo suficiente para que alguien lo copiara, y

Leiff entregaría a la policía todo lo que contenía el paquete, junto con una denuncia de los tres casos más importantes de uso indebido de fondos públicos y de abuso de cargo público.

Matthew cerró la ventana del periódico digital y comprobó el buzón una última vez antes de salir a buscar a Tupaarnaq. Tenía un correo sin abrir.

Recuerda nuestra cita de mañana por la noche, Matthew. Y no te olvides del cuaderno. He vuelto a casa un poco antes y he pasado por casa de Paneeraq. Me recordaba perfectamente. También ella cree que es una buena idea que me des el cuaderno, y tiene derecho a quererlo. Una señora mayor, sola en el Bloque 2, con un anciano senil. Hay tan poca distancia hasta el corredor exterior... De pronto se puede encontrar uno tirado en el asfalto. A las 22.00 horas, mañana. Quizá te han dicho que estoy muerto, pero no dejes que eso te confunda. Tú ven. Ya me encargaré yo de que tu nueva amiga también pueda abrir los ojos la semana que viene.

El olor a café recién hecho se extendía como un semitono blando y cálido sobre el salón de Paneeraq. Las dos lamparitas estaban encendidas de nuevo, y su abuelo estaba sentado en la butaca igual que la vez anterior; el sillón estaba vuelto hacia la explanada situada entre los bloques 1 y 2.

Pasaban pocos minutos de las tres de la tarde, pero las pesadas nubes sobre la ciudad la habían envuelto en un manto de oscuridad.

Paneeraq cerró con llave rápidamente y Tupaarnaq la acompañó a la cocina para preparar café. Matthew las oía hablar en groenlandés.

—Hay unas pinturas estupendas —dijo Matthew cuando volvieron las dos mujeres, cada una con una taza de café humeante.

—Las trajimos de Qeqertarsuatsiaat —respondió Paneeraq, sentándose en el sillón vacío.

Tupaarnaq se dejó caer en el sofá.

Matthew arrugó la frente.

—¿Qeqertarsuatsiaat?

—Sí. En danés se llamaba Fiskensæset. Es una aldea que está a cierta distancia de Nuuk, hacia el sur. Estuve viviendo allí desde... Bueno, ya sabe.

Matthew asintió despacio y distraído mientras se volvía hacia Tupaarnaq.

—¿Me has hablado tú de esa aldea?

—No, ni tampoco he estado allí nunca.

Entonces cayó en por qué le resultaba conocido aquel nombre. Sin pensarlo siquiera, sacó el cuadernito del bolsillo y pasó varias páginas hasta llegar a los días en que todo se complicó para Jakob.

—¿Lisbeth? ¿Se fue usted con Lisbeth a Qeqertarsuatsiaat?

Paneeraq sonrió y bajó la vista hacia la mesa antes de mirar al hombre de la butaca.

El anciano dio media vuelta y se quitó la capucha.

—Veo que tiene usted mi cuaderno.

Matthew dio un respingo. Cerró los ojos y apretó el cuaderno, como si aquellas palabras le hubiesen arrebatado la razón que aún podía quedarle.

—Pero si usted está...

—¿Muerto?

—Sí.

—A punto estuve. Quizá faltaron diez minutos, pero fueron suficientes. — Pasó los dedos sobre la piel del tambor—. Cuarenta años después estamos en la misma barca.

Matthew se quedó en silencio. Miraba de reojo al anciano.

—Paneeraq tuvo una visita hace poco —prosiguió Jakob—. Abelsen. Reclamaba el cuaderno.

—Perdóneme —se disculpó Matthew nervioso mientras se pasaba la mano por los ojos y todo el rostro. La barba rascaba en la piel—. Estoy totalmente en shock.

—No tiene por qué estarlo.

—Pero... estaba seguro de que usted había muerto. —Clavó la mirada en el anciano. Su rostro descolorido estaba lleno de arrugas. Tenía el cabello fino y grisáceo.

—Con eso contaban todos, desde luego.

—El feroés —exclamó Matthew—. El de sus anotaciones. Es él el hombre que apareció en el glaciar, ¿no?

—Supongo —farfulló Jakob—. Pero no he visto la momia, de modo que no puedo decirlo con certeza. De lo que estoy totalmente seguro es de que hubo algo que amenazó con descubrir a Lyberth, y ahora está muerto.

—Junto a un joven policía y un pescador —añadió Matthew—. Intentaron mezclar a Tupaarnaq en todo esto... —Se detuvo.

—Conozco bien a Tupaarnaq —dijo Jakob cortante, sonriendo a la joven—. En Qeqertarsuatsiaat teníamos acceso a periódicos e internet. —Sorbió el aire con fuerza y miró a la joven—. Seguí de cerca tu caso. No tendrías que haber estado tan sola. Lo lamento.

Tupaarnaq torció un poco la cabeza y lo miró.

—Gracias. Lo cierto es que siempre he estado sola.

—Lo sé. Eres bienvenida aquí cuando quieras hablar con alguien.

Tupaarnaq se encogió de hombros.

—No quiero hablar con nadie.

—No, eso también lo sé, pero a veces puede ser bueno hablar de focas, de aguas altas y de los colores del hielo. —Miró ahora a Paneeraq—. También ella vivió en Tasiilaq, y a sus padres los mataron. Puedes compartir tus vivencias con ella si lo necesitas.

—Hazlo —añadió Paneeraq—. Mi puerta está abierta día y noche para ti.

—Gracias. —Tupaarnaq se levantó del sofá—. ¿Hay baño aquí?

—Sí, ahora te acompaño —respondió Paneeraq.

La lluvia golpeaba los cristales.

Matthew miró a Jakob, sentado en la butaca.

—¿Puedo preguntarle cómo sobrevivió?

Jakob se apartó de la ventana y sonrió a Matthew.

—Debió de quedarse usted muy confuso después de su visita del otro día. Habría sido mejor que nos hubiera dicho que había leído mi cuaderno.

—Yo creía que las últimas páginas las había escrito el asesino. No conseguía comprender por qué iba a hacerlo ese hombre..., o esa mujer. Parece escritura femenina.

—Las escribió la asesina, de hecho. —Con un profundo suspiro, Jakob volvió otra vez la cara hacia las ventanas.

—Pero usted no murió —dijo Matthew.

—Es cierto. Me refiero a la que mató a todos los demás. Yo tenía razón. Los crímenes fueron fruto de una venganza.

—Pero no lo denunció, aunque eso le habría permitido limpiar su nombre y permanecer en Nuuk, ¿no?

—No, ya era demasiado tarde. Y tampoco podía hacerlo, porque era como Paneeraq, aunque ya adulta. Y Paneeraq tenía que desaparecer de inmediato. —Titubeó—. En el fondo fui yo quien los mató. Fue mi propio trabajo al desenmascararlos. Ella se enteró de todo. Leyó mis notas en la oficina sin que yo me diese cuenta. O quizá sin que me parara a pensar en ello. Tanto café con pastelitos... Su visita...

—¿Lisbeth? ¿Fue Lisbeth quien mató a los cuatro hombres? ¿Quien los destripó y despellejó? ¿También a la madre de Paneeraq?

El anciano asintió como si le pesara la cabeza.

—Así fue, sí. Una consecuencia de su propia infancia. —Levantó la vista—. ¿Sabe usted que aquí una de cada tres niñas es víctima de violencia sexual? Y en las aldeas, en algunos casos, todas las niñas que viven allí se ven obligadas a cargar con ello toda la vida.

—Sí —afirmó Matthew en un susurro, con la voz apagada—. He leído prácticamente todos los estudios oficiales que existen.

—No podía hacer otra cosa que llevarme a Lisbeth y a Paneeraq a algún sitio donde pudieran vivir en paz. Allí lo pasamos bien. Teníamos todo el tiempo para nosotros. Paneeraq fue al colegio hasta noveno curso, y luego le dimos clase Lisbeth y yo. Había una biblioteca estupenda.

—¿Nadie descubrió quiénes eran ustedes?

—No, y en esa época en la aldea lo único que tenía alguna importancia era la pesquería de bacalao. A ojos de la gente de allí, yo era un geólogo danés un tanto extravagante, Lisbeth era mi mujer y Paneeraq nuestra hija.

—¿Tan fácil fue?

—Sí. Yo coleccionaba piedras, y eso era todo lo que los vecinos necesitaban como prueba; además, Lisbeth era groenlandesa.

—Pero mató a cuatro hombres y a una mujer inocentes.

—No eran inocentes en absoluto, se lo puedo asegurar..., con la excepción

de la madre de Paneeraq. Eso sigue atormentándome todavía hoy.

Matthew sacudió la cabeza y bajó la vista.

—No sé qué decir. Ella... les arrancó la piel y los destripó. Y es que... — Sacudió la cabeza otra vez—. ¿Qué fue de las pieles?

—Hizo lo que le habían enseñado a hacer —dijo Jakob con un breve suspiro—. Hizo exactamente lo que sus manos habían hecho cientos de veces durante su infancia. Nada más. Un cuerpo muerto es un cuerpo muerto. —Se encogió de hombros—. No hablamos de ello ni una sola vez después de esa última noche en Nuuk, de modo que yo no sé mucho más que usted, y no tengo ni idea de qué fue de las pieles. Si he de ser sincero, tampoco me importa. Lo que me importaba a mí eran las niñas.

—¿Y qué hay de la piececita?

—¿Qué piececita?

—La pieza del puzle. La que dejaron sobre la frente de la última víctima. Le incriminaba a usted.

—Aquella pieza, es verdad. Nunca le pregunté por ella, pero no creo que Lisbeth quisiera causarme problemas. No, más bien lo que intentaba era acercarse a mí. Sólo a mí. Creo que no imaginaba que hubiera otros que supieran algo del puzle. —Miró al pasillo—. Paneeraq nunca contó qué había sucedido en los años entre el asilo y los crímenes. Tampoco le expliqué que fue Lisbeth quien los cometió.

—De modo que no sabe quién asesinó a sus padres ni que ustedes mataron al feroés y lo echaron en una grieta del glaciar, ¿no es así?

—En cualquier caso, no hemos hablado de ello. Cuando recuperé la consciencia y comprendí lo que había sucedido, me quedé conmocionado. Destrozado. Pero eso no servía de nada, porque no podía cambiar las cosas. Eso era imposible. Nos lo llevamos hasta el fondo del fiordo en una barca que robé, y luego yo mismo lo arrastré el último trecho en un pequeño trineo. Fue un viaje horrible. Tuvimos que dar un rodeo por Kapisillit, porque no teníamos combustible suficiente. Yo había metido el cuerpo en una piel que

habían dejado los Hempler en la casa y tiré las vísceras al mar. También llevábamos a Paneeraq, pero ella estaba en la cabina y no vio lo que pasaba. —Juntó las manos, flacas y arrugadas, delante del rostro—. Yo pensaba que el glaciar destruiría a aquel feroés lunático, pero, según parece, lo tiré a una grieta estable, donde el movimiento del hielo es mínimo. Tal vez no fuera más que hielo firme en medio de dos paredes de roca. Es difícil ver en invierno, y no me atreví a adentrarme demasiado.

—El hecho es que volvió a aparecer —añadió Matthew—. ¿Por qué regresaron a vivir a Nuuk?

—Ya, ¿por qué? Yo tengo más de ochenta años y Lisbeth murió hace más de dos. Pensé que era el momento de hacerlo. —Miró hacia la entrada—. Creo que los dos deseábamos regresar y apaciguar nuestros corazones si existía la posibilidad de conseguirlo. Cada uno a su manera.

—¿Tenéis hambre?

Matthew miró a Paneeraq, que le sonreía desde el quicio de la puerta.

—Un poco, pero no se preocupe. —Sacó el móvil del bolsillo—. Tengo unas fotos que querría enseñarle. A lo mejor reconoce algo. Es posible que muestren a Najak a los once años. Encerrada. ¿Le parece bien?

—Enséñemelas.

Matthew le pasó el teléfono, ella lo cogió y se mordió los labios. Asintió y se echó hacia atrás en una silla.

—Nunca pensé que volvería a ver esto.

—¿Quieres algo? —preguntó Tupaarnaq, poniendo una mano sobre el hombro de Paneeraq—. ¿Agua?

Paneeraq sacudió la cabeza. Se secó los ojos con los dedos.

—No, gracias.

—¿Estuvo usted allí? —preguntó Matthew.

Paneeraq dejó escapar un hondo suspiro. Respiró jadeante.

—Sí, estuve allí.

Matthew miró a Paneeraq y luego a Jakob.

El anciano negó con la cabeza.

—Yo no sé nada de eso.

—Nunca he hablado de ello —prosiguió Paneeraq—. Pero estuve allí. Igual que Najak. Las cuatro estuvimos allí. Unas semanas después de volver a Nuuk. Se suponía que teníamos que pasar lo que llamaban una *cuarentena* por si traíamos alguna enfermedad, pero no eran más que mentiras. —Escondió las manos—. He olvidado todo lo que me han permitido las pesadillas.

—¿Así que estuvo encerrada en ese mismo contenedor?

—Sí, jamás lo olvidaré, aunque ojalá pudiera.

—¿La luz se encendía y se apagaba allí dentro?

Paneeraq asintió.

—En el techo había una bombilla que se encendía y se apagaba todo el rato. Día y noche, aunque enseguida perdías la noción del tiempo. Sólo había luz y oscuridad. Tenía muchísimo miedo de lo que pudieran hacerme. Estaba deshecha, pasaba todo el tiempo como adormilada. Creo que deseaba estar muerta.

Matthew bajó la mirada.

Tupaarnaq se había sentado al lado de Paneeraq.

—¿Recuerda dónde estaba? —preguntó en voz baja.

Paneeraq asintió.

—Sí. —Su voz había enronquecido. Casi había desaparecido—. Estaba en Færingehavn.

—Deberías haberlo dicho entonces —murmuró Jakob desde el sillón.

—Ya lo sé —dijo Paneeraq. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Tupaarnaq—. Tenía once años e intentaba huir de sus monstruos.

Matthew miró a Jakob.

—¿Realmente podía estar en Færingehavn?

—Sí, encaja. Tanto por la distancia como porque allí el feroés podía gozar

de total tranquilidad.

—Fuimos en barca varias horas —explicó Paneeraq—. Tampoco estaba tan lejos. Recuerdo que había un pueblo diminuto lleno de casas de madera, y un puerto construido con los tablones más largos que he visto nunca. Llegaban casi hasta donde alcanzaba la vista.

—Seguro que es Færingehavn —añadió Jakob.

—También pasé unos días en una casa grande, gris. Acostada. —Paneeraq tenía los ojos fijos en el infinito—. Podía ver unas construcciones redondas y enormes al otro lado del fiordo.

—Es Polaroil —dijo Jakob—. Los silos esos siguen allí... Todo sigue allí.

—¿También el contenedor? —preguntó Matthew, levantando las cejas.

—Estoy casi seguro de que sí —respondió Jakob—. La factoría fue abandonada en los años ochenta, y desde entonces prácticamente todo ha quedado ruinoso y oxidado.

—¿Y no vive nadie?

Jakob sacudió la cabeza.

—Era una factoría de pesca que permitieron construir a los feroeses cerca de Nuuk, en 1927. No sé cuántos vivían allí en la época de mayor prosperidad, pero estaba de lo más animado las dos veces que estuve allí, hacia 1971 y 1972, aunque ahora está desierto y la mayor parte de los edificios se encuentran en ruinas.

—¿Por qué cree que el contenedor puede seguir allí?

—Porque lo abandonaron todo tal como estaba. El lugar se fue despoblando a lo largo de una década, y al final los últimos echaron la llave, se subieron a los barcos y se largaron de la ciudad vacía. Resultaba demasiado caro llevarse lo que no cupiese en una maleta. Así sucede en todos estos sitios. Si un lugar se despuebla, todo se queda allí. Cuesta una fortuna dismantelar una aldea o un pueblo, y el país es tan enorme que nadie se da cuenta de lo que se destruye.

Matthew miró a Tupaarnaq.

—¿Y si vamos a Færingehavn?

Ésta asintió.

—No sé dónde está, pero bueno, podemos ir.

—¿Quiere buscar el contenedor? —los interrumpió Jakob.

—Sí —dijo Matthew, volviendo la mirada hacia el anciano—. Está lejos, pero si todo se abandonó como dice es muy posible que siga allí, y si lo encontramos tal vez hallemos algún rastro de las niñas y podamos relacionarlo con Abelsen.

Jakob se incorporó a medias.

—Vale la pena intentarlo, y los casos de asesinato nunca prescriben. ¿Tenéis barco?

Matthew sacudió la cabeza.

—Ya encontraremos uno —aseguró Tupaarnaq—. Eso no es problema. Sólo necesito las coordenadas exactas y ya me las apañaré.

—Tal vez deberíamos llamar a la policía, ¿no? —dijo Paneeraq—. Así no estarías allí vosotros solos.

—No podemos. —Tupaarnaq miró a Matthew—. Nada de policía, eso... Eso puede esperar.

—Eso puede esperar —repitió Jakob—. Pero tenéis que salir ya para llegar antes de que oscurezca del todo. —Miró a Tupaarnaq—. Llévate un rifle. Por seguridad.

La joven sonrió.

—Nunca me embarco sin un rifle.

Færingehavn, 14 de agosto de 2014

El fondo de la lancha golpeaba con fuerza contra las olas. Iba abriendo un surco en la superficie del agua con cada golpe. Tupaarnaq la hacía avanzar a toda velocidad.

El sol había abierto una brecha entre las nubes, y durante la última parte del recorrido se había ido deslizado hacia el horizonte, de modo que cuando viraron para entrar en Buksefjord no quedaban más que un par de horas de luz diurna. Los montes se cerraron rápidamente en torno al mar, y menos de quince minutos después de entrar en el fiordo asomaron los primeros grandes silos de Polaroil, y un poco más tarde, en el lado opuesto, el largo muelle de madera de Færingehavn.

—Sí que parece destrozado —dijo Matthew mientras su mirada se deslizaba por el largo muelle y los altos y enormes almacenes—. Es fantástico que aún existan sitios así.

La lancha se escoró un poco al virar. Tupaarnaq observó la zona.

—No creo que podamos atracar. Hay demasiada distancia hasta el muelle y no quiero arriesgarme a que se nos abra un agujero en el fondo metiéndonos entre las rocas. —Volvió la cabeza hacia atrás—. Echa el ancla para soltar el bote de goma.

El ancla se hundió en el mar con un chapoteo hueco y enseguida tocó fondo. Matthew pasó la mirada otra vez por tierra. La mayoría de las casas eran de madera, de una o dos plantas. Grises, rojas o verdes. A primera vista parecían intactas, pero las ventanas estaban destrozadas, tenían los cristales rotos por las inclemencias del tiempo o por las personas. Las paredes de

madera estaban ajadas y agrietadas. Los techos de hojalata, oxidados. En muchos sitios había grandes boquetes o faltaba parte del revestimiento, y se podía ver el pálido esqueleto desnudo de los edificios, como raspas de un enorme pescado.

—¡Agarra ahí! —Matthew sujetó el cabo que Tupaarnaq le lanzó.

Ella soltó entonces el bote de goma y lo tiró al agua.

—¿Te metes tú primero?

Matthew miró el agua y asintió mientras intentaba subirse. Cuando el bote cedió bajo su peso, notó el agua a través del blando fondo. Se encogió para que Tupaarnaq pudiera unirse a él.

—Yo remo —dijo ella al tiempo que dejaba el rifle—. Quiero llegar a esa rampa oxidada donde termina el muelle.

Matthew asintió y siguió su mirada. El final del muelle tenía treinta metros de ancho. Encima había un gran edificio gris claro, una parte del cual se adentraba en el mar sobre unas grandes pilastras de hierro. El techo de chapa del edificio era de color marrón rojizo por el óxido. A lo largo de la fachada había varios montones de barriles de petróleo oxidados, muy oscuros, y junto a las rocas de la esquina una red verde de pesquero de altura destrozada.

No había mucha distancia hasta la rampa metálica a la que había puesto rumbo Tupaarnaq, y en cuanto el fondo de goma tocó tierra, Matthew saltó. Tupaarnaq lo siguió y arrastró el bote unos metros para no arriesgarse a que se lo llevara la marea, que allí solía subir con fuerza.

—¿Crees que Najak puede estar aquí? —dijo ella mientras amarraba el bote a una abrazadera debajo de un raíl de hierro oxidado.

Matthew se pasó la mano por la barbilla y sintió la barba más espesa que antes. A un tiempo blanda y áspera.

—No lo sé, es una apuesta demasiado arriesgada... Esto está destrozado. —Se encogió de hombros—. Mi amigo Leiff dijo que no es tan raro convertir un contenedor en una casa, o construir una casa a partir de un contenedor.

Ella asintió y se echó el rifle sobre un hombro.

—Lo sé. En Tasiilaq era así. ¿Y piensas entrar en todos los edificios o qué?

—Sí, no podemos hacer otra cosa. —Matthew miró a su alrededor. La mayoría de las construcciones eran casas dispersas, mientras que las que se extendían a lo largo del puerto parecían grandes naves de almacenaje. Señaló una casa gris que se alzaba delante de ellos—. Vamos a mirar ahí.

La casa estaba tan destrozada por dentro como por fuera, o incluso más. Los techos estaban medio desmoronados y en varios puntos se inclinaban de manera amenazante. La mayor parte de las puertas estaban descolgadas. Los inodoros y los lavabos, cuarteados por el hielo. Había armarios y otros muebles destrozados. Por todas partes había papeles viejos.

Matthew recogió del suelo una guía roja: *Calendario comercial Krak. 1962*. En algún sitio, a su espalda, sonó el golpe de algo pesado contra el suelo.

—¡Esta porquería se va a venir abajo de un momento a otro! —exclamó Tupaarnaq—. Además, todas las habitaciones son muy pequeñas. Creo que aquí debía de haber oficinas o algo por el estilo.

Matthew asintió.

—Eso parece.

—Vamos a ver qué hay en la casa roja del otro lado —dijo Tupaarnaq, a la vez que desaparecía por la puerta principal.

Matthew la siguió. Bajó la escalera y atravesó las altas yerbas amarillentas.

Era un edificio bajo pero bastante ancho, y en el centro había un pequeño saliente que parecía la entrada principal. Todas las ventanas estaban destrozadas, y sólo quedaban fragmentos de cristal en los marcos, como pequeños dientes afilados en bocas negras.

El cartón asfaltado del techo estaba descolorido y rajado. Las maderas, aunque desportilladas, conservaban su color rojo. La puerta principal se había descolgado y hacía mucho tiempo que no podía cerrarse.

—Espera. —Matthew se detuvo—. ¿Qué era esto?

—¿Quizá una especie de club o algo así? —sugirió Tupaarnaq, inclinándose sobre un sofá de terciopelo rojo con los cojines y la tapicería destripados. Empujó un montón de cosas alargadas que había en el suelo—. Mira. Utensilios para hacer punto. —Levantó la vista hacia Matthew—. Todo esto es un horror. —Empujó con el pie un viejo gramófono que había en el suelo, junto con otras muchas cosas rotas—. Es obvio que se largaron de un día para otro sin llevarse nada.

Tupaarnaq recorrió la estancia en diagonal y apretó unas cuantas teclas de un piano medio hundido.

—La otra habitación parece una sala de reuniones, con escenario y todo. —Se volvió hacia Matthew—. No creo que tu contenedor esté aquí.

Matthew sacudió la cabeza.

Fuera, el sol estaba acercándose a las montañas de detrás de la última casa. La plana llanura hacía que pudiera verse todo lo que había alrededor a una distancia de doscientos metros.

—¡Allí hay unos raíles! —exclamó Matthew, mirando una estrecha vía con raíles oxidados que se adentraba en la costa, hasta unas vagonetas bajas y oxidadas que había junto a un largo muro de hormigón que parecía un pequeño dique como los que se usan para generar electricidad en los ríos noruegos—. Ésos deben de ser los únicos raíles de Groenlandia, ¿no?

—No lo sé —dijo Tupaarnaq—. En todo caso, en el este no hay trenes. —Pasó la mirada por aquella zona llena de construcciones—. No creo que podamos volver hoy a Nuuk. —Matthew siguió su mirada. Ella volvió el rostro hacia él y prosiguió—: Se nos haría de noche antes de llegar, y sería una locura navegar en la oscuridad por una costa que no conocemos.

—¿Qué podemos hacer, entonces?

—Bueno, dormiremos aquí, o en el bote.

—¿Crees que habrá sacos de dormir?

—No, no creo, pero ya nos las arreglaremos.

—Vale. —Miró la ciudad abandonada que lo rodeaba. Luego respiró hondo y se encogió de hombros—. Echemos un vistazo en las naves grandes del puerto antes de que oscurezca.

Atravesaron en diagonal las casas dispersas de la ciudad, en dirección al puerto. A los lados del embarcadero de madera, de más de cien metros de largo, había entre diez y doce edificios grandes, cada uno de una forma distinta. Algunos contaban con varias plantas y tenían ventanas, mientras que otros sólo tenían grandes portones en la fachada.

Mientras recorrían las naves una a una, la mente de Matthew trabajaba con intensidad. Las horas habían pasado tan veloces que no había tenido tiempo de pensar en las consecuencias. Miró la nuca de Tupaarnaq. En torno al cuello de su jersey podía vislumbrar la oscura espesura que se ocultaba bajo su ropa. La capucha le caía sobre la espalda.

—Si la encontramos —dijo dubitativo—, me refiero a Najak, ¿llamaremos a la policía?

Ella se volvió y clavó los ojos en los de él con tanta fuerza que Matthew casi sintió sus dedos estrujando los tendones junto a las clavículas.

—No pensarás volver a hacer el idiota, ¿no?

—No, pero...

—¿Qué? Da igual lo que encontremos, los dos acabaremos directamente en la cárcel... En cualquier caso, a mí me encerrarán. —Bajó la mirada—. Piensa un poco, joder.

Matthew siguió su mirada. En medio de los dos, en el suelo lleno de porquería, había una hoja de papel descolorido. «Boletín de la Misión Interior. Domingo 25 de septiembre de 1983. Año 130. De Dios es el poder y la gloria.»

—Además, no hay cobertura para el móvil. —Echó a un lado el papel con una patada—. Vamos a seguir.

Matthew se inclinó y cogió del suelo un martillo de cabeza metálica que supuso que pesaría varios kilos. Intentó imaginar la fuerza que debían de

tener los brazos de los hombres que lo habían blandido.

El siguiente edificio en el que entraron carecía por completo de ventanas. Era una nave alargada, construida con un techo de metal que formaba un arco de un lado a otro. El edificio estaba cerrado con una gruesa cadena metálica y un fuerte candado oxidado, así que tuvieron que romper la puerta para poder entrar.

En el interior olía a aceite rancio y a mar. El suelo firme de los primeros metros daba paso a enormes tablones.

Matthew miró el suelo.

—No debe de ser nada seguro caminar por ahí.

Tupaarnaq encendió la linterna del móvil e iluminó la estancia.

—Mira —dijo en voz baja, emocionada.

Matthew lo había visto al mismo tiempo, y al momento sacó su propio móvil para tener más luz. En el otro extremo de la nave había un viejo contenedor oxidado.

—Puede ser ése.

Ella asintió.

El frío recorrió la columna vertebral de Matthew cuando pisó el suelo de madera con mucho cuidado.

En cuanto llegaron, Tupaarnaq puso una mano en la pesada palanca de la puerta. Tiró con tanta fuerza que repercutió en todo el cuerpo.

—Está totalmente oxidada.

Matthew dejó el teléfono y el martillo en el suelo y agarró la palanca con las dos manos, pero no consiguió moverla.

—Un momento. ¿Puedes iluminar aquí?

Tupaarnaq asintió mientras Matthew recogía el martillo, daba un paso adelante y golpeaba la palanca con la pesada cabeza del martillo.

—Joder, cómo pesa —gruñó, y asestó un nuevo martillazo con las dos manos. El ruido les traspasó los oídos a los dos, y el eco reverberó bajo el tejado curvo de metal.

—Otra vez —dijo Tupaarnaq, dando una patada a la barra transversal del gran cerrojo metálico—. Tiene que ceder.

Matthew blandió el martillo una vez más con todas sus fuerzas y sintió un latigazo en los antebrazos cuando tocó la palanca de la puerta. El mango del martillo estaba formado por dos piezas de hierro redondas, curvadas por la fuerza que se les había aplicado una y otra vez en los años ochenta. Volvió a golpear y el golpe sobre los hombros fue tan fuerte que el martillo se le cayó al suelo. Entornó los ojos y se llevó las manos al cuello.

Tupaarnaq dejó el móvil en el suelo y apartó el martillo de una patada. Luego cogió el mango con las dos manos y dio unos pasos atrás.

—Agarra tú también... A la de tres, ¿vale?

Contó, los dos golpearon con todas sus fuerzas y sintieron cómo el cierre cedía y se movía la palanca.

Tupaarnaq cogió la barra, de varios metros de altura, y con todo su peso la empujó hacia arriba lo suficiente para poder entrar.

Matthew la oyó suspirar en el interior.

—Es aquí —susurró.

Matthew iluminó el contenedor. Pasó la luz por el suelo y las paredes brillantes. Había un olor seco y metálico. Se le cerraron los ojos. El corazón se le detuvo. En el fondo del contenedor había una alfombra verde. Contra la pared.

Oía los pasos de Tupaarnaq.

—No puede haber nada debajo de esa manta —dijo ella. Le temblaba la voz. Se sentía pesada en el vacío espacio metálico.

—Sólo tenía once años —murmuró Matthew, volviendo a abrir los ojos—. Una niña.

Tupaarnaq se inclinó sobre la manta y cogió uno de los pliegues. Matthew la oía suspirar. Vio los blancos huesos que relucían sobre los puños que agarraban el tejido. Tupaarnaq apartó la manta con cuidado. Estaba reseca. Tiesa. Algo parecido al polvo cayó de ella y se extendió por los rígidos

pliegues. La joven se detuvo y soltó la manta para dejarla como estaba al principio. Se dio la vuelta y caminó hacia Matthew con la mirada fija en la estrecha salida del contenedor.

—Vámonos. —Sus palabras fueron un latigazo de aire.

—¿Najak? —Matthew apenas podía oír sus propias palabras.

—Vamos. Tenemos que encontrar un sitio donde pasar la noche.

Matthew despertó al sentir un tirón en el brazo. La estancia en la que se encontraban estaba totalmente a oscuras, de modo que calculó que sería entre la medianoche y las tres de la madrugada. A través de la ropa notaba el colchón rajado y roto, y las plumas se le clavaban en la espalda.

Sintió otro tirón en el hombro y se dio la vuelta. El chaquetón que se había puesto debajo de la cabeza no había funcionado demasiado bien como almohada y tenía rígidos los músculos del cuello.

—Hay alguien en el edificio —susurró Tupaarnaq.

Habían encontrado dos camas oxidadas con colchones en la última casa. Estaba apartada del resto de la ciudad fantasma, y todo parecía indicar que la planta baja había servido de cantina, mientras que en el piso superior un largo corredor daba a pequeñas habitaciones.

El aire nocturno penetraba por las ventanas rotas. Los suelos estaban llenos de restos de la época en que la casa estaba aún viva. Cemento del revestimiento del techo. Papel pintado. Pedazos de cristal. Las puertas estaban casi todas rotas por efecto del clima, el paso de los años, o a causa de alguna patada.

Se oyó un crujido procedente de algún lugar del pasillo.

—¿Has oído? —Tupaarnaq volvió a tirarle del brazo.

Él asintió. Ella se echó hacia atrás y se sentó.

Los ojos de Matthew se habían hecho a la oscuridad y la vio sentada con el rifle apretado delante del cuerpo.

—Aquí no debería haber nadie por la noche —dijo Tupaarnaq en voz baja mientras tiraba poco a poco de la palanca y la volvía a su lugar con un débil

clic.

Matthew se puso de rodillas encima del colchón. En el pasillo había más de un par de botas; por lo menos dos. Se levantó y dio un paso atrás, hasta quedar al lado de Tupaarnaq.

—¿No crees que puede ser alguien que se haya tenido que quedar esta noche, como nosotros?

Ella sacudió la cabeza.

—Me cuesta creerlo.

—Quizá podamos salir por la ventana —añadió Matthew, dando un paso más hacia atrás para asomarse al exterior. Los dentados cristales estaban bien fijos en el marco de la ventana.

El ruido de las botas era más fuerte ahora. Matthew miró la calle empedrada, cinco o seis metros más abajo, y negó con la cabeza.

—Tenemos que salir por la puerta.

Tupaarnaq asintió. Matthew dio media vuelta. Notó el ruido en su bota antes de oírlo: los trozos de cristal debajo de la suela. En el pasillo se hizo el silencio.

—¿Por qué te paras?

La voz era danesa. Adulta. Dura.

—He oído algo.

La otra voz era pesada y grave.

Tupaarnaq miró el pie de Matthew.

—Idiota.

Matthew se encogió de hombros.

—Nos habrían encontrado de todas formas.

—¡¿Qué andáis diciendo ahí dentro?! —gritó la voz dura—. Ya no hay motivo para seguir cuchicheando.

—Parece la voz de Abelsen —susurró Matthew.

Tupaarnaq se echó el rifle al hombro. La boca del cañón apuntaba hacia la puerta abierta.

—No imaginabas que me encontrarías aquí, ¿eh, Matthew? ¿Pensabas que todo estaba desierto? Sois muy ingenuos. Mi amigo Bárður vive aquí, al otro lado. Junto a los depósitos.

Matthew miró el rifle de Tupaarnaq. Lo tenía fuertemente sujeto en el hueco entre el brazo y la barbilla. Los hombros estaban tranquilos. Los músculos, en tensión.

—A él no le importa el cuaderno, pero a mí sí que me gustaría tenerlo. ¿Lo llevas encima? Seguro que sí, porque eres un tonto.

Matthew sacudió la cabeza. Tupaarnaq asintió con los dientes apretados.

—¿Estáis ahí? —añadió Abelsen—. Me estoy cansando.

Hubo un instante de silencio. Entonces, el ruido de pasos volvió a acercarse, y pocos segundos después apareció una silueta grande y oscura en el quicio de la puerta. Era enorme. Llenaba casi todo el hueco.

El primer disparo retumbó por toda la estancia y alteró los pensamientos de Matthew. La silueta desapareció con un breve y profundo gruñido.

—¡Corre! —ordenó Tupaarnaq.

Matthew saltó hacia la puerta.

—¿A la izquierda? —El hombre enorme había llegado por la derecha.

Ella asintió.

—Hay escalera a los dos lados.

Matthew jadeó al salir por la puerta. El pasillo estaba oscuro. Sólo entraba la luz nocturna por una puerta rota del fondo. Matthew no pudo ver si eran dos o tres las siluetas cuando Tupaarnaq volvió a disparar. Esta vez, hacia la oscuridad del pasillo. Con grandes zancadas recorrió los escasos metros que había hasta la esquina de la escalera y resbaló en los escalones. La madera le golpeó la espalda. Se agarró al pasamanos y se incorporó otra vez. Siguió bajando la escalera. Detrás de él sonaban ruidos de pasos por todos lados.

—¡Soy yo! —gritó Tupaarnaq—. Corre, por lo que más quieras..., hacia el agua.

Matthew giró bruscamente hacia la derecha al pie de la escalera y corrió

hasta la puerta principal. El rifle volvió a desgarrar la noche con un disparo. El tercero.

En el exterior, la oscuridad parecía menos densa. El cielo era de color rosa detrás de las montañas, en el lado opuesto del brazo del fiordo.

—¡Corre, joder! —gritó Tupaarnaq detrás de él.

Matthew siguió corriendo por el corto camino de tablas que se extendía frente a la casa. Sus piernas trabajaban a toda potencia y notaba que pronto se le acalambrarían. Todo se le acalambraría. Le dolían los pulmones. Le hervía la sangre.

—¡Vamos al bote! —exclamó Tupaarnaq a su espalda. Jadeaba como él.

Matthew llegó hasta el bote de goma y lo agarró. Estaba desinflado. Tupaarnaq chocó con él y lo agarró también.

—¡Mierda! —Miró el agua—. Tendremos que nadar.

Desde el mar resonó un disparo y en ese mismo instante oyeron un silbido muy cerca. Se tiraron al suelo.

—Debe de haberse quedado alguien en su barco —susurró Matthew. Le temblaba la voz, y lo veía todo negro—. Tenemos que salir de aquí.

Tupaarnaq miró a su alrededor. A no mucha distancia estaban Abelsen y Bárdur y, en el mar, el hombre del rifle.

—No le has dado —murmuró Matthew.

—He disparado al aire.

Otro disparo atravesó el aire por encima de ellos.

—¡Deja de disparar, joder! —gritó Abelsen en algún sitio en la oscuridad.

—Vámonos —musitó Tupaarnaq.

Matthew la siguió hacia la parte trasera del almacén situado en el extremo del muelle. Se metieron entre las pilastras de hierro que sostenían el edificio. Reinaba una total oscuridad. Oía a Tupaarnaq respirar entrecortadamente. El mar golpeaba las pilastras. Tupaarnaq lo miró.

—Tenemos que llegar a la lancha... No habrá más de treinta metros.

—El agua debe de estar a dos grados, como mucho... ¿Y si nos da un

calambre?

—Nos ahogaremos. Cuando el cuerpo llega a temperaturas tan frías no se tarda... Ahora cierra la boca.

—Hola... —La voz de Abelsen los interrumpió—. Bárdur os ha echado una mano quitando el aire del bote en que llegasteis.

Matthew vio a Tupaarnaq mirar el mar. La superficie estaba negra como el carbón, y era imposible distinguir las rocas sumergidas.

—Mira, Matthew —prosiguió Abelsen—. Bárdur es un hombre muy comprensivo para los tiempos que corren. Y eso es porque creció aquí, cuando esto tenía vida; de hecho, fue de los últimos en marcharse. Él siempre ha pensado que un día sucedería algo y podría vengar la muerte de su padre. Todo lo demás le resulta del todo indiferente. Para él, el cuaderno no significa nada en absoluto..., tampoco vuestras vidas. Lo único que le interesa es encontrar a Jakob, y en eso lo pienso ayudar un poquito, ya que habéis tenido la amabilidad de ponerlo en mis manos.

—No lo escuches —susurró Tupaarnaq. Sus ojos oscuros brillaban negros como el mar a sus pies.

Matthew sacudió la cabeza.

—Matthew, ¿estás ahí?! —gritó Abelsen—. A Bárdur no le interesas tú. Sólo busca a Jakob. De modo que, si me das el diario y las películas, te dejaré escapar con vida.

El agua se rompió en mudos anillos cuando Tupaarnaq se deslizó por la superficie. Levantó la vista.

—Si nos oyen, se acabó.

Matthew asintió y dejó que sus piernas se deslizaran dentro del agua. El frío le mordió al instante la piel y tuvo que combatir todos sus instintos para no volver a salir. Dejó que se hundiera el cuerpo en el mar, hasta que sólo le quedó fuera la cabeza. El dolor le invadió todos los miembros, la piel se le encogió. Respiraba entrecortadamente, sin hacer ruido.

—Piensa en otra cosa —susurró Tupaarnaq—. Tienes que pensar en otra

cosa y relajarte para que tus músculos estén tranquilos.

Matthew asintió.

—Vale..., joder..., vale.

La cabeza de Tupaarnaq empezó a deslizarse poco a poco por la superficie. No hacía el menor ruido. Todos los movimientos se producían por debajo del agua.

Las rocas desaparecieron de las botas de Matthew, que siguió a Tupaarnaq muy despacio. La piel ardía de frío bajo la ropa. Había unos treinta metros hasta el bote.

—No hagas movimientos bruscos —susurró ella.

El cuello de Matthew estaba ya demasiado aterido para hablar. Siguió nadando. Con cuidado. Anestesiado. Justo por debajo de la superficie. El agua salada le envolvía el rostro, le mordía las mejillas y los labios. Su mente iba saltando entre miles de imágenes. Tine. El vientre. El Mercedes rojo. «Voy a morir aquí —pensó—. Ahora.» El frío lo devoraba, le arrancaba pedazos de carne. Cerró los ojos. No estaban ni a medio camino, seguro. Las piernas dejaron de moverse. «Ya voy», pensó. El Golf azul volcó. Él perdió el control del cuerpo. Le dolía una oreja. Muchísimo. Como si alguien se la estuviera arrancando. Sus ojos se abrieron. La mano de Tupaarnaq.

—Vuelve en ti, joder —musitó ella—. Casi estamos. Venga, imbécil.

Él asintió. Sacudió la cabeza para aclarar sus pensamientos.

En algún sitio, a su espalda, estaba Abelsen gritando a la noche de verano. Las palabras «trae aquí el bote» se oyeron con claridad.

Segundos después arrancó el otro bote muy cerca de ellos, con un rugido.

Tupaarnaq le empujó la cabeza por debajo del agua y al mismo tiempo le agarró el chaquetón. Poco después estaban otra vez arriba. El frío se le clavaba en el rostro como una lezna.

—Vamos —dijo Tupaarnaq.

El bote de Abelsen estaba muy cerca de la orilla, con el motor en marcha. No podían oír lo que hablaban los tres hombres.

Matthew llegó a la popa de su lancha y tiró poco a poco de ella. Le temblaba todo el cuerpo, hasta el punto de que a duras penas consiguió subirse.

Tupaarnaq salió del agua un instante después y se dejó caer en el fondo. Muy cerca de Matthew.

—¿Sabes disparar? —murmuró.

Él sacudió la cabeza.

—Pues tendrás que hacerlo —dijo ella, al tiempo que se sentaba y se descolgaba el rifle del hombro. Sacó el cargador y quitó el agua. Luego echó atrás el cerrojo y miró la recámara antes de volver a meter el cargador. Empujó el cerrojo e introdujo un cartucho en la recámara.

—Toma.

Matthew cogió el rifle y se apoyó con dificultad en una rodilla mientras Tupaarnaq alzaba el ancla sin hacer nada de ruido.

—Ahora comprobaré la batería —explicó—. En cuanto oigas que acciono el encendido, dispara contra el bote de la orilla, ¿vale? Hay muy poca distancia, de modo que necesariamente le darás a algo.

Matthew asintió.

—Eso haré.

—Acuérdate de apoyarlo con fuerza en el hombro antes de disparar. Con fuerza, ¿vale?

Él volvió a asentir.

Un par de minutos después, el motor produjo un primer ruido. Luego otro más profundo.

La hélice empezó a azotar las negras aguas. Matthew se echó el fusil al hombro. El hielo gélido le torturaba los dedos, pero intentó dirigir el arma hacia la silueta del otro bote. Y entonces disparó. Un tiro. Dos. Al alzarse sobre el mar, la lancha dio tal brinco que estuvo a punto de caerse por la popa, pero se agarró a una pieza de la estructura metálica. Se echó el fusil al

hombro otra vez, pero ya estaban tan lejos que no valía la pena volver a disparar.

Nuuk, 15 de agosto de 2014

No eran más de las ocho de la mañana cuando llamaron a la puerta de la casa de Paneeraq y entraron rápidamente en el salón, donde Jakob los estaba esperando.

Lo primero que hicieron al regresar a Nuuk fue coger ropa seca en casa de Matthew. En el barco el calentador había estado funcionando a la máxima potencia, pero no había sido suficiente para secar la ropa. Tupaarnaq había ido más rápido de lo que marcaba la prudencia, pero la aurora, que se había ido elevando poco a poco por las montañas desde el este, la ayudaba a ver cada vez mejor el mar y los elevados paredones montañosos.

En cuanto consiguieron cobertura de red, cerca de Nuuk, Matthew escribió a Malik contándole todo, y éste prometió reenviar el mensaje a Ottesen para que mandaran un helicóptero a Færingehavn a toda prisa. Por último, Matthew envió un mensaje a jely@hotmail.com:

Sabes que vimos a Najak en el contenedor y que tenemos una película en la que apareces tú; de cuando ella estaba aún con vida. Estás acabado. El cuaderno no es nada en comparación con eso.

Tupaarnaq tenía abrazada a Paneeraq mientras Matthew les hablaba de Færingehavn, Bárður, Abelsen y el contenedor.

—¿La visteis? —preguntó Paneeraq mirándolos. Las lágrimas que se habían ido acumulando en las comisuras de sus ojos empezaron a correr—. ¿La visteis de verdad? —Su voz se rompió.

—Era ella —dijo Tupaarnaq en un susurro—. Estaba dentro del contenedor.

Paneeraq se soltó de los brazos de Tupaarnaq y se dejó caer en el sofá.

—Entonces... murió..., murió en esa cosa..., en ese sitio... —Levantó la mirada dando un respingo—. ¿Qué edad tendría?

—Murió entonces —indicó Matthew—. Murió poco después de que se grabaran las películas.

—Pero ¿cómo murió? —exclamó Paneeraq.

—No lo sabemos —dijo Tupaarnaq—. Pero estaba vestida, y no creo que la mataran a golpes.

Matthew miró a Tupaarnaq.

El cuerpo de Paneeraq se encogió de nuevo. Los hombros le temblaban. Tupaarnaq se sentó a su lado y estiró los brazos para abrazarla.

La mujer volvió a levantar la mirada.

—Ese jersey que llevas es demasiado grande, hija mía.

Tupaarnaq sonrió con tristeza.

—Me lo ha prestado Matthew. Tenía toda la ropa empapada.

—Pues vaya. —Paneeraq se puso en pie y se secó los ojos con los dedos—. ¿Me acompañas a ver si tengo algún jersey que te venga bien?

—Ah, sí, vale —accedió Tupaarnaq.

Matthew las siguió con la mirada y se volvió entonces hacia Jakob.

—Abelsen está acabado. Tengo el cuaderno, las películas, las pruebas de la prevaricación y, además, Najak está allí.

—¿Y está como le habéis dicho a Paneeraq?

Matthew bajó la mirada.

—No.

—Ya me lo imaginaba.

—Espero que puedan agarrar a Abelsen y al feroés que te quiere matar.

—Lo único que hice fue esconder el cuerpo, pero a él eso le da igual.

—Eso fue lo que dijo Abelsen. Que quiere matarte.

Jakob asintió y suspiró.

—Veremos lo que pasa. —Levantó la mirada—. No será la primera vez

que espero a un feroés furioso con deseos de matarme.

—No, pero esta vez las cosas se te presentan peor. —Matthew vaciló un momento—. Sabes que el hijo de Karlo es ahora policía, aquí en Nuuk, ¿no?

Jakob lo miró sorprendido.

—No, de eso no me había enterado. Karlo ya falleció, por desgracia.

—Sí, pero su hijo es policía, y fue él quien me dio tu cuaderno.

—Entonces me es más fácil comprenderlo.

—Pienso que quizá sería bueno ir a buscarlo y traerlo aquí, para que oiga toda la historia; ¿tú qué crees?

Jakob tabaleaba con los dedos en el tambor que estaba al lado de la butaca.

—El hijo de Karlo. Vaya..., vaya. Hazlo. Lo haremos.

Como no sabía el número de Ottesen, Matthew sacó el móvil y escribió un mensaje a Malik pidiéndole que se pusiera en contacto con el policía y le contara que Tupaarnaq, Jakob Pedersen y él estaban en el Bloque 2, en casa de Paneeraq, y que el cuaderno también estaba allí.

Malik respondió al momento que se pondría en contacto con Ottesen y le diría que fuera a donde se encontraban.

—Hecho —suspiró Matthew, dejándose caer en el sofá.

Tupaarnaq y Paneeraq entraron en el salón. Tupaarnaq se había cambiado de ropa y llevaba puesto un traje nacional groenlandés completo.

—¿No está guapa? —preguntó Paneeraq con voz luminosa y alegre.

—Se te ve muy distinta —exclamó Jakob.

—Sí, aunque le queda un poco pequeño —añadió Paneeraq—. Pero cuando se lo he enseñado ha dicho que nunca se había probado uno de éstos.

—Las botas me aprietan —dijo Tupaarnaq en voz baja—. Por lo demás, me parece genial.

—Tienes un aspecto magnífico —afirmó Jakob en voz alta—. Deslumbrante.

Matthew se quedó mirando a la joven inuit vestida con aquel traje voluminoso y rebosante de color. Las grandes botas de piel blanca, con

bordes de tela floreada. Los pantalones negros de piel de foca. Los bellos tonos lila de los fajines que rodeaban la blusa de color rojo. El gran chal que, desde el cuello hasta el ombligo, cubría hombros, brazos y tronco con pequeñas perlas y cuentas de colores cosidas formando bellos dibujos.

Matthew no pudo dejar de pensar en la piel que escondían aquellas prendas. El cuerpo tatuado de arriba abajo, oculto ahora por aquella explosión de colores y de femineidad. El contraste parecía infinito. Si su cabello hubiera crecido de repente, Tupaarnaq sería otra. El traje le llegaba hasta la garganta, donde se cerraba con varias capas de cuellos blancos, rojos y negros.

—Este traje lo hice yo misma —dijo Paneeraq sin dejar de sonreír— y me he ofrecido a hacerle otro a ella, aunque el mío es del oeste de Groenlandia y ella es del este.

—Pero no puedo aceptarlo —se apresuró a objetar Tupaarnaq—. Sé lo caros que son. Así que le he dicho que no. No me lo merezco.

—¿Que no lo mereces? —exclamó Jakob—. Tú te lo mereces todo, hija mía. —Miró a Matthew, que estaba observando una pequeña caja de madera pintada de verde que había en el suelo—. Mira lo que hay dentro de esa caja.

Matthew la cogió y la abrió. En ella había un montón de piedras pequeñas, pero también algunas un poco más grandes. Parecían granito rojo desmenuzado. Algunas eran más rojas y brillantes que las otras.

—Aquí hay para muchos trajes —dijo Jakob riendo.

Matthew se volvió hacia él.

—¿Son rubíes groenlandeses?

—Sí. Ya te he dicho que coleccionaba piedras, ¿no? —Seguía riendo—. En esa caja hay rubíes y zafiros rosas, amigo mío. Empecé a coleccionar piedras por ahí mucho antes que cualquier otro. La mina de Aappaluttoq. El nombre ya me atrajo, y más cuando lo vi de cerca la primera vez. Aquel campo rojo.

Sonó el teléfono de Matthew, que cerró la caja mientras lo sacaba del bolsillo. Era un mensaje de Malik.

No he podido localizar a Ottesen, pero he pedido a los de comisaría que lo llamen por radio, de modo que ya sabrá que tiene que ir a vuestra dirección.

Matthew sacudió la cabeza, pero no llegó a decirles nada a los demás, pues en ese mismo momento llamaron a la puerta. Se sobresaltó. Sobre todo al pensar que no había podido decirle a Tupaarnaq que iba a llegar Ottesen. Ahora ya era demasiado tarde, Paneeraq estaba dirigiéndose a la puerta.

—Tupaarnaq —la voz de Jakob rompió el caos que reinaba en la mente de Matthew—, sólo he tenido un amigo en el que pudiese confiar plenamente, y su hijo es ahora policía en Nuuk. Le he pedido que venga a casa porque quiero hablar con él de todo este asunto. Tenemos suficiente información como para que tú y Matthew quedéis fuera de toda sospecha de una vez por todas. Pero ahora tienes que confiar en mí.

Tupaarnaq lo miró furiosa.

—No quiero volver a la cárcel.

—Y no volverás.

En ese mismo instante sonó un grito procedente de la puerta y a continuación un estruendo. Luego otro grito, pero éste más quejumbroso y apagado.

Alguien empujaba a Paneeraq para hacerla entrar en el salón. La amenazaban con un gran cuchillo en el cuello. La hoja estaba apretada con tanta fuerza contra su laringe que le caían pequeñas gotas de sangre.

—Ulrik... —exclamó Matthew, clavando los ojos en el joven groenlandés furioso—. ¿Qué coño estás haciendo?

—¡Cállate! —bramó Ulrik, con los labios blancos por la tensión—. Si os movéis, la degüello. —Su mirada se clavó en Tupaarnaq mientras sacaba de un bolsillo una cinta aislante negra y se la tiraba a Matthew—. Átale las manos a la espalda.

Matthew frunció las cejas.

—¡Venga, joder...! ¡Si no, mato a este vejestorio! —Apretó el cuchillo con más fuerza.

Paneeraq se vio perdida, pero sólo se atrevió a gemir.

—Átame —ordenó Tupaarnaq rápidamente.

Matthew se movió hacia la joven, que se echó las manos a la espalda.

—¡Dale tres vueltas a la cinta! —gritó Ulrik furioso—. ¿La has atado?

Matthew asintió, dio dos vueltas más y se incorporó.

Entretanto, Ulrik ató también a Paneeraq por las muñecas y la empujó hacia el sofá.

—¡Date la vuelta!

Ulrik cogió las manos de Matthew y en un momento se las ató con una cinta, tan fuerte que se le clavó en la piel. Después se volvió hacia Jakob.

—¿Tú quién eres?

—Un antiguo agente de la policía de Nuuk.

—A la mierda —rugió Ulrik rabioso.

Matthew sintió el fuerte golpe de una bota en la corva derecha y cayó al suelo de rodillas.

—¡Eh! —gritó Tupaarnaq dando un paso hacia Ulrik—. ¿Qué estás haciendo, psicópata?

Ulrik le dio un fuerte puñetazo en la cara.

—¡Tú cierra la boca! —gritó, y se inclinó un poco hacia delante para golpearla en el diafragma—. Te voy a arrancar esa mierda de traje. Tú ya no eres groenlandesa.

Matthew intentó levantarse, pero en ese instante Ulrik le dio una fuerte patada en el muslo. Luego le agarró el pelo y le echó la cabeza hacia atrás. El puñetazo que le asestó en la cara hizo que todo se volviera negro a su alrededor.

Matthew se despertó con un agudísimo dolor que le atravesaba el cuerpo desde las costillas del costado derecho.

Ulrik se inclinó sobre él y le clavó la mirada.

—Te voy a hacer pedazos —murmuró mientras echaba hacia atrás el puño.

—Ulrik —lo interrumpió una voz—. Sé perfectamente por qué estás aquí.

—¡Cállate, viejo imbécil! —bramó Ulrik mientras bajaba un poco la mano.

—Pero te equivocas —añadió Jakob desde su butaca al lado de la ventana—. Yo revisé la investigación del caso desde el principio a partir de todas las pistas que pude encontrar, y estoy seguro de que tu hermana no mató a tu madre ni a tus hermanas.

—¡Te mataré a ti primero, joder! —exclamó Ulrik, levantándose del suelo—. No digas una sola palabra más sobre mi madre, ¿de acuerdo? —Unos segundos después estaba encima de Jakob, arrancándole la capucha al anciano y dejando al descubierto sus cabellos grises y su cara llena de arrugas. Los ojos del anciano brillaron azules como el hielo en las profundidades pardas del joven inuit.

—¿Qué demonios...? —Ulrik dio un paso atrás—. Tú..., tú..., entonces...

—Tupaarnaq no mató a vuestra familia —prosiguió Jakob, con énfasis. Con una mano Ulrik apretaba el blando cuello del anciano—. Ella apareció inesperadamente en casa y supuso que tu padre había violado a las niñas, igual que la violaba a ella. Y puede que fuera verdad. No lo sé. Rajó a vuestro padre, igual que él la había rajado a ella en otro sentido, ¿entiendes? —No

apartaba la mirada del desquiciado joven—. Todos dieron por hecho que había matado primero a vuestras hermanas pequeñas, a tiros, pues no se sospechó de los abusos del padre, ya que ella las había vestido antes de que llegara la policía. No podían seguir allí desnudas. Por eso encontraron sangre de las niñas en las manos y los brazos de Tupaarnaq. Ella las vistió después de que vuestro padre las matara. ¿Entiendes lo que te digo?

Ulrik apretó con más fuerza el cuello de Jakob, clavándole las uñas en la piel. Sonó un chasquido que provenía de su garganta.

—¡Explicaron lo sucedido a la perfección! —bramó Ulrik, con la boca contraída y las ventanas de la nariz muy abiertas—. Estaban muertas, y esa... esa canalla estaba toda cubierta de su sangre... Estaba sentada en el suelo, con el *ulu*, al lado de mi padre, despellejado... ¡Despellejado, joder! ¡Como una foca!

—En ese crimen estaba acumulado el odio y el dolor de muchos años —dijo Jakob con énfasis, sin apartar ni por un segundo la mirada de los ojos de Ulrik—. De sufrir tantas veces sobre la cama, con él encima. Pero el crimen no lo motivó el horror que ella había sufrido, sino que les hubiera hecho lo mismo a vuestras hermanas y que después las hubiera matado, como a vuestra madre.

Ulrik aflojó la presión que ejercía en el cuello de Jakob y se separó de él.

—¿Tan ciego estás, Ulrik, que no eres capaz de comprender la verdad? ¿Aunque ella sea sangre de tu sangre?

Ulrik se encogió.

—Fue tu propio padre quien mató a tu madre y a tus hermanas al descubrir que él no era tu padre. Creo que enloqueció y las mató de rabia cuando tu madre le confesó que no era el padre de su único hijo varón.

—¡Eso no son más que conjeturas! —gritó Ulrik, incorporándose—. ¿Qué mierda es ésa, eh? ¿Estás mal de la cabeza o qué? —Apretó los labios hasta que no fueron más que unas finas líneas mientras miraba con fijeza sus puños y dejaba escapar un gruñido desde lo más profundo de la garganta.

—Mírate en el espejo —añadió Jakob con tranquilidad—. Ni tu padre ni tu madre tenían un rostro tan estrecho y tan alargado.

—¡Cállate! —Ulrik soltó saliva por la boca mientras levantaba de nuevo el brazo, listo para golpear—. ¡Cállate, cabrón!

—¿Recuerdas —prosiguió Jakob inmutable— que las niñas tenían la ropa puesta cuando las encontraron? ¿Recuerdas que en la ropa no había agujeros de bala aunque les habían disparado en el pecho? ¿Por qué iba Tupaarnaq a quitarles la ropa, matarlas y volver a vestir las? ¿Puedes decírmelo?

El teléfono de Matthew sonó en uno de los bolsillos de los pantalones. Se volvió hacia Paneeraq, en el sofá. Ésta tenía la mirada perdida y las mejillas arrasadas en lágrimas. Movía el cuerpo adelante y atrás despacio, como acunándose. No apartaba los ojos de las lamparitas blancas con Jesús y la Virgen María.

El teléfono seguía sonando.

—Nadie pensó en ello —musitó la voz de Jakob—. Pero fue precisamente eso lo que me convenció de que Tupaarnaq era inocente. A las pequeñas las mataron desnudas, pero las encontraron vestidas. Esto es un hecho. Vuestro padre violó a las niñas. Vuestra madre lo vio y, rabiosa e impotente, le dijo que no era tu padre. Eso hizo que enloqueciera y las matara a todas. Ella le había arrebatado a su hijo, y él le arrebató a sus hijas.

Ulrik dio un paso atrás y se quedó mirando el jardín, desconcertado, mientras se secaba con violencia las palmas de las manos en la camisa.

—¡Es demasiado tarde para esas estupideces!

Matthew dirigió la mirada hacia Ulrik antes de volver la cabeza y buscar por el resto del salón.

—Paneeraq —dijo en voz baja hacia el sofá—. ¿Paneeraq?

No hubo ninguna reacción de la mujer acurrucada. Seguía meciéndose.

—¿Paneeraq? —insistió Matthew—. ¿Dónde está Tupaarnaq?

—Tú mataste a Aqqalu en el glaciar, *ilaa*? —continuó Jakob—. Abelsen y Lyberth creían que la momia era yo, ¿verdad? Tenían que librarse de mi

cadáver, pero algo salió mal, *ilaa*?

Volvió a sonar el móvil en el bolsillo de Matthew unos instantes. Ulrik lo miró fijamente.

—Maldita sea... Fue Lyberth quien me lo dijo. Que el hombre del hielo no era una momia antigua y que no tenía que caer de ninguna manera en manos de esos investigadores. —Ulrik se golpeó la frente con los puños—. «Puede destruirlo todo y provocar una fragmentación aún mayor en Groenlandia», eso dijo. «Nuestras carreras están en juego...» Yo tenía que deshacerme de todo, del cuerpo, de las fotos... —Levantó la vista—. No tenía ni idea de que lo que querían ocultar era un asesinato... No lo sabía.

Jakob inspiró el aire con fuerza y lo soltó.

—Lo sé. ¿Y qué pasó con Aqqalu?

—Aqqalu. —Ulrik suspiró. Tenía la cara sucia de mocos y se la limpió varias veces con la mano—. Maldita sea... Él... Él no quería dejar que me llevara el cadáver, aunque le dije que era necesario para la seguridad de Groenlandia. No quería... ¡Maldito imbécil! Se golpeó la cabeza contra una de las cajas. Tenían bordes metálicos..., de la universidad... Él...

—¿Y murió?

Ulrik asintió y volvió a limpiarse los mocos de la cara mientras sorbía con fuerza por la nariz y dejaba escapar leves gemidos desde el fondo de la garganta.

—Abelsen... —dijo jadeante—, Abelsen prometió solucionarlo. Lo único que yo tenía que hacer era largarme de allí.

—Y lo destriparon para que se pareciese al asesinato de tu padre.

Ulrik gimió y se pasó las manos por la cara.

—Yo no lo sabía... Yo no sabía... que... Él quiso hacerlo así... Yo... «Así se lo podremos endosar a tu hermana», me dijo... A mi hermana. Yo ni siquiera sabía que había salido de la cárcel.

—¿Fue Abelsen? —Jakob miró la ventana y estiró el cuello.

Ulrik asintió.

—Al pescador también lo mató.

Matthew se había tumbado de espaldas y oyó de nuevo el timbre de su teléfono.

—¡Acaba de llegar un coche de policía con unos colegas tuyos! — exclamó Jakob, más fuerte de lo que había hablado hasta ese momento. Señaló la ventana con la cabeza—. Vienen a interrogar a Matthew y a Tupaarnaq.

—¡Maldita sea! —gritó Ulrik, echando a un lado la cortina para mirar la explanada—. ¡Los voy a matar! —Deslizó la mirada deprisa por el salón y desapareció por la puerta.

Jakob se levantó del sillón y se acercó, con la respiración entrecortada, a donde estaba Matthew, se inclinó y empezó a cortar la cuerda con un cuchillo que había en un frutero encima de la mesita.

—¿Dónde está Tupaarnaq? —dijo Matthew en voz baja mientras notaba que las cintas de plástico se rajaban y los brazos le quedaban libres.

—Se la ha llevado cuando estabas inconsciente. No sé dónde estará ahora, ni por qué ha vuelto sin ella.

—Creo que sé dónde puede estar. —Matthew se puso en pie y se friccionó las muñecas—. En tu antigua casa. —Miró un instante hacia la puerta—. Ahora no tenemos tiempo de explicárselo todo a Ottesen. Ulrik se encuentra totalmente enloquecido... Es muy capaz de matarla ahora mismo.

—Si subes al piso de arriba por la escalera por la que habéis venido, al llegar al otro extremo del corredor encontrarás otra por la que podrás bajar a la explanada.

Cuando Matthew ya corría escalera abajo, en el otro lado del edificio, volvió a sonar su móvil, y esta vez contestó.

—Hola, Matthew. ¿Qué está pasando ahí?

—No puedo contártelo ahora, Leiff. Voy camino de la casa de Abelsen. Ulrik se ha vuelto loco y creo que tiene intención de matarlo a él y a su hermana.

Matthew jadeaba mientras bajaba a toda prisa por HJ Rinkip Aqqutaa.

—Jakob... Es decir, el policía del caso de 1973..., vive... y afirma que el padre de Ulrik no era el verdadero padre de Ulrik, y que fue él quien mató a la familia hace años, en Tasiilaq..., y ahora... Ahora, Ulrik se ha vuelto loco.

—¿Dónde estás?

—Estoy llegando a Gertrud Rasks Vej...

—Vale. ¿Puedes oírme mientras corres?

—Sí, sí...

—La policía ha ido a casa de Lyberth a registrar sus cosas, en relación con su muerte. —Se interrumpió un instante—. Por cierto, Ulrik está suspendido en estos momentos. Ha perdido el juicio. Bueno, no es eso lo que quería contarte. Han encontrado unos documentos antiguos en casa de Lyberth. Distintos a los tuyos, pero también relevantes. Abelsen no es un danés recién llegado, como todos creen. Su padre era danés y trabajó aquí como médico jefe en los años cincuenta, y su madre era una de las niñas de Tasiilaq violadas. En realidad, no ponía nada de esto en los papeles de la casa de Lyberth, pero me he tomado la libertad de llamar a todo dios hasta dar en el blanco. Porque tenía un par de nombres que rastrear. La niña murió hace mucho tiempo, pero su familia sigue viviendo en Tasiilaq y ellos lo recuerdan. ¿Sigues ahí?

—Sí —Matthew tosió exhausto—, estoy pasando justo delante del estanque.

—Bien. Abelsen vivió con su joven madre hasta los diez años, más o menos, cuando fue a un internado en Dinamarca, costado por su padre. Por lo que sé, fue el precio que éste tuvo que pagar para seguir manteniendo en secreto a Abelsen, pues resulta que estaba casado y tenía hijos en Dinamarca, en Lyngby. A los veinticuatro años Abelsen regresó a Groenlandia y se instaló en Nuuk, donde enseguida trabó amistad con otro joven radical, Lyberth. Abelsen era un jurista frío y calculador, y Lyberth un pastor luterano, metido en política y dispuesto a vender a su propia madre con tal de

llegar hasta la cumbre. El resto, la carrera de los dos, es asunto conocido. Pero ahora escucha. Ulrik. No te lo vas a creer, pero encaja perfectamente en lo que me acabas de contar. Abelsen siguió los pasos de su padre y dejó embarazada a una mujer en Tasiilaq. Pero en esta ocasión la mujer ya tenía tres hijas.

—Y esas hijas son Tupaarnaq y las niñas que luego fueron asesinadas, ¿no? —jadeó Matthew.

—Exacto, y el hijo que tuvo Abelsen con la madre de Tupaarnaq es Ulrik. Es el motivo por el que Lyberth se lo llevó a vivir con él. Un favor a cambio de otro, como suele decirse. Una mano lava la otra, ¿no? Porque Abelsen no tenía ni rastro de sentimiento paternal, pero era tan responsable que hizo que Lyberth se hiciera cargo de Ulrik cuando el padre de Tupaarnaq acabó con la familia y ella fue a la cárcel acusada de haber cometido los crímenes.

—Joder..., Leiff —dijo Matthew ya sin poder respirar—. Los va a matar..., a los dos.

Las ventanas de la casa de Abelsen parecían estar a oscuras. La casa destacaba más claramente a la luz del día que bajo la densa niebla húmeda que lo ocultaba todo la primera vez que Matthew había estado allí. Una hilera de casas más adelante, el suelo rocoso se abruzaba sobre el Atlántico Norte, cuya superficie estaba en calma, como no se veía desde hacía días.

Al llegar al final del sendero de rocas, Matthew se secó la frente con una mano y dio unos pasos más hacia la ventana del salón.

Se asomó y se agachó con rapidez. Sin hacer ruido apoyó la espalda en las tablas rojas de madera.

Dentro estaba Abelsen hundido en el viejo sillón, en medio del salón. Su cuerpo estaba flácido, aunque tenía los ojos abiertos.

Con mucho cuidado, Matthew dio media vuelta y se levantó despacio hasta que sus ojos estuvieron justo por encima del alféizar de la ventana. Vio a Abelsen atado a los anchos apoyabrazos del sillón con cintas adhesivas negras.

Al oír un ruido a su espalda se volvió y observó las casas más próximas, pero no se veía nada. Quizá no fuera más que una barca o un remolque que había volcado.

Volvió a mirar a Abelsen, que tenía los ojos clavados en él, y con tres pasos rápidos llegó a la puerta de entrada, que abrió poco a poco.

Sólo tuvo que recorrer unos pocos metros para dejar el pasillo y entrar en el salón, donde el pálido anciano le hizo gestos con la cabeza para que se aproximara.

—Coge un cuchillo de la cocina y suéltame —dijo en voz baja a través de

sus finos labios.

Matthew pasó la mirada por el salón.

—¿Dónde está tu feroés?

—Olvida eso —farfulló Abelsen.

—¿Ulrik está aquí?

—No lo sé —respondió Abelsen con irritación, torciendo el gesto—. ¿Y eso a ti qué más te da?

—Creo que pretende matar a su hermana, y eso me importa.

—Cuando me sueltes hablaremos... Ni un segundo antes. —Abelsen agitó la espalda de un lado a otro y movió el cuello hasta que sonaron unos chasquidos—. ¿Tienes ahí el cuaderno?

—¿El cuaderno? —Matthew sacudió la cabeza—. No, no tengo ningún cuaderno, pero si detienes a tu feroés y a Ulrik, podremos hablar de ello.

—Idiota —exclamó Abelsen, arrugando la nariz—. Hoy en día no hay tantos trabajadores portuarios que persigan a un periodista. Bueno, pronto los habrá, ¿verdad? —Dio un hondo suspiro—. Quiero ese cuaderno... Y punto.

—Y yo quiero a Tupaarnaq.

—¡Anda! ¿Te has enamorado de esa sucia groenlandesa? ¿De ésa, que te arrancará la polla de un mordisco en cuanto tenga ocasión?

—Tú lo sabes todo de los groenlandeses, ¿verdad? Con una madre y un hijo de Tasiilaq... La que te tiraste allí no era danesa, y acabaron matándola porque no fuiste capaz de mantener cerrada la bragueta.

—Hablas como si supieras lo que dices... —Agitó los brazos, y junto a las cintas negras aparecieron unas marcas rojas—. ¡Suéltame de una vez, joder!

—No sin Tupaarnaq.

—Todo eso no es más que una sarta de mentiras. Yo jamás he vivido en Tasiilaq, y en cuanto a Ulrik, no es hijo mío. No sé de dónde sacas esos bulos, son mentiras de la peor especie, eso es lo que son. Nunca he engendrado un hijo, y menos aún a ese imbécil de Ulrik. Seguramente no es

más que el resultado de una de las innumerables relaciones de Lyberth. Esos dos malditos ladrones están cortados por el mismo patrón.

—Yo no he dicho que Ulrik fuera hijo tuyo.

Abelsen relajó los brazos un instante, pero volvieron a tensarse al apretar los puños.

—¡Suéltame! —bramó desde lo más hondo de la garganta.

—¿Para que puedas matarme igual que mataste a Lyberth?

Abelsen echó la cabeza hacia delante y agarró la cinta con los dientes. Agitó la cabeza y mordió el plástico. La sangre empezó a brotar de su boca y cayó sobre las muñecas y la madera del sillón.

—¡¿Dónde están?! —gritó Matthew, al tiempo que asestaba una patada a la butaca.

Abelsen levantó la vista un momento. Tenía los ojos inyectados en sangre, y el cuello y los finos labios estaban cubiertos de la sangre que goteaba de los dientes y las encías.

—Esa tía está muerta —bufó—. ¡Muerta, igual que tú, cabrón! —Y volvió a inclinarse sobre su muñeca para morder la cinta.

Matthew le dio una patada al sillón. En algún sitio, por encima de ellos, se oyó un ruido de algo pesado al caer.

—Ya sabes que encontramos a Najak en el contenedor de Færingehavn —dijo como ausente, pero volvió a mirar a Abelsen—. Estás acabado, canalla.

—Serás imbécil. Ese contenedor ya está vacío.

Matthew sacudió la cabeza un instante.

—También tengo las películas. ¿No te lo dije en mi mensaje? Y es muy probable que en ese sitio puedan encontrar restos de ADN. —Otro ruido aún más claro procedente del piso de arriba volvió a captar su atención—. ¡¿Es Ulrik?! —bramó—. ¡¿Es Ulrik el que está ahí arriba?! ¡Responde, malnacido!

Matthew descolgó sin dificultad el arpón que había en la pared, en el mismo sitio en el que, por lo que recordaba del cuaderno de notas, había estado colgado desde que Jakob fue a vivir allí. Lo sopesó en la mano y pasó la mirada por el largo mango de madera, que terminaba en una punta con forma de corazón. La madera se había quedado, desde hacía mucho tiempo, lisa como el cristal. La punta estaba fría al contacto con la piel. Cogió también el *ulu* de la estantería y se dirigió a la escalera.

Abelsen no respondió. Se limitó a gruñir mientras tenía la boca ocupada con el duro plástico de las muñecas.

La escalera a la primera planta estaba cubierta de una alfombra grisácea con dibujos de flores, tan gastada que en varios lugares éstas parecían sólo manchas parduzcas. Subió los escalones de dos en dos, y en pocos segundos llegó arriba y abrió la primera puerta de un empujón.

La habitación estaba a oscuras y apenas veía a unos metros delante de él, pero pudo oír que había alguien allí dentro. Sujetó el arpón con fuerza y lo movió hacia delante para tantear el camino.

En el extremo opuesto había una cama pesada y enorme, de madera oscura, y en ella, entre edredones y mantas, estaba Tupaarnaq desnuda, tendida de espaldas y con los brazos atados a los costados. La joven intentó gritar cuando lo vio, pero tenía la boca tapada con un grueso trapo.

Entre sus piernas desnudas estaba Ulrik, con el tronco inclinado sobre ella. Profería palabras incomprensibles y la saliva le corría por el mentón. En la mano derecha, cerrada en un puño y apoyada en los edredones, sujetaba un cuchillo que destellaba con la luz que llegaba del pasillo. Tenía los

pantalones bajados hasta los muslos y su pene temblaba en el aire justo sobre el vientre de Tupaarnaq.

—¡Esta asesina va a recibir su merecido! —bramó mientras volvía la cabeza hacia Matthew.

Sudaba profusamente y se le pegaba el pelo a la cara. Parecía tener los ojos en blanco, como si lo atormentara una violenta fiebre.

—Mató a mi padre... Los mató a todos... Así que vete a la mierda, danés.

—¡Apártate de ella! —vociferó Matthew. Temblaba de arriba abajo, sosteniendo el arpón delante de él—. Apártate de ella, cerdo... Estás enfermo...

—¡Necesita que la follen! —gritó Ulrik a su vez. Sus hombros subieron y bajaron deprisa.

Tupaarnaq torció con violencia el vientre, haciendo que Ulrik perdiera el equilibrio por un instante.

—¿Qué coño haces?! —bramó, volviendo de nuevo la cabeza hacia ella al tiempo que levantaba la mano con el cuchillo y se lo clavaba en el costado izquierdo, entre las hojas del tatuaje.

Tupaarnaq soltó un chillido ahogado a través del trapo. Curvó el cuerpo, levantándolo de la cama, pero la hoja del cuchillo se le clavó más hondo y el dolor la hizo encogerse. Los gritos fueron disminuyendo, aunque se intensificaron de nuevo cuando Ulrik sacó el cuchillo y levantó el brazo para asestar otro golpe.

Matthew aulló con todas sus fuerzas.

El ruido se detuvo.

Ulrik dio un respingo. La mano con el cuchillo bajó hasta la cama, sin clavarse en ella. Se llevó la otra mano al pecho y tocó con los dedos la punta ensangrentada del arpón, que había salido por el lado derecho del pecho. Durante un instante apretó los dientes y entornó los ojos, pero enseguida levantó la mirada. El mango de madera del arpón se agitaba detrás de su espalda.

—¡Te mataré! —bramó, y se pasó el cuchillo a la mano izquierda.

Matthew se dio cuenta de que Tupaarnaq daba media vuelta y doblaba una pierna, dispuesta a dar una patada a Ulrik. Apretó el *ulu* entre los dedos.

La patada golpeó a Ulrik en la parte baja de la espalda y lo empujó unos pasos hacia delante. Soltó un rugido y estuvo a punto de perder el equilibrio. Levantó el cuchillo y lo movió hacia Matthew, que consiguió esquivar al hombre en su caída, al tiempo que dirigía el *ulu* hacia él, dibujando un suave arco que se vio frenado por la piel y los tendones al ser rasgados por la hoja.

Ulrik cayó de rodillas y se echó las manos al cuello, manchándose los dedos de sangre, que también le salía de los labios. En el fondo de la garganta su respiración se convirtió en un silbido y su mirada recorrió el rostro de Matthew. Tenía los ojos fuera de las órbitas.

Llegaron voces desde abajo. Abelsen soltaba gritos atroces.

Matthew puso un pie sobre el hombro de Ulrik y lo empujó al suelo. Los brazos y el torso del policía estaban cubiertos de sangre, y se le cerraban los ojos.

—¿Es profundo? —musitó Matthew, arrodillándose al lado de la cama y de Tupaarnaq mientras le sacaba el trapo de la boca.

—Suéltame —dijo ella con dificultad.

Sudaba.

Matthew estiró el brazo para coger el *ulu* y se puso de rodillas para cortar las cintas de plástico que la tenían sujeta. Tupaarnaq recogió las hojas de los brazos y las hizo fundirse con las oscuras copas del cuerpo.

—Tápame.

Su voz desapareció entre el ruido de botas que subían a toda prisa por la escalera. Matthew cogió una manta y se la echó por encima.

El ruido de las botas se detuvo y se convirtió en un movimiento del aire detrás de ellos.

—Hola...

—No quiero ir a la cárcel —susurró Tupaarnaq, agarrando el jersey de

Matthew.

Matthew estaba mirando la sangre que cubría el colchón, pero dirigió los ojos hacia ella.

—Aguanta...

La peca con forma de corazón de la nariz brillaba mientras sus ojos se cerraban.

Piel

Nuuk, 16 de agosto de 2014

En cuanto se abrió la puerta Matthew levantó la cabeza de la sábana, en la que un lado de su rostro había quedado dibujado, y miró desorientado a su alrededor.

Ottesen cerró la puerta con cuidado.

—Sigue inconsciente —dijo—. ¿Dormías?

—No —respondió Matthew, que sacudió la cabeza y giró el cuello de un lado a otro hasta que sonó un chasquido—. Bueno, quizá un poco. —Volvió los ojos hacia Ottesen, que llevaba pantalones vaqueros y sudadera negra—. No creo que se haya despertado.

—Ya lo hará —afirmó Ottesen en voz baja, acercándose a la cama—. Como no cogías el teléfono, he querido pasarme a ver cómo van las cosas. Ya me imaginaba que estarías aquí.

En la cama de hospital, en medio de los dos hombres, estaba Tupaarnaq cubierta por un grueso edredón blanco, ajustado a su cuerpo excepto en el lado donde la cabeza de Matthew había dejado la huella. A un lado había un soporte para sueros con dos bolsas colgando. Una contenía sangre; la otra, suero fisiológico. El pulso de Tupaarnaq se desplazaba en monótonos saltos verdes en una pequeña pantalla oscura.

—Queremos que pases por comisaría para ultimar tu declaración como testigo —añadió Ottesen, señalando la cama—. También ella... cuando despierte.

—Si despierta —musitó Matthew, dejando que sus ojos se hundieran en el edredón—. Ya te lo conté todo ayer.

—Sí, lo sé, pero... Bueno, hay muchos muertos, ¿no? Tenemos que enviarlo todo a Copenhague, y quiero estar seguro de que todo coincida al ciento por ciento.

Matthew se frotó los ojos y se pasó la mano por la nariz y la fina barba rubia del mentón.

—¿Y Abelsen?

—No pienses en él —dijo Ottesen con una sonrisa—. Ahora tenemos un montón de acusaciones contra él. Cuando lo desatamos ayer, gritó confesando la muerte y el descuartizamiento de Aqqalu, y aunque hoy lo niega, fuimos varios los que se lo oímos decir, de modo que tendrá su castigo en cuanto llegue gente para ocuparse de las pruebas científicas.

—¿Y Najak?

Ottesen sacudió la cabeza.

—Allí no encontramos nada. Quemaron el contenedor con gasolina. Apestaba, pero tomamos muestras de cada centímetro del almacén, así que ya veremos.

Matthew asintió brevemente.

—Fue Ulrik quien mató a vuestro colega; lo sabéis, ¿verdad?

—Sí, claro. —Ottesen asintió concentrado, y miró más allá de la cama, a la ventana que había detrás de Matthew—. Eso nos dijo Jakob. Por accidente. —Sacudió la cabeza y miró al techo—. Maldita sea, no nos dimos cuenta de que Ulrik había perdido la razón. No habría hecho falta que las cosas llegaran a este punto.

—Supongo que era Abelsen quien lo presionaba, y había muchos cadáveres que vosotros desconocíais.

—Es cierto —dijo Ottesen expulsando el aire con fuerza entre los labios mientras seguía la mirada de Matthew, que estaba fija en Tupaarnaq—. Oye —añadió titubeante—, ¿puedes contarnos algo más de los crímenes de 1973 y de la momia?

—¿Del feroés? —preguntó Matthew, mirando a Ottesen un instante.

—Sí, y de los demás. Porque está claro que tú conoces ese caso.

—Si sabes que era feroés, sabes tanto como yo, y es evidente que ahora Abelsen está utilizando de gorila al hijo.

—Ya lo encontraremos, aunque se haya escondido bajo tierra. No, pensaba más en los otros. Me gustaría saber quién fue el asesino, porque es muy posible que siga vivo.

—Eso no lo sé —dijo Matthew cansado, ocultando el rostro entre las manos.

—Pues creo que sí que lo has descubierto.

—Lo dice en el cuaderno.

—Pero el cuaderno ha desaparecido.

Matthew levantó la cabeza y miró de nuevo a Ottesen, que pasaba las manos por los lados de la silla.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Dijiste que se lo habías dado a Jakob, pero él afirma que te lo llevaste cuando saliste corriendo hacia la casa de Abelsen. El caso es que ha desaparecido.

—¿Esa sudadera que llevas puesta —empezó Matthew— significa que lo que diga quedará entre los dos, como cuando estuvimos comiendo pizza?

—Karlo era mi padre y querría saber si él... Querría saber si aún vive el asesino de entonces. Sobre todo ahora que Jakob ha vuelto a aparecer.

—El asesino está muerto —dijo Matthew.

—¿Estás seguro?

—Sí, murió hace un par de años.

—Pues vaya coincidencia con... —Ottesen tamborileó con los dedos una pernera de los pantalones—. Vale. Ya lo pillo. —Sacudió la cabeza—. Todos sabían quién era ella, pero creían que había vuelto a su pueblo de origen. —Sonrió y sacudió la cabeza de nuevo—. Pero creo que tienes razón... Bueno, más vale que siga con mis cosas. No te olvides de pasar por la comisaría, ¿vale?

Matthew asintió. Cerró los ojos mientras oía abrirse la puerta del pasillo.

—Oye.

La voz de Ottesen volvió a atraer la mirada de Matthew hacia la puerta.

—Me han dicho que te han despedido del periódico —dijo Ottesen—. Seguimos necesitando un asesor, si es que hay alguien que acepte el puesto.

Matthew miró en silencio, sin verla, la línea verde del ritmo cardíaco. Luego asintió despacio.

—Lo cierto es que me gustaría contar contigo como una especie de ayudante de investigación —prosiguió Ottesen con una amplia sonrisa—. Externo, claro.

—Yo no tengo nada de Sherlock Holmes —respondió Matthew, sacudiendo la cabeza.

—Bueno... Lo hablamos otro día. —Ottesen dio unos golpecitos en la puerta con los dedos—. Cuídate, Matt Cave.

El móvil de Matthew vibró en su bolsillo y él dio un respingo. Miró deprisa el número y rechazó la llamada.

La habitación quedó en silencio cuando Ottesen se marchó. Tupaarnaq estaba encerrada en su propio mundo, en algún lugar muy lejano.

Los fluorescentes del techo zumbaban débilmente.

El teléfono volvió a vibrar, pero esta vez fue sólo un momento. Matthew se levantó y fue a la ventana mientras abría el nuevo SMS.

Ven enseguida a la redacción a hablar, Matthew. Algo se nos ocurrirá. Porque todos quieren contactar contigo. KNR, Nuuk-TV, DR, TV2, CNN y CBC. Incluso la TV2 noruega. Con imágenes. ¿Te haces una idea? Están como locos. No todos los días un país es golpeado tan violentamente por un montón de escándalos coincidentes. Ésta será tu historia. Sin cortapisas. Lo imprimiremos todo. Hasta pronto.

Había otro SMS que Matthew no había oído llegar.

Hola. Soy Arnaq. ¿De verdad eres mi hermano?

La luz de la habitación era tan fuerte que podía ver a Tupaarnaq reflejada en el cristal de la ventana. Apoyó la frente contra la piel del reflejo. Era fría y desapareció al instante en su sombra. Contestó a Arnaq que tenían el mismo padre y que él era su hermano. Sólo que doce años mayor que ella.

En cuanto envió el mensaje, dejó el móvil en la mesita de noche y apagó la luz. No se hizo una oscuridad total. Sólo aumentó la calma. Sin hacer apenas ruido, se sentó en la silla al lado de la cama y sacó un pequeño cuaderno negro del bolsillo del chaquetón.

—Te voy a leer una cosa —dijo en voz baja sin mirar a Tupaarnaq. Deseó cogerle la mano pero no se atrevió. Puso la mano izquierda sobre la sábana, al lado de la de ella. Con la derecha sostenía el cuaderno—. A lo mejor lo oyes. «Subiré a la cima de una montaña y dejaré que la calma, el aire y la soledad invadan mi mente. Aunque tal vez de lo que estoy huyendo es de la soledad y la añoranza más profundas. Pero, sin duda, lo bello de los montes y sus cimas es hacerse uno con la soledad. Mi alma es vieja. La montaña es su cuerpo; el arroyo, su sangre, y la bruma, su alma. Su vida. Mi alma. Y entonces descubriré que la soledad no existe. Todos vivimos en el mismo mundo.»

El llanto pesaba en sus ojos, y las lágrimas corrieron por sus mejillas al proseguir la lectura.

—«Si me quedo quieto, me convertiré en piedra. Si me quedo quieto, la vida podrá alcanzarme y acariciarme. Un día huiré a la montaña. Tan alto que su pulsante corazón de piedra me acogerá y me enseñará el significado de estar en silencio. Tan en silencio que no se oye nada. Pero todo se siente. Mientras se vuelve piedra.»

Cerró el cuaderno.

—He empezado a escribir mis pensamientos para mi hija.

Matthew notó un leve roce en la mano. Unos dedos le buscaban. Dio la vuelta a la mano y la abrió. Era la primera vez que sentía la piel de Tupaarnaq.

Notas

1. *Ilaaes* el equivalente a «verdad» en groenlandés. (*N. del T.*)

1. Un *ulu* es un cuchillo peculiar que usan exclusivamente las mujeres inuit para muchas cosas, incluyendo despellejar los animales cazados, cortarlos, etc. (*N. del T.*)

Los crímenes del Ártico
Mads Peder Nordbo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Pigen uden hud*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño
© Fotografía de cubierta, Eduardo Manzano / Arcangel

© Mads Peder Nordbo og JP/Politikens Hus A/S 2017

© por la traducción, Enrique Bernárdez Sanchís, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21581-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**



¡Síguenos en redes sociales!

